

XXIX CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas, fotografías y dibujos del mundo rural



FUCOA
★ 2021 ★

XXIX CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas, fotografías y dibujos del mundo rural

FUCOA
★ 2021 ★





Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro,
FUCOA Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos:

Pierina Cavalli Martínez y Loreto Alarcón Norambuena

Diseño gráfico y diagramación:

Caroline Carmona Aravena

Ilustración de portada:

Paula Bustamante Jaña

Edición:

Historias Campesinas: María Teresa de Jesús Sota Aguayo

Poesía del mundo rural: David Andrés Villagrán Ruz

Me lo contaron mis abuelitos: María Teresa Sota

Corrección de texto: Javier Araya Urquiza

Derechos reservados:

El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido, publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción sin la autorización escrita de FUCOA.

ISBN: 978-956-7215-78-2

Julio 2022, Santiago de Chile

Imprenta: A Impresores

★ ÍNDICE

Presentación	8
<u>HISTORIAS CAMPESINAS</u>	
Jurado	12
Palabras del jurado	13
PREMIOS NACIONALES	
Sororidad, Juan Pablo Garrido Urrejola. Región de Ñuble	15
Por no querer amarrar al cura en el 59, Emeterio Jaramillo Mora. Región de Aysén	17
La última (es)cena, Juan Tancara Chambe. Región de Arica y Parinacota	19
La pela de duraznos, Lidia Gálvez Gálvez. Región de Valparaíso	21
Don Rafael Díaz, Víctor Castillo Villegas. Región de Atacama	23
Cuando El Carolito dice adiós, Ricardo Díaz Fredes. Región de Coquimbo	25
Mi dialelo, Martina Lagos Carrasco. Región de Los Ríos	27
¡Jallalla a las mujeres de polleras!, Iván Salas Madrid. Región de Arica y Parinacota	29
El abuelo maqui, María Eugenia Medina Pérez. Región del Maule	31
El pasado nunca fue mejor, Judith Reyes Espinoza. Región de O'Higgins	33
Sopaipilla, Camilo Fernández Ibáñez. Región de Arica y Parinacota	35
La hora del cuento, Mary Mursell Campos. Región de Coquimbo	36
Nuahine Pikea Uri o la anciana cangrejo negro, Sandra Abarca Fariña. Región de Valparaíso	38
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Blanquita ojos tristes, Ana Medina Ramírez	40
Mi guía en la oscuridad, Aníbal Opazo Fuentes	42
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Paigasa, Víctor Vives Romero	43
Los extranjeros, Héctor Barraza Ahumada	45
La bruja de sal, Gabriela Muñoz Mariqueo	47
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Cuando fuimos reinas y reyes, María Eugenia Vargas Pastén	49
La liberación de los Chang, Diego Rivera Muñoz	50
El niño, Gustavo Tapia Araya	52
La cueva, Carlos Meléndez Vargas	54
REGIÓN DE ATACAMA	
Cielo chango, Alejandro Bakit Quezada	56
La tenca que aprendió a silbar como los humanos, Domingo Bordones Campillay	57
Burrito boxeador, Constanza Baros Jorquera	59
REGIÓN DE COQUIMBO	
Mi querido cerro, Catalina Leyton Figueroa	60
El Cristo de Mayo, Consuelo Quezada Fuenzalida	61
A un lado del camino, Dana Donoso Osorio	63
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Todas se llaman Sara, Natalia Montiel Aranda	65
Don Caño, Mariana Rojo Olivares	67
La loca enamorada del estero, Dixie Olguín Lazcano	70
Maldito patas negras, Gamelin Castro Pizarro	73

REGIÓN METROPOLITANA	
La tarde de la Elbita, Mariana Muñoz Hauer	75
El huevo, Rodrigo Torres Quezada	76
La nieta del Mandinga, Cynthia Castillo Iturriaga	78
REGIÓN DE O'HIGGINS	
La vetita de oro, Jorge Zapata Pávez	80
Una medialuna para el Mandinga, Edgar Jara Galaz	82
El carbonero de Codegua, Alejandro Peña Sepúlveda	84
La pequeña Luz y sus tomates, Martina Soto Carrasco	86
REGIÓN DEL MAULE	
El picado de la araña, Pablo Fuentealba Peñailillo	87
Me lo contó un pajarito, Paulina Sepúlveda Berra	89
Obreros, Ismael Aros Calquín	91
La carta que te escribí, Régulo Ramírez Morales	93
REGIÓN DE ÑUBLE	
Mal de ojo, Sara Roldan Lillo	96
El cuero, terror de las profundidades, Emilio Mellado Cáceres	98
Zapatos limpios, Yarikza Torres Gajardo	100
Vestidos con olor a harina, Rocío Montecino Torrez	101
REGIÓN DEL BIOBÍO	
El percha, Berta Ziebrecht Quiñones	103
La mala vecina, Carmen Bizama Peña	105
El sendero de los novios, Adelina Belmar Aguayo	107
Veintidós pares de ojos, Julio Norambuena Fuentes	110
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
Un pillón, una lancha, un niño, Juan Carlos Vásquez Mercado	113
El Truful -Truful, un río con alma de mujer, Carlos Yáñez Mercado	115
El Juanito, Ronald Vergara Mayorga	117
REGIÓN DE LOS RÍOS	
Los locos del pueblo, Iván Espinoza Riesco	119
Vaca sapa, Claudia Muñoz David	121
Vida de perros, Agustín Ríos Barriga	122
Doña Elcira, Nataly Lagos Montecinos	122
REGIÓN DE LOS LAGOS	
Los balseros, César Altamirano Pérez	125
Los zapatitos blancos, Claudia Jara Puentes	127
Predador chilote, Felipe Díaz Rodríguez	129
REGIÓN DE AYSÉN	
La esperanza, Mauricio Malgarejo Jorquera	131
Sábanas de bolsa, Rosa Gómez Miranda	133
REGIÓN DE MAGALLANES	
Cementerio de Quinchao, José Calbucoy Calbucoy	135
Velloneros de la Patagonia, José Calisto Garay	136
Cavilaciones en medio de la nada, Rodrigo Gaete Salazar	138

POESÍA DEL MUNDO RURAL

Jurado	142
Palabras del jurado	143

PREMIOS NACIONALES

Juyra Warmi, Andrea Carvajal Almonacid. Región de Tarapacá	145
La espera de Juan Domingo de Socoroma, Marianela Fornes Cárcamo. Región de Arica y Parinacota	147
Niño ovejero, Rosa Gómez Miranda, Región de Aysén	149
Los changos no existen, Camila Yakasovic González, Región de Valparaíso	150

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

El latido del cactus, José Maldonado Segovia	151
Socoroma, Walter Flores Velásquez	152

REGIÓN DE TARAPACÁ

El vuelo final, Andrea Carvajal Almonacid	153
¿Somos muchos o somos pocos?, Héctor Barraza Ahumada	155

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Cementerios del desierto, Aida Santelices Kostópulos	156
Lamento chuquicamatino, Juan Saavedra Rojas	157
Casona fantasma, Mario Torrico González	158

REGIÓN DE ATACAMA

Reclamo de nuestra historia, Romina Olivares Rozas	159
Madre mía, Eva Olivares Cortés	160
Bella garra de león, Gabriela Navarro Muñoz	161

REGIÓN DE COQUIMBO

Sonetos a la sabiduría elquina, Ricardo Díaz Fredes	163
A mi valle, Nathaly Barraza Tapia	166
Caminar, Rocío López Aro	167

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Soy mujer de campo, Iris Abrigo Donoso	169
Viñas en otoño, Cecilia Vargas Retamal	172
Oda al pueblo chileno, Gabriel Farías Farías	174

REGIÓN METROPOLITANA

Fantasma, Bernardo Grez	176
Bentónico, Camilo Miranda Moreno	178
La tejedora, Carlona Ferreira Soto	180

REGIÓN DE O'HIGGINS

Mi profesor olvidado, Luis Ibarra González	181
Obra en décimas que relata la añosa historia de por qué antiguamente tan seguido se quemaba el cerro Rucatalca, Jorge Urzúa Contreras	183
Plegaria de la tierra, José Rocha Herrera	189

REGIÓN DEL MAULE

Te nombro pa' recordarte, Joaquín Rebolledo Aladro	191
La partera de campo, Julio Corvalán Norambuena	193
La animita sin nombre, Cristián López Basualto	195

REGIÓN DE ÑUBLE	
Romance del hombre y la vid, Rolando Mancilla Veliz	197
La frambuesa de mi arcilla, Felipe Rodríguez Cerda	198
Mi infancia, Daniel Mardonez García	200
REGIÓN DEL BIOBÍO	
Compromiso, Alejandra Ziebrecht Quiñones	202
El entierro de Marileo, Samuel Suazo Vargas	204
Paisaje, Rosa Inostroza Rodríguez	205
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
El hombre del cerro, Cecilia Vidal Armazabal	207
La tejedora, Angélica Beltrán Barraza	209
Copihue soy, Lily Salvo Torres	210
REGIÓN DE LOS RÍOS	
Soy la nada rural, Mauricio Orellana Díaz	211
Mi hermana y el silencio, Luz Acuña Aguayo	212
<i>Newen Mahuida</i> ("Fuerza de la montaña"), Ramiro Norambuena Morales	214
REGIÓN DE LOS LAGOS	
La rogativa, Valentina Reyes Rebolledo	215
Sentir el monte renoval, Felipe Vásquez Soto	217
Me planté junto a un río, Constanza López Cabello	219
REGIÓN DE AYSÉN	
Parteras, Juan Carlos Bahamonde Gómez	221
Siembra ajena, Alejandro Montiel Gallardo	222
REGIÓN DE MAGALLANES	
Romance del viento y la pampa, Moira Aicon González	223
Fin de veranda, Vicente Caballero	224
El Tue Tue, Alexander Santander Olate	225
<u>ME LO CONTARON MIS ABUELITOS</u>	
Jurado	228
Palabras del Jurado	229
PREMIOS NACIONALES	
El pollito, Francisco Cravero Huenqueo. Región de La Araucanía	231
Cuidado con la noche, Sofía Flores Cautre. Región Metropolitana	232
El hacedor de los changos, Antonia Varela Carvajal. Región de Tarapacá	234
Mi nueva tierra, Anahí Cifuentes Fajardo. Región de Coquimbo	236
Panguilefko, Vicente Coñoman Jaque. Región de Los Ríos	237
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
¿Por qué llora la <i>qala</i> en Ticnamar?, Rodrigo Fernández Badilla	239
El problema del loco y sus amigos, Adrián Nahuelpán Cayo	240
Bailando con mi estrella, Sabina Rossel Antich	241
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Las apachetas de Koska, Milena Cáceres Pachao	243
El cerro Porqueza, Ailyn Mamani Vilca	244

REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
El rey lagarto, Tamara Lique Cruz	245
El hombre chancho, Mila Yurac Waltemath	247
Costumbres atacameñas, Manuel Alarcón Cruz	248
REGIÓN DE ATACAMA	
La bailarina de la fiesta de la Candelaria, Anaís Tello Varas	249
El pueblo fantasma, Amaro Castillo González	251
Historia de un minero, Marcelo Zúñiga López	253
REGIÓN DE COQUIMBO	
Las bolitas blancas, Anahí Cifuentes Fajardo	255
Valle del extraterrestre, Nayeli Cifuentes Fajardo	256
La valiente pastorcita de cabras, Emilia Castro Leiton	257
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
La leyenda del cuello negro de la gaviota, Alison Pérez Pérez	259
La leyenda del olivo milagroso, Madeleyne Acuña Acosta	261
La leyenda de las plumas rosas del flamenco, Sofía Leyton Inostroza	262
REGIÓN METROPOLITANA	
El secreto del hombre sabio, Sofía Flores Cautre	263
La vida del folklor, Violeta Mendoza Bravo	265
REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS	
La leyenda de la grutita del carabinero de Peumo, Esperanza Gálvez Vargas	266
Los parientes, Agustina Lara Ramírez	267
¿Dónde estaba él?, Darinka Vidal Navarro	269
REGIÓN DEL MAULE	
La salvación de la noche, Gabriel Montecinos González	271
En la profundidad, Sofía Castro Bueno	272
El plumaje, Eduardo Romero Vega	273
REGIÓN DE ÑUBLE	
Un gran milagro, Paz Hernández Reyes	275
En mi casa cayó un Tue Tue, Martina Balboa Pedreros	276
Aventuras en el campo, Bianca Molina Saavedra	277
REGIÓN DEL BIOBÍO	
El secreto del 20 de febrero, Amelia Abellanosa Lictevoud	278
El gato mapuche, Emily Vásquez Ruiz	280
La bruja que vino a tomar té, Matías Yáñez González	282
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
La laguna encantada de Huentelar, Catalina Cifuentes Leinán	283
El trayenco de Repocura Alto, Benjamín Astudillo Huenchunao	284
REGIÓN DE LOS RÍOS	
Los misterios de los entierros, Delia Huichiman Curiñanco	285
El valiente Juan de Dios, Antonio Neculpan Lobos	287
El deseo de cultivar la tierra, Emilia Vásquez Pacheco	288

REGIÓN DE LOS LAGOS

Los misterios de la mina Lastre, Fernando Orrego Cárcamo	290
Lo que quema las papas, Madelein Mansilla Frías	291
El llanto de la ballena, Massiel Delgado Pérez	292

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Mi abuela me contó que..., Pedro Vera Montiel	293
Historia de familia, Arturo Hernández Paredes	294
La abuela que sabía muchos oficios que hoy en día se han perdido u olvidado, Amalia Cortés Haro	296

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

Mi abuelo Fernando, Fernanda Ampuero Sepúlveda	298
La leyenda del origen del calafate, Angelina Quiroz	299
Mis recuerdos de infancia, Catalina Gatica Ampuero	300
Los sueños y vivencias de Alexandra, Katrina Godoy	302

FOTOGRAFÍA

Jurado	306
Palabras del jurado	307
Obras	308

DIBUJO

Jurado	316
Palabras del jurado	317
Obras	318

PRESENTACIÓN MINISTERIO DE AGRICULTURA

En el territorio, al alero del esfuerzo diario por obtener de la tierra los alimentos que llegan a las mesas de los habitantes del país, bulle un caudal de leyendas y lecturas de la vida que adquieren forma estética en la prosa y la imagen de miles de niños, jóvenes y adultos de Chile en el concurso Historias de Nuestra Tierra.

La versión 29 de este ya tradicional concurso fue pródiga en participación; 3.500 personas de todos los puntos del país hicieron patente la potencia de la cultura rural, un abanico de creaciones tan variadas como diversa es la realidad regional de sus autores.

Hay en todas estas obras el trazo de una subjetividad que nace en el territorio, con sus esperanzas, cotidianeidad, alegrías, dolores y sueños. Un sueño que explora el paraíso arraigado en la tierra propia, con su *ethos* armonioso en el que conviven los seres vivientes y la naturaleza en un modelo de buen vivir que prefigura la búsqueda en que hoy estamos como sociedad.

Todo eso aparece en los trazos, versos e imágenes de esta Antología, que anuncia la vitalidad de la cultura, sede de una fecundidad que manifiesta que nuestro mundo rural es producción de los frutos de la tierra y mucho más que eso. Es vida que revienta en brotes diversos y que reverdece constantemente.

Por lo anterior, alcanzar los 30 años para Historias de Nuestra Tierra es un logro y un desafío. El desafío de continuar siendo puente de la creación de miles de chilenos y chilenas que, desde el surco, también nutren la visión de quienes habitamos este territorio con las obras que aquí presentamos.

Esteban Valenzuela Van Treek
Ministro de Agricultura

Claudio Urtubia Cornejo
Director Ejecutivo FUCOA

Santiago, junio 2022

★ 2021 ★



Historias Campesinas

Cuentos escritos por jóvenes
mayores de 14 años y adultos



JURADO NACIONAL HISTORIAS CAMPESINAS



SONIA MONTECINO

Nació en Santiago en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Departamento de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005 el Premio Altazor por el libro *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*, que reeditó en 2015.



OSVALDO CÁDIZ

Nació en San Fernando, Provincia de Colchagua, en 1939. Es profesor de Estado de la Pontificia Universidad Católica de Chile; investigador e intérprete de la cultura tradicional y popular de Chile y director de la Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios. Es coautor, junto a Margot Loyola, de los libros *La Cueca: Danza de la vida y de la muerte* (2010) y *50 Danzas Tradicionales y Populares en Chile* (2014) y autor de *Juegos Tradicionales y Populares en Chile* (2018).



HÉCTOR VELIS-MEZA

Nació en Santiago en 1949. Es periodista, autor y editor de libros, y académico universitario. Se define a sí mismo, como curioso de oficio y lector impenitente. Ha publicado más de 48 volúmenes relacionados con el lenguaje y las costumbres. Vive en el valle de Ocoa, en la tierra de la palma chilena, frente al cerro La Campana.



DIEGO ZÚÑIGA

Nació en Iquique en 1987. Es periodista y escritor. Ha publicado las novelas *Camanchaca* (2009), *Racimo* (2014), *Soy de Católica* (2014) y el libro de cuentos *Niños héroes* (2016). Ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio a la Creación Literaria Joven Roberto Bolaño 2008. Sus libros se han traducido a diversos idiomas y en 2017 fue elegido como uno de los 39 mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival.



CLAUDIA OLAVARRÍA

Nació en Santiago en 1980. Es licenciada en Letras, máster de promoción de la Lectura y Literatura Infantil de la Universidad de Castilla. También es coordinadora general de la Biblioteca Escolar Futuro UC de la Pontificia Universidad Católica de Chile y, socia y editora de Gata Gorda Ediciones.

PALABRAS DEL JURADO

Historias Campesinas

En esta versión pudimos percibir cómo se combinan las tradiciones orales transmitidas transgeneracionalmente con las nuevas "oralituras" y el modo en que los viejos temas de las narrativas mitológicas siguen vigentes, ya sea en sus versiones más clásicas o en variantes contemporáneas. Asimismo, asistimos a la lectura de numerosos cuentos que ponen en escena la creatividad y un esfuerzo escritural que desea no solo ser registro o testimonio de un acontecer, sino producir un horizonte estético y una trama de diversos significados y variadas subjetividades frente a vivencias comunes.

Se aprecia una muy importante tendencia a mostrar valores, como la sororidad, y también la posición de las mujeres en la experiencia de la violencia hacia ellas, pero además en su condición de transmisoras de cultura y fuerza reproductiva. Asimismo, rescatamos también de esta versión el humor como un modo de hablar sobre realidades del pasado y presente, recuperando así las viejas tradiciones de la picardía y el ladinismo que forman y han formado parte del devenir de nuestra cultura. La participación de una importante narrativa de voces que provienen de los pueblos indígenas, junto al resto de las comunidades que moran en Chile, entregan a esta versión una polifonía, en la cual lo viejo y lo nuevo aportan sus sonidos para decirnos que en el lenguaje y la escritura de lo que sucede en las tierras rurales es posible reconocernos, escucharnos y abrazarnos.

Sonia Montecino

Presidenta del jurado



Sororidad

Juan Pablo Garrido Urrejola

Envejeció trabajando puertas adentro.

Había llegado del sur, casi niña, arrancando del hambre y los abusos.

Tenía solo doce años y debía levantarse al alba para ayudar en la ordeña de vacas, preparar la choca¹ para los trabajadores del fundo y, luego, caminar cinco kilómetros hasta el pequeño pueblo donde estudiaba en la única escuelita básica.

Ir a la escuela era asomarse al mundo, a la pequeña civilización; ahí volvía a ser niña al jugar con sus compañeras. Su mayor aventura era correr con su amiga, a la salida del colegio, hasta la plaza del pueblo para subirse a un viejo columpio que, desvencijado, todavía podía llevarla sobre su tabla y hacerla sentir ese vértigo que tanto placer le causaba.

Cuando el reloj del viejo campanario marcaba las cinco de la tarde, despertaban de la ensoñación y corrían cada una a su casa tratando de recuperar el tiempo y no despertar sospechas de su aventura.

Le esperaba un cerro de platos sucios o un montón de ropa que debía restregar en la batea que, en invierno, guardaba pequeños trozos de escarcha.

Sus manos amoratadas de frío las calentaba, al final de la jornada, en el fogón de la cocina.

Entonces, a la luz de una mortecina vela estudiaba.

Una clara voz interior le decía que toda su vida sería igual si se quedaba en ese lugar.

Una noche, el hermano de su mamá, con aliento a vino digerido, entró al cuarto donde dormía, le tapó la boca con una de sus manazas y la penetró sin misericordia.

Días después, se armó de valor y horrorizada le contó a su madre.

La inesperada respuesta fue que ella era la culpable, que seguramente lo andaba provocando o que era una mentirosa. Su tío jamás haría eso.

Entonces, decidió que nunca más viviría en ese lugar. Como pudo, juntó algo de dinero y en el colegio se despidió de su amiga, tomó una vieja micro que pasaba por el lugar, llegó a Temuco —que estaba a una media hora del poblado— y compró un pasaje a la capital.

Mordió penas, soledad, atropellos.

Nunca se acostumbró a vivir en la gran urbe. Pasó su vida criando hijos ajenos, los que contrastaban con su piel mestiza y que cuando grandes le enseñaron la palabra ingratitude.

Soñaba con volver alguna vez a recorrer las calles somnolientas de su pueblo, soñaba que volvía a jugar en el viejo columpio.

¹ Choca: desayuno, merienda o colación (nota de la editora).

Cuando cumplió sesenta años decidió, para el Dieciocho, volver. Compró con tiempo su pasaje.

El terminal era un hervidero de gente, bullía.

En el tumulto, una mujer llorando a gritos, de ventanilla en ventanilla, rogaba por un pasaje urgente a Temuco; su hijo había fallecido.

Todo agotado, nadie la escuchaba, la empujaban con sus bultos.

Entonces, María se acercó y la abrazó suavemente. La mujer le contó su tragedia y ella la escuchó atenta. Luego, puso delicadamente el boleto entre sus manos y le dijo: "Aquí está su pasaje, entiendo su dolor". Largos minutos estuvieron abrazadas. La angustiada mujer lloraba desconsolada, balbuceaba: "Gracias, gracias".

María se marchó caminando en paz, bajo la lluvia; total, a ella nadie la esperaba.

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Ñuble

Chillán

67 años

Por no querer amarrar al cura en el 59

Emeterio Jaramillo Mora

Resulta que eran vacaciones de invierno. Yo estudiaba en Chile Chico, iba siempre a la iglesia; yo era muy católico en esos años. Todos los domingos iba a misa y participaba activamente de la comunidad cristiana. Un día le conté al cura Constantino —Tachuela le decían por sobrenombre— que me iba en el “Cote”² para mi pueblo, Río Tranquilo, y que el barco llegaría hasta Puerto Cristal; lo que sucedía a menudo, porque estos barcos eran de la Empresa Minera Aysén (EMA). Me dijo: “No te preocupes, cabro, yo te voy a acompañar, conseguiré quien nos lleve hasta Tranquilo e iré a misionar para el interior del lago” (Lago General Carrera, el segundo lago más grande de Sudamérica). “El barco sale en tres días más”, le dije yo.

Y nos fuimos el martes 30 de junio de 1959. Salió don “Cote” como a las siete de la mañana desde el puerto en Chile Chico y llegamos a Puerto Cristal como a las tres de la tarde. Iba bastante más gente, porque en esos años Puerto Cristal tenía mucho movimiento. Para Tranquilo íbamos con un amigo y compañero de curso, mi hermano y el cura. Como el barco llegó hasta ahí no más, teníamos que buscar un transporte para nuestro destino, que quedaba al otro lado del lago, como a un día de navegación en esos años. Preguntamos bastante, hasta que nos dijeron que en dos días más salía el bote del zurdo Mena, un comerciante de hortalizas que iría a vender a Puerto Cristal y de regreso haría el recorrido hasta Tranquilo. No nos quedó otra que buscar refugio; la gente era muy buena en esos años, nos alojamos con una familia de amigos de mi padre.

Como era el único medio, en dos días salimos tempranito. Eran como las dos de la tarde y se empezó a levantar un temporal. El zurdo Mena nos dijo: “Amárrense al bote”. Y bueno, nos amarramos, porque las olas eran grandes, pero el cura Constantino dijo que él no lo haría por la fe que tenía, que Dios lo salvaría. Le dijimos muchas veces que se amarrara, pero no hizo caso. En eso estábamos cuando vino una ola gigante, como el cerro San Valentín (4.058 metros de altura), y nos dio vuelta el bote. Después de estar un buen rato en el agua, logramos enderezarlo, pero perdimos al cura. Lo buscamos hartito, Dios sabe cuánto. “Pobre cura”, dijimos.

Finalmente, salimos en Mallín Grande. Ahí había, en esos años, unos cuantos pobladores. Les dijimos a todos que nos ayudaran a buscarlo; nos tuvimos que quedar a ayudar porque el cura era nuestro compañero de viaje. Los tres pensábamos y decíamos: “Lo hubiéramos amarrado nomás, mejor era que se enojara a que perdiera la vida”.

Pasó más o menos una semana y lo encontraron unos pobladores que lo buscaban por la orilla. Ahí estaba, en unas bardas, justo había un hoyo y ahí se guareció. Contó que había bastantes ramas y pasto y que se lo había comido todo. Gracias a Dios, no le había pasado nada, solo había perdido todas sus cosas.

Como el cura había perdido todo, se les ocurrió a las mujeres que iban siempre a escuchar su misa, que harían una visita a todos los vecinos para pedir cooperación, aunque sea que alcanzara para la capa del cura.

² Cote: barco minero (nota del autor).

Se organizaron bien con caballos y salimos tempranito, porque el cura iba a seguir su viaje con nosotros. Así es que ya como a las doce del día, después de pasar por casi todos los ranchos, llegamos donde Eliazer Aguilante. Le dijo la señora Juanita, la más pechoña de todas: "Fíjese, don Eliazer, que el cura Constantino perdió todo en el naufragio y nosotros andamos pidiendo cooperación para la capa del cura". A lo cual don Eliazer contestó: "Pero para qué necesitan cooperación, tráiganmelo, yo lo capo gratis".

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Aysén

Coyhaique

75 años

La última (eS)cena

Juan Tancara Chambe

El hombre tomó las patas traseras del cerdo y las maniató con una soga. Las ataduras no podrían ser resistidas por el animal, no tendría ninguna chance. Quiso huir. En vano procuró alejarse algunos metros del lugar donde lo habían confinado hacía varios días. Estaba amarrado del cuello, como para este momento.

Había un señor en una esquina, atento a lo que pasaba. Parecía una visita ocasional de alguna familia de la aldea, había venido del extranjero, dizque del sur; iba de un lugar a otro con una cámara fotográfica en el cuello registrando lo que se le ocurriese, y la escena que se le iba a presentar ese día era una buena ocasión para hacer imágenes. Este hombre recordó que en su niñez había escuchado que a una señora, por no haber más alternativas en el hospital donde se encontraba enferma, le pusieron un corazón de chancho, allá en Chile. "Qué absurdo", se dijo en ese momento.

Con presteza y con la experiencia que le caracterizaba después de haberlo hecho varias veces, la persona que ese día cumplía el rol de verdugo suspendió al condenado de sus extremidades, las que fueron atadas a unos palos dispuestos en forma de arco; un patíbulo improvisado, claro está, pero bien firme. Dos jóvenes le vinieron a ayudar, ataron las puntas de las cuerdas a unos árboles cercanos para resistir mejor el peso del cuino³. El chucho comenzó a ladrar, presentía que nada bueno estaba ocurriendo en la casa. La víctima expulsó un grito, seguido de otros más, que eran de espanto y angustia. Un ser vivo –y en especial un mamífero como este, bien se sabe– tiene sentimientos, guarda miedos y conmociones. Su cuerpo colgado se balanceaba de un lado a otro buscando vanamente desprenderse de las amarras que le mordían con saña; boca abajo, su resistencia sería menor. ¿Por qué este destino violento y desalmado? Los seres humanos deben generar ingresos de algún modo.

El desafortunado no podía defenderse, pero es que ¿pudo alguna vez? Nunca. Siempre estuvo a merced de las manos que en algún momento lo querían liquidar. Cuando era un lechón andaba detrás de su madre, procurando una protección y algo más. No hay libertad para estos seres, así es su vida. A veces era sometido a crueles golpizas y a retos.

El estar con las patas prendidas y la cabeza apuntando al suelo le impedía desgañitarse con todos los vientos posibles. El mirón de la cámara se ubicó a un costado, había estado fijando algunos instantes del acontecimiento. No hacía mucho calor, un aire fresco recorría la aldea. Ese día estaba nublado. Unas mujeres lavaban cerca unos platos, y muy próximo a donde ocurría la ejecución, hervía una gran fuente con agua; el fuego era alimentado con troncos. La había dispuesto el ajusticiador, que tenía puestas unas botas de goma, un gorro que le protegía del sol y una playera sudada de trabajos anteriores. Se veía serio y decidido a efectuar la labor rápido, antes del mediodía, según se comprometió ante la dueña de la casa.

La víctima continuaba dando a conocer el pánico, su tamaño era como el de un hombre mediano. Gruñía, refunfuñaba, arrojaba una pesadumbre ilimitada. Un destino loco le exigía sufrir mucho antes de irse y ser atormentado sin fin.

En el comedor, a cierta distancia donde sucedía todo aquello, estaba la mujer del alcalde; almorzaba invitada por una de las hijas de la dueña de la casa. Esta le pidió a una muchacha, quien acompañaba a

³ Cuino: cerdo (nota de la editora)

la esposa del alcalde que, por favor, encienda una rocola que había en el otro patio, puesto que no quería escuchar el griterío; este traspasaba las murallas de los cuartos hechos de madera. Ella dijo que no podía comer oyendo los chillidos, ya que sentía —señaló— tristeza. Por eso parecía mejor en ese momento aumentar el volumen de aquel artefacto, para no oír. Otras mujeres que también estaban allí actuaban con naturalidad, como si nada pasara. Habían visto este espectáculo tantas veces que no les importaba. A través de la rocola comenzó a plañir la voz de un artista de la década de los ochenta del siglo pasado.

Mientras la música sonaba, el verdugo, luego de constatar que el sentenciado, agobiado por la posición en que estaba, oponía escasa resistencia, le palpó meticulosamente con los dedos el lugar donde le temblaba el corazón. Con prontitud y de una vez, clavó justo ahí el cuchillo. Fue certero, evitando confundir el punto vital que había identificado antes con precisión. Extrajo aquel filo, pero solo para enterrarlo otra vez en el mismo lugar; vuelto ahora una herida que expulsaba aire y mucha sangre. Removió la daga dentro del órgano. La víctima tiritó con las últimas energías que le quedaban, pues la vida ya se le iba.

El líquido carmesí salió expulsado a borbotones. Los ojos del condenado se habían teñido de rojo; veían sin ver, mientras continuaba chillando, como decían los del lugar. Se contorsionó y movió el arco, pero las fuerzas ya no le respondían. El hombre sacó la hoja para clavarla una vez más, para rematarlo. La sangre le chorreaba por su antebrazo; la víctima finalmente dejó de agitarse. Por un momento pareció que sus ojos pedían ayuda, pero el auxilio no podía venir de ningún lado. Estaba sentenciado por una "justicia" que solo podía venir de los seres humanos. Sus córneas ensangrentadas se dirigieron al señor de la cámara, al mirón, quien tomó con fuerza el aparato en sus manos. Dio un brinco, el último movimiento, y en sus pupilas ya casi sin vestigios de vida, se reflejó el *flash* de una foto.

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Arica y Parinacota

Arica

49 años

La pela de duraznos

Lidia Gálvez Gálvez

Cuando recuerdo mi niñez en el campo de los valles transversales de mi país, no puedo dejar de acordarme de esas verdaderas fiestas que eran, para nosotros, las reuniones para pelar los duraznos y convertirlos en huesillos. Cada cierto tiempo me invade la nostalgia y mis neuronas se agilizan para que ese recuerdo traiga al presente esa etapa de mi vida. Hoy intentaré contarla a quienes quieran conocer ese pasado.

En los pequeños predios agrícolas de los campesinos se acostumbraba a tener árboles frutales para el consumo familiar. Entre ellos, los más apreciados eran los duraznos, que en el verano se convertían en huesillos. Bastaba pelarlos con un cuchillo de vuelta (instrumento creado por ellos para sacar una cáscara delgada). En las noches campesinas, los vecinos acudían a la ramada, donde había "pela" y ayudaban al dueño. Espero que se distraigan conociendo, o quizás alguno pueda recordar estas hermosas fiestas del campo.

Siempre, en la ramada en la que había una pela, la estrella era la victrola⁴, por lo que, mucho antes de llegar a la entrada, solía escucharse su música. Algunas veces, algo nasal por el deterioro de las agujas por donde pasaban los discos de 78 de la época. Era una forma de agradecer y entretener a quienes estaban colaborando en el trabajo.

Al centro de la ramada, la pila de los duraznos impregnaba de un olor especial la ramada, que hace que el humo de las velas o del carburo de las lámparas no llegue a los contertulios.

De repente, llega un viejo seguido de una tropilla de niños que se sientan en un rincón. Es el viejo cuentacuentos del lugar, quien viene a amenizar la reunión. Los niños le piden cuentos de guerra, de aparecidos o del diablo. El viejo los complace contando un cuento de su amplio repertorio, que lo escuchan todos los presentes, dejando descansar, por un rato, a la victrola.

La luz de la luna entra por entre las ramas que forman la ramada; se enciende el carbón del brasero y aparece un enorme queso de cabra de color rosado. Lo llaman queso compuesto y toma ese color por la porción de ají que se le pone al hacerlo. Se preparan los mates y los sángruches, y se hace un alto en la victrola. Es otra forma de festejar a los presentes.

El mate lleva yerba que se importa de Paraguay o de Argentina, azúcar de cuadro y una ramita de cedrón. Mientras se sirve este ágape, la victrola sigue con su música y los cuchillos de vuelta descansan de la faena. Es ahí donde la juventud aprovecha de bailar algún corrido mexicano o una cueca, nuestro baile nacional.

Terminado el descanso, continúa la segunda parte de la pela. La ruma de duraznos ha ido achicándose y los niños ya se ven con sueño, por lo que se está terminando la fiesta de ese día. Ya al siguiente, o en unos días más, volverá la invitación a la pela de duraznos de otro campesino del lugar.

Terminada la ruma de duraznos, el dueño de casa abre una damajuana de mosto de su cosecha y ofrece un vaso a cada uno de los que colaboraron en el trabajo.

⁴ Victrola: chilenuismo para la palabra "vítrola", tocadiscos o gramófono (nota de la editora).

Algunos se quedan un rato más conversando, mientras otros caminan hacia sus hogares que están diseminados por el campo. La luz de la luna les ayuda a caminar sin peligro por las calles de tierra. Nosotros, la juventud que también colaboró en la faena, marchamos cantando canciones de moda, agradeciendo que estamos de vacaciones de verano, olvidándonos de la escuela, las clases y los profesores, y recordando que el próximo día iremos a bañarnos al río.

He vuelto a vivir una etapa de mi juventud. Es la magia del recuerdo, a la cual recurro a menudo para cubrir mi tiempo de ocio. Siempre he escuchado decir que a la gente de edad le gusta recordar su vida pasada. Creo que es una verdad y que eso nos permite mantenernos cada día mejor, disfrutando de esos recuerdos. Han pasado los años, pero me siento muy feliz de lo que fue mi vida campesina y así permitir que las nuevas generaciones conozcan la vida de campo contada por quien la vivió.

Premio especial a la trayectoria

Región de Valparaíso

Quilpué

83 años

Don Rafael Díaz

Víctor Castillo Villegas

Era un personaje en las haciendas de Nicolasa y Atacama, ambas ubicadas al este de Freirina. Trabajaba como operario, ya había pasado los setenta años y vivía en una casa de color blanco que estaba muy próxima a la finalización de la ladera sur del cajón del valle. Contaba con un numeroso grupo familiar, sus hijos —cinco mujeres y un solo varón— y cinco nietos. Junto a su residencia tenía un espacio que lo ocupaba en chacras, donde sembraba maíz y algunas hortalizas. Además, su esposa, doña Luisa, criaba gallinas y patos.

En su trabajo se le veía algunas veces sembrando los potreros y a cargo del regadío de ellos. En otras ocasiones, conduciendo carretas tiradas por bueyes, donde la larga picana le servía para apurar el tranco al Maravilla y al Lucero.

El rechinar de las ruedas de las carretas y la voz de don Rafael se escuchaban nítidos al bajar por los tortuosos caminos. Esto ocurría en el período del acarreo del pasto de los potreros a las canchas, para secarlo y después proceder a la fabricación de fardos y colizas.

Los sábados, en verano, a don Rafael lo invitaban los familiares de don Samuel Castillo, director de la escuela —la mayor parte de ellos eran estudiantes— para pasar un momento de convivencia, donde la guitarra de don Rafa trinaba bajo los árboles del huerto del colegio. Muchas de las canciones que él interpretaba eran de su propia autoría; sus polcas, cuecas y rancheras de pícaras letras siempre llevaban un contenido de doble sentido.

Recuerdo que una tarde de verano había varios jóvenes escuchando las canciones de don Rafa. Este caballero tenía unos bigotes anchos y largos, terminados en arco hacia arriba, cubriéndoles los carrillos; por estos mostachos había recibido el apodo de Changallo, camarón de río que se reproduce en las profundidades.

Algunos de estos jóvenes quisieron reírse de don Rafa por sus grandes bigotes y su avanzada edad. Entonces él, sin inmutarse, les manifestó lo siguiente: "Jovencitos, así como ustedes se ven, yo me vi; así como ustedes me ven, así ustedes se verán". Luego, hubo un silencio y después brotó un sonoro aplauso de los mayores, solidarizando con don Rafa.

Así fue como se ganó el respeto y admiración de todos los habitantes de las dos localidades. Siempre fue invitado a amenizar cumpleaños, matrimonios, bautizos y onomásticos. Creo, sin equivocarme, que don Rafa llegó a ser un hombre muy estimado y respetado por niños, jóvenes y adultos.

Se dice que en el año 1971, una folclorista de nivel nacional recorrió Chile buscando las raíces del folclore campesino. Al llegar a esta localidad, invitó a don Rafael Díaz para que mostrara su producción musical, quedando gratamente impresionada por el cantautor al cantarle las canciones de su autoría. Se comenta que esta folclorista se llevó para Santiago varias piezas musicales de don Rafa, cuando recién se estaban conociendo las grabadoras. Después se supo que la canción que hicieron famosa Los Perlas correspondía a la autoría de don Rafael. Aquella que lleva por título "Corre que te pilla la araña peluda".

La mayor de las hijas de don Rafael, Olga, pudo haber sido millonaria, pero el destino le jugó una mala pasada. En ese entonces, el Servicio de Impuestos Internos llevaba a efecto un sorteo a nivel nacional, donde se premiaban boletas de compra y venta con un premio de 80 millones de escudos. La pulpería de

la Hacienda Atacama, de propiedad de la firma Ñuble y Rupanco, fue la que extendió la boleta ganadora del correspondiente sorteo, siendo la señora Olga Díaz Fredes la feliz ganadora. Debido a que el despachador colocaba el nombre en las boletas de aquellas personas que compraban en este local comercial, incluso se tuvo conocimiento de que ella había adquirido un embudo en esa ocasión.

Hacia dos meses atrás que su señora madre, doña Luisa, había fallecido. Para llevar a cabo el velatorio de la difunta, se botó todo lo que no servía a un tambor de la basura y se echaron todos los papeles que no tenían importancia. El fuerte viento que por las tardes se hace más intenso en este lugar, debe haberse llevado entre los papeles sueltos la boleta premiada. Fueron muchas las personas que llegaron a buscarla en todo el sector adyacente a la casa de los Díaz, en un espacio de más de cinco hectáreas, pero nadie la encontró y el plazo para cobrar el premio había caducado.

A pesar de varias gestiones que se realizaron con la finalidad de que esta señora pudiera recibir el millonario premio, estas fueron inútiles, puesto que el reglamento vigente para esta premiación exigía la presentación de la boleta favorecida, la cual tenía como plazo para ser cobrada 60 días corridos. Si el premio no era cobrado dentro del tiempo establecido, el dinero quedaba en las arcas fiscales. Así sucedió con el premio de la señora Olga. Don Rafael, con mucha filosofía, dijo que aquella feliz noticia que sacudió a su hogar, con el premio de Impuestos Internos, solo había sido un bálsamo que vino a calmar, en parte, el dolor que aún sentían por el fallecimiento de su querida esposa. Además, si ellos nacieron pobres, pobres deberían llegar al Reino de Dios, porque en él recibirían la millonaria herencia de la eternidad, ya que para el padre Bueno, los pobres y afligidos son sus preferidos.

Don Rafael Díaz fue el cantor titular de las ramadas en las Fiestas Patrias, donde su voz sin micrófono —ya que esta tecnología aún no llegaba a provincia— se imponía con su acento fuerte y claro. Solo se acompañaba de su vihuela⁵, donde las cuecas pícaras resultaban inconfundibles en el ámbito de las fondas.

A Don Rafael Díaz hoy debiera recordársele como un personaje de esta comarca, ya que toda la parte agrícola actualmente ha pasado a ser un lugar compuesto de varias parcelas. Por lo tanto, su nombre se ha ido perdiendo en el tiempo. Fue el personaje emblemático de ambas haciendas, especialmente de Nicolasa. Con él se fueron tantas polcas, cuecas y rancheras de su creación musical, quedando solo su "Corre que te pilla la araña peluda" en la voz de Los Perlas.

Premio especial Margot Loyola
Región de Atacama
Copiapó
84 años

5 Vihuela: instrumento musical de cuerda con forma parecida a la de la guitarra (nota de la editora).

Quando El Coralito dice adiós

Ricardo Díaz Fredes

El Coralito nunca debió cruzarse con la muerte. El camión mixto debió haber seguido transportando parroquianos en su cabina y cuanto menester se necesitase en los pueblos del Limarí. Debió continuar mostrando su armazón celeste por ese fértil valle, cual loro trichahue raudo tras su bandada. Debió haber seguido moviéndose sinuoso por las curvilíneas geografías de esas tierras para muchos olvidadas. Debió continuar siendo protagonista para aquellas almas que quedaron difuminadas por Carén, El Palqui, Monte Patria o Carachilla. El Coralito jamás debió transportar a la mismísima muerte. No. Debió haber seguido llevando braseros, mallas para gallineros, canastos, quesos, frascos de mermeladas, cachitos de miel y nueces, pero no a la muerte. Y mucho menos a un angelito.

A Flor se le adelantó el parto. Se le rompió la bolsa cuando estaba pastoreando cabras pasadito de la quebraba La Culebra. A Enrique le avisaron cuando estaba a punto de salir del fundo, de retorno a su amado pueblo de Guallillenga. Partieron altiro al hospital de Ovalle en la camioneta del patrón. Si bien las cosas estaban un poco tensas por toda la batahola generada por la Reforma Agraria, cuando se trata de la familia el corazón tiende a mostrarse tal como es.

La guagüita nació morada. Pese a sus problemas respiratorios, se mantuvo bien despierta. Cuando Enrique la vio, se enamoró de sus ojitos achinados, igualitos a los de su Flor. Y era morena, de pelito negro y frondoso como todas las de su estirpe. Esos tres días que él esperó arropado como pudo en los pasillos del hospital, su mujer los pasó inconsciente. No alcanzó a enterarse de nada ni menos conocer a la criatura, su primogénita.

Cuando a Enrique le confirmaron lo que le decía su intuición, lanzó un grito largo y lloró a sobresaltos. Los hombres no lloran, así que ese llanto parece que lo tenía ahogado hace años. Su mamá, su hermana y su suegra bajaron la cabeza y se mantuvieron en silencio mirando las baldosas del pasillo, como si pareciesen acostumbradas al dolor y a las malas jugadas del destino. Como pudieron, reunieron los escudos suficientes para comprar un ataúd. Cuando le entregaron a su hija, Enrique dejó atrás el hospital y partió con la pequeña una bajo el brazo, seguido de las mujeres de su familia. Atravesaron la Alameda, y a su paso pareció que el tiempo se detuvo. Los vehículos interrumpieron los bocinazos, cesó el golpetear de los caballos contra el asfalto y los transeúntes guardaron silencio. Unas cuantas mujeres se persignaron, mientras que otras se vieron reflejadas en la escena.

Enrique mantuvo su mirada en el suelo, pocas veces la levantaba; solo alzaba el mentón y miraba fijo a los ojos cuando se trataba de denunciar una injusticia, como las tantas que ocurrían en el campo, sumadas a las que había tenido que soportar su familia. El único hombre era, luego de tantas generaciones de mujeres solas y maltratadas, y eso lo había hecho heredar el deseo de cambiar las cosas.

El pequeño cortejo tomó la calle Maestranza, al tiempo que el sol de enero hizo que las sombras de los deudos se proyectasen a lo largo de toda la vía, como almas en pena gigantes. Al llegar a la feria Modelo, un grupo de floristas se acercó a las mujeres y les entregó claveles, rosas, crisantemos y *lilium*. Enrique buscó al conductor de El Coralito y acordaron que en media hora iniciarían el viaje con destino al cementerio de Sotaquí. El joven, con su hija dentro de un féretro, y las mujeres se acomodaron en la cabina. Alguien tuvo la ocurrencia de amarrar unos gladiolos blancos sobre el chasis del camión, mientras el resto de los pasajeros y sus mercaderías se instalaron como pudieron en el espacio para la carga. De pronto, justo antes de partir, dos hombres con guitarras y un par de mujeres se acercaron respetuosos a los dolientes y les pidieron acompañarlos hasta el camposanto. La familia accedió y les hicieron espacio en la cabina. El Coralito hizo rugir su sonoro motor e inició su recorrido.

A poco andar, Enrique levantó la tapa del cajón, donde se pudo ver a su hija vestida de blanco. Las mujeres comentaron lo hermosa que era y comenzaron a rezar un padrenuestro. También le pidieron a la Virgen de Andacollo que acompañara a la guagüita a su nuevo destino y que protegiese a toda la familia.

Enrique rompió el silencio. "Agustinita... Quería tanto conocerla. Incluso anoche, cuando conciliaba el sueño en el hospital, soñé con usted. Se despidió de mí y de su madre, y me agradeció por haberla *cuidao* antes de que naciera. Me dijo que no estuviera triste, que Diosito me va a mandar a sus hermanitos y que ellos verán el esfuerzo que estamos haciendo ahora. *Usted* nos va a cuidar, aunque creamos que no podemos con tanta mala racha que se nos viene..."

El joven bajó la cabeza y sus lágrimas empaparon el cristal, donde se pudo ver a su hija con un cintillo de flores blancas. De repente, los desconocidos viajeros comenzaron una melodía con las cuerdas de sus guitarras, cuya melancólica vibración pareció difuminarse por cada poblado, viña o riachuelo por donde pasaba el camión. A esa música, siguió una salutación a la criatura:

*Saludo, primeramente,
a tu tristísimo padre,
también recuerdo a la madre,
que te aguardó dulcemente.
Saludo a esta bella gente
y a este precioso angelito,
que viaja en El Coralito
hacia su última morada,
con nuestra alma destrozada,
pero un amor infinito.*

De pronto, las mujeres que iban en la cabina parecieron ver tras las cortinas floridas del camión a distintas personas a ambos costados de la ruta agitando unos pañuelos blancos. A ninguna le pudieron ver el rostro, ya que cuando volvieron a mirar las visiones habían desaparecido. Un niño que iba sentado atrás, sobre la mercadería, contó que vio a un hombre que se sacó la chupalla y que luego se desintegró. Eso fue justo antes de la animita que está al costado del puente sobre el río Grande.

La voz sobre el velorio de una guagüita al interior de El Coralito se corrió rápidamente por los caseríos del valle. Unos dicen que fue el cariño innato que demuestra la gente de campo, otros lo atribuyeron a una extraña fuerza que les hizo intuir lo que pasaba. Lo cierto es que cuando el camión mixto se fue acercando al cementerio, las calles aparecieron repletas de globos blancos, con cientos de personas con flores en sus manos esperando abrazar a los deudos y expresarles su cariño. Incluso, al llegar al camposanto, la criaturita ya tenía una tumba reservada. De los cantores, nunca más se supo.

Han pasado casi 30 años y Enrique ha podido, a intervalos, soportar el dolor. Un fuerte viento le vuela la chupalla y tras un enorme sauce descubre a El Coralito con sus llantas desinfladas y cubierto de ramas y polvo. Se acerca y se mira en el espejo retrovisor. Pasado y presente se superponen en su vista. Está más viejo y cansado, pero no por eso menos atento. Está seguro de que unos ojitos achinados se han cruzado con los suyos y se han perdido en el follaje. Mientras vacila, un par de ramas le rozan la barba cana, como si lo acariciarán.

Mención honrosa
Premio especial Margot Loyola
Región de Coquimbo
La Serena
37 años

★ Mi dialelo⁶

Martina Lagos Carrasco

Cinco de la mañana, el sol aún no sale; es horario de invierno, por lo que no se verá el sol hasta un par de horas más. Al mirar por la ventana se da cuenta de que la neblina es espesa, por lo que el frío es notorio. La tetera suelta un chillido, el agua ya está hervida. Un té de hierbas y un pan con dulce es todo lo que desayuna, su cuerpo rechazaría algo más contundente. No hay muchas frutas en esta temporada, por lo que su almuerzo solo será una cazuela que lleva días congelada.

Seis de la mañana, sale de la casa, la escuela está a kilómetros de distancia; si se tardara un minuto más de lo necesario, llegaría tarde. El frío es imponente y altanero, se cuela por todos lados, la bufanda no cuida su cuello lo suficiente. Sabe que mañana ya no tendrá una voz sana, su nariz está roja con el frío; sabe que mañana tendrá síntomas de resfriado, ya no la siente; al igual que sus manos y pies, sus rodillas duelen, la edad le juega en contra. Sus zapatos no son lo suficientemente cálidos o blandos, sabe que mañana estarán hinchados. Aún no hay indicios de que el sol vaya a salir, por lo que se mantiene caminando bajo los faroles que hay cada cien metros, el miedo es constante, aún está oscuro, está aterrada, es mujer.

Siete de la mañana, ya puede divisar la escuela entre los árboles y pequeños montes, ya hay algunos niños fuera de esta, jugando, gritando, esperándola. Internamente se regaña por distraerse con el paisaje o cansarse demasiado, mañana promete que saldrá antes. Los niños, al verla, corren hacia ella, la abrazan y se esconden entre sus piernas. Puede sentir sus pequeñas manos congeladas y el frío traspasa sus desgastados *jeans*. Abre las puertas, entran acompañados de risas y gritos por montones. Su corazón late con fuerza al verlos reír y jugar, recuerda la razón por la que hace todo esto.

Siete y media de la mañana, el fuego ya está encendido, espera que sea suficiente para calentar la sala; por ahora se concentra en alejar a los más pequeños de este. Comienzan a llegar los niños faltantes. Aun así, hay una gran baja de estos, se entera de que la mayoría están enfermos. El frío se ha apoderado de sus pequeños cuerpos, causándoles un resfriado. Espera que los pequeños no se agraven, el hospital más cercano está a kilómetros de allí. Ella solo piensa en qué pasará cuando lleguen las lluvias intensas... La clase comenzó.

Llegó la hora del almuerzo. Uno de los niños no llevó nada, por lo que tuvo que cederle el suyo; uno de los niños comenzó a llorar; uno de los niños está estornudando, sabe que mañana habrá muchos menos que ahora; uno de los niños se golpeó; uno de los niños quiere su casa, algunos niños le gritaron; algunos niños están cansados; algunos niños se pelearon... Ella... ella no da más.

Seis de la tarde, por fin ha dejado todo limpio para mañana. Los niños se han ido hace apenas una hora, su cuerpo está congelado, débil y hambriento. Deja todo impecable para la clase del día siguiente. Cierra con llave, comienza su retorno a casa. Ya se ha oscurecido, nuevamente camina sólo por donde los faroles iluminan, nuevamente tiene miedo. Es mujer, cualquier cosa puede pasar.

Siete de la tarde, ha llegado a casa, está fría y solitaria. No hay nadie en ella, a veces extraña el ruido de sus compañeras. Todas han dejado el pueblo, la vida en este no es sencilla. Una vez que la casa comienza a tomar temperatura, se da una ducha. El agua está helada, nuevamente no funciona el

⁶ Dialelo: sinónimo de círculo vicioso (nota de la editora).

calefón, ya es casi seguro que mañana también tendrá un resfriado. Hace sopaipillas para comer algo diferente. Sobran muchas, así que decide que al día siguiente las llevará para dárselas a los niños. Ella está cansada, su cuerpo está cansado, recuerda que su cuerpo ya tiene 50 años, no es la mujer de 25 a quien le sobraba la energía.

Ocho de la noche, su cuerpo no da más, espera que el fuego se apague para ir a dormir. Mientras espera, prepara la clase de mañana. Por un segundo piensa en avisar que no podrá ir, luego piensa en los niños que se quedarán horas esperándola o los que deberán volver caminando a sus casas. Recuerda que perderán un día de aprendizaje, que su vocación y amor por los pequeños es más fuerte que el cansancio de sus piernas. Ya son las nueve de la noche cuando se va a dormir, apenas toca la almohada cuando se sume en un profundo sueño.

Cinco de la mañana, su reloj biológico ya está acostumbrado, se levanta y el sol aún no ha salido... La historia vuelve a repetirse.

Mención honrosa

Premio especial profesor rural

Región de Los Ríos

Valdivia

17 años

¡Jallalla' a las mujeres de polleras!

Iván Salas Madrid

Una mujer de polleras ve pasar mucha gente, principalmente hacia el interior, hacia otros pueblos de la precordillera y el altiplano de la provincia de Parinacota. Está sentada en una piedra, a orillas de la recién pavimentada ruta internacional 11-CH. Aparte de las polleras, viste un sombrero de paño negro, una amplia blusa blanca y un colorido aguayo⁸ cruza su espalda, donde se asoma la cabeza de una pequeña niña. Las largas trenzas negras de la mujer de polleras desafían la leve brisa del lugar. Piensa en esa gente, sabe que van a pueblos de más arriba, como Socoroma, Putre, Parinacota o Lago Chungará, y muchos de ellos van a Bolivia. Y sabe también que los que van hacia abajo se dirigen a los llamados pueblos de la costa, como Arica e Iquique.

Como siempre, en su mente y en su corazón, conversa con su madre: "Mamitay, allá en nuestro pueblo de Belén⁹, que tiene camino de tierra nomás, entra poca gente, pues. Por acá, que ahora es carretera, pasa harta en buses, camiones y autos. Y muchas veces hacen un descanso en este lugar. Así que conversé con mi viejito y acá nos vamos a saber instalar todos los fines de semana, hasta vender todititas las verduritas de la chacra: le tengo harto verde, pues; también habitas, zanahoria, cebollita, ajo, papita, hasta papita chuño le tengo. Mamitay, con mi viejito le ponemos de sol a sol en la chacra, cosechamos buena verdura, pues, así que nos irá bien con el amparo de la Pachamama¹⁰ y el tata Inti¹¹".

El fin de semana siguiente llega desde su pueblo con sus verduras a lomo de llamas, traídas por caminos troperos, por el Qhapac Ñan¹² milenario. Se instala ahí mismo. Pero primero, como indica la tradición, respetando la dualidad hombre-mujer, ofrece una *pawa*¹³ tradicional con su viejito. Todo para pedirle a la Pachamama que les vaya bien. En ese momento, llegaron los primeros clientes que se asombraron de su ceremonia ancestral al ver la mesita puesta en el suelo, con su aguayo, con sus hojitas de coca, su alcohol, su incienso y las ofrendas de verduras. Más se sorprendieron cuando, en conjunto con su esposo, empezaron a rociar con alcohol los cuatro costados del aguayo. "Mamitay, tan linda que salió esa *pawa*. ¡Un poquito de alcohol por la Pachamama, *jallallaaaa*! ¡Por el tata Inti, *jallallaaaa*! ¡Un poquito de alcohol por nuestros *achachis*¹⁴, *jallallaaaa*! ¡Porque nos vaya bien y vendamos nuestras verduras, *jallallaaaa*! Mamitay, y supimos vender todititas mis verduritas. Mamitay, con buenos precios, pues. De ahí nos volvimos con mi viejito, contentos a nuestro pueblo, pues".

Desde ese día, todos los fines de semana se instala al lado de esa piedra acogedora. Siempre vende todo rápidamente. Incluso le sobra el tiempo y decide hacer una *apacheta*¹⁵, como bienvenida y marca de su territorio, a la que va agregando piedras cada vez que puede. "Mamitay, mucha gente buena pasaba por ahí, algunas venían de pueblos cercanos a comprar mis verduritas. Mamitay, recuerdo a una familia que venían a pie, tirando su burrito cargado, pero no tenían dinero y querían hacer trueque, pues. Yo les cambié mi verdurita por unos ricos tumbos¹⁶, y otra semana trajeron orégano, pues, y así... hasta que un

⁷ Jallalla: palabra aymara que se usa para expresar bienaventuranzas, enhorabuenas y parabienes (nota del autor).

⁸ Aguayo: especie de manta multicolor usada en el mundo andino para cargar cosas y, especialmente, niños pequeños (nota del autor).

⁹ Belén: pequeño pueblo de la comuna de Putre, en la provincia de Parinacota, Región de Arica y Parinacota. Se ubica en la precordillera a 3.240 m.s.n.m.

¹⁰ Tiene una población aproximada de 50 habitantes, los que se dedican a la ganadería y agricultura de subsistencia (nota del autor).

¹¹ Inti: dios sol para la mayoría de las culturas andinas (nota del autor).

¹² Qhapac Ñan: red vial del estado inca, que recorría todo su gran imperio (nota del autor).

¹³ Pawa: ceremonia ancestral andina en la que un hombre y una mujer agradecen las bondades entregadas por la Pachamama. También se usa para pedir que los proteja y entregue nuevas bendiciones, especialmente relacionadas con la agricultura y la ganadería (nota del autor).

¹⁴ Achachis: ancestros, personas ancianas y de gran sabiduría en el mundo andino (nota del autor).

¹⁵ Apachetas: montículos de piedras que se forman comunitariamente con intenciones religiosas o para marcar el camino y/o territorio (nota del autor).

¹⁶ Tumbo: fruto de la familia de las pasifloras de sabor agrídulce muy común en la precordillera andina (nota del autor).

día se quedaron al lado mío para vender sus cositas, el *ayni*¹⁷ ancestral, pues, aquel que tú me enseñaste, Mamitay”.

Mucho tiempo, muchas historias. Gente rica que regatea sus productos, gente pobre que paga lo que ella cobra y, además, le entrega ánimo diciéndole que sus verduras son las mejores. Gente que le pide que venda otras cosas del pueblo. Ella se motiva y sirve de intermediaria de su gente y de tantos pueblos cercanos. Su lugar se llena de artesanía, yerbas de cordillera: chachacoma, rica rica, muña, *llareta*¹⁸, charqui y mucho más. “Mamitay, qué lindo todo, lindos colores, ricos olores de precordillera. Cada fin de semana me devolvía a la infancia, a tus tiempos, Mamitay, cuando teníamos de todo en nuestro pueblo de Belén”.

Ha pasado el tiempo. Esa mujer de polleras ahora recorre los pueblos en camioneta buscando otros productos y se sigue instalando ahí mismo en la piedra, pero ahora por su alrededor se suman otras personas. Entre ellas, una amiga de su pueblo que se instala con un fogón a leña y empieza a ofrecer desayunos, sopaipillas, pancito amasado, especialmente el matecito de coca, que ayuda a los viajeros a soportar el mal de altura, la puna, el terrible soroche. “Mamitay, la gente llegaba y descansaba en nuestro lugar, siempre compraban algo y de a poco se armó el restaurante de mi *kullaka*¹⁹ María. Todos felices y se empezó a crear el pueblo, al que entre todos llamamos Zapahuira²⁰, río solitario, porque empezamos de la nada y ahora han sabido llegar varias familias, pues”.

Avanza el tiempo, con esa lentitud de pueblo, con el ritmo ancestral de la siembra y la cosecha. Esa mujer de polleras sigue escuchando la voz de su Mamitay que le dice que siga, que siga con fe a la Pachamama, al tata Inti y sus achachilas²¹. Y tanto escuchar la voz de su Mamitay, que un día la mujer despliega sus polleras al cielo y se encuentra con sus ancestros. “Mamitay, ahora que estamos juntas quiero mostrarte mi orgullo, ahí en Zapahuira quedó mi nieta, aquella que llevaba cargando en mi aguayo el primer día que supe andar por estos lados. Ella quedó a cargo de las verduras y también la nieta de mi *kullaka* María en el restaurante. Ellas siguen nuestra tradición. Mamitay, ellas son imillas²² luchadoras, son descendientes de la más buena sangre andina”.

Viajera, viajero querido: si hoy pasas y descansas en Zapahuira, mira a un costado del actual restaurante, allí verás una apacheta y, a su lado, una piedra solitaria. Allí habita el espíritu fundador de esa mujer de polleras. Desde lo más profundo de la tierra, te pedimos que pienses en ella y en todas las mujeres andinas, para luego lanzar un homenaje con un grito al viento multicolor precordillerano: “¡Jallalla a las mujeres de polleras!”.

Mención honrosa
Premio especial pueblos originarios
Región de Arica y Parinacota
Arica
56 años

¹⁷ Ayni: es una forma de ayuda mutua y recíproca cultivada en el mundo andino (nota del autor).

¹⁸ Llareta o yareta: arbusto nativo del Altiplano, de apariencia similar al musgo (nota de la editora).

¹⁹ Kullaka: “hermana” en aymara (nota del autor).

²⁰ Zapahuira: pueblo de la comuna de Putre, provincia de Parinacota, Región de Arica y Parinacota, ubicado a 3.400 m.s.n.m. Con no más de 20 habitantes en la actualidad, que giran alrededor de la existencia de algunos restaurantes que sirven como punto intermedio entre la costa, la precordillera y el altiplano de la región (nota del autor).

²¹ Achachilas: espíritus protectores del mundo andino (nota del autor).

²² Imillas: concepto andino que se refiere a muchacha o jovencita (nota del autor).

El abuelo maqui

María Eugenia Medina Pérez

Después de mucho recorrer, una pequeña familia de migrantes llegó a Curicó, la hermosa ciudad de las frutas. Ellos eran Agustín, Elías, Sandino y Emilia. La ciudad los recibió con una primavera generosa en viento, flores y alegría. Ahí buscaban estabilidad y tranquilidad, no sabían nada de la ciudad y sus habitantes, tan solo habían escuchado algo sobre los alrededores de la casa que los esperaba para vivir momentos inolvidables.

Un día, Agustín, el hijo mayor de la casa —un niño de seis años, curioso, juguetón y con un instinto de protección por los animales, las plantas y todo lo que abarcara la verde naturaleza—, al ver a Emilia, su mamá, ordenando el jardín, se ofreció para ayudarla a cortar el pasto y podar las plantas, mientras le hacía muchas preguntas acerca de la tierra, la maleza y cualquier bichito que se cruzara ante ellos en aquel soleado patio. Se deleitaron con las fragancias y colores de todas las flores; hablaron de la fortaleza de las hortensias, del mecanismo de defensa de las rosas con sus espinas, de la delicadeza y elegancia de los nardos, de la versatilidad de los cardenales para crecer donde fuere, de la belleza de los poblados laureles, de la deslumbrante hermosura de las camelias y de la paciencia de las cannas²³, que soportan helados inviernos para después florecer con todo su esplendor cuando el sol primaveral les regala sus potentes rayos. Emilia y Agustín sudaban alegres bajo las sombras de sus grandes sombreros de paja, recordando el calor de su Caribe ya tan lejano, pero agradecidos de su maravilloso jardín en una región prodigiosa por su tierra avasallantemente productiva; ese próspero suelo que solo sabe dar exquisitas cerezas, jugosas uvas, espléndidas manzanas en todas sus variedades por doquier, sin dejar de lado el exótico membrillo y un sinfín de frutos que son un manjar.

Como toda casa recién habitada, les llevaría tiempo arreglar y poner todo a su gusto, pero empezaron por el jardín, ya que su belleza era atractiva sin igual. Cada sábado, en familia, se dedicaban a alguna actividad para crear su paisaje soñado. Desnudaron las flores de la maleza, cortaron el pasto perfectamente simétrico, ordenaron piedras decorativas alrededor de los arbustos; quitaron las hojas secas, pero aún había un árbol grande, de raíces protuberantes, que tenía en su base una alfombra de hojas secas. Emilia, sin titubear, decidió que lo cortaría. ¿Su razón? "Hace mucho sucio", era lo que decía, sin saber que Agustín alegraría a esto: "Mamá, es un árbol que da oxígeno, ¿es que no sabes? Además, mira las frutitas que tiene". Emilia inmediatamente se detuvo a observarlo y le dio otra oportunidad al árbol, mientras preguntaba acerca de él. Su vecina de al lado le dijo que el maqui era el árbol sagrado de los mapuches. Su fruto, aunque es una baya muy pequeña, tiene bondades poderosas y curativas. El árbol está siempre verde sin importar la estación del año y a pesar de ser grande, es flexible y sus tallos y hojas tiernas también son comestibles. Agustín escuchó atento todo ese derroche de cualidades sin parpadear, estaba feliz de tener semejante maravilla en su patio y, sobre todo, de haberlo salvado del impulso de su madre de deshacerse de él.

Agustín no podía esperar a contárselo a su papá Sandino, así que corrió rápido para llegar a casa y, todavía jadeando de cansancio, apenas lo vio le dijo: "¡Papá, el maqui es como un abuelo, grande y protector de las plantas que lo rodean, no podemos dejar que mamá lo corte!". Mientras que Sandino, al escucharlo y con el pequeño Elías de tres años en sus piernas, apoyándose de la inocente pero sabia afirmación de Agustín, dirigiéndose a Emilia con una sonrisa en su rostro, afirmó: "No podemos tener a los abuelos cerca, así que sería genial tener a un abuelo árbol en casa. El abuelo maqui, fíjate bien, da frutos, que

²³ Canna: planta también llamada achira (nota de la editora).

aunque son pequeños, tienen propiedades grandiosas, así como los abuelos siempre tienen grandes y sabias enseñanzas que dar; muestra sus raíces sin vergüenza, como los abuelos que ya no tienen nada que esconder por la experiencia de los años, y a pesar del tiempo y las circunstancias, se mantiene frondoso, dando su verdor a todos, como los abuelos que dan lo mejor de sí aprovechando su vida, porque nunca se sabe cuándo puede llegar su final, y el presente es un regalo”.

La familia ahora se sentía menos sola y era más grata su estadía en el sur, porque ahora tendrían a un abuelo maqui.

Premio especial migrantes

Curicó

Región del Maule

36 años

El pasado nunca fue mejor

Judith Reyes Espinoza

La casa era de aquellas con un patio central y una serie de dormitorios que tenían entrada individual. Eso permitió, en parte, que Filomena pudiera esconder el embarazo durante nueve meses, ya que el abuelo raramente ingresaba al dormitorio de las hijas. Ya le habían preguntado por su vientre abultado, pero nadie pudo corroborar que allí estaba Amelia, quien viviría escondida durante dos años en aquel dormitorio con piso de tierra, sin conocer la luz del sol. En esos años era un pecado tan grande ser mamá soltera, que incluso las madres estaban dispuestas a matar, a esconder o a hacer pasar por hermanos a sus propios hijos. Recién hoy, después de más de 100 años, hemos comenzado a reestructurar el lenguaje: ya no se dice madre soltera, sino que padre ausente.

¿Quién inventó que el sexo es un pecado? (Para la mujer, por supuesto). Sea quien sea, nos puso a todas las mujeres en una posición de objeto, un objeto que se devalúa en cada encuentro amoroso. Si las cosas hubiesen sido así en la prehistoria, nunca habiésemos sobrevivido como especie. Una vez leí que el patriarcado se originó cuando el ser humano comenzó a acumular riquezas, ya que ahí surgió el concepto de herencia, y con ello, la necesidad de estar seguro de que los bienes serían heredados por los hijos biológicos. Y aquí tenemos, en la actualidad, hombres que no tienen nada que heredar y sienten la misma necesidad de controlar la vida y el cuerpo de sus parejas. Otra vez leí que lo inventó la Iglesia, lo que es peor, porque esta premisa de que las mujeres somos asexuadas ha causado un daño inconmensurable a nuestras abuelas, madres y hasta a nosotras mismas en pleno siglo XXI.

En fin, volvamos a la historia. Probablemente, Filomena pensó en tirar a la bebé en el baño de pozo que había en el patio, pero cuando llegó el momento de parir, sola, en esa pieza, se desmayó debido al dolor o, tal vez, debido a su epilepsia... Como sea, eso salvó en parte la vida de Amelia. Ahí la encontraron, ensangrentada, fría y con hambre. La abuela le perdonó la vida, siempre y cuando el abuelo no se enterara. Fue así como muchas veces pusieron una almohada en su boca solo para callar su llanto. En ocasiones, al abuelo le llamaba la atención el ruido. "Es un gato", le decían.

Pasaron dos años y Amelia ya había aprendido a esconderse del abuelo y también a guardar alimentos en el ropero viejo, porque ella siempre debía desayunar y almorzar de las últimas; claro, para no levantar sospechas.

Un día llegó a la casa el tío Elías, quien ya sospechaba de la existencia de la niña. Pidió permiso para ir al baño y se detuvo en el camino. Ahí, en la pieza del fondo, miró por la ventana enterrada y ahí estaba ella. Amelia corrió al ropero, estaba muy asustada, no sabía lo que le esperaba por dejarse ver, o en definitiva, por existir. Así que el tío Elías fue a la cocina y a viva voz increpó a toda la familia, les preguntó que hasta cuándo iban a tener escondida a esa niña... Para la sorpresa del abuelo, ya que todos sabían menos él. Preguntó de quién era la niña, pero nadie quería responder, y frente a la amenaza de golpearlas a todas, la abuela terminó indicando a Filomena. La golpiza que el abuelo le propinó fue tan salvaje que ni el tío Elías lo pudo detener.

Pasaron las semanas, y mientras el cuerpo de Filomena se deshinchaba y recobraba su color pálido, Amelia se fue ganando el cariño del abuelo. Se sentaba en sus brazos y lo acompañaba a darle maíz a las gallinas y se quedaba por horas tirada en la tierra tomando el sol, el mismo que le fue negado durante los dos primeros años de su vida. Pasó el tiempo y la vergüenza del origen y el nacimiento de Amelia se fueron olvidando. No así Filomena, quien tenía claro que ya había pasado a ser una mujer de segunda categoría, alguien que nadie podría querer de verdad. Sentía vergüenza de sí misma por haber amado a un hombre. Mi padre también sentía vergüenza de su propia madre, ya que, para dar credibilidad a su discurso de la virginidad y el matrimonio, nunca me comentó que su madre había sido mamá soltera.

Filomena se casó con un hombre muy malo, porque claro, seguro había normalizado la violencia, pero esa es otra historia. Amelia quedó ahí, al cuidado de la abuela, hasta que se contagió de meningitis, algo muy común en el 1925. Una enfermedad que se llevó a muchas personas de nuestro país, sobre todo a personas del campo, con escasas posibilidades de acudir a un hospital, incluida a mi tía Amelia. En su lecho de muerte, con solo cinco años de edad, murió sola, tal como pasó gran parte de su vida. Mi padre ya había nacido, y desde ese momento mi abuela muy pocas veces tuvo permiso de su esposo para visitar a la niña, razón por la cual no se contagió de esa terrible enfermedad.

Amelia murió y nadie más habló de ella. Rescaté su historia cuando yo tenía 15 años, fue el relato de su hermana Leonor, que tenía miles de historias que contar y que yo me encargaré de escribir. A mí siempre me gustó conversar con los viejos, porque creo que tienen historias fascinantes y, a fin de cuentas, debemos aprender del sufrimiento de nuestros ancestros para cambiar la sociedad actual.

Premio especial mujer rural

Machalí

Región de O'Higgins

38 años

Sopaipilla

Camilo Fernández Ibáñez

Hace un mes y medio me cambié a este barrio y después de mirar por las ventanas, vi a una viejita que se instalaba todos los días afuera de la casa con un toldo viejo, azul y desteñido, y de una sartén gigante, casi con tantos años como los que aparenta tener la anciana, salía un olor a fritanga que me llamó la atención.

Una tarde, cuando me vino un bajón de hambre y la curiosidad me ganó, le pedí a mi padre que me acompañara a ver lo que hacía aquella señora. Eran sopaipillas y empanadas de queso. Las que me llamaron la atención fueron las sopaipillas, ya que se veían diferentes a las que usualmente mi abuela hacía.

En ese momento le pregunté a mi papá por qué las sopaipillas eran diferentes. Él me respondió que eran así porque eran sopaipillas nortinas.

Me detuve por largos minutos a observar la creación de las sopaipillas. De una caja de cartón sacó una bola de masa, del porte de un puño, y empezó a formar un círculo hecho de masa. Después, con su pulgar le hizo ocho hoyos de manera veloz, luego lanzó un pequeñito pedazo de masa para ver qué tan caliente estaba el aceite, y este estaba a punto; ahí fue cuando dejó caer con delicadeza la masa con hoyos en el sartén. El fuego surgía de una vieja y oxidada cocinilla a gas, pero con el calor suficiente para dorar aquella masa que antes era blanca. Después de dejarla freír por cinco minutos, ella, con gracia, levantó la masa ahora dorada y crujiente del sartén hacia un papel kraft. Ahí ella dejaba el resultado final — una sopaipilla — dentro de una bolsa y se lo entregaba a los clientes por el minúsculo precio de 300 pesos cada una.

El sabor de aquella sopaipilla y lo reconfortantes que eran esas tardes de soledad hicieron que la visitara frecuentemente. Ello forjó entre nosotros conversaciones periódicas. Fue ahí que me relató su infancia y su juventud en un pueblo lejano en la precordillera de nuestro norte.

Su niñez, su juventud y su adultez las había vivido feliz, libre y contenta en aquel pueblo que tiene por nombre Parinacota.

Su vida ahí se desarrolló entre nieve, llaretas²⁴, riachuelos cristalinos, montañas imponentes y más. Se dedicaba al pastoreo de sus huanacos, llamas y alpacas. Allí contrajo matrimonio y tuvo dos hijos quienes, al morir su padre, no tuvieron más opción que venirse a la ciudad y buscar trabajo, dejándola sola en su lugar feliz. Pero la soledad y una peste que le entró a su ganado la llevó a venirse con su hermana a la ciudad para hacer lo que hace hoy, cocinar sopaipillas, oficio que de sus antepasados heredaron.

Una tarde, como siempre, me asomé para ir a comprar, pero me extrañó su ausencia. "Ya volverá", me dije, y continúe con mi rutina. Al día siguiente tampoco llegó y hasta el día de hoy la espero para conseguir mi sopaipilla nortina.

Premio especial oficios tradicionales

Región de Arica y Parinacota

Arica

15 años

²⁴ Llareta o yareta: arbusto nativo del Altiplano, de apariencia similar al musgo (nota de la editora).

La hora del cuento

Mary Mursell Campos

Cada viernes se convirtió en una sorpresa. La profe Paula llega cansada, pero con una sonrisa y cargada de libros en su mochila para contarnos nuevas historias y relatos; cada página es una aventura y ella ama contárnoslas.

Aquí en la Rinconada nuestro clima es seco, no hay mucha vegetación, pero nuestros vecinos se esfuerzan por tener huertas que nos abastecen. Aún no hay servicios básicos; el agua la traen en camiones y cuando viene, moja todo el camino. Cuando sales hacia el jardín te encuentras a las vacas, los caballos y los burros comiendo del pasto que crece en las veredas. Los caminos son de tierra y la locomoción solo llega "donde termina el pavimento"; desde allí, todos los que vivimos aquí tenemos que caminar un largo trecho para llegar a nuestras casas. La profe Paula caminaba por estos senderos todos los días para llegar a su trabajo y sobre todo los viernes, cargada de un montón de cuentos para nosotros.

Al verla abrir la puerta de la sala, todos corremos hacia ella, la abrazamos y mientras se saca la mochila, nos abalanzamos para abrirla, deseosos de ver cuáles son los nuevos libros que nos trae esta vez. La profe Paula viaja hasta la biblioteca de la ciudad, selecciona amorosamente 20 cuentos y nos los trae. Ella siempre dice:

—El amor por la lectura debe crecer desde pequeñitos, aun cuando no sepan leer.

Nos juntamos todos y todas en el centro del salón de la junta de vecinos, que se ha convertido en nuestra sala de clases, decorada por nosotros mismos, llena de colores que cuelgan desde el techo. La profe Paula se sienta en el suelo sobre cojines que han confeccionado nuestras mamás para este momento de la semana. Cada uno toma un cojín y, como un ceremonial, nos vamos sentando uno a uno a su alrededor. Ella toma la mochila, nos mira con cara de suspenso, hace un signo de silencio, sonríe y dice:

—¡Estrellitas, estrellones, hoy te traigo cuentos por montones!

Entonces, abre la mochila y es como si saliera luz de ella. Va sacando cuento tras cuento, y nosotros, con cara de sorpresa, recibimos uno a uno, y así nos deja que los veamos, los hojeemos, juguemos a leer y los compartimos, los intercambiamos, reímos y disfrutamos de este momento. Luego de este instante de éxtasis, todos llevamos los cuentos al centro del círculo y la profe Paula cierra los ojos y toma al azar dos. Al abrir los ojos, pone cara de sorpresa y nos pide elegir, levantando la mano, cuál de aquellos libros llenos de colores vamos a leer hoy.

A mí me encantan los libros que cuentan historias de animales. Me imagino a la Negra, mi gallina, haciendo las gracias que dicen los cuentos, arrancando del gallinero, recorriendo la población y llegando mojada a la casa, y eso me da mucha risa. O me imagino al Rifo, el perro viejo de la casa, me parece que es tan viejo que da la impresión de que sabe tanto de todo que, si pudiera hablar como en los cuentos de la profe Paula, me contaría de todas sus aventuras en el campo persiguiendo vacas.

Ayer nos contó sobre una jirafa que comía de los árboles; su cuello era tan largo que alcanzaba los árboles maaaaaás altos. Yo me imaginé a la Turura, mi gata, que si bien no es una jirafa, siempre se sube a los árboles, le gustan las frutas y se come las ciruelas. Igual se parece, pienso yo, porque es media amarilla con manchas café. Cuando les conté a los demás niños, el Juan dijo que él también tenía una gata, la Lucha, que subía al techo y le maullaba a la luna. Entonces el José se acordó del cuento del lobo y todos nos pusimos a aullar.

En la tarde, la profe Paula nos convidó a inventar un cuento, donde cada uno de nosotros teníamos que ser un personaje, así que elegí ser el Trote, mi caballo; es que es tan grande y fuerte y puede saltar tan alto.

En la historia, el Trote era el más rápido y participó de una carrera y ganó. Lo pasamos tan bien todos, nos reímos mucho.

Hoy es viernes, ansioso miro por la ventana y de lejos logro ver a la profe Paula caminando hacia acá. El sol brilla en su cabeza y sus pies hacen nubes de polvo sobre la tierra del camino. "¡Ahí viene, ahí viene!", grito. La tía Xime dice: "Preparémosle un vasito de agua, más que sea".

Voy corriendo y tomo el vaso de agua, me acerco a la puerta y la profe Paula entra a la sala y entonces le digo: "¡Tome, tía!". Con mi cara llena de felicidad, ella me mira con ojos cansados, pero con una sonrisa que me hace más feliz.

El ritual de los cuentos comienza y yo ya quiero entrar en ese mundo donde mis animales tienen vida de niño como yo.

Premio especial profesor rural

La Serena
Región de Coquimbo
39 años

Nuahine Pikea Uri, o la anciana cangrejo negro

Sandra Abarca Fariña

La leyenda cuenta que hace siglos atrás, en Rapa Nui, un labriego llamado Oho Vehi vivía en la región de Apina, sector ubicado en la costa central del actual pueblo de Hanga Roa, cercano al puerto de Hanga Piko. Este hombre tenía un único hijo llamado Ure, al que amaba inmensamente.

Su niño desde pequeño había sido especial. Todo aquel que lo viese se maravillaba con el halo apacible que emanaba la criatura; además de una hermosura sorprendente, que generaba a todo aquel que lo contemplase la necesidad irrefrenable de cargarlo entre los brazos y no soltarlo más. Tan perfecto era el muchacho y tan codiciado resultaba ser para cualquiera, que su padre temió que quisieran robárselo o hacerle daño, por lo que decidió conservarlo solo para sí. Escondiéndolo en casa, lo mantuvo lejos de la mirada de la gente, empeñándose en cubrir todas sus necesidades y llenándolo de atenciones secretamente. El chico, con los años, entendió que todo era por su bien.

A pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, su fama de preciosura y virtud se expandió por toda la isla. Las madres ambicionaban casarlo con sus hijas y los padres deseaban sumar un joven como ese, con tantas bondades, a sus núcleos familiares. Cada doncella soñaba con ser amante del apuesto mozo y hasta se peleaban entre ellas, imaginando quién llegaría a volverse su esposa. Su notoriedad llegó a tal punto que se esparció por el territorio y pronto alcanzó también los oídos de dos diablas que vivían en Maunga Parehe, un cerro ubicado en la península del Poike, al otro lado de la isla.

Ellas, a pesar de ser obscuras entidades espirituales, poseían la facultad de corporizarse y eran de naturaleza extremadamente lujuriosa. Su mayor placer lo constituía la experiencia carnal, y al enterarse de la existencia del joven, decidieron ir en su busca para poseerlo y hacerlo suyo para siempre. Después de caminar toda una noche, atravesaron la isla de un extremo al otro hasta llegar a su casa convertidas en dos jóvenes damiselas hermosas y seductoras. Luego de muchos infructuosos intentos de acercamiento y a pesar de sus muy atractivas apariencias y simpatía, no lograron ser invitadas ni acceder al interior de la morada de Oho Vehi. Por esta razón, ingresaron allí a escondidas y decidieron echar mano a sus poderes sobrenaturales.

Una vez adentro, usando artilugios hipnóticos lograron ganar su confianza para, posteriormente, adormecerlo del todo. Lo envolvieron en una estera de *kakaka*²⁵, lo cargaron y condujeron hacia un territorio lejano, para dejarlo encerrado en una cueva ubicada en los acantilados del gran monte Poike. Su intención era convertirlo en un espíritu *aku-aku*²⁶ —igual que ellas— para que permanecieran juntos por siempre. Para conseguir este cometido debían matarlo. Sin embargo, para que el joven no las rechazara, las amara y quisiera poseer, su muerte no debía ser violenta.

Para lograrlo, decidieron viajar a Hiva —tierra perdida, a la que las antiguas historias refieren como lugar de origen del pueblo rapanui—; de allí extraerían un arcaico veneno letal. En el momento en que hacían los preparativos, pronunciaban a viva voz: "*Ka hiti te hanua-nua mea varua a Hiva ka ngaro era. E to'o mai ana i te ioiorangi ma Ure a Oho Vehi*", que significa: "Que se forme el arcoíris y que llegue a Hiva, para ir en busca del veneno *ioiorangi* y dárselo a Ure, el hijo de Oho Vehi".

²⁵ Kakaka: alfombra tejida de fibras de maika, es decir, hebras del tronco de plátanos entrelazadas (nota de la autora).

²⁶ Aku-aku: espíritus benévolos o malignos de clanes o familias de Rapa Nui (nota de la editora).

Mientras las diablas realizaban este viaje, llegó a la cueva un cangrejo negro, que en realidad era la abuela del joven. Ella había desaparecido misteriosamente y a pesar de la intensa búsqueda que hicieron sus familiares, al no encontrarla, la asumieron muerta. Sin embargo, aún estaba viva, pero también había sido hechizada por las entidades demoníacas, volviéndola un animal costero hacía ya mucho tiempo. Esta mujer embrujada, que había sido transformada en ese diminuto crustáceo, las sintió venir. Asustada, valiéndose de su pequeño tamaño y su oscuro color, se mimetizó en las oquedades de la caverna y esperó inmóvil y silenciosa la llegada de las malévolas entidades, sin sospechar aún que el infortunado rehén era su nieto.

Al primer descuido de las captoras, la anciana se deslizó hasta el rincón donde permanecía el prisionero, aún adormecido. Al acercarse, asombrada vio que este era su amado nieto. Esperó a que las diablas se alejaran, despertó al joven secuestrado para hacer que él también la reconociera y juntos urdir un plan de escape. En ese preciso momento, las malévolas entidades regresaron de manera imprevista la vista hacia su cautivo y sorprendieron a su lado a la abuela cangrejo. Al darse cuenta de su presencia, le ordenaron a la anciana que no se entrometiera en sus asuntos diciéndole: *"Mai runga i te opata i rangi mai ai e kava aro, e kava tu'a. E Nuahine Pikea Uri, 'e haka oti koe ite puhora"*, expresión que quiere decir: "Deja de inmiscuirte en cuestiones ajenas y no cuentes al joven nuestras intenciones, o pagarás un muy alto precio por tu atrevimiento".

Ella, sin temor a las represalias y empujada por el gran amor que sentía por su nieto, de igual modo le advirtió a Ure del maligno plan de las diablas y lo instruyó respecto de cómo regresar a casa. Sin embargo, las perversas endemoniadas la sorprendieron nuevamente azuzando al varón y decidieron cumplir su amenaza. Atrapándola, la arrojaron con fuerza contra las paredes cortantes de la cueva, quebrándole una pata y dejándola herida de muerte. La abuela, recuperando su aspecto normal, al sentir el intenso dolor se dio cuenta de que la herida de su pierna era mortal. Aun así, con gran esfuerzo, logró protegerse tras el joven. Este se enfrentó con las captoras, cuyos cuerpos físicos, al no pertenecerles, se debilitaron. Así cayeron desorientadas por los golpes recibidos, proporcionándoles con esta fortuita ventaja la posibilidad de huir.

El joven era fuerte y logró cargar a la anciana durante un muy largo trayecto empedrado. Ella le pedía que la dejara en el camino, que corriera y salvara su vida, pero Ure tenía un corazón noble y siguió avanzando con su abuela a cuestas hasta regresar a casa. La anciana, aunque agonizante, logró resistir y regresar a Apina a reencontrarse con su familia. Oho Vehi, al verlos venir, no podía creer que su madre estaba viva y que su precioso hijo, a quien tanto había buscado, regresaba con ella también. Una vez en casa, Nuahine Pikea Uri logró cobijarse entre los brazos de su amado hijo y morir en paz en compañía de su nieto, a quien ella hubo salvado.

Mientras Ure, exhausto, cruzaba la isla llevando consigo a Nuahine Pikea Uri, de vez en cuando miraba hacia atrás para ver si las diablas los venían persiguiendo. A pesar de no verlas venir tras él, nunca detuvo el ritmo de su huida hasta regresar a su hogar. En adelante, siempre se preguntó si esas *aku-aku* regresarían por él; hasta el día de hoy nunca más nadie las ha vuelto a ver.

Pero, según me contó el anciano sabio Papá Kiko, cuando en Rapa Nui nacen pequeños hermosos y angelicales, aún los padres y las madres temen su regreso...

Premio especial pueblos originarios

Isla de Pascua
Región de Valparaíso
55 años

Blanquita ojos tristes

Ana Medina Ramírez

Los días pasan lentos, muy lentos, más aún desde que quedé ciega y ya no puedo distraerme mirando el ajeteo y desorden de la feria: la venta de hortalizas, de cachureos para la casa y hasta de animales. Parece que todo se volvió más lúgubre desde que ya no veo; o tal vez mis otros sentidos se agudizaron, porque escucho que el tono alegre de mi campesino se ha apagado y ahora suspira con amargura mientras estamos de pie, esperando que alguien compre sus verduras.

Él me quiere a pesar de lo vieja que estoy, de que estoy ciega y de mi ritmo lento al caminar, porque entorpece su trabajo. Pero aun así, no se deshace de mí, como hicieron con anterioridad mis pasados dueños. Me mantiene a su lado y me cuida. A veces pienso que lo hace porque ve en mí un reflejo próximo de lo que será él, y teme por ello.

O tal vez no se deshace de mí porque soy lo único que tiene. El hombre está solo, nunca nadie lo visita y parece que él tampoco lo hace. Solo pasa sus días junto a mí, cultivando y cosechando lo poco que tiene; algunos días es un gran conversador y lo siento optimista, pero en general los pasa en silencio y solo escucho el lento sonido del azadón picando la tierra.

He pensado que los dos estamos casi en el ocaso de nuestras vidas. Esto hace que añore, cada vez más, los días felices y dorados, cuando era una yegua joven que corría con brío por los extensos campos. Me pregunto si él también tendrá días felices que anhelar en su soledad.

A veces, en la oscuridad de mi mundo, escucho el angelical relinchar de mi cría. Tantos años ya separada de ella y jamás olvidé su timbre y matiz, porque al menos le debo eso si la dejé marchar, recordarla.

Después de separarme de mi primera cría, parí otra; esta vez muerta y casi morí yo con ella. Espero que un día venga por mí.

En mi estado no valía nada. Mi dueño me abandonó por días en el establo hasta que una mañana oí voces. Era un campesino joven y alegre que llegó junto con su cría; ella acariciaba mi lomito. Eran pobres, lo noté por los pies callosos del campesino, cubiertos de unas rústicas ojotas, sus manos gruesas y oscuras por las heridas y el trabajo, su ropa desgastada. Su mirada humilde, que la cría había heredado de él, me inspiró confianza.

—Papá, ¿puedo cuidarla yo? —preguntó ella con ternura.

Después de aquello, la cría del campesino me visitaba todos los días, mañana y tarde, trayendo consigo trozos de fruta de los que emanaban dulces aromas. Cuando veía que yo no comía, me preguntaba por qué tenía los ojos tan tristes, y yo derramaba una que otra lágrima. Fue ella quien me trajo de vuelta a la vida. La quise como si fuese mía, y ella me quiso como yo a ella. Me llamaba Blanquita.

Ella y su padre tenían muy poco materialmente; la tierra no era de ellos y pagaban por usarla, ni siquiera yo les pertenecía. Pero se tenían el uno al otro y se cuidaban mutuamente. Yo era feliz, muy feliz, siendo parte de su familia. Y fue así durante un largo tiempo, hasta que mi antiguo dueño me reclamó. La cría del campesino lloraba con un sonido denso y punzante que se metía en mis entrañas para nunca más dejarme.

Mi campesino actual me recuerda a ellos, porque es humilde y tranquilo, pero le hace falta alguien que lo cuide y que lo quiera. Yo ya no puedo verlo, pero sé que su mirada, surcada por las arrugas y las manchas

de sol, está perdida en recuerdos del pasado, en personas que ya no están.

Me preguntó si la cría del campesino se habrá quedado con él hasta hoy o se habrá ido lejos, o quizás se la arrebataron. A veces, de entre la oscuridad eterna, intento ver a mi cría caminando junto a mí; también a la cría del campesino a mi lado, saltando y jugando en un verde campo.

Hoy la melancolía me ahoga. Mi campesino se disculpó conmigo esta mañana, dijo que ya no me puede mantener y me venderá. Lloró amargamente, frustrado por su pobreza y por su inevitable soledad.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrada —le dije—. No te olvidaré.

Parado junto a mí, el campesino buscaba inútilmente que alguien me comprase. ¿Quién querría a una yegua vieja y ciega? De pronto, apareció en el aire un olor familiar. Escucho una dulce voz amiga, no puedo verla, pero me ilusiono, sé que es ella, es la cría del campesino. ¿Se dará cuenta de que soy yo? ¿Me recordará? Siento su voz acercarse y sus pasos ágiles, acompañados de otros que se arrastran.

—Papito, ¿no es esa la Blanquita?

Sentí la palma de la cría, ahora adulta, acariciando mi lomo y llenándome de gozo. Por primera vez lloraba de alegría. "No puedo verte mi niña, pero soy yo, y sé que tú eres mi pequeña cría".

—Mi Blanquita, eres tú. Estás viejita, amiga mía.

—Es ciega, señorita —respondió mi campesino.

—¿La vende? —preguntó la cría.

—A solo 100 mil pesos —respondió con un poco de vergüenza y pena.

—Pero mi Blanquita vale más que eso, señor, aunque esté ciega y viejita. La pobre trabajó mucho, es hora de que se jubile. Papito, llevemos a la Blanquita a nuestro campo, se quedará allí, retozando en los verdes prados —dijo con tono alegre—. Señor, ella vale mínimo 300 mil pesos y se los pago con gusto, espero que usted los acepte.

La voz de mi campesino se aclaró con optimismo. Recibió el dinero contento y se despidió de mí con cariño. Solo espero que alguien lo quiera y le haga compañía, que no se quede totalmente solo.

En mi andar junto a la cría y su padre, escuchaba con deleite la voz de ella y de él. Mi corazón, rebosante de alegría, no paraba de latir. Me parecía un sueño, uno hermoso y brillante antes del ocaso, solo esperaba no despertar aún. Y aunque la oscuridad me siguiera eternamente, ya no estaría nunca más sola.

Segundo lugar regional

Arica
31 años

Mi guía en la oscuridad

Aníbal Opazo Fuentes

Criado por una madre arqueóloga y crecido en museos, he pasado gran parte de mi corta vida rodeado de momias, huesos y una infinita historia a lo largo del tiempo aún desconocida por la actualidad.

Un día como cualquiera para mi madre y yo, fuimos a pasear a las conocidas cuevas de Anzota, un lugar lleno de arte rupestre, cosa que para una persona como mi madre, lo hace muy llamativo. Pasado un rato, cuando mi madre y el resto del grupo se quedaron admirando un dibujo plasmado en la roca, comencé a escuchar una voz susurrante hablando un idioma que jamás había oído y que provenía de la oscuridad de la cueva. Mientras yo, con apenas siete años, con una gran curiosidad y, obviamente, mucha energía corriendo por mis venas, decidí adentrarme en el gran y oscuro agujero en la roca. Al ir acercándome paulatinamente a la voz, parecía que cada vez estaba más lejos, lo que hacía que me adentrara aún más, hasta que perdí de vista el grupo en donde estaba mi madre.

Pasado un rato, la voz se calló, dándome cuenta de que me había perdido. Otro niño de mi edad se hubiera desesperado y puesto a llorar, pero yo no, yo era mucho más curioso que un niño "normal". Aun así, admito haber sentido un poco de miedo, pero no dejé que esa tan conocida sensación se apoderara de mi cuerpo. Decidí devolverme, pero todo parecía un laberinto; mientras más trataba de volver, más me perdía. De repente vi la silueta de una persona, aunque al estar constantemente rodeado de momias, uno siempre vive cosas extrañas, por lo que una parte de mí dudaba si esa silueta era en realidad una persona.

Comencé a explicarle que me había perdido y que quería volver con mi madre, pero él solo escuchaba y no se movía, hasta que decidí dar la vuelta e irme. En ese momento sentí que estaba más cerca y percibí ese olor tan característico de las momias. Comenzó a hablarme en un idioma ya muerto, yo no le entendía nada, pero aun así lo escuchaba. Se dio media vuelta y dio un par de pasos mientras hacía un gesto para que lo siguiera. Él hablaba y hablaba, y era como si no hubiera conversado con alguien en años; se le escuchaba muy feliz, con esa voz tan suave y amigable. Habían pasado horas, hasta que llegamos a un lugar donde pude descansar. No parecía estar cerca de mi madre, sentía que estaba cada vez más lejos de ella y ya comenzaba a perder la esperanza de volver a casa. Llevábamos días caminando, me alimenté con pequeños insectos; tenían un sabor raro, pero no estaban mal, bebía agua de pequeños chorros que caían desde la roca. Ya comenzaba a acostumbrarme, hasta que un día vi una luz lejana. Fui hacia ella lo más rápido que pude y al llegar, me di cuenta de que mi madre seguía ahí, apreciando la misma figura pintada en la roca. Tuve una sensación extraña, como si todo lo que hubiera vivido en realidad no había pasado. Mi madre volteó a verme y dijo que fuera hacia allá, que era peligroso y me podía perder, así que corrí hacia ella, tomé su mano y seguimos con el recorrido, como si nada hubiera pasado.

Tercer lugar regional

Arica
16 años

Paigasa²⁷

Víctor Vives Romero

El profesor Severino ha muerto. El autobús en que viajaba volcó en el kilómetro 78 de la carretera que une Colchane con Iquique. Al día siguiente, El Astro titulaba: "Dos fallecidos y 23 lesionados deja la imprudente maniobra de un chofer". El accidente sorprendió a varios conductores que transitábamos la misma ruta. Al llegar al lugar, vi el vehículo completamente destrozado; la máquina se encontraba tendida junto al cerro con la estructura inferior hacia arriba y, casualmente, en el mismo sitio donde una animita recordaba una tragedia anterior. Los vidrios sobre la carretera, los equipajes rotos y dispersos, y algunos colgajos de tela que ondeaban entre los fierros de la máquina, armaban una escena espantosa. Todo esto lo observaba con una extraña sensación, como si el accidente mismo no terminara de ocurrir y el bus continuara dando tumbos contra el cerro una y otra vez. Algunos ilesos pasajeros merodeaban el lugar buscando sus pertenencias, mientras otros, visiblemente perturbados, lloraban o le rogaban a Dios salir de ese infierno. Entre los escombros logré distinguir una mochila igual a la de Severino. Me acerqué para verla en detalle y, con los nervios, no pude reconocerla; tuve que examinar su interior. Cuando encontré los trabajos de sus estudiantes sentí que la sangre se me enfriaba. Me resistí a creerlo. Pensaba en que no podía ser la misma mochila que horas antes Severino se ponía en la espalda mientras salía por el portón de la escuela. De manera impertinente y un tanto agitado, pregunté a una de las malheridas pasajeras por el dueño de aquel bolso. Con la mirada extraviada, respondió: "A los muertos ya se los han llevado, son los únicos que no han podido reclamar sus pertenencias. ¿Usted ha visto mis zapatos?".

Ya en mi casa, recién pude sentir la magnitud de la noticia; Severino, mi querido compañero, había muerto. "Son los únicos que no han podido reclamar sus pertenencias", me había dicho la mujer. La resonancia de estas palabras no terminaba de convencerme y me resignaba a creer que esta frase de Perogrullo fuera la sentencia que hacía entrar a mi compañero al más allá. Pero no había vuelta atrás. El bolso de Severino reposaba sobre mi sofá. Al clavar mis ojos en él, sentí una extraña fuerza que me llamaba a revisarlo nuevamente; a pesar de mi creciente resignación frente a su muerte, pensé encontrar algo, un rastro, un mensaje que haya querido darnos o, como consuelo, simplemente sentir una vez más su presencia. Vacíé el bolso sin encontrar nada fuera de lo común, salvo un papel arrugado con algunos garabatos que aparté como basura. Semanas antes, Severino me había propuesto conformar un taller dedicado a la escritura, un espacio donde nuestros estudiantes nos contarán sus historias, relatos y experiencias de primera fuente de la cultura aymara. A pesar de que no me detuve a leerlas completamente, el cariz de la mayoría de las hojas que vi eran parte de este proyecto; lo deduje, pues observé varios títulos encabezando las decenas de carillas. Pero ¿que tenía la hoja arrugada que aparté arbitrariamente de las otras?, ¿por qué esta había sido víctima de una mano atrabiliaria²⁸? Aún siento el pavor que me produjo esa primera lectura; releo la hoja que estiré y no dejo de pensar en que quizá Severino la leyó antes de morir. Al verla, pienso inexorablemente en nuestros destinos, en mis frágiles certezas de este mundo, en el vértigo frente a la implacable muerte y, desde luego, en los misterios del altiplano. Me cuesta creer... Pero después de esto no he podido apartar de mi mente la idea de que su destino pudo ser diferente; si tan solo el mensaje hubiera llegado a tiempo... Transcribo este documento tal cual. (Quizá encuentre en alguien comprensión de lo sucedido).

"PAIGASA. Mi abuela me explicó lo que haríamos: juntar la ropa de mi abuelo para quemarla en la fogata. En esto consistía la Paigasa, hasta ese momento. Les pregunté a mis padres por qué debíamos quemar su

²⁷ Paigasa: ceremonia de quema de la ropa de un difunto (nota de la editora).

²⁸ Atrabiliaria: rara, extravagante o de mal carácter (nota de la editora).

ropa; mi madre respondió que debíamos hacerlo para que el viejo se fuera en paz. Mi abuelo Adelmiro se fue de muerte natural a los 83 años. Algunos vecinos malhablados hicieron correr el rumor de que había muerto por tuberculosis y que acercarse a nuestro hogar sería una locura. Es increíble cómo algunos se empeñan en hacernos mal. La prosperidad de esta familia ha sido gracias al orden y el trabajo; mi abuelo siempre se ocupó de su estancia, de modo que esta diera todo lo necesario para comerciar y sustentarse. Después de todo, vivir en la última chacra de este lado del altiplano no es tarea fácil y se requiere inteligencia, eso dice mi madre. A pesar de esto, nos acompañaron vecinos y familiares. Después de una semana de su muerte, estábamos preparados para quemar una talega²⁹ grande con sus efectos personales y una mulita construida en miniatura con cartón y papeles. Después de comer y escuchar las oraciones por el difunto, partimos desde la casa cinco personas. Éramos los elegidos para quemar las ropas en la hoguera. Junto a mi abuela y mis tres hermanos mayores, prendimos el fuego apenas el sol se escondió tras la montaña. De un solo soplo se prendieron la leña y la ropa. A mis ojos, las lenguas de fuego eran gigantes y se sucedían una tras otra, como si en cada aparición se quemaran cosas cada vez más inflamables. Aunque después de todo, no fue esto lo más sorprendente ni mucho menos lo más misterioso que viví. (Sé muy bien, profesor, que quizá mi historia no clasifique en el concurso, porque no, mi objetivo no es ganarlo. Escribo para advertirle lo que mis ojos pudieron ver). Cuando el fuego estaba en su máximo esplendor, mis hermanos me tomaron del brazo y rápidamente nos escondimos tras el ramaje de unos tolares³⁰. Desde ahí todos murmuraban que debíamos mirar atentamente el centro de las llamas. Me puse rígido ante un miedo que no puedo describir; a pesar de eso, no pude dejar de mirar la imagen imposible. Desde los rescoldos ardientes y vestido como lo habían enterrado, apareció mi abuelo. Sin ademanes, recogió los andrajos de ropa que se convertían rápidamente en cenizas y en sus manos, notablemente restaurados, los cargaba en una portentosa mula de fuego. Mis hermanos musitaban plegarias para el buen viaje del tata. ¿Solo yo podía ver la inverosímil escena?, ¿por qué ninguno estaba tan sorprendido como yo?, ¿me estaría volviendo loco? Cuando el muerto retiró sus atavíos, cogió un lazo, que con destreza amarró a la mula. Al comprobar que estaba firme, tomó el otro extremo de la soga y lo ató a las manos de un personaje apenas visible. Tuve la sensación de que todos los testigos aguzaban su atención en ese momento. Efectivamente, todos veíamos lo mismo. De a poco, el espíritu del muerto comenzó a alejarse, perdiéndose a cada paso en un horizonte indescifrable de flamas irascibles; el personaje atado a la mula avanzaba a tirones con poca resignación. ¿Quién sería este flamígero ser, tan difuso, que intentaba descifrar? La primera vez que giró la mirada sobre sus hombros, se contornearon sus facciones y se delineó su cuerpo; volví a ver ese rostro ardiente y ya no tuve dudas. El pelo chuzo, la nariz pequeña y los ojos tristemente rasgados tras los marcos de sus gafas dibujaban perfectamente su rostro. '¿Quién es esa persona?', pregunté intrigado. 'El próximo en morir', dijo fríamente mi abuela. Me advirtieron que los presagios de la Paigasa son ineludibles y a veces secretos, pero esta vez debo revelarlo y quizás salve su vida. ¡He visto en el fuego su rostro, profesor Severino! ¡Su rostro! Si pudiera eludir este aciago destino le suplicaría que no salga de su casa, que solo beba agua y coma liviano, que repose. Con el permiso de mis mayores, le escribo esta advertencia que espero llegue en buena hora. E. CH."

Primer lugar regional
Colchane
31 años

²⁹ Talega: saco o bolsa de tela fuerte que sirve para guardar o transportar cosas (nota de la editora).

³⁰ Tolar: agrupación natural de tolas, arbustos característicos de la Puna (nota de la editora).

Los extranjeros

Héctor Barraza Ahumada

No había comida, agua, ni menos abrigo; el esqueleto andante que fingía su figura en el reflejo con el sol era el simbolismo de estar aún con vida. Ya llevaba cinco largas horas de travesía; la idea de llegar sano y salvo a su destino podía más que las ganas de vivir. A su espalda, el llanto de su hija lo dejaba en total estado de estupor, no comprendía cómo la vida lo tenía a la merced de un limbo de inseguridades y situaciones desfavorables para su sano vivir.

Por corrupciones políticas, sus tierras le fueron expropiadas por lugareños en su exiliado pueblo de Bolivia. Desde entonces, la itinerante andanza de su existir y de su hija se entrelazaban entre la caridad y la suerte. Nada en su vida le causaba asombro, la penuria era su alimento y el deseo immaculado de proteger para siempre a su añorado bebé era su ilusión primaria de hacer todo a su favor. En su mente resonaban las frases e historias que comentaban sus paisanos en el inocente platicar de las palabras; todos decían que en el vecino país de Chile encontraría fortuna. Con esa convicción, llena de subjetividades, se desnudaba una idea de estrategia para sobrevivir en ese país solamente conocido en los libros de historia o en los idearios de su tan añorado mar. Su instinto lo guiaba con lo que tenía, ya no había plan b, estaba desparramado en el ajeteo de sus decisiones y todo lo que él optara en concretar afectaría sí o sí a su único destello de amor en el mundo. A lo lejos, en las inmediaciones de la carretera, un camión dio la esperanza de rescatarlo de su fatídica travesía; con una leve prolongación de su pulgar intentó buscar consuelo en ese desconocido conductor. La suerte jugó a su favor, el camión se apartó a un costado y esperó a que sus débiles piernas le dieran alcance. Su cansancio era tan evidente, que el mismo camionero lo ayudó a instalarlo en la cabina; sin entender nada y con un poquito de miedo, acunó a su hija en sus diminutos brazos y agradeció el gesto del desconocido. El viaje comenzó sin presentación alguna, el ruido del motor fue el suspiro de descanso en la piel morena de ese boliviano rebelde que buscaba una oportunidad con su bebé.

Al poco andar, el chofer pregunta:

—¿Por qué está caminando en la carretera con su bebé?, ¿de dónde viene arrancando?

—No arranco de nadie, amigo, solo busco otros aires.

—¿Acaso va a Iquique o a la capital?

—Donde sea, en mi tierra está mala la cosa y mis amigos dicen que en Chile hay trabajo en lo que sea.

—Si usted dice eso, entonces puede que se lleve otra impresión cuando llegue a la ciudad.

—Solo quiero una mejor vida para mí y mi hija.

—¿Y la mamá?

—Me dejó por ser pobre, se fue con otro paisano.

—¿Y su vida en Bolivia?

—Es un desastre: no hay trabajo, me expropiaron mis tierras y la pandemia está matando a la gente... No hay ni vacunas.

—Ay, amigo, lamento todo lo que me dices, pero ¿cómo lo harás para vivir aquí en Chile?, ¿tienes papeles, sabes hacer algo?

—No, paisano. No tengo documentos, pasé ilegal por Colchane. Allí estuve unos días, me refugié en una casa abandonada y el frío me alejó de esas tierras. Solo quiero llegar a Iquique y buscar lo que sea; todos dicen que en tu país hay comida y tranquilidad. Ese puerto es mi salvación, taitita.

—No sé qué opinan en tu tierra de la mía, pero si no posees papeles, todo se te complicará.

—No me importa nada, paisano. ¿Ve usted esta niña? Ella debe tener un mejor futuro.

—Mira, muchacho, solo te llevaré hasta Huara, allí hay un control policial y no me quiero arriesgar a que me lleven preso por acarrearlo. Allí busca tu suerte... Si sigues la carretera hacia la izquierda, irás a tu añorado Iquique; si la tomas hacia la derecha, irás a Arica o Pisagua.

—¿Y qué me conviene más? Solo he escuchado de Iquique.

—Lo que esté más cerca, boliviano, y eso es el puerto iquiqueño. A todo esto, ¿cómo se llama tu hija?

—Esperanza, taitita.

—Qué nombre más apropiado para tu vida, muchacho. Mira esos escasos árboles, ese es el pueblo de Huara; te dejaré aquí, toma estas galletas y botellas con agua. Éxito, hermano, y ojalá te vaya bien en Chile.

—¡Juspajarpa!³¹, chileno.

El extranjero dejó nuevamente sus pies sobre la soledad de suelo ajeno. Ahora no era el desolado contraste de la estepa altiplánica su refugio; muy por el contrario, el polvoriento desierto le abría sus brazos para encandilarlo con el calor del asfalto y su inerte presencia. Sus ojos no supieron diferenciar entre la incertidumbre y el desconsuelo de no entender hacia dónde ir; su hija, indiferente a todo lo sucedido, se deslizaba como gota al viento en la triste camisa de su padre. Ambas almas se adentraron en la inmensidad de la chusca³², solo seguían el olfato de una nueva oportunidad; cada zancada era más extenuante que la otra, el espejismo de una pausa era el mejor regalo en esos momentos. El muchacho ya no podía mantener el ritmo de la marcha, su hija ya estaba sufriendo las inclemencias de la radiación sobre su piel. La agonía de sus exhalaciones vaticinaba el encuentro con la muerte, los sabios buitres se esparcían como tinta en el lienzo sobre sus cabezas. El adiós a su idea de proyecto de vida estaba siendo reflejado en ese endiablado abrigo de la piedra, el polvo y su indiferencia. Ya no había escapatoria, el desierto se hacía presentir como un titán en llamas, invitando a ambos cuerpos a unirse a él y a dejarlos enterrados en los esquivos murmullos de su historia. En ese delirio, padre e hija cayeron en un profundo sueño; ambos fueron el ejemplo vivo de la victoria de la naturaleza por sobre los límites fisiológicos del hombre. En esas tierras estaba siendo enterrada la desdicha e imparcialidad de dos vidas desafortunadas, que en el peregrinar de su misma tragedia estaban siendo visitadas por buitres y gusanos.

Segundo lugar regional

Alto Hospicio

36 años

³¹ Juspajarpa: "muchas gracias" en aymara (nota de la editora).

³² Chusca: terreno polvoriento en el desierto (nota de la editora).

La bruja de sal

Gabriela Muñoz Mariqueo

Una noche de luna llena, en el pueblo de Salamanca, me encontraba con mi abuela. Íbamos acompañados de la luz natural de la luna y caminando entre los cerros para llegar a nuestro hogar. El aire era suave, los árboles estaban quietos y los animales ya se iban a acostar. Cuando de pronto, un sonido extraño irrumpió nuestro tranquilo recorrido.

Este ruido era completamente desconocido para mí. Pese a que mi abuelita también escuchó el sonido perturbador, decidió continuar con el trayecto con total calma. Pero dicho ruido, muy parecido al graznido de un ave, no dejaba de perseguirnos y repetir: "Tue-tue, tue-tue". Me intranquilizó, y mi abuela lo notó, por lo que gritó: "Déjame tranquilo al niño. ¡No ves que me lo estás asustando! ¡Ven mañana a mi casa y te voy a dar un kilito de sal!". Solo la miré y arrugué la frente, porque le hablaba al ave como si la conociera, o peor, la conocía; sin embargo, ignorando lo anterior seguimos caminando hasta llegar a su cabaña, donde por un momento olvidé el asunto.

Al otro día, mi abuela me levantó a las cinco de la mañana, como es de costumbre, y fuimos a ver las cabritas para sacarles un poco de leche. Cuando cerca de las seis de la mañana tocaron la puerta y mi abuela fue a abrir, se encontró con una señora que le decía que "andaba buscando razón", haciendo alusión a que buscaba unos animales perdidos. Cortésmente, le dijo que no sabía nada de eso, pero como es costumbre acá, mi abuela la invitó a desayunar. Me ordenó poner la mesa mientras ella calentaba la leche de nuestras cabras, al igual que el queso; también hizo unas tortillas de rescoldo. Siempre le quedaban tan ricas.

Estábamos los tres sentados en la mesa, ellas hablando de los cultivos y los animales, de que ya iba a ser tiempo de llevar las cabras a la cordillera, mientras yo solo las miraba y escuchaba atentamente. Ya habíamos terminado, la ancianita dijo que ya tenía que seguir buscando sus animales. Mi abuela le dio queso de cabra y tortilla para el viaje. Sin embargo, tras recibir estos víveres, continuaron conversando sobre que ahora el tiempo estaba muy bueno para cosechar, ya que estaba lloviendo mucho. Ellas se demoraban en la sobremesa y decidí hacer la cama en la que dormíamos con mi abuela y barrer un poquito. Ellas seguían platicando, hasta que la desconocida exclamó que debía irse, pero raramente se volvió a sentar. La miré extrañado; no obstante, continué con lo mío, seguí barriendo lo que me faltaba de la casa, recogí toda la basura, la junté en una bolsa y la dejé fuera de la casa. Más tarde la íbamos a quemar.

Continuaban en la mesa y vi que la señora tenía más cosas: una bolsa de trigo y otra de papas. Me senté al lado de mi abuela y las seguí escuchando conversar, pero me di cuenta de que la desconocida hablaba cada vez más rápido y se veía que estaba nerviosa. Cuando de la nada, volvió a exclamar que se tenía que marchar. Se puso de pie y llegó hasta la puerta; sin embargo, otra vez dio la vuelta y se sentó con nosotros. De por sí era un poco rara la situación, además de que cuando hacíamos contacto visual, me daba un escalofrío. Por otro lado, a la abuela parecía no importarle, así que la invitó a almorzar y esta aceptó casi enseguida.

Al mediodía, los tres estábamos en la mesa comiendo legumbres; lentejas, mis favoritas. Transcurrió todo casi normal en el almuerzo, solo que la anciana tenía un tic en el ojo derecho, pero al parecer mi abuela lo ignoraba. Nuevamente, aquella señora interrumpió el silencio, dijo que tenía que marcharse; esta vez sonaba muy alarmada y volvió a pasar lo mismo. Se paró, abrió la puerta y nuevamente retrocedió, sentándose donde había estado gran parte del día. Admito que estaba un poco asustado y nervioso. Hasta que por fin vi una mirada de extrañeza por parte de mi abuela, que luego pasó a ser de asombro, al parecer. Sorpresivamente, exclamó: "¡Que soy tonta! Se me había olvidado. ¡Jorgito, tráigame un kilo de

sal!". Asombrado, la miré a ella y luego a la mujer incógnita, aunque rápidamente fui a buscar la sal y la guardé en una bolsita, entregándosela a la señora.

Sonriente, nos observó mientras abría la puerta, se despidió y se fue cerrando la puerta. Impactado, fui corriendo a abrir la puerta para verificar si era quien pensaba que era. Se había esfumado, no estaba. ¿Cómo era posible que en una fracción de segundos ella desapareciera por completo entre todos los cerros? Rápidamente, fui a preguntarle a mi abuelita, quien me miró y me dijo: "Fue una bruja, pero no te asustes, ella ya no volverá". Y así fue, pasaron los años y tuve que irme a Santiago, separándome de mi abuela, y luego por trabajo me vine a Iquique. Todavía recuerdo todo y puedo afirmar que la abuelita tenía razón, pues nunca volví a vivir una situación así.

Tercer lugar regional

Iquique

17 años

Cuando fuimos reinas... y reyes

María Eugenia Vargas Pastén

La señorita Elsa era una profesora dulce y de buen genio. Al recibirse en la Escuela Normal de La Serena no protestó cuando le dieron su primera destinación en Salamanca, un pueblo perdido en la precordillera a orillas del río Choapa, y tampoco se incomodó cuando supo que el apodo del poblado era “La cueva de las brujas”.

Ella tenía el antidoto para hacer frente a las brujas. Su profesora en La Serena, Lucila Godoy Alcayaga, mejor conocida como Gabriela Mistral, entre poesía y poesía les había enseñado que la principal característica de una profesora rural era ejercer la docencia con los pies bien puestos en la tierra.

Ella tomó el consejo de manera literal. El primer día de clases llevó a su curso de 2° año de preparatoria hasta el patio posterior de la escuela y nos hizo descalzar e internarnos en la tierra. Cuando estimó que teníamos los pies bien puestos en ella, nos informó que como actividad extraprogramática cultivaríamos una huerta familiar, actividad a la que destinaríamos dos tardes a la semana.

Un alumno comentó que había escuchado decir que a las brujas no le gustaban las huertas, pero eso no desanimó a la profesora. Al contrario, sacó de su bolsillo una hoja escrita a máquina y nos leyó el poema de su profesora Lucila: *Todas íbamos a ser reinas*, y aseguró que, para no pelear con los niños, habría reinas y reyes, y si alguien consideraba que esa era una responsabilidad muy grande, podría optar por un principado.

No fue necesario, todos aceptamos el reinado. Manuel fue rey del reino del choclo; Juanita, reina de la papa; Estanislao pidió reinar sobre la sandía, y así sucesivamente cada alumno fue eligiendo la verdura, hortaliza o fruta favorita.

Mi reino fue el de la uva, ya que este tendría, además, una segunda vida hasta transformarse en pasa o en vino.

Así, con los pies bien puestos en la tierra, aprendimos algunos de los verbos rectores de un campesino: arar, surcar, abonar, desmalezar, plantar, regar y cosechar. Y, del mismo modo, sustantivos y adjetivos ingresaron a nuestra cabeza sin ningún esfuerzo: regadío, mediero, canal, arado, azadón, pellejero³³, meica³⁴, tractor, temporeros, santiguadora³⁵, yuguero³⁶, veranadas, queso de cabra, churrasca y galleta.

Pero todo lo bueno acaba, los años pasaron volando y terminó la preparatoria. El pueblo no tenía liceo, por lo que los pocos niños que seguirían estudiando en la secundaria debían trasladarse a La Serena o a Santiago.

En la fiesta de despedida, los apoderados recibieron un frasco de conservas con productos de la huerta y los niños recibimos una figura de una brujita sonriente y una caja de fósforos primorosamente pintada y que contenía, en papel de celofán, tierra de la huerta.

Nuestros reinos, al igual que los de Rosalía, Efigenia, Lucila y Soledad, no llegaron hasta el mar, pero en nuestros corazones reinarán de por vida.

Primer lugar regional
Antofagasta
70 años

³³ Pellejero: persona que tiene por oficio adobar o vender pieles (nota de la editora).

³⁴ Meica: curandera (nota de la editora).

³⁵ Santiguadora: mujer que cura enfermedades o que hace exorcismos con oraciones (nota de la editora).

³⁶ Yuguero: persona que labra la tierra con una yunta de bueyes (nota de la editora).

La liberación de los Chang

Diego Rivera Muñoz

La llegada a puerto no pudo ser en mejor momento, fue una salvación para mí y unos cuantos más que aún seguíamos con aliento de vida. Me encontraba fatigado, cansado y desesperado. Quizá sea esa la razón de haber visto sombras gigantes que se reflejaban entre las rocas del borde costero; por su gran tamaño, pensé que podrían ser dragones. Sin embargo, lo más aterrador del trayecto fue presenciar cómo mis compatriotas morían a causa del hambre y una enfermedad mortal, que por estos lados la llamaban fiebre amarilla.

Fui seleccionado al grupo minoritario, mientras la gran masa de inmigrantes chinos era llevada en los galpones de los trenes hacia el desierto; luego comprendería que ellos serían explotados en las grandes salitreras, serían la mano de obra para la explotación del oro blanco de la época.

“San Lio Chang, San Lio Chang”, gritaba el comandante Bustamante, quien tenía un listado en sus manos correspondiente a los chinos que nos quedaríamos trabajando en las guaneras de la costa del Pacífico. A su alrededor había unas cinco personas de buen vestir, refinados hasta en sus gestos. Me alisté rápidamente a su llamado.

Por mi baja estatura, mi larga edad y mi debilucho aspecto corporal, comprendí que los inversionistas, quienes eran chilenos y europeos, no daban mucho dinero por mí. Por ende, fui relegado a trabajos menos extenuantes y no tan riesgosos. En ese sentido, no corrí la misma suerte de mis coterráneos, quienes fueron sometidos a duros trabajos en largas jornadas. Realmente, éramos esclavos.

El señor Martínez, reconocido inversionista del rubro, me dirige junto a mi hermano Yu-Wa Chang a la guanera Los Chinos, que era su empresa. Nos señala que nuestra labor sería controlar la cantidad de sacos diarios que salían de esa pequeña planta. Nosotros prácticamente vivíamos en una caseta que quedaba en la entrada y desde allí manteníamos los registros de los productos que salían.

Al caer las noches, tras la iluminación de las fogatas que había al interior de la planta de guano, aparecían las siluetas de los dragones entre las rocas, y cuando el viento dejaba de soplar era posible oír voces quejumbrosas que provenían desde el interior. Yu-Wa era tan temeroso como yo y preferíamos escondernos hasta quedarnos dormidos. La idea de que hubiera dragones era lo más tenebroso que nos imaginábamos.

Un día, el señor Martínez tuvo un viaje de improviso a la ciudad de Antofagasta; se fue tan rápido que olvidó cerrar las puertas de la planta, un lugar que para mi hermano y yo seguía siendo un misterio, pues no conocíamos cómo era por dentro ni cómo operaba. Por ello, decidimos abrir cautelosamente las puertas y entrar.

Al llegar, quedamos perplejos, estupefactos, más bien horrorizados, pues dentro de la planta había cientos de chinos como nosotros, pero con la diferencia de que ellos estaban siendo explotados de una manera terrible, tanto que incluso la muerte se hacía presente por las condiciones insalubres en las que se encontraban. Fuimos testigos de la verdadera esclavitud de migrantes chinos y cómo eran exterminados y llevados a pozos comunes, donde tiraban los cuerpos de quienes morían. Al mirar al cielo, pudimos darnos cuenta de que las sombras no eran de dragones, sino de pájaros, buitres que rondaban el lugar esperando devorarse el cuerpo sin vida de alguno de nuestros compatriotas.

En un acto de fraternidad con nuestros hermanos, abrimos los portones de la fábrica y nos escapamos en un camión en el que transportaban los sacos de guanos, subimos a todos los que aún se encontraban con vida y fue el mayor acto de libertad que vivimos en nuestras vidas. Sobre nuestro paradero no me voy a referir, eso es todo un misterio.

Segundo lugar regional

Tocopilla

35 años

El niño

Gustavo Tapia Araya

Noche fría y silenciosa. Mi alma vaga entre nostalgias. Pero el milagro viene. La lluvia fecunda, “así en la tierra como en el cielo”. En la tierra con las aguas y en el cielo con las Acuáridas, antes del amanecer de este 5 de mayo, el diluvio anual con meteoros y estrellas.

Es un milagro esta aurora, porque acá, donde jamás llueve, tras años de sequía hoy diluvió. “Como ocurría hace 40 mil años”, contó el abuelo, que de astronomía, historia y agricultura sabía más que cualquier erudito, especialmente al amparo de su choclo con mantequilla y su refugio en las leyendas precolombinas. Agregó un acápite, que alguna vez aquí en Quillagua diluvió y nacieron muchos niños, porque Manco Cápac —hijo de Inti, el dios sol— tras recibir las artes de la civilización y el manejo de las aguas —entre ellas, la invocación a las lluvias—, disfrazó de aquellas a los *sinchis*³⁷ para colarse en las camas de las *ñustas*³⁸, y así profusamente ejercitar el himeneo³⁹, cuestión que también practicaron los animales, y el año siguiente resultó fecundo en vida y nuevos seres: plantas, animales y estrellas.

Ahora, décadas después, estoy en el andén de la vieja estación sin puertas, pasajeros ni lluvia, porque ya pasó. Transcurrieron las horas. Leo y medito. Observo. Al edificio apenas le queda la piel de calaminas mirando al horizonte y mis ojos aguardando ver cómo la tarde abruma al día y lo devora hasta convertirlo en noche estrellada. A esa hora aparece Sirio, o Alfa Canis Majoris, la estrella más brillante del firmamento nocturno; solo superada en brillo aparente por la Luna y los planetas Venus, Júpiter y Marte. En dicha constelación alojan los perritos que han subido al cielo y corretean felices por las galaxias.

Hijo de estas tierras, entro y salgo de ellas toda la vida, a través de mi cuerpo, de mi sangre y de mis ancestros. Como ellos, incluso sin estar en Quillagua, escucho por mis venas el rumor del agua bajando por El Loa a comienzos del verano. Ahora se percibe más sutilmente que antes, porque se robaron el río. Pero acá, antes de que interviniera la mano humana, ustedes pudieran no creerlo, fueron creados los cielos y la tierra mediante el gran resplandor. A la fulgurante explosión siguió una sorpresiva y extensa oscuridad, proclamada la rotunda noche.

Y cuando las tinieblas pecaban sobre la faz de la nada, según el abuelo, la noche y la luz terciaron espadas y la luz parió gases que culminaron en partículas numerosas de polvo incandescente. Dieron lugar a una tierra desordenada en que las fuerzas del cosmos ordenaron a las partículas convertirse en volcanes. Estallaron erupciones, lava, fuego y aguas, divorciándose para que el espíritu de la vida se moviera sobre la superficie hecha tierra, llenándola de verde y animales. Y allí quedaron, como testimonios vivientes, el Láscar, el San Pedro y el San Pablo, a cuyas faldas se extendieron los tamarugales, chañares, pimientos, vicuñas y aves, entre las chilcas y arroyos por las venas de Quillagua.

Hace un par de semanas, en la universidad enseñé que el universo se expande. Dos noches después estaba en Alma, el observatorio astronómico —a la astronomía me dedico—, observando la estructura en espiral que contiene el material alrededor de la gigante roja R Sculptoris, revisando el nacimiento de nuevas estrellas. Y al volver a casa, jugando apenas y esperándome, estaba El Niño, con su cola parada, su cuerpo de pelo a manchas blancas y café amarillento, su nariz husmeándome completo, a pesar de su enfermedad; y en su comida mezcló todos sus remedios como se acostumbra, pero esta vez prefería hacerlo yo antes que cederles el honor a mis hijos. Solo dos días después decayó. Comió su plato favorito,

³⁷ Sinchi: vocablo quechua que significa “resistente, recio, fuerte, valiente”. Puede también significar “guerrero” o “soldado” (nota de la editora).

³⁸ Ñustas: doncellas vírgenes de sangre real entre los incas (nota de la editora).

³⁹ Himeneo: boda, casamiento (nota de la editora).

condimentado con calmantes y antiinflamatorios. Fue la preocupación del día, a la espera del veterinario. No llegaba y fui a otro en Antofagasta, con él en brazos, sobre la camilla; con mi Niño mansamente recibiendo el calmante que lo durmió. Acariciando su cabeza y sintiéndolo desvanecerse ante mis ojos, sentí la proximidad del fin.

"Su cáncer hizo metástasis, está por todas partes", dijo el doctor. "Evítele el dolor. Es preferible hacerlo dormir". Y así fue como tras la inyección su respiración disminuyó, se empequeñeció y expiró sin más dolor y sin más saber, volando hecho espíritu, un espíritu iluminando el universo.

Antes, cuando recién llegó a la casa abandonado de la calle, El Niño era casi un bebé y me acompañó por Quillagua. Corrimos por el ayllu⁴⁰, por sus vegas y sus ya entonces vacías calles. Se subía a los columpios donde ya no quedaban niños. Se ha apagado la vida y también las voces al quedar el pueblo sin su río y sin su agua. Mi gente ha muerto, y entre las correrías, El Niño fue libre y un perro que fue muy feliz.

Ha muerto El Niño y su cuerpo desaparece y desaparece de mis manos y de mis ojos. Solo quedan los recuerdos y sus fotos, las calles vacías sin sus carreras. Y en el andén solitario espero la nada, con una tristeza que me desencaja la cara y entonces, desde los espejismos, surge un perro, con su cola parada, manchado de blanco y café amarillento, su nariz mirándome desde lejos, como husmeándome por completo y diciéndome: "Estoy". Y luego, entre mis lágrimas que corren como lluvia, la lluvia que acompañó el día de su muerte, la vista se me nubla y lentamente desaparece su figura como una refracción para empequeñecer mi dolor.

Subo a Paranal días después y ajusto el telescopio. Concentro su iris, su espectro en la gigante roja que me preocupa y, entonces, pestañeo y vuelvo a pestañar. Y allí está. No es una ilusión. Me sacudo y allí está, y por mis venas que sienten el latir de la tierra y siento correr el río Loa como elevándose hacia el espacio, y allá a lo lejos identifico una nueva estrella, que siento que me observa desde lejos, como husmeándome por completo, pero no desaparece. Convoco a mis compañeros y los "¡Urra, urra!" me acompañan. Y sacamos las fotos y allí aparece, con manchas de blanco y café, con una protuberancia como un hocico que nos husmea y sus latidos que corretean.

Han pasado los días y las noches. De vuelta a Quillagua, tras años de sequía —por el cambio climático— volvió a torrenciar. El cielo se limpia la cara de sus últimas lágrimas y renace entre mis recuerdos el abuelo mientras comía choclo con mantequilla, El Niño despidiéndose desde el andén para cruzar al arcoíris y miro la noche y sus estrellas. Ahora sé que cuando el corazón de un perrito deja de latir, una nueva estrella se dibuja en el cielo y por eso el universo se expande. Miro hacia el oriente eterno y desde el cielo, parpadeando una sonrisa y un ¡guau, guau!, El Niño me acompaña sin necesidad de decirme nada más.

Tercer lugar regional
Antofagasta
69 años

⁴⁰ Ayllu o ayllu: grupo familiar o comunidad que comparte un territorio determinado (nota de la editora).

La cueva

Carlos Meléndez Vargas

La noche es fría y oscura, un viento gélido que penetra los huesos viene del desierto. Las seis personas, con sus manos entumecidas y hundidas en sus bolsillos, caminan raudas sobre la arena blanca. Ya es pasada la medianoche y el único ruido que se escucha es el mar que queda más allá. La huella, porque es una inconfundible que dejan los camiones que transportan el guano, es la única que se vislumbra en la oscuridad impenetrable. Instintivamente, caminan siguiendo lo blanquecino de esta, en una noche muy negra y sin luna.

Vienen del pueblo de Mejillones, han ido al cine a ver una película; este no es más que una vieja casa de calaminas oxidadas, con bancas donde no caben más de cuarenta personas. El ecrán⁴¹ pequeño era suficiente para distraer a estos esforzados porteños del norte. Se ubicaba en la calle Licura, la única pavimentada solo la mitad; la otra mitad, mezcla de arena y tierra. Conservaba, ya entrado el tercer decenio del siglo XX, el nombre de la administración boliviana. De aquí provienen estos personajes que se desplazan en esta noche negra como boca de lobo. Los seis, cuatro hombres y dos mujeres, apresuran el paso para tratar de calentar el cuerpo y así vencer un poco el frío que cala los huesos. El cielo nublado impide que la luna alumbre el camino. Solo la música del ruido de las olas los acompaña. La huella se extiende paralela al mar. Van del pueblo a sus hogares, que quedan cerca de la rinconada. Son amigos que viven en las casas de los empleados de la compañía que extrae guano rojo de las covaderas de los cerros de la península. El guano baja a través de capachos⁴² metálicos, incansablemente desde las alturas, por un andarivel que rechina y cruje a su paso. Las casas quedan un poco más acá de la faena, hacia el norte, tienen una vista privilegiada hacia el océano sobre los promontorios del terreno.

Uno de los caminantes de esta lóbrega noche, de improviso hace un comentario: "¡Estamos cerca de la cueva!". Todos, sin menor respuesta, aceleran el paso que se convierte en un sonido creciente al hundir los zapatos en la arena, superando incluso el sonido acompasado de las olas al romper en la playa cercana. Sin quererlo, fijan sus miradas en la cueva que se acerca inexorablemente a cada paso que dan; los rostros muestran preocupación y temor hasta cuando aparecen las primeras luces. Estas van de un lugar a otro: rojas y verdes, que cambian a azul intenso. Es como una danza fantasmagórica. Verlas significó una estampida instantánea, despavorida, a través de la arena blanquecina...

Ya amaneció y Mr. Davis, administrador de la compañía Guanay, ha escuchado una vez más los relatos de sus trabajadores sobre los extraños sucesos ocurridos la noche anterior, pero no es la primera vez que le han contado de aquello, claro que ahora parece ser que superaron todos los anteriores. Por eso, ha tomado una determinación: irá con algunos de sus trabajadores a la cueva a investigar.

Es mediodía y Mr. Davis, con cuatro de sus trabajadores con palas y picotas, están allí y comienzan a cavar. Algunos curiosos, expectantes y atemorizados pese a ser de día, acompañan la escena. Solo se escucha el sonido de las palas que horadan la arena endurecida cuando choca el metal. Llevan cavando, aproximadamente, como un metro cuando un trabajador exclama: "He tocado algo". El hecho anima a los demás a despejar con sus manos la arena suelta, frenéticamente. Poco a poco va quedando al descubierto una calamina oxidada por el tiempo. "Levántela", dice Mr. Davis en forma tajante. Prontamente se realiza la acción, dejando al descubierto unos uniformes de carabineros, junto con unos

⁴¹ Ecrán: sinónimo de "pantalla" o "cine" (nota de la editora).

⁴² Capachos: recipientes que se utilizan para transportar materiales (nota de la editora).

fusiles antiguos mohosos por el tiempo y la sal. "Son de los bolivianos", exclaman al unísono todos los presentes. Efectivamente, son de ellos. Al saber del desembarco de las tropas chilenas en Antofagasta, presa del temor que estas se desplacen al cercano Mejillones, toman la decisión de enterrar sus armas y uniformes, huyendo a caballo a través del desierto hacia el altiplano.

Mr. Davis ordena: "Tomen todas las cosas y llévenlas a mi casa". Desde ese día no se reportaron más apariciones fantasmagóricas en ese lugar, pero ¿no habrán vuelto los espíritus de esos carabineros, arrepentidos de abandonar su deber, a buscar sus armas para empuñarlas y defender a su patria? ¡Si tú lo sabes, avísame a mi WhatsApp!

Mención honrosa
Antofagasta
73 años

Cielo chango

Alejandro Bakit Quezada

El Chato Araya se fuma su último cigarro sentado en la popa de la lancha y mira fijamente una gaviota flacuchenta que se posa justo en ese momento, como tratando de darle ánimo por los pocos pescados que lograron sacar en el último zarpe. "¡El Chato está chato!", gritó el José Chico con una sonrisa penosa y se mandó un salto desde la proa de la vieja embarcación hasta el muelle de Caldera.

Mientras el José amarraba la lancha al muelle, le decía al Chato: "¡Tranquilo, negro! Mañana lo intentamos de nuevo, ¿vamos a la Playa Brava a tomarnos un vinito *pal* frío?".

Pero el Chato se quedó en la lancha. Ni siquiera tenía plata *pa* comprarse una chela y llevar algo rico para la onces. Estaba helado, apareció el viento calderino de la tarde que entumía hasta al lobo de mar más valiente. Era tanta la preocupación del Chato, que ni siquiera se dio cuenta del frío. Y cómo no, si llevaban más de dos meses sin pescar algo decente, porque los barcos extranjeros se lo estaban llevando todo.

Pensaba en los tiempos del Caldera antiguo, cuando los peces abundaban y el muelle estaba lleno de niños bañándose al lado de los botes colorinches. Hasta los pelicanos estaban gorditos, si comían como reyes. Los lobos de mar jugaban felices en las orillas y se podía mariscar en cualquier roca del puerto, llevándose un montón de ricas lapas, locos y erizos. Pero nada dura para siempre, si ya no queda ni un cochayuyo. Y el Chato lo sabía.

Desamarró la lancha, se tomó el bigoteado⁴³ de vino que le quedaba para darse fuerzas y se puso a navegar sin rumbo. No quería llegar a la casa con las manos vacías, así que se puso como propósito encontrar algún lugar, alguna bahía o alguna caleta donde pudiera encontrar su tan succulento y anhelado tesoro de escamas.

Pasando el imponente faro, mar adentro, ya se veían al horizonte las nubes negras; el mar se puso medio turbulento, la lancha subía y bajaba, subía y bajaba, pero al Chato no le importaba. Llevaba navegando toda su vida, así que no necesitaba una gran embarcación o cuestiones modernas para poder ubicarse, solo miraba las estrellas y listo; mal que mal, era un chango innato.

En medio de la noche, ya el mar estaba tan furioso que solo se podía escuchar su estruendo. Con la poca luz de luna tapada por la camanchaca⁴⁴, el Chato se dio cuenta de que estaba pasando por la playa de Chorrillos, su lugar favorito en el mundo. Vio los enormes acantilados de roca petrificada que brillaban como un manto de cobre sobre el desierto. Siempre fue un deleite para el Chato observar esas maravillosas rocas, pero mientras sus ojos brillaban deslumbrados por tanta belleza, olvidó que el mar seguía furioso. Las olas desgarraron la vieja y apollada lancha y la fueron hundiendo poco a poco a las profundidades del océano. Y con ella, el Chato perdió esa luz de cobre de sus ojos, tal como una ostra pierde su perla más valiosa y brillante.

Ya no hay día ni noche, solo una flama inmortal que ilumina el océano más tranquilo y brillante jamás visto. El Chato camina por las arenas cubiertas de minerales brillantes de Chorrillos, recoge conchas hermosas color tomasol, y a lo lejos se ve más gente alrededor de una fogata, están riendo, cantando y pescando.

El Chato decía que el paraíso es diferente para cada persona; la brisa marina acaricia su rostro como bienvenida a su cielo, a su cielo chango.

Primer lugar regional

Caldera
30 años

⁴³ Bigoteado: vino que reúne las sobras que quedan de botellas y vasos (nota de la editora).

⁴⁴ Camanchaca: neblina costera que se produce en el norte de Chile (nota de la editora)

La tenca que aprendió a silbar como los humanos

Domingo Bordonos Campillay

Se cuenta que hace muchos años atrás siempre se decía que un diaguaita era un ser muy ermitaño y humilde. Preocupado de mantener las costumbres y tradiciones de los ancestros, siempre cultivaba la tierra y sembraba porotos, maíz, trigo, zapallos y papas. Al mismo tiempo, se preparaba con sus cántaros y tinajas de greda, porque también trabajaba en alfarería. Y con fervor esperaba la buena cosecha del año, dichoso usaba atuendos tejidos de lana de ovejas y de guanacos, que confeccionaba en el telar con diseños precolombinos muy llamativos.

Una mañana, el diaguaita terminaba de tomar su té de hierba de chachacoma⁴⁵ con cedrón, porque le encantaba ese tipo de bebida fría. Después, salió a buscar leña para cocinarse sus porotos con frangollo⁴⁶ y así alimentarse en plena estación del invierno, con mucho frío. Además, caminó bastante, pasando por los riscos y faldeos escabrosos de los cerros hasta llegar a unas pampas y llanuras de la cordillera, donde había muchas hierbas frescas y muy aromáticas, como el boldo, la yareta⁴⁷, el bailahuén y el poleo de campo. Con esa fascinante combinación de fragancias, decidió sentarse un rato a descansar y se acercó hasta donde había un manantial de agua pura y cristalina. En ese instante, dijo: "¡Oh, agua para satisfacer mi sed!". Bebió agua y siguió con su andanza. Mientras tanto, caminó y se encontró unas plantas de pacules⁴⁸ muy secas. El ancestro estaba muy feliz, porque le servía para el fuego, abrigarse y preparar sus alimentos. Al tomar esa leña, se encontró una tenca muy acurrucada, triste y flaca por el mal tiempo, y al parecer con mucha hambre la pobre.

La tenca le dice al diaguaita: "¡Te pido que no me lastimes, por favor, ni tampoco quiero que me mates o que me vayas a cocinar!".

El indígena se ríe y le responde: "¿Cómo es posible que pueda hacer eso contigo?, ¡si eres una buena cantora!... Además, tu canto es una bonita melodía y que alegra el corazón. Por lo tanto, no te preocupes, porque te llevaré en mi morral a mi choza y te alimentaré, porque estás muy pálida y desnutrida".

En ese entonces, el ave estaba muy contenta porque estaría feliz de pasar el resto del invierno y tener comida en un lugar seguro. A medida que pasó el tiempo, meses después, la tenca se recuperó casi al cien por ciento. Ella, muy afortunada y cantando mañana y tarde, de cola larga, hasta las plumas de tonos grises y pardos renovó de su cuerpo liviano. Inmediatamente, empieza a anidar entre las ramas de un tamarugo⁴⁹, cerca de la morada donde solía siempre posarse cantando. Construye un nido con espinas de churque⁵⁰ y pasto seco mientras espera a un fiel compañero para un cortejo y emparejamiento, que al final nunca llegó. Pero ella, muy apacible y con mucho optimismo, sigue cantando con afectuosidad.

⁴⁵ Chachacoma: arbusto muy resistente que crece en la zona andina hasta los 4.000 metros de altura (nota de la editora).

⁴⁶ Frangollo: trigo partido (nota de la editora).

⁴⁷ Llaretta o yareta: arbusto nativo del Altiplano, de apariencia similar al musgo (nota de la editora).

⁴⁸ Pacul: arbusto de flores púrpuras o rosadas que crece entre las regiones de Atacama y Coquimbo (nota de la editora).

⁴⁹ Tamarugo: árbol que alcanza hasta unos 20 o 25 metros de altura y crece en las regiones de Tarapacá y Antofagasta (nota de la editora).

⁵⁰ Churque: espino (nota de la editora).

Un día en la tarde, muy nublado, ya casi a punto de llover, se acerca el diaguaita y le dice: "Cantas muy bien, pero extraño algo de ti, no he escuchado que tú lo haces". La tenca muy nerviosa le responde: "¿Y puedo saber yo de qué se trata?". Él le dice: "Todas las tencas, aparte de cantar jubilosamente como tu trinar, dan como un 'silbido humano', que es único. Y yo quiero que aprendas a dar ese silbido, y te prometo que te daré toda la comida que tú quieras y el tiempo que sea necesario en quedarte acá conmigo acompañándome".

Ella, muy preocupada y con melancolía, le contesta: "¿Para qué quieres que te silbe? Basta que te cante todos los días, y yo creo es suficiente". El diaguaita nuevamente le responde: "Quiero que silbes y ¿sabes para qué? Para cuando tú veas venir a los españoles montados en sus caballos galopando, me avises para esconderme a tiempo, esa será una señal de alerta. Ellos me buscan a mí hace mucho tiempo, porque soy uno de los últimos caciques que van quedando en este valle hermoso y autóctono de nuestros antepasados, de la cultura diaguaita de la Ruta de Los Naturales, de acá de Alto del Carmen, de mi amada tierra Madre Pachamama".

En ese mismo día se escucharon truenos y relámpagos; más arriba cayó algo de lluvia muy finita. El indígena se arrodilla en la tierra y le pide al sabio y complaciente dios Viento Blanco que le enseñe a silbar a su avecilla. En ese mismo momento, se sintieron unos vientos muy fuertes y poderosos que corrían en distintas direcciones, como torbellinos que avanzan muy rápido de cordillera a mar. La pobre tenca se asustó tanto que cayó casi moribunda al suelo. Una vez que pasó el viento, el diaguaita, al ver a su tenca tirada, con mucho recelo la trata de tomar y muy triste le dice: "¡Disculpa, no fue mi intención hacerte daño! Y yo pensando que ya estabas muerta". Entonces, la tenca trata de alguna manera de enderezar su cabecita y abre los ojos y la boca bien grande, mira de frente y da el "silbido humano" fuerte y claro. El diaguaita le dice con delicadeza: "Lo lograste. Qué alegría me das", y la tenca ve a lo lejos que venían galopando los españoles en sus caballos, y le dice: "¡Arranca, indio, que ellos vienen por tí!".

El indígena salió muy apresurado y subió a esconderse al cerro donde había un pequeño faldeo que daba con la quebrada de Conay, en unos caseríos donde había un pequeño bosque nativo de pimientos, chañares, algarrobos y coronas de inca. Por cierto, él cuidaba mucho ese lugar sagrado de la naturaleza, porque el chañar le daba frutos y el algarrobo le daba unas vainas de semillas que tostaba y molía en una chancuana⁵¹ de piedra para preparar el rico café para el frío. Después de dos días, el indígena, con pesadumbre volvió a buscar a su tenca, pensando que había escapado en un vuelo y que ella estaría bien. Pero al mismo tiempo, se sentía esplendoroso, porque había logrado su propósito con el dios Viento Blanco. Pero lamentablemente, llegó al lugar y se dio cuenta de que los caballos habían pasado por arriba del cuerpo de la tenca, quedando totalmente lastimada y pisoteada. El diaguaita se puso muy triste y trató de sostener sus lágrimas, pero no pudo evitarlo y lloró desconsoladamente en ese momento, y con el dolor en su corazón, le dio una sepultura a su fiel cantora.

Finalmente, el indígena, con mucha aflicción y soledad, admite y se resigna; reflexiona y se da cuenta de que amaba a esa avecilla que cuidó tanto, alimentó y estuvo de compañía con él en algunos meses. Siempre recordaba su propio canto, potente y claro, en largas series de trinar y gorjeos. El diaguaita le tomó mucho cariño a su tenca, porque tenía la capacidad de imitar a otros pájaros, como loicas, diucas, chercanes, zorzales y tordos. También reconoce con ternura que su tenca encantadora aprendió a "silbar como los humanos" y que gracias a ella pudo salvar su vida.

Segundo lugar regional

Vallenar

44 años

⁵¹ Chancuana: piedra para moler (nota de la editora).

Burrito boxeador

Constanza Baros Jorquera

Durante los bulliciosos días de verano, Remigio recordaba parte de sus días de juventud mientras observaba a sus nietos reunidos alrededor de la fogata, jugando y arrojando colitas de chanco a las humeantes brasas. No transcurrió mucho tiempo para que todos los niños, en forma insistente, le pidieran a su tata que contara aquella historia que los divertía tanto. Remigio empezó su relato:

“En las cercanías de Copiapó, allá por la quebrada San Miguel, se encontraban los altos y verdes pastizales que ofrecía la primavera nortina. La vegetación era abundante para saciar a un extenso grupo de burros, los cuales se encontraban al cuidado de un anciano arriero, cuyo ruco⁵² se emplazaba entre los silenciosos cerros.

Por aquel entonces, cada temporada yo cruzaba a caballo por el sector, maravillándome de aquel oasis exuberante. Siempre que pasaba, el arriero me ofrecía descansar con café y charqui de cabra, en tanto le contaba las novedades de la ciudad, para luego seguir mi camino.

Sin embargo, en aquella ocasión, a medida que me preparaba para marcharme, para nuestra sorpresa logramos divisar a un puma expectante, agazapado sobre las afiladas rocas, por encima del ganado. En ese preciso momento, el puma no lo dudó y saltó, agarrándose firme sobre el lomo de un joven burro. Este último luchó relinchando de dolor y dando patadas a lo loco, mientras el felino, ágil y feroz, lo arañó en medio del hocico y, con otro par de arañazos, le quitó ambas orejas. Pero el burro ni se inmutó, continuó luchando, y de una patada monumental alejó espantado al puma, que huyó herido y resignado hasta perderse.

Al finalizar el combate, el arriero muy tranquilo y como si no hubiese pasado nada, me despidió con una palmadita en el hombro. Al marcharme me preguntaba si el burro sobreviviría a sus heridas...

Al transcurrir un año, regresé. Al descender por la quebrada, busqué impaciente y, para mi alegría, pude distinguir al burro boxeador, el cual portaba como un emblema los arañazos del puma y un par de orejas de cartón muy rústicas, atadas con un cordel alrededor de su cabeza, que al parecer el arriero había confeccionado para el animal.

Cuando Remigio terminó su relato, todos sus nietos se echaron a reír, imaginándose cómo serían las orejas postizas del burrito boxeador. Y casi al mismo tiempo en que la noche se hacía más larga, bendecida por los astros del desierto, la fogata también iba llegando a su fin.

Tercer lugar regional
Copiapó
30 años

⁵² Ruco: vivienda modesta (nota de la editora).

Mi querido Cerro

Catalina Leyton Figueroa

Llevaba años de experiencia enseñando a niños en las ciudades; sin embargo, sentía que nunca había hecho algo especial o que me diferenciara de los demás educadores y educadoras. Fue así que decidí mudarme a alguna zona rural. Estaba decidida a marcar la diferencia y dar una educación de calidad a todos esos niños que no tenían posibilidades de ir a las ciudades. Cuando al fin me mudé y logré conseguir trabajo en una pequeña escuela que no tenía más de 60 niños en total, me sorprendí, ya que, a pesar de que el resto de los colegios donde había trabajado tenían una cantidad superior a 400 niños, estos pequeños hacían más ruido que todos los demás juntos. Sonó el timbre y entré a mi sala con 20 niños. Era un 5° básico, me presenté y les pedí que se presentaran y me contaran qué les gustaba hacer. Las respuestas no me las esperaba: les gustaba sacar a pastar a las vacas y a los caballos; les encantaba ir al río a jugar, dicen que en el verano se llena de todos los niños del pueblo (eran los mismos que estaban en la escuela); les gusta el invierno porque el cerro se nieva y suben a jugar con la nieve con sus papás. Un niño me dijo: "Me gusta cuando hacen asado en mi casa y vienen todos mis primos". Continué con la clase y me di cuenta de que estaban muy atrasados con las materias, veían contenidos de años anteriores que ya deberían saber. Entonces, les pregunté: "¿Qué hacían con su otra profesora?". Los niños me decían que salían al patio, que iban a ver los alrededores del río; me dijeron que si quería podían enseñarme. Me dio un poco de risa, pensando ególatramente: "No creo que me enseñen algo que no sepa ya". Claramente, no lo dije. Salimos al río y empezaron a decirme el nombre de todas las aves que sonaban. Nunca me había dado cuenta de cuántos cantos de pájaros diferentes sonaban al mismo tiempo. Me dijeron los nombres de los árboles que rodeaban al río, sabían qué árboles daban frutos que se podían comer y cuáles no, la temperatura del agua, la dirección del río, la firmeza de la tierra, tantas cosas que yo ignoraba por completo al pensar que no eran importantes, que no nos servirían de nada. Pero no es así, todos estos pequeños y sus familias viven inmersos en la naturaleza, necesitan conocer todas estas cosas, y son cosas que, si vas a la ciudad, los dejas a todos como ignorantes. Entonces entendí que si vine a este lugar, era porque ellos iban a darme una lección a mí, que los números y las letras no son lo más importante a la hora de enseñar, que hay tantas cosas con las que puedes hacer un cambio. Hicieron que me diera cuenta de que la respuesta no está en quedarse sentados en las sillas encerrados en las salas; incluso si llueve, lo mejor que podemos hacer es salir un rato, dejar que los niños experimenten, algo que es tan normal para ellos yo lo viviría por primera vez.

Un día, en esas salidas que comenzamos a hacer más frecuentes, una niña se quedó mirando el cerro de una forma diferente que el resto de los niños; incluso sus ojos se pusieron llorosos. Me preocupé y le pregunté "¿Te da miedo el cerro?", y me dijo: "No tía, no me da miedo. Yo amo al cerro, porque ese cerro es mi mamá, que se fue hace mucho tiempo, que volvió de esta forma para cuidarme a mí y a mi hermanita. Eso me dijo mi papá. Así que tía, yo amo al cerro y al resto de los cerros, que deben ser mamás de otras niñas y niños como la mía". En ese momento lo supe, supe que había tomado la mejor decisión de mi vida al venir aquí y compartir con personas tan puras de corazón. La ciudad, ya no pensaba en ella... Me sentí más en casa aquí que en cualquier otro lugar donde había vivido.

Primer lugar regional

La Serena

20 años

El Cristo de Mayo

Consuelo Quezada Fuenzalida

Una mujer bastante mayor, de ropajes negros y andar cansado, se aproximó lentamente hacia el altar; se veía con grandes atuendos de la época y un velo bordado que cubría enteramente su rostro. Se aproximó al reclinatorio de terciopelo rojo e hincó dolorosamente sus rodillas para orar. Llevaba un rosario de cristal de roca y oro que relucía de lejos con un rayo muy tenue del sol que se filtraba por un tragaluz. Los cirios encendidos, junto con las flores de la época, daban al conjunto una solemnidad agotadora e infinita; con ese olor característico a madera envejecida que bailaba en el aire colonial. Todo estaba desierto, como si ese escenario surgiera de las profundidades de los tiempos. Su rezo era suave, monótono, repetitivo y de expiación retardada, subía y bajaba el tono. Luego, el rezo parecía el recuerdo de algún pecado escondido en el corazón.

“Catalina, Catalina... Si tan solo me hubieses escuchado, no te tendría acá todos los días escuchando tus ruegos, no estarías en este lugar esperando que te dé una respuesta que tú más bien sabes. ¡Mírame! Levanta tu mirada, tenías que hacer todo lo que hiciste para que me llegaras a conocer, pues aquellos lavarán tu alma con su sangre derramada. Entonces, tu bolsa de encaje llena de monedas no bastará para comprar tu indulgencia, pero aún se te nombra en las misas presentes, pues tú así lo dispusiste y hoy los niños celebran la Cruz de Mayo que tú no te atreviste a mirar”.

Coronada de flores, alta e imponente, un grupo de muchachos lleva la cruz por los campos, recolectando sus donaciones para que luego se reúnan a compartir en la parroquia vieja.

Al caer la noche, el cura del pueblo enciende sus antorchas; los niños y jóvenes toman sus canastos de mimbre. Hace mucho frío, bajo sus mantitas humildes ellos van cantando. Su fiesta la realizan cada año.

“¡Aquí va la Cruz de Mayo, visitando a sus devotos con un cantarito de agua y un cantarito de mosto! ¡Muchas gracias, señorita, por la limosna que ha dado! ¡Pasaron las tres Marías por el camino sagrado! ¡Viva la Cruz de Mayo!”.

Esta es la casa de los pinos donde viven los mezquinos cuando nada recibían.

Y así, entrada la noche y a veces con los canastos casi vacíos, regresaban al pueblo a disfrutar sus bendiciones. Las cruces de los lugareños ardían, quemadas en los cerros con el ruido del cochayuyo al explotar como cuetes en el aire que ellos le ponían para alegrar esas noches de frío y de pobreza, pero de gran devoción.

Bajo esa luna caprichosa de la noche sureña, los pinos doblaban sus esbeltos cuerpos para saludar a la procesión. El viento puelche⁵³ o el viento del sur, o tal vez el viento norte que trae los aguaceros, o quizás el rocío mapuche, enrojece las caritas pecosas rubicundas de los niños. Se escuchaba a oído agudo alguna lechuga blanca o una perdiz asustadiza que sale volando por el ruido.

Falta cruzar el estero por el tronco ancho; el sonido del agua cascada abajo parece reír a cada segundo al chocar en las piedras húmedas. La niebla se esparce, como manto brillante con las gotas de rocío, y sube hasta tapar por completo el riachuelo y a la comitiva.

Esteban, el más pequeño, va rezagado y casi no puede caminar. Su pequeño cuerpo enfermizo y débil

⁵³ Viento puelche: viento cordillerano (nota de la editora).

apenas le permite estar en pie. De pronto, tiene sed. El camino largo y las emociones vividas lo tienen suspendido en el fuego abrazador. Su espíritu va soñando con llegar a abrigarse y comer mejor. Baja y se acuesta en la orilla, bebe la frescura del agua, pero cae repentinamente. Un gran torrente de alucinaciones lo golpea una y otra vez. No cree que sea un viaje peligroso, solo piensa que pronto terminará, sacudirá sus ropas y correrá hacia sus amigos.

“¡Esteban! ¡Esteban!”, gritan todos. Retroceden en su búsqueda. En la orilla del riachuelo, Esteban está durmiendo en los brazos de una mujer mayor con un velo negro que, al verlos, se desliza suavemente hacia el agua perdiéndose en la noche silenciosa. Esteban abre los ojos y mira con una sonrisa a su alrededor, todos sus amigos están allí mirándole angustiados, llenos de un pavor terrible, pero contra todo pronóstico, él se levanta, sin zapatos, como salido de un sueño profundo.

“¡La señora! ¡La señora!”.

“Ella me sacó, en sus manos llevaba un rosario de cristal de roca con oro, que iluminaba el camino hacia la casa”.

Hoy reluce en la Cruz de Mayo de madera de cerezo, que la comunidad celebra todos los años en un pueblito del sur, en donde todos los milagros de la naturaleza se hacen posible.

“¡Catalina, Catalina! Perdiste tu rosario y ganaste un alma pequeñita, pequeñita, que te acerca cada día más a mí”.

Segundo lugar regional

Coquimbo

63 años

A un lado del camino

Dana Donoso Osorio

Qamaqi era su nombre. Tenía ojos vivaces que representaban claramente su audacia. Nació junto a su hermana en una primavera próspera, en una zona desértica costera, un paisaje de pequeños arbustos y diversa fauna. Sus padres, si bien eran muy protectores, desde pequeños les comenzaron a enseñar la manera más fácil y rápida para poder obtener comida. Qamaqi recuerda bien la primera vez que sus padres le pidieron que los siguieran junto a su hermana, saliendo de la guarida rumbo a un camino de color oscuro, sintiendo un extraño olor que más tarde sabría de dónde provendría. Sus padres los escondieron tras un pequeño arbusto, pidiéndoles que guardaran silencio, mientras se desplazaban cerca del camino. En ese instante, Lari, la hermana de Qamaqi, comenzó a mover sus orejas inquieta y le dijo a su hermano: "Escucha, ¿qué es eso?". "No lo sé, ¡pero al parecer se acerca!", contestó nervioso. Ambos cachorros miraban inquietos con el corazón latiendo cada vez más rápido en su pecho, buscando con mirada nerviosa a sus padres, pero cuidando no ser vistos. En eso estaban cuando vieron una enorme y veloz bestia lanzando tierra y un extraño aroma a su paso. Tenía pies redondos, nunca habían visto algo así, estaban petrificados y fascinados al mismo tiempo. Cuando la bestia se detiene, se abre uno de sus costados y de ella salen dos seres extraños, sin pelaje. En realidad, solo tenían pelo en sus cabezas, pero el resto de su cuerpo estaba cubierto con otras capas. Los seres se acercaron lentamente al lugar donde estaban los padres de los cachorros, pero para asombro de estos, sus padres se acercaron lentamente a estos seres, dejándose ver, aparentemente sin miedo alguno. Los observaban con extraños aparatos con pequeñas luces rojas y, después de un rato, se retiraron tan rápido como aparecieron, dejando atrás una bolsa que sus padres recogieron. Después de todo ese extraño encuentro, la familia de zorros chillá se miraron mientras olfateaban la misteriosa bolsa que dejaron esos seres. "¿Qué es eso?", preguntó Qamaqi, quien ya no daba más de curiosidad. "¡Eso!", respondió su padre, "¡es nuestro alimento!". Mientras, abría hábilmente con su hocico la bolsa con extraños manjares que los pequeños cachorros jamás habían probado hasta ese día. Extasiados con los sabores y aromas, los cachorros olvidaron el miedo mientras comían rápidamente, dejándose invadir por estas nuevas sensaciones. Una vez que acabaron su festín, Lari preguntó a su madre: "¿Quiénes eran esos seres que los apuntaban con extraños ojos y les obsequiaban comida?". Los hermosos y almendrados ojos color miel de su madre la miraron con dulzura, entendiendo el miedo que pudo haber provocado ese encuentro en sus cachorros, y respondió: "Esos seres se llaman humanos, pasan de vez en cuando por ese camino en sus vehículos que les sirven para moverse de un lugar a otro, pues como vieron, no tienen garras, pelaje o colmillos que los protejan. Se acercan y nos observan con esos extraños ojos con luz roja, luego se van dejándonos alimento; así ha sido durante mucho tiempo y así es como será por mucho tiempo más".

Ya al atardecer, cuando volvían a su refugio entre unas rocas de una quebrada, Qamaqi observó que su tío recién estaba saliendo; rara vez lo veía, pues descansaba casi todo el día. Armado de valor, el pequeño cachorro fue donde su tío y le pidió si podía acompañarlo. El tío lo miró seriamente, asintiendo con su cabeza. Caminaron en incómodo silencio mientras caía la noche, cuando de repente con voz grave el tío comienza a hablar: "Esta noche te enseñaré sobre nuestras verdaderas costumbres, que nunca debes olvidar. Mi hermano y tu madre se han dejado seducir por la comodidad de obtener alimento sin necesidad de cazar, olvidando que somos animales nocturnos, con la habilidad de movernos sigilosamente en la oscuridad, capaces de ver, oír y sentir hasta el más mínimo movimiento. Espero que sepas valorar lo que te enseñaré, joven Qamaqi". Con paciencia, esa noche su tío le enseñó a respirar y moverse sin emitir absolutamente ningún ruido; también le enseñó qué tipo de alimentos existían a sus alrededores y cuáles eran las mejores técnicas para cazar. Al regresar, el pequeño zorro solo quería compartir lo aprendido con su familia.

En las semanas siguientes, sus padres y su hermana no mostraron interés en aprender lo que Qamaqi deseaba enseñarles; al contrario, continuaron recibiendo bolsas de comida a cambio de ser observados por los "seres del camino". Pero un día, sin previo aviso, dejaron de venir, y poco a poco comenzaron a adelgazar y enfermar, pues habían olvidado cómo obtener alimentos por sus propios medios. Un día, un pequeño chercán, con su poderoso canto, se acercó a la familia de zorros, posándose sobre un copao⁵⁴. Les dijo: "Zorritos, ¿qué hacen de día esperando en el camino con este sol abrasador?". El padre de Qamaqi respondió débilmente: "Esperamos a que vengan a dejarnos comida, pero ya va mucho tiempo que ningún auto aparece". Y el ave cantora le dijo: "¿Acaso no saben que los humanos están enfermos y ya no salen de sus casas? He volado desde la precordillera hasta la costa y la mayor parte de ellos está encerrado en sus casas, los pocos que salen cubren sus caras por temor a enfermar". Diciendo eso, la pequeña ave emprendió nuevamente el vuelo y se alejó. La familia de zorros comenzó a mirarse con el temor de que las palabras del chercán fuesen ciertas. Ya habían olvidado cómo cazar y estaban demasiado débiles como para intentarlo. Volvieron a su madriguera, intentando guardar la poca energía que les quedaba. Esa noche, aprovechando el frescor de la oscuridad, Qamaqi decidió salir y aplicar las técnicas que su viejo tío le enseñó, atrapando una pequeña lagartija. Al volver a la madriguera, sus padres decidieron que ambos cachorros, Lari y Qamaqi, se alimentaran. Lamentablemente, fue su última decisión, pues no sobrevivieron; a la mañana siguiente, no despertaron. Tristes y temerosos, los pequeños hermanos no sabían qué hacer, hasta que apareció su tío, quien con fraternal voz les dijo: "Han visto el peligro de olvidarse de sus costumbres e instintos. A veces los humanos creen que nos ayudan, pero no imaginan el daño que nos hacen. Han vivido la pérdida de sus padres; ellos volverán a la tierra y mantendrán el eterno ciclo de la naturaleza. Ahora deben protegerse entre ambos y ser capaces de cazar su propio alimento para vivir. Recuerden todo lo que han aprendido y traspásenlo a sus hijos cuando decidan tener familia". El viejo zorro se alejó y ambos hermanos decidieron cambiar de guarida con el fin protegerse, sin olvidar jamás las sabias palabras de su tío.

Tercer lugar regional

La Serena

36 años

⁵⁴ Copao: cactus endémico de Chile (nota de la editora).

Todas se llaman Sara

Natalia Montiel Aranda

María Choque cuenta las llamas una a una, mientras los últimos rayos de sol iluminan su trenza negra. En su espalda, envuelta en un aguayo⁵⁵, duerme una bebé con un gorro rojo. De pronto, un par de animales se empieza a alejar. María se frota las manos por el frío y empieza a caminar. Mira hacia atrás. Elías, de tres años, sentado sobre una piedra, está chupando un tumbo⁵⁶ que sujeta con sus manos regordetas.

—Quédate ahí, hijo, cerca del corral —le dice María.

Camina y el viento helado le quema la cara. Divisa a los animales perdidos junto a unas llaretas⁵⁷. Cuando por fin logra encaminar a los animales al rebaño, Elías ya no está sobre la piedra. María camina mucho rato con su hija a cuestas, hasta que ya está muy oscuro, buscando a su hijo mayor. Tal vez encontró el camino de vuelta al pueblo, Parcohaylla, pero Elías no aparece por ninguna parte.

Al día siguiente, le encarga la niña a una vecina. Parcohaylla es un pueblo pequeño y tiene que bajar a Camarones para que la ayuden a encontrar a Elías.

Los carabineros primero escriben la declaración. La miran con los ojos entrecerrados, frunciendo el ceño. La encierran en una habitación. "¿Qué dónde estaba Elías? Qué confiese". María se queda ahí hasta que el sol se esconde. Le ponen lámparas en la cara y la interrogan, desenfundan un arma y la interrogan, le niegan agua y comida y la interrogan.

—Yo dejé a mi hijo, pero no con malas intenciones... En ese lugar no había peligro... Si yo pierdo un animal a mí también me descuentan. Por eso yo tuve que dejar a mi hijo, para poder buscar a la llama que se quedó atrás. Después, cuando yo regresé, ya no lo encontré. Lo busqué hartó —declaró María.

Y su voz delgada se quebraba por el llanto. Siempre respondía lo mismo.

Después de tres días, María dice que Elías es hijo de su tío. Que su tío le dijo que era mejor que perdiera la virginidad con alguien que la quisiera de verdad y que no le dijera a nadie. Que se lo prometiera. Y María cumplió su promesa hasta ese día, por miedo a que su familia la castigara.

Pero no es suficiente confesión.

Y pasan cuatro días más de encierro, de gritos, de luces en la cara, de despertares nocturnos y armas desenfundadas. Y aparecen varias historias, algunas autoincriminatorias y otras no.

El tribunal concluye que esas versiones contradictorias son un intento evidente de obstruir la investigación. Que María abandonó a su hijo de manera intencional.

El abogado señala las diferencias culturales de María por ser aymara y tener escolaridad incompleta.

⁵⁵ Aguayo: manta multicolor usada en el mundo andino para cargar cosas y, especialmente, niños pequeños (nota de la editora).

⁵⁶ Tumbo: fruto de un arbusto del género *Passiflora* que crece en la zona andina (nota de la editora).

⁵⁷ Llaretas o yaretas: arbusto nativo del Altiplano, de apariencia similar al musgo (nota de la editora).

Los magistrados revisan carpetas y hacen preguntas. Dicen que María usa toallas higiénicas cuando tiene su menstruación y que una vez hizo un reclamo formal en la Inspección del Trabajo porque no le pagaron sus cotizaciones, así que definitivamente era una mujer occidental. Y con diecinueve años recién cumplidos, una adulta occidental.

Y le dan doce años de presidio.

La bebé de gorro rojo es dada en adopción a una pareja extranjera. Le cambian el nombre y aprende a hablar en otro idioma.

María es encerrada en la cárcel de Arica y su familia nunca la visita. Lee la Biblia una y otra vez, y teje cuando encuentra lana.

Un año después de la sentencia, aparece el cuerpo de Elías, unos kilómetros más allá del lugar donde estaban las llamas, en medio de los bofedales. El Servicio Médico Legal concluye que no hubo participación de terceros en la muerte del niño.

Pasan un par de años y el caso empieza a hacerse conocido en algunos medios de comunicación. Llegan unas abogadas jóvenes a la cárcel de Arica. El caso empieza a tener notoriedad a nivel internacional.

A los seis años de presidio, María recibe un indulto del presidente.

—¿Nos puede dar alguna declaración, señora Choque? —dice un periodista afuera de la cárcel.

—Quiero llevarle flores a mi Elías, así como corresponde cada año, acordarme porque es mi hijo y yo lo quiero, aunque él falleció, pero yo lo quiero... Era mi hijo más regalón, pero a los dos los quiero por igual —dice María con los ojos entrecerrados por la luz del sol de mediodía.

Años más tarde, el Estado le pide perdón y entrega medidas reparatorias. María se entrevista con la presidenta a puertas cerradas. Pregunta por su hija, pero le comentan que el proceso de adopción es irreversible. Hay una ceremonia con periodistas y cámaras, pero María no asiste.

Ahora tiene un puesto en el mercado de Putre. En Parcohaylla la gente es hostil, así que prefiere vivir en un lugar más grande. Preferentemente, un lugar donde no estén sus familiares. Vende tumbos y muñecas de lana, todas idénticas, de ojos grandes y pelo negro, con un gorro rojo.

—¿Y cómo se llama ella? —le pregunta una niña rubia apuntando con el dedo a una de las muñecas.

María, que estaba tejiendo, detiene su labor y deja los palillos sobre su falda. Mira a la niña —que debe tener nueve años, la misma edad de su hija—, traga algo de saliva y los ojos se le humedecen, y responde con un hilo de voz:

—Sara. Todas se llaman Sara.

Primer lugar regional
Viña del Mar
33 años

Don Caño

Marina Rojo Olivares

Desde niño oía la historia de un viejo que vivía entre las breñas⁵⁸ y asperezas que crecían en el territorio más agreste de El Melón. Tenía por apodo don Caño. Decían que habitaba una ruca⁵⁹ pequeña, sin mantener casi contacto con nadie, salvo con el medio ambiente y la escasa fauna silvestre que poblaba el lugar. Asimismo, se comentaba que se alimentaba con moras, tunas y bayas y que tenía un huerto propio. En ocasiones, se les aparecía a los lugareños con su ropa oscura, larga barba y cabello hirsuto; lo menos que infundía era miedo. Y siempre lo acompañaba un perro de raza indefinida, el que jamás ladraba, pero que ante cualquier presencia de extraños mostraba los dientes y gruñía. Los adultos lo utilizaban como un recurso de amedrentamiento para que sus hijos fueran más obedientes y elevaran sus rendimientos en la escuela. Y de él se contaba, además, que realizaba encantos, sanaciones y sortilegios. Algunos lo apodaban "el viejo del saco", por el costal que en ocasiones llevaba encaramado a su espalda y en el cual recogía frutas y que, al mismo tiempo, le servía para llevar las ramas que utilizaba para mantener el fuego.

Esto era, a grandes rasgos, lo que de él se contaba; aunque yo nunca llegué a verlo y, por lo tanto, no sabía si se trataba de chismes o de algo cierto.

Y sucede que un día, siendo adolescente y mientras cruzaba por entre la floresta para acortar camino hacia mi casa, pues se avecinaba una tormenta, de pronto resbalé y caí. Y cuando intenté pararme, no pude hacerlo, pues había sufrido en el tobillo una torcedura. Entonces, grité pidiendo ayuda, pero justo en aquel momento arreció el viento y sobrevino el aguacero. Avancé saltando en un pie, pero el trecho a recorrer era largo y abrupto, y con el barro y el agua supe que jamás lo lograría.

Hasta que, de pronto, superando el rumor de la lluvia y el viento, me pareció oír algo y, esperanzado, grité:

—¡Ayuda! ¡Aquí! ¡Auxilio! ¡Me tronché una pierna! —insistí.

Y segundos después, vi un bulto negro acercándose, sentí unos gruñidos y, repentinamente, la sombra de un perro se abalanzó sobre mí.

—¿Qué te pasó? —dijo a continuación una gruesa voz.

—¡Ya! ¡Déjalo! —le ordenó el dueño de la voz al perro.

—¡Me caí! —respondí confundido, sin ver el rostro de quien preguntaba, pues lucía un sombrero negro de ala ancha.

—Iba acortando camino cuando me atrapó la borrasca. ¿Y usted quién es?

—Me dicen don Caño...

—¿Qué? —exclamé confundido.

Y recordé de golpe todo lo me habían relatado sobre él.

⁵⁸ Breña: tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza (nota de la editora).

⁵⁹ Ruca: vivienda modesta (nota de la editora).

—¡Te sacaré de aquí! —agregó el hombre.

Y me tomó entre sus brazos y me alzó, y diez minutos después, seguidos del perro, llegamos a una choza que tenía una chimenea de piedras y varios leños ardiendo en su interior. Me sentó en una silla, encendió una lámpara a parafina y la acercó hacia mí.

—¡Ahora veré qué tienes! —me aclaró.

Y me sacó el zapato derecho y también la calceta, y con sus manos suaves me examinó. Noté que mi tobillo comenzaba a hincharse y cuando presionó en aquel sitio, sentí un fuerte dolor.

—Al parecer no es fractura, sino que un esguince —dictaminó.

La débil fosforescencia de la lámpara me permitió ver que las paredes estaban llenas de recortes.

—¿Y eso? —pregunté.

Él agachó la cabeza y suspiró. Su espesa barba le otorgaba un aire de solemnidad. Hasta que, al fin, luego de un rato que me pareció eterno, tras suspirar, señaló:

—¡Eso es lo que me queda!

—¿Cómo?

—Verás. En el año 1965, y siendo yo un mozalbeta, vivía tranquilamente con mi familia en el poblado minero El Cobre. Hasta que cierto sábado se me ocurrió ir a una fiesta a La Calera. Al día siguiente, que era 28 de marzo, pasado el mediodía, venía de regreso cuando sobrevino un terremoto. Este derrumbó un tranque de relave cercano y las aguas contaminadas arrastraron tierra, piedras y árboles, y sepultaron en cuestión de segundos y bajo varios metros de lodo a todo el poblado. Angustiado, al llegar y ver la magnitud del desastre, traté de acercarme hasta donde estaba la casa de mi familia y así conocer la situación de mis hermanos y padres. Pero me fue imposible hacerlo, pues me hundía en el fangal hasta más arriba de las rodillas. De la impresión me desvanecí. Y cuando minutos más tarde desperté, supe que eran muchos los desaparecidos y escasos los sobrevivientes. Eso cambió mi existencia y cuando se secó la tierra intenté con una pala y picota escarbar. Pero las autoridades de aquella época publicaron un edicto prohibiendo remover el sitio. Y desde entonces he vagado, convertido en ermitaño y recordando lo sucedido. De eso son los recortes de diarios que están en la pared. Y cada día me he preguntado por qué yo no regresé antes para así haber estado para siempre con los míos, en el interior de nuestra casa.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! —balbucí—. Algo me han contado de esa tragedia.

—Y desde entonces, lo único que espero es que llegue por fin el día en que pueda reunirme en forma definitiva con ellos. Pero antes, hay algunas obras que aún debo realizar. Y por lo que sé, ahora hay otras viviendas en la misma zona donde antes ocurrió la inundación. ¡Bueno! Y eso es todo. Y como ya no llueve, te pasaré dos muletas que tengo por ahí tiradas y te acompañaré hasta un camino alledaño para que puedas continuar tu viaje.

De un rincón alzó dos trastes de apoyo y a continuación hizo que me calzara otra vez el zapato y me tomó entre sus brazos y me transportó con él. Superamos algunas depresiones y sorteamos varias arboledas, hasta que al fin llegamos a un camino rural.

—¡Aquí te dejo! —señaló don Caño bajándome—. Es mi límite y con las muletas te será algo más fácil avanzar.

—¡Gracias! —me despedí.

Y luego de estrecharle la mano y palmear la cabeza del perro, me afirmé en los soportes y, apoyando solo el pie izquierdo en la senda, eché a andar.

Ya en mi casa, les conté a mis padres, quienes me dijeron que era imposible que eso me hubiera acontecido, pues don Caño había muerto hacía muchos años, lo mismo que su perro, y que posiblemente había tenido una alucinación. Claro que cuando les mostré las muletas no supieron qué pensar.

Dos meses después, y ya con el tobillo deshinchado y las muletas al hombro, volví. Pero, aunque recorrí gran parte de Belloto Norte y El Melón, la casa de don Caño en ninguna parte la pude hallar. Eso me hizo pensar que, tal vez, desde el punto de vista físico él ya no existía, pero que, en compensación a lo sucedido con su familia, de tanto en tanto se convertía en fantasma o espíritu para realizar, cuando alguien así lo requería y en un corto espacio de tiempo, un acto de humanidad.

Segundo lugar regional

Valparaíso

63 años

La loca enamorada del estero

Dixie Olguín Lazcano

Los perros ladraban de un modo extraño, gruñían y luego aullaban.

La noche estaba fría y el resplandor de la luna en la cordillera de los Andes, que se divisaba a lo lejos, bien parecía el escenario de un cuento de terror.

La mujer vestía ropas oscuras, llevaba un chal deshilachado, zapatos andrajosos y cara tiznada, y caminaba semienkorvada por las calles del pueblo.

Era pasada la medianoche. La mujer avanzó por la calle principal en dirección al cerro de la Virgen. Subió lentamente y avanzó por la estrecha calle norte que bordeaba el cerro. El saco que llevaba a cuestas le impedía caminar más rápido.

Llegó al borde del estero, donde la brisa se sentía con mayor fuerza y los sauces que aún quedaban en pie se mecían tenebrosos. En el pueblo tenían miedo de ella cuando bajaba a pedir algunos mendrugos o algo de comida.

—¡Está loca! ¡Echa maldiciones si la miras a los ojos! ¡Es bruja! —vociferaban los pobladores.

Eran algunos de los comentarios que circulaban por el pueblo. Tal vez la vida pausada de Santa María favorecía que se tejieran historias y rumores que iban tergiversándose a medida que sorteaban las hojas del calendario.

La misteriosa mujer dejó el saco afirmado de unas piedras, se agachó y con la rapidez de un experto comenzó a armar y encender una fogata.

El humo podía verse desde lejos y, una vez más, las pilchas que llevaba dentro del gran saco le servían de cama improvisada, abrigada por el fuego y el grueso tronco del árbol llorón.

La actividad comenzaba temprano en los parronales colindantes al estero. Uno a uno los temporeros llegaban en sus escuálidas bicicletas, o a pie, con sus morrales al hombro y sus respectivos sombreros o *jockeys* para el sol.

—Oye, Juan, parece que se murió la doña. ¡Mira, allá, en el sauce del estero! —le decía uno de los temporeros.

Los dos amigos se acercaron curiosos a la fogata aún humeante. Caminaron sigilosos, hasta que uno de los perros que estaba acurrucado junto al bulto de ropajes oscuros, levantó raudo su cabeza y comenzó a gruñirles.

No alcanzaron a dar media vuelta cuando los terrones comenzaron a volar por sobre sus cabezas, entre palabras ininteligibles y garabatos varios.

Los asustados temporeros llegaron pálidos y, a la vez, sudando de tan rápido arrancar o quizás de miedo. Su grupo ya había empezado la poda y el jefe de turno, con papel y lápiz en mano, les dirigió una mirada reprobatoria.

—Disculpe, jefe, ni se imagina lo que nos pasó...

—Nada de excusas aquí, Alvarado, apúrele nomás, mire que no estamos para conventillo. Así como vamos, nos va a pillar la poda en verde y ahí el patrón no va a estar *naíta* de contento.

En el parrón no se pasaban penas. Era sacrificado estar de pie tantas horas, a veces con la escarcha matinal, pero también era un deleite para los temporeros caminar por entre las parras dormidas, como se le llamaba a ese período en que la planta de tan noble fruto entraba en reposo una vez caída sus hojas. Los hombres de campo tenían su jerga, a la hora del “mate e diez” broneaban acerca de qué harían para la quincena y las risillas abundaban al molestar a los principiantes, haciéndoles creer que si hacían mal un corte, todo el parronal se vendría abajo.

De pronto, un alarido estremecedor paralizó las risas de los hombres. El grito venía del estero.

—¡La loca!—dijeron casi a coro los dos jóvenes amigos que aún recordaban el episodio de la mañana temprano a la orilla del estero.

Desconcertados, los trabajadores hicieron ademán de dirigirse hacia el lugar desde donde provenía el grito.

—¡No, no vayan! —dijeron.

Una voz rasposa que salía de entre las parras los hizo voltearse a ver.

—Ella solo tiene pena —afirmó sin levantar la vista el viejo don Manuel, sentado entre los terrones, apoyando su espalda en una parra añosa, mientras con su vieja cortaplumas tallaba algo que asemejaba una figura humana.

—Hace muchos años, cuando varios de ustedes aún ni nacían, hubo una familia muy acaudalada que vivía en la calle grande, esa antes de llegar a la plaza del pueblo. Ellos tenían una hija, hermosa, muy culta y que había sido enviada a estudiar a la capital. Ella no quería irse, pues había encontrado el amor en uno de los inquilinos del fundo de su abuelo. Eran otros tiempos, y si uno partía para la capital, difícil era volver pronto. La joven, sin otra alternativa que obedecer a sus padres, estudió internada y pasaron muchas podas y cosechas antes de que ella volviera. Un día, poco antes de la Misa del Gallo, se corrió la voz que la señorita volvía al pueblo. No fue sino hasta después de las fiestas que la joven se atrevió a salir a buscar a su amado, preocupada de ya no recibir sus cartas hacía varios meses —relató don Manuel.

Respetado por todos en el sector, hizo una pausa para mordisquear con sus pocos dientes el resto de pan amasado que le quedaba.

—¡Ya pues, *ñor!* ¡Sígale contando, no ve que nos deja en suspenso! —exclamó el Gringo, como le decían a Gumercindo González González, por tener la piel y el pelo mucho más claro que los habitantes del sector de San Jacinto.

—La chiquilla vagó por las calles y callejones de tierra, pero nada, no había noticias de él; era como si un pacto de silencio se hubiera apoderado del pueblo completo. Fue tanta su desesperación que, tomando unas monedas, se dirigió presurosa al camino del castillo abandonado. Entró sigilosa a una de las pequeñas casas de adobe y como si la hubiera estado esperando, una mujer de cabellos grises y arrebozada con un chal, a pesar del calor, le hizo un gesto para que se sentara junto a ella y le dijo: “Él ya no está, mi princesa. Ya no está en este mundo. En el plenilunio después de tu partida, tu propia sangre cobró su venganza. Era indigno que, borracho en la cantina, él contara que tú eras suya”. La chiquilla no podía creer lo que escuchaba su corazón. Lloró y gritó como si se le desgarrara el alma. Lloró tanto que se quedó dormida a los pies de la anciana, quien la tapó con su chal y le susurró al oído que buscara a su amor en noches de luna llena. De ahí cuenta la historia que la bella muchacha no pudo soportar tanta

agonía y, aferrándose a ese chal, huyó hacia los cerros sin que nadie pudiera jamás encontrarla —relató don Manuel.

—¿Y qué relación tiene con la loca del estero? Oiga, no le estoy entendiendo, pues, don Manolo —le dijo otro temporero.

—Dicen por ahí algunos que fueron testigos de la historia, que muchos años después cuando ya la creían muerta, un día apareció esta mujer de ropas andrajosas y envuelta en un chal. Se decía que era ella, pero sus padres, muertos de vejez y tristeza, no pudieron confirmarlo —prosiguió don Manuel—. Cuentan las voces sin rostro que ella vaga por las calles buscando a su joven enamorado. Recolecta palitos para encandilar sus fogatas y así atraerlo con su luz por si anda perdido. Sus balbuceos son incomprensibles frases de amor. Pero es en tiempos de luna llena cuando su lamento cruza los parrones, los sembradíos y hace eco en cada uno de los silentes callejones, hasta bajar al pueblo —concluyó su relato don Manuel.

Día y noche, la loca enamorada solo encuentra alivio armando sus grandes fogatas y mirando el arremolinado baile de las aguas del estero, donde solo ella puede ver cómo se esconde de vergüenza la luna.

Tercer lugar regional

Santa María

53 años

Maldito patas negras

Gamelin Castro Pizarro

“¡A sí te quería pillar...!, grandísimo patas negras”, gritaba don Segundo mientras caía del árbol con el lazo en la mano, mientras del otro extremo de la cuerda, a través de las ramas, apretaba la garganta del maldito.

Don Segundo era ese típico campesino, hombre de campo multifuncional, carpintero, inventor, muy ingenioso y bromista, a quien casi siempre se le veía cuidando a sus animales o buscándoles alguna característica para bautizarlos con un gracioso nombre, como por ejemplo, su fiel amigo el Contierra o su yegua regalona la Millonaria. Era analfabeto y no sabía contar, pero se daba cuenta cuando le faltaba una ovejita en su corral. Entre otras cosas, también tenía una docena de cajones de abejas que lo surtían de miel para el invierno.

La esposa de don Segundo, madre de siete hijos, se levantaba de madrugada cada mañana a ordeñar las cabras, y era reconocida por el sabroso queso, el pan amasado y las ricas empanadas que preparaba. Don Segundo la acompañaba con escopeta en mano, pues un vecino le había comentado haber oído de un patas negras rondando el territorio, pero él bromeaba lo que le haría y de dónde lo colgaría si llegara a pillar a ese impersecuto⁶⁰.

Como todos los días, en primavera, al atardecer, salía al cerro a buscar su ganado para encerrarlo en el corral. Lo acompañaba su fiel amigo el Contierra, que no dejaba de ladrar alrededor de unos arbustos cercanos a la quebrada, como advirtiendo que algo allí sucedía. La Millonaria estaba echada bajo una mata de boldo con su potrillo recién nacido, que no se escapó de ser bautizado como el Mantequilla por su color crema. Dejó a la madre con su hijo bajo los árboles, estaba cómoda y protegida por el follaje, ya oscurecía y la noche parecía tranquila. Además, el Mantequilla estaría más fuerte al otro día para soportar la travesía por medio de verdes praderas y el pedregoso camino hasta el corral.

Al día siguiente, pasadas las cinco de la mañana, los perros no dejaban de ladrar, los gallos cantaban y las codornices cacareaban en algún lugar cercano al estero. El hombre salió con escopeta en mano, pues no era normal sentir ese escándalo de madrugada ahí afuera. “¿Y tú que haces aquí?”, le preguntó a la Millonaria, que se veía inquieta y nerviosa, golpeando el suelo con sus patas delanteras, trotando entre el rancho y el corral, levantando su cabeza de vez en cuando, relinchando y mirando hacia el valle donde pasó la última noche junto a su bebé.

Un mal presentimiento tuvo don Segundo esa mañana. Un aroma raro en el ambiente, un cambio en la dirección del viento, como una brisa marina a cientos de kilómetros entre cerros y quebradas, que solo el olfato de un ermitaño campesino podía detectar. Ensilló su caballo corralero, el más rápido en carreras a campo traviesa, y al galope se internaron por el río en busca del recién nacido. Los acompañaba Contierra y su socio Garrasmucha. Llegaron al lugar cuando el sol ya aparecía detrás de los cerros cordilleranos, y encontraron al potrillo sin vida, completamente destrozado y reducido a un montón de huesos. “¡Malditos zorros!”, exclamó, pero ya no había nada que hacer. Cruzó el río y regresó siguiendo las huellas que encontraron los perros. No muy lejos de allí se reunió con Marcial y otros vecinos organizados en una cacería, pues ellos también sufrieron bajas en su ganado esa noche. Los acompañó en la búsqueda del chupacabras, vampiro o lo que fuera.

⁶⁰ Impersecuto: esta palabra no existe en el diccionario, pero en el lenguaje oral se utiliza para referirse a una persona que piensa que nunca será perseguida por sus acciones o comentarios, o que es impertinente, necia, engreída o que se cree dueña de la verdad (nota de la editora).

Regresaron al atardecer, cansados, con hambre y decepcionados, pues recorrieron todo el río y sus afluentes, lagunas, acantilados y cuevas, pero no encontraron nada, excepto un par de conejos y una perdiz que los perros persiguieron.

Después de varios días, una de las tantas madrugadas, otra vez ese aroma raro en el ambiente. “Va a llover”, le dijo don Segundo a su esposa. Y con lazo en mano salió a buscar las vacas paridas para traerlas al corral con sus crías; subió a la colina para tener mejor vista hacia el valle y poder ver a su ganado. Divisó unos viejos a caballo del otro lado de la quebrada, y mientras los perros perseguían un conejo río arriba, don Segundo bajaba por la rivera de afluente, pues sus animales estaban pastando cerca de la laguna un poco más abajo, lugar de buenos pastizales y tupida vegetación. Mientras caminaba entre sauces y maitenes tarareando una canción, se encontró de frente, cara a cara con él...

Sí, con él, el mismísimo patas negras. Se miraron a los ojos y don Segundo abrió los brazos tan anchos como pudo, dando unos cinco pasos al frente, pisando fuertemente y gritando “¡Aaaaaaaaah!”, con toda la intención de asustarlo. Pero el león se lanza al ataque con sus 150 kilos de masa corporal, dispuesto a saciar el hambre que lo había hecho bajar de la montaña, siguiendo el olfato felino que con el cambio de viento costero podía percibir, olor a carne fresca a kilómetros de distancia. Don Segundo dio la media vuelta y corrió trepando al árbol más cercano, mientras el león arañaba el troco del árbol con sus enormes patas negras y sus afiladas garras asesinas. Sobre las primeras ramas del viejo maitén, don Segundo daba azotes en la cabeza del felino gritando y silbando a sus perros. Un impulso más del león por trepar al árbol, un azote más con el lazo en la cabeza de la fiera, la rama del árbol se quiebra y el hombre cae de espaldas con el lazo en la mano por detrás del árbol que lo protegía. En ese momento se da cuenta de que del otro lado el animal luchaba por zafarse de la cuerda que rodeaba su cuello, mientras Contierra y Garrasmucha apoyaban la causa mordiendo la cola y las patas traseras del león.

Cuando llegaron los vecinos encontraron a don Segundo tirando de la cuerda, su cuerpo inclinado hacia atrás, sus pies apoyados en el tronco del árbol, su espalda sangrando y sus pantalones mojados, hablando entre dientes: “Así te quería pillar, maldito”.

Por mucho tiempo, don Segundo mostraba orgulloso la enorme cicatriz de su espalda causada por la rama del árbol, aunque siempre aseguró haber sido alcanzado por las garras del famoso patas negras.

En memoria de don Segundo Castro López. Una de sus tantas hazañas. Hay una plaza que hoy lleva su nombre en la localidad de Villa Huequén, La Ligua, Región de Valparaíso, Chile.

Mención honrosa

Olmué
56 años

La tarde de la Elbita

Mariana Muñoz Hauer

La Elbita era una niña de rulos risueños, delantal enterrado y voz de pito. Vivía con ño Juan Cartagena, su papá, inquilino en el fundo de los Mujica, ubicado en parte de lo que hoy es Ñuñoa, en Santiago; Carmencita, su *hermana*, como llamaba a la hermana mayor, quien al mismo tiempo oficiaba de madre, y sus otros hermanos, compañeros de versos, travesuras, desaguisados y alegrías que la vida les repartía: el Mario, la Gogó y la Cucha.

Desde que Carmencita murió, la Elbita pasaba las mañanas sola en su casa, con la misión de cocinar en el fondón sobre el brasero la cazuela para el almuerzo. Especial cuidado debía tener en sacarle los ojos a las papas, pues ño Juan era quisquilloso y muy detallista en todas las labores que las mujeres debían realizar en el hogar. Y es que esta era una casa de la cual se sentía muy orgulloso, pues él mismo había preparado el adobe y levantado los muros gruesos que sobrevivieron los terremotos de los siglos XX y XXI.

Es por eso que, un día de primavera, cuando ya les había sacado los ojos a las papas y le había agregado una ramita hojosa de apio al cocimiento de aquel día (sin carne alguna, porque no había), la Elbita jugaba con un palo y un estropajo a hacer flamear la bandera. Ese septiembre había cumplido los ocho años y estaba ansiosa porque los días pasaran pronto y llegara el dieciocho. Soñaba con ir a bailar a la ramada que ña Mica, la señora que todo lo miraba y vigilaba subiendo el visillo desde la casona patronal, armaba cerca del potrero como una forma de tener contento al populacho que trabajaba para su marido. Tanto que soñaba, tanto viento que corría, tanto que flameaba la bandera mientras cantaba "Puro Chile es tu cielo azulado...", que se cayó el estropajo a la sopa.

Angustiada ante la mala pata de la bandera, porque pensaba en la zumba con que la acariciaría ño Juan llegando del trabajo, la Elbita intentaba recobrar el guiñapo a palazo limpio. Cada palazo sacaba la mugre del trapo. Y cuando lo recuperó, este resplandecía de limpieza. Desesperada, la niña decide botar al suelo, con el mismo palo, el fondón de la cazuela. Estratégicamente, moja su delantal y se tira de bruces sobre un charco de caldo ya tibio, con una mano bajo la frente y el otro brazo estirado. Y dramática esperó, con los ojos cerrados, a que alguien llegara. Y esperó. Y se durmió.

Despertó con el grito cansado de su padre: "¡Chentita!, ¿qué le pasó?". Es que la Elbita en verdad se llamaba Crescenta Elba, en honor al mandatario Errázuriz, pero no le gustaba. "¡Pobrecita, mijita, venga, levántese!", le decía con cariño. La Elbita nunca esperó tanta ternura de parte de ño Juan, salvarse del castigo era suficiente. La emoción la embargaba. Y fue una vivencia tan memorable que, cuando me la contó, no recordaba qué almorzaron ni con quienes compartieron la mesa. Solo que después en la tarde salió con el Mario, la Gogó y la Cucha a esperar al tren que pasaba por la actual Avenida Bustamante, para pinchar los sacos de la carga y recoger azúcar y chancaca. De postre.

Primer lugar regional

Ñuñoa
44 años

El huevo

Rodrigo Torres Quezada

Recuerdo el campo en Mulchén. Mi abuelo entrando por la puerta de madera, luego de levantar el palo que servía de palanca, mientras en la cocina comíamos tortilla de rescoldo y mi abuela calentaba el mate en la fogonera. Mis tíos comentando anécdotas de su trabajo en el sembrado de trigo, mientras uno que otro pollo pichón se paseaba entremedio picoteando las migas que caían al piso. Esto que describo lo recuerdo como algo mágico, irrepitible, tanto como la historia que voy a relatar.

La gran incógnita que tenía cuando niño era saber de dónde provenía el pequeño canal que rodeaba el huerto y la casa. Mi imaginación pintaba un lugar donde alguien accionaba alguna especie de compuerta para que el río fluyese. ¿Y qué pasaría si algún día esa compuerta se cerraba? ¿Qué pasaría con el canal y con todo lo que debía regar?

Le pregunté a mis padres. Ambos me dijeron que el canal nacía desde la cordillera, y punto. Pero yo no me creía aquello, me parecía demasiado obvio. No se ajustaba a lo que quería escuchar. Entonces le pregunté a mi abuelo, y él me dijo algo que hacía sentido con mi imaginación. Dijo que, en efecto, el agua nacía desde la cordillera, pero no era algo tan simple. Existía una criatura, una especie de gallo gigante, el cual apenas veía el sol aparecer por la cordillera empezaba a cantar y, con ese canto, abría una piedra desde la que nacía el agua. Mi abuelo me puso la mano en la cabeza, revolvió mi cabello y dijo: "Así, ya para cuando nos levantamos, el agua nueva está fluyendo y reemplaza a la del día anterior".

Un día caminé por el sendero de tierra, al costado del canal. Lo observaba hipnotizado por el fluir del agua, y entonces vi algo que me sorprendió: era un huevo al fondo del canal. Como era poco profundo, metí el brazo para sacarlo. Sin embargo, me confié demasiado y resbalé cayendo al agua, y el canal era más profundo de lo que creía. No sabía nadar. Estaba muy asustado. Di un grito. De inmediato, mi abuelo salió de la bodega donde guardaban los sacos con trigo y corrió hasta mí y logró sacarme con rapidez. Aunque él estaba asustado, yo al segundo había dejado atrás la mala experiencia. Mojado como estaba, mi única preocupación era resguardar el huevo que llevaba entre las manos.

—¡Lo rescaté! —le dije a mi abuelo—. ¡Es un huevo del gallo gigante!

En ese tiempo no sabía que los gallos no ponían huevos, ni mucho menos me habían explicado que los patos colocaban huevos en cualquier sitio del canal, pero yo estaba feliz con mi descubrimiento. Pensé que algún día, si cuidaba bien del huevo, saldría un gallo que haría crecer agua desde cualquier lugar que él quisiese.

—¡Voy a salvar a la gente que no tiene qué beber! —les dije a mis padres, y ellos sonrieron.

Un día me levanté muy temprano. Literalmente, me puse en pie junto con las gallinas. Quería ir a ver pronto el cambio de las aguas del canal, como me había dicho mi abuelo que sucedía. Mi abuela me preparó un rico huevo revuelto que sabía extraño, pero que igual devoré con muchas ganas.

Cuando les pregunté a todos por mi huevo, mi abuela se llevó una mano a la cabeza.

—Te lo comiste —me dijo.

Estuve mucho tiempo cabizbajo. Sentía que le había fallado al huevo. Había prometido protegerlo para

que algún día naciera de él un gallo y me enseñara cómo nacen las aguas. Mi abuelo, viendo mi tristeza, me dio un abrazo y me dijo:

—Mira, a lo mejor no vas a ver dónde nace el canal, pero mientras su agua siga fluyendo, de seguro nos irá bien a todos.

Hoy, cada vez que bebo agua, recuerdo esas palabras.

Segundo lugar regional
Santiago
37 años

La nieta del Mandinga

Cynthia Castillo Iturriaga

Dicen que soy la nieta del Mandinga, ¿será tan así? Ya sabes cómo son las malas lenguas, y en pueblo chico —como dicen—, infierno grande.

Fue en 1942. Cuando mi abuela cumplió dieciocho años quiso escapar de la ciudad para independizarse. Escapaba, en realidad, de sus padres, que la querían casar con un señor que le doblaba la edad. Así llegó, sin conocer a nadie y sin una sola moneda, a Peñaflor.

Hilda Araya, una ciudadana que poco conocía del barro y la pobreza, pero mucho de libros e idiomas, con una belleza elegante y natural, se encontró de pronto a orillas del Trapiche, sudada y con la cara sucia de tanto ir caminando sin rumbo, intentando saciar su sed en el río.

Con tan solo una pequeña maleta, Hilda había caminado horas y horas desde Santiago hasta ahí. La noche ya caía sobre su cabeza y se sentó bajo un sauce para dormir. Sin embargo, al despertar con el canto de los gallos y un cielo tísú, ya no estaba sola ni tampoco estaba su maleta.

—¿Quién eres? —preguntó asustada al verlo de pronto parado junto a ella.

—No deberías estar sola en este lugar —se aproximó a decir un hombre vestido de negro, con una capa y ocultando su rostro con un sombrero elegante, de esos que usaba su padre, pero más elegante aún—. Ya va a amanecer, deberías irte a casa.

—¡Déjame en paz! ¡No te metas donde no te han llamado! —respondió agitada Hilda, que buscaba verlo a los ojos en cada palabra.

—Ya veo, no tienes casa... Pero no te ves como una niña de la calle.

Hilda no tuvo más palabras, solo se puso de pie sacudiéndose el vestido del pasto y las hormigas y, casi hipnotizada por la voz de este misterioso caballero de negro, lo comenzó a seguir en silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Hilda luego de haber caminado algunos metros, pero no obtuvo respuesta, y siguió sus pasos, aunque ya cansada y con sus piernas temblorosas.

De pronto, a los ojos de la mujer se posó un caballo negro, que antes no estaba. Jamás lo vio venir ni le escuchó relinchar. El hombre de negro ya estaba sobre el animal. Hilda pensó que la niebla de la mañana, el cansancio y el hambre le estaban haciendo perder el juicio, pues tampoco vio al hombre subirse al caballo. Simplemente, ahí estaba frente a ella invitándola a montarlo.

Sin darse cuenta de cómo ambos ya montaban al corcel que, a un galope casi flotante y silencioso, los dirigía al camino más temido del pueblo.

Obviamente, Hilda no conocía el camino, pero hoy no es un simple camino; aunque se llama Avenida Peñaflor, siempre se lo conoció como el Camino del Diablo.

En esos años, era un camino angosto, de tierra, lleno de zarzamoras, donde solo cabía un jinete a la vez. Hilda iba abrazada a su cintura, con ambas piernas hacia el costado izquierdo del animal, que se fusionaba con el hombre como si fuesen uno solo. Las espinas de los arbustos comenzaban a rasgar su vestido, dejando su piel al descubierto, donde se podía apreciar cada poro erizado por el miedo y la adrenalina.

—¿Cómo te llamas? —insistió Hilda, pero el jinete sin emitir sonido alguno comenzó a tocarle la rodilla con su mano izquierda—. ¿Hacia dónde me llevas? —continuaba preguntando mientras observaba aquel guante de cuero negro en sus piernas casi con gusto y excitación.

El jinete bajó de su caballo, la tomó en sus brazos en medio del camino y la besó entre la niebla sin responder ninguna de sus preguntas.

Hilda no vio su rostro jamás. Despertó en las faldas del Cerro La Virgen completamente desnuda. Sin encontrar explicación, con un sentimiento de pasión y temor, queriendo recordar lo que había pasado, comenzó a caminar casi en un trance demente, sin el mínimo esfuerzo de cubrir su cuerpo.

Junto al cerro, casi como una intersección al Camino del Diablo, comenzaba también el puente que sigue uniendo a Pelvín con Peñaflor, sobre el río Mapocho. Este la atrajo llamativamente. Puso sus pies sobre las barandas y, decidida a dejar caer su cuerpo al agua, una mano la tiró sorpresivamente desde su brazo con fuerza hacia el piso.

Un campesino de la zona fue quien interrumpió este casi suicidio involuntario, dándole a Hilda una hospitalidad y, con el tiempo, amor y el apellido. Este hombre es quien se hizo cargo del bebé que, en ese momento, Hilda sin saberlo ya llevaba en su vientre. Damián, el hijo del Mandinga, mi padre.

Día a día, mi abuela se paseaba por aquel camino de zarzamoras con la esperanza de enfrentarse con aquel jinete negro para presentarle al bebé, pero este nunca apareció.

Con los años vinieron más hijos —mis tíos— y con ellos, los nietos —mis primos— y por supuesto, yo, la única hija que tuvo Damián.

Siempre he sido la favorita de mi abuela, pero para el resto de la familia soy la oveja negra. Aunque mis amigos, en realidad, me llaman la nieta del Mandinga.

Tercer lugar regional

Peñaflor

32 años

La vetita de oro

Jorge Zapata Pávez

Pedro y Manuel eran hombres nacidos en el campo y, como tal, el destino decía que debían ser campesinos, pero no era así. A una temprana edad, siendo aún niños, tuvieron que salir de casa a ganarse la vida, porque en el hogar no había ni para comer. Juntos recorrieron Chile trabajando en lo que fuera. Y fue así como, poco a poco, con el paso de los años, sus vidas se fueron dirigiendo al norte, y allí conocieron el oficio de ser mineros. Un trabajo sacrificado y de largas horas dentro de las minas, trabajando a altas temperaturas. Pero valía la pena, al menos les pagaban un poco más de lo que ganaban trabajando en los campos.

Fueron años de trabajo en las minas, adquirieron experiencia, se hicieron fuertes y aprendieron de sobra el oficio de ser minero. Pero no todo es para siempre, y un día les dijeron: "No hay más trabajo, la mina se cierra".

Con más de 65 años, encontrar otro trabajo no era sencillo, los miraban como ancianos. Con rabia e impotencia y sintiéndose discriminados, no les quedó otra opción que volver a su tierra natal, San Fernando, en la Región de O'Higgins.

A pesar de los años, sus fuerzas y deseos de trabajar seguían intactos. Y así fue como un día decidieron salir a explorar los cerros de la zona central en busca de un mineral en específico, el mineral más valioso del mundo, el que mejor se paga: salieron en busca de oro. No era una tarea fácil, pero sus años de experiencia en el norte les habían brindado el conocimiento para saber dónde buscar. Fueron tres meses viviendo en los cerros, explorando lugares, picando rocas, lavando piedras; hasta que un día ocurrió el milagro.

En los cerros de San Vicente de Tagua Tagua, entre quebradas de difícil acceso, encontraron en una gran roca los indicios de lo que podía ser una veta de oro. Se miraron, y sin decir nada, comenzaron a trabajar rápidamente. Un sudor frío les corrió por la espalda y una lágrima quiso asomar en sus ojos, pero no había tiempo para emociones. Con cada golpe que daban sobre la roca, más y más colores aparecían en ella: café, anaranjado, amarillo. Hasta que se dejó ver un color dorado que destellaba resplandeciente. Lo habían logrado, habían encontrado oro. No hubo abrazos, ni gritos, ni alboroto, eran hombres que escondían muy bien las emociones, pero por dentro el corazón estaba acelerado de tanta felicidad.

Comenzaron el pique en profundidad, la veta se extendía más de lo que imaginaban. Al cabo de una semana solo habían avanzado un par de metros. Comían y dormían en el mismo pique, siempre atentos y vigilantes, nadie debía encontrar la ubicación de la mina, el secreto debía permanecer oculto a toda costa. Tres semanas trabajando, picando, moliendo, filtrando y lavando sin parar. La excavación iba bien, habían logrado cavar una cueva de aproximadamente diez metros de largo y aún faltaba más, pero surgió un problema: se estaban quedando sin alimentos; de hecho, ya llevaban varios días sin comer. Decidieron que uno de los dos iría por provisiones y el otro se quedaría trabajando y cuidando la mina. Manuel emprendió el viaje, no tardaría más de un día en ir y volver, Pedro se quedó en el lugar.

Mientras Manuel caminaba, iba pensando en todo lo que podría hacer una vez que vendieran el oro. Se imaginó en una gran casa, bebiendo vino del bueno y fumando sin preocupaciones. Pensó en todo lo que podría comprar y los lugares donde podría viajar. Pero entonces, algo pasó en su cabeza y comenzó a anhelar más, sentimientos de codicia invadieron su mente y pensó que todo sería mucho mejor si su

compañero no existiera. Y así fue como empezó a gestar un maquiavélico plan: envenenaría la comida de Pedro. Entonces, cuando muriera, él podría quedarse con todo el oro de la mina.

Al otro día, Manuel regresó. Traía una gran mochila llena de alimentos, Pedro lo esperaba en el fondo de la mina, la que ya tenía casi 15 metros. Charlaron un rato y luego se sentaron sobre una piedra a comer. La comida estaba envenenada, pero Pedro tenía tanta hambre que no se daba cuenta del sabor; Manuel lo miraba y disimulaba con calma.

—Sírvenme un vaso de vino —le dijo Pedro a Manuel.

Entonces, al darse vuelta para tomar la chuica⁶¹, recibió un disparo en la espalda que lo hizo caer de inmediato. Pedro sostenía la escopeta en sus manos, le había disparado a su amigo. Manuel trató de levantar la cabeza y preguntarle: "¿Por qué?", pero no tenía fuerzas. Se desangraba y moría rápidamente; sin embargo, antes de su último respiro, esbozó una sonrisa. Pedro lo quedó mirando, sin entender por qué Manuel sonreía.

Mientras Manuel no estaba, Pedro ideó su propio plan; sentimientos de codicia también invadieron su mente, pensando en quedarse con todo el oro. Fue así como esperó el momento oportuno para dispararle por la espalda y matarlo. Al cabo de media hora, comenzó a sentirse mal y ahí logró comprender la razón de aquella sonrisa. Antes de morir, Manuel lo había envenenado.

Se sentó sobre una piedra y simplemente esperó su muerte.

—Bien hecho, amigo —dijo, mirando el cuerpo sin vida de Manuel.

Y así murieron dos buenos amigos, víctimas de los instintos más bajos del ser humano: la codicia, la avaricia y la envidia les jugaron una mala pasada.

La ubicación de la mina de oro nadie la sabe en realidad. Puede que el tiempo haya borrado toda huella y entrada, pero existen relatos de personas que, sin querer, la han encontrado, y cuentan que en su interior aún se escuchan a los mineros trabajar sin parar. Pero quien se atreva a entrar, se quedará ahí para siempre, por toda la eternidad.

Primer lugar regional
San Vicente de Tagua Tagua
39 años

⁶¹ Chuica: sinónimo de garrafa (nota de la editora)

Una medialuna para el Mandinga

Edgar Jara Galaz

Pasen, tomen asiento, vengan. Colóquense aquí junto al bracero. Hace frío ahora que paró la lluvia, parece que esta noche va a ser de las más frías del año. ¿Un matecito? Estoy calentando churrascas y ahí sobre la mesa hay un queso fresco, pueden acercarlo y compartimos. Tal vez quieran cambiar el mate por algo de vino. Sí, quizás eso sería mejor para entrar en calor.

El viento sopla fuerte esta noche; seguro vamos a tener que ir a reparar la medialuna mañana. Acá arriba siempre es así, cada vez que hay un temporal, algo se rompe en esa dichosa arena. Hay que repararla temprano, porque si no ustedes ya saben lo que pasa.

¿Cómo no saben? Entonces a ustedes no les he contado esta historia todavía, es de cuando yo era un chiquillo, algo menor que tu hijo. Aprovechando que ya está dormido, se las contaré. Es bueno que lo sepan, después que yo me vaya, alguien deberá encargarse de mantener estos campos. Si no, él va a ir a joder para allá abajo.

¿Que a quién se le ocurrió poner una medialuna acá tan arriba en el cerro? Fue un trato, hijo, un trato entre el patrón del fundo y el diablo.

Yo era chico, siete años más o menos, y trabajaba de pajarero. Sí, en esos años se trabajaba cuando uno aún era niño, así era el mundo en los años treinta. Bueno, como les decía: yo era pajarero, me pasaban una onda y tenía que cuidar los campos de trigo, lanzándoles piedras a los pájaros que venían a comerse el grano.

A un par de hectáreas de nuestro campo, el futre⁶² tenía una medialuna; ahí se hacían los rodeos en esos años. Nosotros, cuando terminábamos de trabajar y antes de ir a casa, pasábamos a jugar un rato; a veces a la pelota, otras a los huasos. Éramos niños después de todo. Fingíamos que éramos jinetes en domaduras o que atajábamos algún novillo. Eran días simples pero buenos.

Los adultos siempre nos advertían que no era bueno quedarse hasta la noche, había que volver antes de que el sol se pusiera por completo, pero nunca nos decían por qué. Un día perdimos la pelota de cuero que nos había regalado el patrón. Era difícil que volviéramos a tener otra, así que la buscamos hasta bien tarde. Cuando la encontramos, el sol ya se había metido.

Nunca habíamos visto el cielo tan estrellado, a esa hora, por lo general, nosotros ya estábamos en casa.

De pronto, desde el apiñadero⁶³ escuchamos un bufido terrible. Salimos corriendo de la arena. La puerta se abrió de golpe y salió un toro; no un novillo, un toro enorme, negro, que les juro echaba fuego en cada resoplido. Empezó a correr de lado a lado en la medialuna, destrozándola. Después se fue cerro abajo, hacia el pueblo. La primera noche dañó casas, derribó árboles; la segunda, echó abajo la parroquia. Estaban todos asustados en el fundo, ya nadie quería trabajar por las tardes.

⁶² Futre: patrón del fundo (nota de la editora).

⁶³ Apiñadero: lugar donde comienza una carrera en el rodeo (nota de la editora).

Entonces, el patrón ofreció una recompensa de quinientos pesos para cualquiera que se atreviera a lacear al toro. Por supuesto, nadie se presentó. Todos en el fundo habían perdido la esperanza de atrapar al animal cuando, al caer el sol, un jinete de negro, con dientes de oro y ojos rojos, sobre un caballo igual de negro que el toro, apareció por el rancho y dijo que si otro huaso le hacía la collera⁶⁴, prometía atrapar al toro antes del amanecer. A cambio, había que construirle una medialuna aquí en la punta del cerro, para que pudiera atajar al toro cada noche.

El patrón mandó a su mejor jinete: mi padre. Lo corretearon por el campo toda la noche, no le aflojaron. Y justo antes de que saliera el sol, le hicieron la *atajá* para el lado de la montaña de Teno. El jinete le dijo a mi padre que le llevara una razón al patrón: había que construir la medialuna antes de un mes en el cerro más alto, y alguien debería hacerse cargo de que siempre estuviera en perfectas condiciones. Si no, el toro escaparía otra vez y destruiría por completo el pueblo. Dicho esto, el jinete se llevó al toro y desaparecieron tras una loma.

Cuando le dieron la noticia al patrón, varios le advirtieron que se trataba del Mandinga, que probablemente él mismo debió haber soltado a ese toro infernal para obligarlo a construirle un rodeo en la punta del cerro. El futre se encogió de hombros y dijo que de todas maneras había que cumplirle, así que mejor nos evitábamos problemas. Antes del mes estaba todo listo, y mi padre se quedó en esta choza para hacerse cargo de la medialuna, hasta que falleció y yo tomé el cargo.

El Mandinga corre las noches de los martes y los viernes. Yo a veces lo voy a ver, a veces le hago collera, como mi padre; aunque ya no me dan mucho los huesos. Él dice que va a todos los rodeos de Chile, que siempre está, que se disfraza de huaso común. Así que la próxima vez que vaya a una medialuna, pongan atención, ya saben que uno de los jinetes es el diablo, y está en todos los rodeos. Sí, en todos los rodeos de Chile está el diablo.

Oiga, allá adentro tengo otra botellita, la voy a descorchar y a ver si les cuento otra historia. Siéntanse como en su casa. ¿Eso? ¿Lo escucharon también? Sí, hoy día anda cabalgando, en una de esas nos viene a invitar para hacerle collera esta noche.

Segundo lugar regional

Requínoa

37 años

⁶⁴ Hacer la collera: estar a la par (nota de la editora).

El carbonero de Codegua

Alejandro Peña Sepúlveda

Todos los meses, la gente del pequeño pueblo de Codegua quedaba expectante al sentir el crujir de ruedas de la carreta que bajaba desde La Leonera. Los perros, como hipnotizados, dejaban de ladrar con pavor al ver la figura humana junto al carretón tosco del carbonero, que era tirado por dos machos⁶⁵ que daban la sensación de un acto fúnebre. El hombre, grande, de barbas pronunciadas y abrigo largo, solo dejaba ver unos grandes ojos azules, que tímidamente respondían al saludo de algún lugareño osado, permitiendo contemplar un ennegrecido rostro de tizne y trabajo. Sus pasos lentos y pesados acompañaban su gran estatura, atorrante y harapienta, confundida en un vaivén de gritos y mensajes al viento, como maldiciendo al cielo por algo que se le había arrebatado. Invierno y verano, sus pies cubiertos de ojotas recorrían las calles de Codegua rumbo a Graneros —donde el santiaguino de la plaza vieja le compraba sus productos— para luego abastecerse y después de una que otra visita a algún pariente, volver en su peregrinaje sagrado hacia su soledad, con sus inseparables animales de fuerza, inserto en la montaña, donde desarrollaba su vida de ermitaño.

Los niños mal portados eran amenazados con la imagen del carbonero y su viaje a la montaña cuando, inquietos, no respondían a los llamados de sus padres, provocando una especie de mito entorno a la figura del vendedor. “Te va a llevar el carbonero si no te entras”; “¡Haz caso, pelusón, o va a venir Cubillos y te va a llevar!”, gritaban las madres encolerizadas al no recibir atención de sus mocosos. Una vasta cantidad de relatos, mitos y leyendas giraban en torno al maltrecho fulano, desde heroicas hasta bastardas, pasando por que era un general que se volvió loco en la guerra civil, un doctor millonario que lo perdió todo en el juego, un futre⁶⁶ borracho al que lo abandonó su familia. Otros mal intencionados hasta lo acusaban de haber hecho un pacto con el diablo y que perdió a toda su familia. Eran historias llenas de imaginación y suspicacia que inventaban los habitantes del pueblo de indios sobre el extravagante personaje.

A un costado del cementerio de Codegua, en una cantina llamada Rosafé, doña Catalina Orellana, oriunda de Parral, barría la vereda de su entrada. Aprovechando los primeros rayos del sol de agosto que siempre eran bienvenidos, barría entusiasta mientras tarareaba la polca “La petaquita”, que tanto le gustaba. A lo lejos divisó la carreta del carbonero y con un alarido casi infantil gritó a todo pulmón: “¡Cubillos!”. El hombre, con su mirada taciturna, giró todo su cuerpo y, con su mano izquierda, dio una señal de saludo al grito que lo interpelaba: “¡Acércate *po*, hombre!”, gritó la anciana con su cara llena de risa. “Putas que andái tímido. Ven a tomarte un vituperio antes de seguir al pueblo, ¿o ya no te acordái de los viejos?”, le insistía la vieja, que afirmada de la escoba le lanzaba una mirada fraternal y compasiva. El hombre, de manera ceremoniosa, dio un par de gritos a sus compañeros de viaje y casi de manera mágica, las bestias —en un sonido como refunfuñado— cambiaron su rumbo y siguieron al viejo en su lento andar.

Dentro del boliche, bajo un deshojado parrón, Cubillos se sentó en silencio y cruzó sus piernas de manera pituca mientras la señora Catalina le servía un vaso de vino con harina tostada y le ponía una bandeja de huevos crudos y ají acompañados de unos crujientes panes amasados recién sacados del horno. Con mucha delicadeza y demostrando una curiosidad hasta pueril, como si nunca antes hubiera visto un huevo antes, tomaba cada uno, y con un rápido golpe de cuchara preciso en su cáscara, producía una pequeña fractura capaz de vaciar su contenido completo, que el viejo recibía directamente en su boca, devorando como un zorro el huevo en un solo sorbo. “¿Cómo ha estado compadre?”, preguntó la vieja

⁶⁵ Macho: mula macho (nota de la editora).

⁶⁶ Futre: patrón del fundo (nota de la editora).

con un tono compasivo y dulce. Cubillos, cabeza agacha, solo luchaba con el temblar de sus manos al dirigir el huevo a su boca. Absorto, sin fijar la vista en nada, entre dientes y con una voz gruesa de humo, respondió: "Estoy bien, comadre". "Pero ¿qué más *po ñor*? No se ponga bruto, yo estoy preocupada, la gente dice que *uté* está reenfermo, oiga. Y yo, como su comadre, tengo que *ayuarlo* po. Entiéndame a mí, *po* compadre, no sea *cerrao e moyera*".

El viejo, ya en el huevo número cinco, tomó el vaso de pihuelo⁶⁷, lo revolvió bien y se lo tomó al seco. Sus manos tiznadas partían el pan que, de manera tosca, se mezclaba con vino en las mordidas voraces que le daba. El hedor a vino, humo y sebo que emanaba de Cubillos era la carta de presentación y también la de despedida, cuando del otro lado del boliche se escucharon cometarios referentes a los aromas del cristiano en cuestión.

"Ya, viejo hediondo, ándate nomás", dijo doña Catalina mientras pasaba la escoba por debajo de las ojotas del baqueteado hombre. "Uno más lo que hace empeño en tratarte bien y tú no *hací niun* esfuerzo en cooperar. Cuidate harto, viejo feo, y pórtate bien". Cubillos, de espalda rumbo a la salida en su caminar lento y firme, levantó su mano izquierda en señal de adiós y junto a sus machos, tomó rumbo al sur en dirección a Graneros.

Una choza en medio de la quebrada del bolsón, a orillas del río, y acompañada de una improvisada pesebrera conformaban el hogar del viejo ermitaño. De madrugada recorría los bosques y colinas en busca de la leña, para luego al anochecer, después de cavar el horno y preparar el barro, comenzar con la cocción del carbón. A oscuras, con la manta de castilla y el sombrero, entre el humo y el fuego, Segundo Cubillos despreciaba a la muerte y, como una lechuza, gritaba su letanía. Borracho y triste, solo recordaba la tragedia que lo llevó a vivir ahí, y entre sorbos y tortilla de rescoldo más se alejaba de la compasión y la calma. Solo el fuego tenía la respuesta, pensaba él, y será el destino quien le apagará ese escozor. Pensaba en la muerte y también en la hermosa vida que tenía planeada. Segundo se acostó al lado del horno. Ebrio y exhausto, quiso ser parte de la montaña, cerró los ojos, soltó sus músculos y se entregó al descanso.

Un mes después, cinco hombres subieron a visitarlo. Enviados por las sobrinas del viejo que, preocupadas, no habían tenido noticias de él. La expedición esperaba encontrarse con el hombre enfermo en su lecho de muerte o, en el peor de los casos, con su cadáver abandonado al tiempo, ya que se sabía que estaba enfermo y débil. Sin embargo, llegó el anochecer y la comitiva dio vueltas y vueltas en círculo sin poder hallar el campamento del eremita. El más viejo del grupo y guía natural, en un esfuerzo último, obstinado y reacio a perder, pidió bajar por el río mismo para buscar el campamento del desaparecido desde adentro, donde estaba seguro de que lo encontraría, sin tener éxito. Al otro día, al asomar el alba, un grupo de policías, acompañados de un lugareño, subieron a corroborar la denuncia de los jóvenes, sin evidenciar rastro de que alguna vez vivió un hombre allí, como si la naturaleza se lo hubiese tragado. Algunos viejos dicen ver una pequeña vertiente que de cuando en vez brota de un viejo horno que antes no aparecía, regando un bello vergel cordillerano agradecido por las bestias inocentes del camino.

Tercer lugar regional

Graneros

32 años

⁶⁷ Pihuelo: en una de sus acepciones es una bebida alcohólica de chicha con harina tostada (nota de la editora).

La pequeña Luz y sus tomates

Martina Soto Carrasco

La pequeña Luz despertaba todos los días con el resplandor del sol que entraba por su ventana y alumbraba directo a su cara, justo al frente del campo, en Renaico. Con hambre y sueño, aún un poco aturdida, escuchaba de lejos la voz de su mamá, que se encontraba en la cocina amasando unas ricas tortillas caseras y propias del sur, sus favoritas. Se lavaba la cara con agua fría y se arreglaba para completar una de sus tareas del día: regar la huerta que tenían cerca de su casa. Estaba feliz de hacerlo, pero no precisamente para verla crecer y mejorar, sino que tenía la misión diaria de conseguir un par de tortillas y sal, para llevárselas con ella. Mientras su mamá no la veía, sacaba unas tres y se llevaba un frasquito con sal en la mano, un poco escondido, junto con un balde, para echarle agua a la huerta. “Chao, mami. Ya estoy lista, me voy yendo”, decía, y se iba por un camino relativamente corto mientras fruncía el ceño para que nadie la viera y la confundiera por lesa. Al llegar a la huerta, veía toda la clase de verduras que tenían: tomates, acelgas, cebollas, lechugas, papas y zanahorias, entre otras, y se asombraba con la cantidad que había. Pero lo que más le llamaba la atención eran los tomates. Esos tomates llamaban su nombre, se veían tan jugosos. Así que sacaba tomates que todavía no estaban tan grandes y se iba a sentar al lado de la huerta, donde al otro extremo se encontraba un canal de agua clarita. Su rutina era partir en pedazos las tortillas, comer un poco y después echarle un poco de sal a los tomates para, por último, darle un gran mordisco a todo. Quizás no era la comida más cara o compleja, pero era una de sus favoritas y uno de sus rituales y rutinas que la hacían amar tanto vivir ahí. Después de terminar de comer algunos de los tomates, simplemente se devolvía sin haber hecho lo que le habían pedido en un principio, regar la huerta. Ella se decía en su mente que como había agua corriendo al lado, de alguna u otra manera se iba a mojar y se podía salir con la suya. Y lo hizo, al menos por unas cuantas semanas, hasta que la huerta empezó a secarse seriamente y nadie encontraba el porqué, ya que se supone que se le echaba agua constantemente. También notaron la ausencia de tomates, decían que no habían crecido los suficientes para la cantidad que habían plantado. De primera, nadie había sospechado de ella, pero su cara al tratar de pasar inadvertida o cambiar el tema cuando lo hablaban, la delató. Le preguntaron si había estado regando la huerta y tuvo que contar la verdad. Dijo que no tan seguido, pero como había agua al lado igual debería haber crecido, según ella. También dijo que había sacado algunos tomates para disfrutarlos mientras contemplaba el paisaje. No fue tan buena idea contarlo, ya que la retaron por ambas cosas. Desde ese día, no la dejaron más ir a “regar” la huerta y ya no pudo ir más a disfrutar sus tomates con sal y tortilla, pero aun así conservó su recuerdo de esos lindos días hasta su vejez.

Mención honrosa

Rancagua

15 años

El picado de la araña

Pablo Fuentealba Peñailillo

Por aquel entonces, yo tenía veinticuatro años y me encontraba de regreso en la casa de mis abuelos maternos en la comuna de Empedrado. Una de las primeras cosas que hice apenas llegué fue visitar a mis amigos y recorrer los lugares que hace años solía frecuentar. Para mi sorpresa, todo seguía tal cual, no había cambios significativos en el pueblo ni mucho menos en su gente. Era como si el tiempo se hubiese detenido y quedado a la espera de mi regreso. De a poco me fui acostumbrando a ese ritmo de vida, a tal punto que tomé la decisión de quedarme por un tiempo indefinido. Deseché cada propuesta de trabajo que me obligara a irme y dejar todo aquello de lado. Sentía que no valían la pena.

Al cabo de unos meses, el municipio me ofreció impartir un curso de narrativa para la gente del pueblo. Al no contar con un espacio adecuado, los organizadores le solicitaron la colaboración al cura de la parroquia —ahí fue donde lo conocí—. Este comentó que le parecía una muy buena iniciativa y, recalcando su aprecio por la literatura, accedió a prestarnos un salón que se encontraba en la parte antigua de la iglesia. Si bien estaba lleno de polvo, telas de araña y con mobiliario en desuso, bastó con una pequeña “manito de gato” para dejarlo en condiciones para ser usado. Junto a uno de los organizadores del taller, nos pusimos manos a la obra. Comenzamos a cambiar los muebles a otro salón —los que no cupieron en este, los dispusimos al final del pasillo—, abrimos las ventanas para ventilar el lugar, barrimos el polvo y retiramos las telas de araña, para finalmente colocar las mesas y sillas que el Departamento de Educación comunal nos había facilitado. Debo decir que trabajamos durante un día entero, pero al menos el resultado nos dejó satisfecho a ambos.

A la primera clase asistieron siete personas; entre ellos, el cura, su monaguillo, una viuda, tres estudiantes de enseñanza media del Liceo San Ignacio y un funcionario municipal. Por cierto, estoy casi seguro de que lo habían enviado en caso de que no se presentara nadie; esto lo digo, ya que esa fue la única ocasión en que asistió al taller.

En una de las últimas clases —creo, no estoy seguro de aquello—, cuando me encontraba a solas con el cura, me preguntó qué pensaba de él y de los curas en general. Debo confesar que la pregunta me tomó por sorpresa. No recuerdo bien lo que le respondí en ese momento, pero sí recuerdo cuáles fueron sus palabras:

—Quienes elegimos el camino de Dios debemos entregarnos en cuerpo y alma, es decir, debemos llevar cierto tipo de conducta, pues Dios lo ve y lo sabe todo. En cambio, ustedes pueden hacer lo que se les plazca, el libre albedrío no corre para nosotros. No obstante, y si bien yo no soy quién para juzgarlo, le voy a pedir que sea más discreto con la señora Consuelo. Usted a lo mejor cree que yo, por ser cura, no me doy cuenta, pero no es así, hijo mío. He visto la forma en que usted la mira y me parece que no es nada prudente. Usted tiene que entender que ella es una buena mujer y debo admitir que le he tomado mucho cariño este último tiempo. Es una buena cristiana y, además, es muy trabajadora, me es de mucha ayuda en las labores de la iglesia. Se sorprendería usted, hijo mío, al saber cuánto trabajo hay en una iglesia de pueblo.

El curita me dejó las cosas bien claras, aunque debo decir a mi favor que sus sospechas no tenían mayor fundamento y se lo hice saber. Me relató la historia de Consuelo y de su marido (la cual ya conocía, y aun así lo escuche con atención). Carlos, el marido de Consuelo, solía ser muy bueno con ella, al menos en un comienzo. Tristemente, y después de unos años, se botó al alcohol. Poco a poco su trato hacia ella fue cambiando. De un día para otro y sin motivo aparente, Consuelo encontró a Carlos colgado de una de las vigas de su casa: se había suicidado. Hasta entonces llevaban un poco más de veinte años de matrimonio. El cura me aseguró que Consuelo creía que Carlos había terminado con su vida al ver que ella no podía darle un hijo.

—¿Se da cuenta usted, hijo mío, lo que es cargar con esa culpa? —preguntó el cura.

Sin siquiera darme tiempo para responder, fue más bien una de esas preguntas de las cuales no se espera respuesta.

—Bueno, desde entonces Consuelo se ha acercado mucho a la iglesia y a Dios, como tratando de buscar algo de...

—¿Consuelo? —dije yo, interrumpiéndolo tontamente.

—Así es, hijo —respondió el cura.

—Por eso, joven, le pido que sea más prudente, sería una lástima que alguien le hiciera daño. Ella no se lo merece —agregó.

Le insistí, haciéndole saber que sus sospechas no podían estar más alejadas de la realidad. Desde entonces, creo, me comenzó a mirar con otros ojos, es decir, su trato hacia mi persona comenzó a ser más cercano, más jovial, como el que tenía con el resto de la gente.

Después de haber concluido el taller no supe del cura en mucho tiempo, hasta una noche en la que se apareció frente a la puerta de mi casa. Traía bajo el brazo una carpeta con papeles y una botella de vino, de una marca que no logré identificar. Me dijo que quería conversar conmigo, pues necesitaba de mi ayuda, así que no tuve más opción que hacerlo pasar. Me comentó que había estado escribiendo; es más, me aseguró que escribía todos los días. Era la forma que tenía de desahogar su mente. Me pidió que lo ayudara con su nuevo proyecto, que consistía en una antología de cuentos campesinos con autores de la comuna. Creo que me lo pensé un rato, no sé bien en qué momento fue, pero al final terminé aceptando. Me di el trabajo de leer alguno de los cuentos que traía en la carpeta; debo decir que eran mucho mejores que los que había escrito anteriormente, y así se lo hice saber. La conversación se alargó hasta altas horas de la noche, nos bebimos la botella que traía y yo saqué otra que tenía guardada en el mueble de la cocina.

El proyecto pudo haberse concretado si no hubiese sido por lo que le sucedió unas semanas después de aquella conversación. Una noche, después de haber estado bebiendo, el cura subió hasta lo más alto del campanario de la iglesia con la intención de arrojarlo al vacío y de esta manera acabar con su vida. Al verlo, la gente del pueblo comenzó a agolparse en el frontis de la parroquia. Todo el mundo estaba allí presenciando su actuar y siguiendo con atención cada uno de sus movimientos. Las súplicas de la gente parecían no ser suficientes, pues entre más avanzaba el reloj, más dispuesto a saltar se le veía al cura. Al final, todo terminó después de unos cuarenta minutos, gracias a un carabinero que convenció al cura.

Al día siguiente, muy temprano por la mañana, vino una congregación completa desde la diócesis de Cauquenes a buscarlo. Solo unos pocos, los que habían madrugado, lograron despedirse de forma rápida del cura. Esa fue la última vez que se supo de él. A las pocas semanas conseguí trabajo de profesor de Lenguaje y Literatura en el Liceo San Ignacio. En cuanto a doña Consuelo, dio a luz a un bello y sano varón, al cual puso por nombre Jesús, pues por el contrario de lo que muchos pensaban y/o comentaban, el muchacho no era hijo del cura, sino más bien había sido concebido por orden y gracia del mismísimo Espíritu Santo, o eso al menos respondía cada vez que le preguntaban por el padre del pequeño.

Primer lugar regional

Empedrado

29 años

Me lo contó un pajarito

Paulina Sepúlveda Berra

Era un día de verano, pero no cualquier día. El sol se había levantado un poco después de que cantaron los gallos, las vacas bramaban llamando a sus terneros y Pedro —que estaba de vacaciones— había salido temprano a sacar leche para el desayuno. Todo eso era muy normal, son cosas que pasan en el campo. Pero lo que no era nada, pero nada típico, fue lo que el niño vio de regreso a casa.

Iba con su balde llenito de leche blanca y ya casi podía sentir el olor del pan amasado de su mamá, cuando un tumulto de pajaritos de todos los tamaños pasó revoloteando y picoteando en una pelea sin precedentes.

—¡Suéltame, chincol, que no respondo! —gritaba la loica furiosa.

—¡Yo primero, yo primero! —exigía la tortolita.

—¡Salgan de acá, o los saco de una patada! —amenazaba la tenca.

Los jilgueros tiraban aletazos a diestra y siniestra, los fiofíos intentaban zafarse y los loros trichahue gritaban alentando la pelea con la esperanza de que, cuando todos estuvieran cansados, ellos fueran los primeros en lanzarse sobre el maqui. ¡Sí!, jese era el problema! Había madurado el primer maqui de la temporada y los pájaros se peleaban por devorar su negro, pequeño y dulce fruto.

—¡A ver, a ver, a ver...! —dijo Pedro levantando la voz—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Acaso no les da vergüenza?

Los pajaritos quedaron paralizados. Era la primera vez que un humano les hablaba de esa forma. Pero cuando notaron la polvareda que los envolvía y las plumas que habían caído en el campo de batalla, se sintieron tan avergonzados que se fueron a posar sobre la rama de un quillay.

—¡Van a hacer una fila del más chico al más grande! —les ordenó, recordando las enseñanzas de su profesora.

—Pero... pero... —intentaron reclamar los trichahues.

—¡Ningún pero! —interrumpió Pedro, parándose tan derecho como podía—. Van a hacer una fila y pasarán uno por uno, sacando los granitos de maqui que les quiten el hambre. ¡Ni uno menos, ni uno más!

Todos asintieron, y en un orden que daba gusto de ver, se fueron alimentando. Primero los chincoles y fiofíos; luego, los jilgueros, las tortolitas cuyanas, las tencas, las loicas, y al final, los ruidosos trichahues.

Cuando el último pájaro se marchó, Pedro tomó su balde y se fue corriendo a casa.

—¡Llegas tarde! —le dijo la madre que lo esperaba en la puerta—. ¿Pasó algo hoy?

Pedro sonrió sabiendo que jamás le creería todo lo que había visto y, encogiéndose de hombros, se limitó a decir:

—No pasó nada, solo que el maqui estará más escaso que nunca esta temporada.

—¿Y cómo lo sabes? —quiso saber su mamá.

—¡Me lo contó un pajarito! —respondió Pedro y se lanzó sobre el pan amasado.

Segundo lugar regional

Longaví

33 años

Obreros

Ismael Aros Calquín

A la mañana, el pueblo se cubría de escarcha y de sombras, como resultado de tener un pueblo escondido entre colinas. El sol llegaba más tarde y la vida crecía a un ritmo atrasado. Desde la quebrada, ecos de cacaraqueos fantasmales saltaban de un cerro a otro. Figuras solitarias y madrugadoras merodeaban por los callejones camino al trabajo. Un hombre anciano en bicicleta, esquelético, pedaleaba lentamente. Sus ojos blancos buscaban cualquier silueta terrenal que le confirmara que ahora estaba despierto. Solo veía gallos y perros aburridos tras las casas de tejas. El hombre desapareció en silencio a la distancia, con un poderoso anonimato. Otros empezaban a despertarse dentro de sus casas, las boscas se prendían, la niebla ahora era humo de leña. Las primeras camionetas hacían rugir sus motores a la distancia. Pero todavía no era hora de despertarse para la mayoría.

Otra figura buscaba una llave inglesa. Por lo que recordaba, estaba en una caja de herramientas entre la maleza de su patio. Sus fox terrier chilenos, medios quiltros, lo seguían con un trote inocente y frotándose contra sus piernas, demandándole atención. El hombre les gritó y ellos mantuvieron distancia con miedo. Detrás del marco de una bicicleta yacía la caja plástica. El hombre se hincó dolorosamente; el tamaño de su barriga le apretaba sus pulmones y sus intestinos. Los jugos gástricos subieron hasta su garganta mareándolo, por lo que se apresuró en hurgar entre los destornilladores y los clavos oxidados. Sintió un alivio al encontrar la corroída llave inglesa bajo todo eso. Al levantarse, respiró con fuerza, ya que sus propios rollos de piel se le acumulaban en el cuello y le cortaban la respiración.

Ahora este hombre marchaba por los mismos callejones. Hacía ruido con sus bototos gastados de tantos trabajos. Su piel estaba quemada por el sol, su ceño estaba fruncido para siempre en una amenaza, sus manos estaban alargadas, llenas de cicatrices y arrugas. Su espalda estaba deformada por un choque de autos. Solía ser un tipo alto y bello, pero ya no. Balanceaba la llave inglesa alegremente al ritmo de una ranchera antiquísima que sonaba en su cabeza. Desde la otra esquina, un perro blanco, de pelo largo y retorcido, sentía las feromonas de unos perros en las piernas del hombre. Corrió hasta él dejando una estela nublosa de ladridos. En un gallinero cercano, las aves se asustaron y comenzaron un escándalo desorientador.

El hombre no se inmutó en su exterior, apretó fuerte la llave y cuando el perro se plantó frente a él, esperando el momento de morder, el hombre le lanzó la llave en el cráneo y el animal cayó al piso, convulsionando con las patas tensas. El hombre recogió su llave ensangrentada y siguió su caminata lenta. Entre sus dientes mordía un insulto de nervios reventados, el griterío estúpido de las gallinas lo hizo inaudible.

Había una pequeña planicie rodeada de esteros secos, llenos de aserrín. En este lugar solían vivir los padres del hombre, pero esas personas murieron. Tras un período de abandono, la casa terminó por derrumbarse y pasó a manos del hombre. Ahora, el lugar era en parte aserradero y cementerio de autos. El hombre entraba al terreno por detrás de una sierra de huincha abandonada y con el motor Nissan descuartizado.

El anciano de la bicicleta estaba ahí. Se estaba armando un cigarrillo de papel de diario frente a una fogata de aserrín. Esta soltaba humo de leña mojada, pero prendía poco. Ya con el pucho listo, lo prendió con un encendedor barato y sus dedos congelados se aliviaron con el calor del tabaco.

—¡¿Andái con caña, Negro?! —gritó el hombre desde la reja al ver a su obrero, el anciano cuyo apodo de infancia era Negro.

—*Ma o meno* —respondió el anciano, sonriendo nerviosamente y exhalando humo de tabaco.

Al hombre le disgustó escuchar eso. No quería trabajar con un borracho, pero ya asumió ese costo al contratarle y, simplemente, se resignó. Le contó lo del perro, conversaron un rato acerca de eso y después fueron a trabajar a la sierra de banco. Era una mesa metálica con una sierra circular en medio. La sierra era impulsada por una banda de goma, que a la vez estaba conectada al eje de un camión Scania.

El anciano apiló troncos al costado de la mesa mientras el hombre prendía el camión, sacando chispas de las baterías de 24. El motor se encendió con el cambio en primera, la sierra raspaba su óxido contra la mesa lentamente. El hombre colocó un ladrillo encima del acelerador y la sierra empezó a girar a toda velocidad, sonando como un grito agudo y humano. El anciano no pudo evitar recordar la muerte del viejo Temístocles Muñoz, quien muriera empalado por un tronco disparado de una sierra como esta. Partió en silencio a su posición en la mesa.

El hombre bajó del camión y fue al otro extremo del banco, donde se inserta la madera. Con una fuerza restante de su juventud, colocó una punta de la viga de 12 x 12 pulgadas sobre la mesa. Después, levantó la parte trasera con menos dificultad, gracias a la altura que ganó. Suavemente, encajó la viga bajo el rodillo y la sierra tuvo el primer roce, disparando aserrín al piso. El hombre seguía presionando la viga con su cuerpo, pero el rodillo se trabó. Moviéndolo de un lado a otro, esperando que la barra cediera. Por un momento perdió el equilibrio cuando pasó eso. Los filos avanzaron unas cuantas pulgadas, pero era más de lo que podía cortar.

Se trabó y el sonido desapareció por un instante. La goma podía salirse, ya que el camión seguía acelerando. El hombre se apresuró y abrazó la viga para empujar hacia atrás. El material cedió. Ahora empujaba de nuevo hacia la sierra, repasando lo cortado. De la nada, un movimiento en falso y un diente se aferra a la madera desde abajo y la levanta como si fuera una jabalina a punto de ser lanzada. El anciano pensó en su muerte por un instante y se hizo el silencio. Una bandada de tordos apareció por ahí, volando detenidamente por postes y arbustos. Un bus que iba a Curicó se llevaba a los jóvenes lejos de ahí, lejos de la sierra, de los motores y de las latas vacías de cerveza.

El anciano no murió ahora que debía morir. El anciano moriría por la milésima caja de vino y el hombre moriría de un infarto.

Tercer lugar regional

Talca
20 años

La carta que te escribí

Régulo Ramírez Morales

La Rosa Herminia entra a hurtadillas por el portón y con cautela mira hacia todos lados. Doña Nena está tejiendo bajo el parrón; la sorprende y comienza a increparla:

—¿Usted qué se cree? Vergüenza debiera darle, el espectáculo... Bailando borracha con todos los hombres. ¡Qué bochorno, Dios mío! Dándole permiso por una tarde nada más y usted con falsas promesas. "Que güelvo temprano, doña...". Y recién, después de tantos meses, viene apareciendo. ¡Váyase! No quiero a ninguna desconsiderada viviendo en mi casa. Cómo he sido con usted y cómo me paga. Váyase, ya tengo a otra persona que me haga los quehaceres.

—Ay, doooooñaaaaa, si yo paso a *saluar* nomás. Quiero saber cómo *tan* los niños, los pollitos, el jardín, ver cómo están los gatitos. Ay, doña, *ya po*, no sea tan rencorosa. *¿Me pueo* tomar un mate?

—¡Mmmm!... Sí, pero ¡luego se va! Usted sabe que yo no le niego un mate a nadie —responde doña Nena refunfuñando.

La Rosa Herminia sonríe con picardía, piensa que llegó a trabajar de chiquillona a la casa y no se va a ir así como así. Haciendo caso omiso de la orden de doña Nena, muy decidida, agarra la escoba y vuelve a sus labores. Se adueña del patio, quizás hasta las próximas Fiestas Patrias.

Se encamina a la leñera, saca carbón y enciende fuego en el pequeño brasero que nadie ha ocupado desde su partida. Revuelve su mate mientras rellena la tetera con el agua fresca que mantiene en un tiesto —"*pa* que nunca falte el agua caliente", repite hablando sola—. Tararea la canción que una cantora de su tierra le enseñara. Espía a las gallinas, las persigue, y a piedrazos las corretea del huerto. Regresa al mate, atiza el fuego y suspira, canturreando a viva voz:

*La carta que te escribí
si algunos borrones fueron
ay sí, sí, sí, sí, ay no, no, no, no
si algunos borrones fueron
son lágrimas que caeron
al acordarme de ti.*

Gran parte de las horas de descanso transcurren junto al brasero, cabecea y dormita con Luis Alberto Negro, ovillado a sus pies. El nombre del gato es por el recuerdo de un antiguo e ingrato amor del cual nació su hija Blanca, que ella dejó al cuidado de unos familiares lejanos.

Con la palmatoria y una vela encendida, cual aparición fantasmagórica, recorre el patio de la casa, vigila las piezas, explora el jardín y chequea que todo esté en orden. Husmea para cerciorarse quien entra o sale en medio de la noche. Se siente la dueña del territorio de doña Nena. Si sorprende a una muchacha que desde la pieza de los niños se desliza a hurtadillas entre las plantas, comienza a increparla hablando en voz alta para que la oigan.

—¡Gata cochinal! ¡¿qué *vení* a meterte a otra casa?! Tan pituca la gata cochina... *Pa* mí que *andái enamorá* de algún gato de por aquí y *vení* arrancando *pa* que doña Nena no te pille, gata cochina.

Lanza sus indirectas; siempre hace lo mismo. Quienes la escuchan, creen que la Rosa Herminia habla sola o pelea con la gata romana.

*A los ángeles del cielo
voy a mandarles pedir
una pluma de sus alas
para poderte escribir
ay sí, sí, sí, sí
ay no, no, no, no.*

Ay sí, sí, ay sí, sí... Las Fiestas Patrias revolucionan a la Rosa Herminia, la hacen brotar como los sauces, cambia sus trapos oscuros por ropas colorinches, cepilla su azabache pelo ondulado que adorna con flores del jardín. En ambas mejillas pone abundante cantidad de colorete para estar "más saludable", repite hablando sola. Pinta sus labios de rojo intenso, se pone un poco de perfume de flor de espino detrás de las orejas. Se mira en el espejo y se deja llevar por la algarabía de las fondas. Al andar, mueve su cuerpo, tambaleándose de lado a lado, como si estuviera sobre un bote que navega por un río caudaloso.

*Dos veces tomé la pluma
dos veces tomé el papel
al escribir tu nombre
ahí mismo me desmayé
ay sí, sí, sí, sí
ay no, no, no, no*

Dos veces lava la ropa a mano; primero en una artesa con agua de noria y luego acude al canal de regadío para enjuagarla. La vestimenta de la Rosa Herminia huele a humo y a jabón. Tiene la manía de lavar en el momento cada manchita que le cae sobre el delantal. Doña Nena va en busca de su empleada cuando tarda demasiado en regresar. Al llegar al canal, escucha los chismes que intercambian las mujeres mientras esperan que sus prendas se oreen a pleno sol, tendidas sobre las hierbas o los arbustos. La Rosa Herminia regresa poco antes del anochecer con un canasto de ropa oreada y otro lleno de chismes.

Al momento de lavar los platos, la Rosa Herminia junta todos los conchos de vino que quedan en las copas de los almuerzos o cenas. Cualquiera que la observa se imagina que los lanza por el lavadero. Pero no, el tambaleo en su andar y el sofoco que suele experimentar son signos inequívocos de que los ingiere.

Las sopaipillas no rinden cuando ella las fríe. Los niños, con un palo y un gancho de alambre, se las roban a través de la ventana. No entiende por qué le faltan. Jura y requetejura que no ha comido ninguna. Ellos se ríen a carcajadas mientras la Rosa Herminia corretea a Luis Alberto Negro, acusándolo del robo.

Doña Nena manda a uno de sus hijos a buscar a un hombre para que saque el balde que se ha caído dentro de la noria:

—Dígale que venga rápido, porque además del dinero, lo recompensaré con una rica chicha con naranjas.

La Rosa Herminia, entusiasmada por la recompensa, quiere hacer el trabajo y se cae adentro. Se escuchan los gritos y, luego, un golpe seco. Hubo que pagar por sacarla a ella también, además del balde. Mojada y con frío, le vino una repentina tos. Entre sollozos, pide un vasito de chicha.

—Es lo único que logra calmarme esta tos, doña Nena.

Con el tiempo comienza a tener alucinaciones, pelea con seres imaginarios, corretea pájaros negros y arranca de animales que la siguen. Está enferma de la *clorosis*, dicen las vecinas. Puede ser por vejez o por tanto huevo de gallina que come; aunque la Rosa Herminia asegura que los nidales están casi siempre vacíos cuando va a retirar la postura del día.

Por edad y enfermedad, a la Rosa Herminia le dan una pensión de invalidez. Con ese dinero, doña Nena decide contratar a una persona que la cuide. Ella correrá con los gastos de alimentación y de medicamentos. Así pasaron unos meses, cuando de manera sorpresiva aparece Blanca, quien quiere llevarse a su madre a vivir a Curicó. Doña Nena no está de acuerdo, pero como no es pariente no puede oponerse. Cada cierto tiempo llegan noticias de que la Blanca tiene a su madre encerrada en una miserable habitación, que la oyen gemir y en tono de súplica, le pide a su hija que quiere volver “a onde oña Nena”.

Doña Nena realiza viajes a Curicó con la intención de visitar a la Rosa Herminia, quien vive en casa de su hija en una población en las afueras de la ciudad. Le lleva legumbres, una gallina o cualquier otro engaño. Nunca logra verla. Blanca recibe los regalos y siempre tiene una excusa para no permitir que vea a su madre. Indica que está durmiendo, está en su pieza enojada, no quiere recibir a nadie y un sinnúmero de pretextos. Doña Nena agudiza el oído y se imagina escuchar la cantaleta de siempre: “La carta que te escribí”. Eso la reconforta. Regresa a Hualañé angustiada, porque a pesar de los esfuerzos, no lo logra conversar con ella.

Doña Nena está preocupada. Le inquieta la situación de la Rosa Herminia. Después de mucho pensarlo, recurre a las autoridades.

—Aló, aló —se escucha llamar en casa de Blanca, quien sorprendida y asustada palidece al ver a doña Nena acompañada de dos carabineros y premunida de una orden del tribunal para inspeccionar la vivienda.

—Blanca, ¿dónde está tu madre? ¡Por favor, dilo de una vez y no mientas!

—Ya le he dicho que está bien y no sé por qué usted insiste tanto —responde Blanca sollozando.

—¡Quiero ver en qué condiciones se encuentra la Rosa Herminia!

Mientras dice esto, comienza a llamarla y a recorrer las habitaciones. Blanca trata de retenerla mientras uno de los carabineros interviene de manera enérgica y la amenaza, que si no coopera, la llevará detenida y tendrá que responder a un interrogatorio en la comisaría.

—Tu madre no está aquí. ¿Dónde la metiste, Blanca? ¡Por Dios!

—¡Se murió, se murió mi mamá! —grita Blanca, mientras solloza—. ¡Perdón!, ¡perdón! La enterramos como NN en la fosa común, para seguir cobrando la pensión de mi mamita.

De regreso en casa, doña Nena se dirige lentamente al cuarto de la Rosa Herminia, se sienta junto al viejo brasero y llora. De pronto, algo llama su atención, es un bulto pequeño. Al abrirlo encuentra una palmatoria envuelta en un papel desteñido y con dificultad apenas legible se puede leer:

*Si algunos borrones fueron
son lágrimas que caeron
al acordarme de ti.*

Mención honrosa
Curicó
66 años

Mal de ojo

Sara Roldan Lillo

Mercedes estaba feliz de saber que seguiría estudiando. Había terminado su enseñanza básica en la escuela rural y deseaba seguir con estudios superiores. Además, se destacaba como una de las mejores alumnas y este fue el argumento que doña Lucila, su esforzada madre, usó para convencer a su padre, don Olegario San Martín, lechero del fundo, para que la dejara partir a la ciudad. Don Olegario consideraba que la mujer debía prepararse para casarse, ser una buena dueña de casa, saber leer y escribir, dominar las cuatro operaciones básicas —sumar, restar, multiplicar y dividir— y con eso estaba preparada para ser una buena madre. Incluso con esa preparación debía ayudar a su marido en la economía de los recursos económicos de la familia.

Finalmente, la intervención de su afanada esposa logró convencerlo. Además, se hospedaría en la casa de su madrina de confirmación, la hija mayor de la patrona del fundo, quien criaba a una pequeña recién nacida.

La criatura era bellísima. Mercedes, apenas la vio, se sintió arrobada por su presencia. Su piel era blanca y rosada, con dos enormes ojos azules que alumbraban su carita llenita y suave como terciopelo. La Meche, como la llamaban familiarmente, instalada en su nuevo hogar, apenas llegaba del colegio, se quitaba el uniforme, revisaba sus tareas para el día siguiente y se ocupaba de la pequeña.

Petronila, la joven dueña de casa, era su madrina de confirmación y lucía encantada con la llegada de su ahijada, quien se venía a estudiar a la ciudad. La joven estudiante, cariñosa, ágil, diligente y dinámica, se ganó el aprecio del incipiente clan familiar. Mercedes, sin descuidar sus estudios, ocupaba sus ratos libres en atender a la niña y, además, se daba el espacio para ayudar en los quehaceres domésticos.

La dueña de casa, con la compañía de su nuevo huésped, contaba con tiempo para descansar, ir de compras o salir tranquilamente con su marido. La nueva integrante de la familia, joven, dinámica seria y responsable, con un gran espíritu de superación personal, inspiraba la suficiente confianza para encargarle a su pequeña hija sin aprensiones. Definitivamente, el nuevo huésped le había aliviado su carga doméstica.

El tiempo pasó raudo y la pequeña, rodeada de mimos y cuidados, crecía sin problemas. Además, el primer año Mercedes pasó de curso con excelentes calificaciones.

Llegó el verano y la joven regresó al campo a realizar labores de temporera para ayudarse con sus estudios. Su madrina viajaba algunos fines de semana al campo y, durante ese tiempo, ella aprovechaba para estar cerca de la niña. Terminada la época estival, Mercedes regresó a la casa de su madrina en la ciudad, para reanudar sus estudios.

Esta vez se encontró con la novedad que su madrina, aprovechando que la pequeña bordeaba los dos años, retomaría sus interrumpidos estudios de enfermería y tomaría clases vespertinas.

Con el mes de marzo en marcha, todo parecía caminar sobre ruedas. Las gracias de la pequeña Angélica, que ya comenzaba a dar sus primeros pasos, tenía completamente arrobada a toda la familia. Mercedes regresó al liceo y doña Petronila retomó sus estudios de enfermería. Nada parecía nublar el hermoso cielo azul que se vislumbraba desde las alturas.

Sin embargo, corriendo el mes de mayo, la casa se llenó de gente con motivo de la celebración del cumpleaños del dueño de casa, un empresario joven y emprendedor que viajaba la mayor parte del

tiempo por sus negocios. La niña fue el centro de atención, siendo celebrada por todos. Pasados algunos días de la celebración, la pequeña comenzó a decaer, presentando algunos estados de fiebre e inapetencia en general. Mercedes veló su sueño un par de noches y le hizo saber a su madrina que la pequeña, al parecer, padecía mal de ojo y que debía llevarla donde alguna persona que la santiguara.

—Niña, por Dios, esas son creencias de las personas que viven en el campo. Una joven que se está educando en la ciudad como tú no puede creer en esas cosas. Agradezco tu preocupación, llamaré a su pediatra —le contestó su madrina, y Mercedes guardó silencio.

Pasaban los días y la pequeña empeoraba. Llamaron por tercera vez al pediatra y este le volvió a cambiar los medicamentos.

Una noche en que Petronila llegó tarde de la universidad, Mercedes la esperó despierta y le comunicó que ella consideraba que los medicamentos no le hacían efecto a la pequeña, porque la veía más decaída. Su mirada era opaca y la fiebre persistía, por lo que ella consideraba muy grave su estado de salud. La joven madre la escuchó y acudió de inmediato a ver a su hija. Le llevó otra mamadera e insistió tanto que la pequeña tomó un poco de la preparación.

—¿Lo ves?, conmigo tomó leche; contigo hace lo que quiere —le dijo muy confiada.

Mercedes no entendía cómo la pequeña, en su estado, pudo tomar parte de su mamadera. Sin embargo, no replicó. No podía hacer nada ante las decisiones de la madre. Esa noche se fue a dormir muy preocupada.

A la mañana siguiente, despertó sobresaltada y acudió a la habitación de la pequeña. La encontró inerte, con su pijama embebido de vómito y su ojito izquierdo desprendido de su órbita. Sintió que la voz se le atoraba en la garganta antes de gritar.

—¡Madrinaaaa!

En su desesperación, Petronila lloraba a gritos, lamentando no haber escuchado a su ahijada cuando le habló del mal de ojo.

En el transcurso de cinco años, Petronila fue madre de dos hijos más. Un apuesto varoncito, rubio de piel rosada y suave, y de una niña muy parecida a la pequeña Angélica, quien se había transformado en un ángel para la familia.

Mercedes terminó su carrera de Pedagogía en Castellano —hoy llamada Lenguaje y Comunicación— en el hogar de su madrina, quien se mostró, con el transcurso del tiempo, más atenta y respetuosa con los misterios de la naturaleza y las creencias populares de la sabia campesina.

Segundo lugar regional
Chillán Viejo
65 años

El cuero, terror de las profundidades

Emilio Mellado Cáceres

Hace mucho tiempo, un joven padre y su pequeño hijo estaban terminando de cosechar algunas cerezas durante un caluroso día de verano. Cuando llenaron dos canastos con las más rojas y exquisitas cerezas de la zona, el sol ya se posaba en su punto cúlmine sobre un cielo despejado. El niño sentía cómo el sudor se le deslizaba por la frente y la espalda. Ni siquiera la gran chupalla que coronaba su cabeza era capaz de mitigar los potentes rayos solares. Se pasó una manga de la camisa por la cara para secar las gotas de transpiración. Luego, metió sigilosamente una mano en su canasta para sacar un puñado de la dulce fruta. Le quitó los rabos y se las metió a la boca, saboreando con los ojos cerrados aquel manjar estival. Cuando se dispuso a escupir los cuescos, su padre clavaba la mirada en él.

—Disculpa, papá —dijo el niño—. Tengo la boca seca y me dio un poco de hambre.

—No hay problema. Lo importante es que no te vayas a comer todo el cesto —comentó el padre con una sonrisa.

Ambos rieron y continuaron cosechando por algunos minutos más.

—Creo que ya es suficiente por hoy —indicó el hombre limpiándose las manos en unos gruesos vaqueros que traía puestos—. Nos vamos a casa, hijo.

El niño se alegró con la noticia. Tomó su canasta y junto a su padre comenzaron a caminar de vuelta a casa. Un momento después, el peso de la fruta y el calor abrasador mermaron las fuerzas del muchacho. Se sentía extenuado. No podía entender cómo su papá siempre llevaba puestos esos pantalones sin importar la ocasión, fuera invierno o verano. Imaginó que debían ser muy incómodos. Al rato, pasaron cerca de un río y lo único que anhelaba el niño en ese instante era zambullirse en aquellas cristalinas aguas, pero extrañamente su padre nunca lo dejaba meterse, ni siquiera le permitía refrescar los pies en la corriente. Cuando deseaba bañarse lo llevaba a un riachuelo cenagoso que quedaba a media hora a lomos de caballo. El pequeño frunció el ceño y gruñó.

—¿Por qué nunca dejas bañarme aquí? —preguntó el niño en tono de protesta—. Siempre pasamos por este río, pero tú nunca has dejado que ni me moje la cara en él, y en cambio, me llevas a ese feo estero en el que casi no pasa agua.

—Porque no quiero que te pase nada malo, es simplemente eso —señaló el padre encogiéndose de hombros.

—Pero la corriente no es fuerte. Incluso podríamos bañarnos los dos, así tú me cuidas —propuso el muchacho—. ¿Ves? No hay nada de qué asustarse.

—Vaya que sí lo hay.

—No te entiendo —dijo el niño enarcando las cejas.

—Vale. Te contaré una historia mientras llegamos a casa. Quiero que pongas mucha atención porque no te la voy a contar de nuevo —comentó el hombre—. No es algo muy agradable que digamos.

El niño apresuró el paso y su padre comenzó a relatar la historia.

—Hace muchos años atrás, en un día muy parecido al de hoy, un grupo de amigos recién llegados a la

zona quisieron bañarse en este río. No lo pensaron dos veces y como unos locos se lanzaron al agua. El frescor del cauce los hacía sentir como en el cielo. Jugaron, rieron y se entretuvieron durante horas. Más tarde, acordaron juntarse a diario en la ribera luego de realizar sus deberes, hasta que un día notaron algo extraño. Cuando salían del agua para descansar sobre las rocas que bordeaban al río, distinguían que en la superficie se formaban algunas ondas, como si un pez estuviera nadando bajo el agua.

—¿Y lo pudieron pescar? —preguntó el niño—. A ti te encanta ir de pesca.

—Si se hubiese tratado de un pez, quizás —respondió el padre—. A los tres amigos los comía la curiosidad por saber qué era aquello, así que armaron una caña y buscaron unas lombrices para el cebo, pero lo que había ahí no picaba ni de broma. Así que el trío hizo una apuesta: el que se atreviera a ir en busca de la criatura, ganaría dos kilos de harina tostada, cortesía de los dos miedosos que se quedasen viendo. Todos estuvieron de acuerdo, pero cuando llegó el momento de los que hubo nadie movió un dedo, hasta que el más joven se envalentonó y se metió al río. Llegó hasta la mitad y buscó con la mirada algún rastro de movimiento. El agua estaba quieta, pero de pronto comenzaron a formarse ondas que se dirigían hacia él. Sin previo aviso, el joven sintió un tremendo dolor en su pierna izquierda. Algo lo había mordido. Sentía cómo decenas de dientes se incrustaban en su piel y unas poderosas ventosas se le adherían como sanguijuelas. El muchacho miró hacia abajo con desesperación y divisó algo parecido a un cuero de vaca, una bestia plana como una alfombra, con cuatro ojos amarillentos, que se enrollaba a su pierna con fuerza, mientras las púas que tenía alrededor de su cuerpo penetraban en la carne haciéndola sangrar, tirándolo hacia el fondo del río y tiñendo el agua de rojo. Sus amigos fueron al rescate al percatarse de que peligraba su vida. Uno de ellos tomó una navaja e intentó quitar los dientes adheridos a la piel del atacado. La criatura se resistía a dejar su presa. Sus ojos se movían en todas direcciones y producía un ruido rarísimo, como cuando uno hace gárgaras con sal para el dolor de garganta. Finalmente, los amigos lograron quitar el cuero de la pierna del valiente joven y la criatura se alejó a gran velocidad. Los tres amigos volvieron a la ribera y miraron aturdidos la gran herida en la pierna del muchacho, quien estaba perdiendo mucha sangre con el correr de los minutos. Al poco rato, perdió el conocimiento y cayó desmayado entre las rocas.

—¿Y qué le pasó? ¿Lo pudieron curar? ¿Se murió? —preguntó el niño con mucha curiosidad.

—Despertó en un hospital horas después. Se pudo curar y no se murió —aseveró el padre e hizo una pausa—. De hecho, estás hablando con él.

El hombre se levantó la pernera izquierda del vaquero y le enseñó por primera vez a su hijo las cicatrices que le había causado aquel ser. Al final, el niño había comprendido por qué no debía internarse en esas peligrosas aguas. Su papá no quería que le pasara lo mismo que a él, o peor aún, perderlo para siempre por causa de una criatura hambrienta y salvaje, una bestia conocida como el cuero.

Tercer lugar regional
Chillán
30 años

Zapatos limpios

Yarikza Torres Gajardo

“Si los zapatos están limpios, todo saldrá bien! ¡Si están sucios, es como no lavarse la cara!”, decía mi mamá cada noche, que por obligación nos mandaba a lustrar los zapatos negros del colegio.

Entre más brillo, mejor, como una competencia olímpica. Con mi hermano ejercitábamos los músculos de los brazos para ver a quién les quedaban mejor.

Cada mañana, sagradamente, debíamos caminar por un sendero montañoso hacia la carretera, entre frondosos árboles y arbustos, canales caudalosos y un potrero que cambiaba según la época del año: trigo, maíz o papas. Con los dedos entumecidos, cada uno arrastraba consigo la bolsa con sus zapatos limpios que, con cuidado, cambiábamos antes de que llegara el bus.

Caminar no era problema; mojarse las piernas y los pies con el rocío de la mañana y embarrarse hasta el tobillo cuando pasaban el arado sí era un problema.

Veinte años más tarde, solo yo sigo con la tradición. Lustrar, caminar, cambiar zapatos, mismo paradero, mismo bus, mismo colegio. Y mamá todavía me recuerda: “¡Zapatos limpios y todo saldrá bien!”.

—¿Mismo colegio?

—¡¡Sí!!

Lo que ha cambiado es que de alumna pasé a ser profesora. Ese mismo colegio que me vio crecer ahora me dio la oportunidad de demostrar el valor que tengo.

Y cada mañana llevo conmigo los zapatos limpios para cambiar. Que por suerte esconden y distraen a la gente, que el rocío en los arbustos o el trigo rozó mis piernas y están mojadas.

Al llegar al colegio, solo queda que la estufa a leña encienda rápidamente y caliente el ambiente o el ajetreo del día seque mi ropa. No soy la única, a los niños también les sucede, es como mirar un espejo que me refleja perfectamente.

Así es la vida en el campo, sacrificada y hermosa a la vez.

Solo queda aprender y enseñar, que si llevas otros zapatos de cambio: “Al menos tus pies estarán secos y limpios. ¡Y todo saldrá bien!”.

Mención honrosa

Pinto
32 años

Vestidos con olor a harina

Rocío Montecino Torres

Algunas gotas de lluvia caían sobre el techo que cubría la habitación de una niña de diez años que dormía plácidamente. El sueño de la muchacha fue interrumpido por un dulce susurro que provenía de las cuerdas vocales de una persona que conocía muy bien.

—Nenita, es hora de despertar —su madre le susurra esas palabras en su oído—. Se te hace tarde para ir a la escuela.

La niña abre lentamente sus párpados dejando que sus ojos castaños se acostumbren a la luz que ingresa por la ventana de enfrente. Mientras Elena se estiraba e intentaba disipar el sueño fuera de su cuerpo, su madre le tendía un vestido hecho con sacos de harina para que se vistiera. Una vez vestida, la niña se dirige hacia la pequeña mesa que se encuentra a un lado de la cama, y una vez allí, su mamá le tiende un pedazo de pan amasado preparado por ella la noche anterior mientras Elena descansaba. La madre la acompaña hasta la entrada de la casa donde habitan para despedirla y desearle suerte en ese nuevo día de escuela. La joven emprende su camino con la lluvia que cesa de a poco, caminando con entusiasmo, a pesar de que sus pies descalzos ya se encontraban congelados. Mientras se aleja de casa, Elena observa el hermoso paisaje que se presenta ante sus ojos. Cerros en su lejanía se erguían orgullosos, un cielo cubierto de nubes grises, pero no por eso menos hermoso; árboles que iban recuperando de a poco sus hojas color verde intenso luego de la despedida del equinoccio de invierno; potreros repletos de bovinos que obtenían alimento del pasto del suelo y, a lo lejos, en la cima de un cerro, se encontraba su gran escuela. Una vez subido el cerro, se presenta frente a ella una construcción que lleva como nombre Escuela de Licantén. La dueña de la escuela vivía al lado, era una mujer joven y con buenos ingresos; esa fue una de las razones por la que decidió dividir su casa en dos y destinar un pedazo a la creación de una escuela, para que los niños y las niñas que vivían en Licantén lograran obtener estudios allí.

Elena ingresa a la escuela y la recibe su profesora con un cálido saludo. Se desplaza por la sala hasta sentarse en uno de los bancos de madera ubicados en una mitad de la habitación destinados a las niñas; en la otra mitad estaban los bancos en los que debían sentarse los niños. Una vez que todos los alumnos están sentados, la profesora comienza su clase. Los alumnos le prestan toda su atención, a excepción de un par de chicos que comenzaron a cuchichear entre ellos. La profesora se molesta por la actitud de esos alumnos y envía a los niños mayores de la sala a buscar, al lado de un río que fluye cerca del fundo, varillas de mimbre para poder castigar a los alumnos que interrumpieron su clase. Elena observa cómo sus compañeros quedan en completo silencio, al igual que ella, luego de que la profesora mandara a esos niños en busca de las varillas. Una vez que regresaron los muchachos con las varillas de mimbre, la maestra coge la más grande y firme y se dirige hacia los alumnos que estaban conversando entre ellos hace un momento y les golpea las piernas reiteradas veces, hasta que estas toman un color rojizo potente.

Cuando llega la hora del recreo, Elena y sus compañeras salen por la parte derecha de la escuela, mientras que los chicos por la izquierda. No tenían permitido jugar todos juntos en un patio. Las mujeres deciden jugar al pillarse para entretenerse. En el transcurso del juego observan que la dueña de la escuela sale de su casa para acercarse hacia ellas junto a su empleada, quien carga jarros de leche de vaca recién ordeñada, entregándole uno a cada alumna para que bebieran y apaciguaran un poco el hambre. La tarde se pasó volando entre clase y clase, y en la última hora de escuela, la profesora le entrega a Elena una pluma y un tintero para que, de ahora en adelante, pudiese escribir con ellos. La Gobernación de Licantén es la institución que les proporciona los cuadernos y útiles escolares a todos los alumnos y alumnas de esa escuela, y una vez cumplidos los 10 años, les agregan una pluma con un tintero color negro para que comiencen a escribir con mayor destreza.

Unas horas antes de que los alumnos terminaran su jornada en la escuela, había comenzado a llover torrencialmente. Producto de eso, el estero que se encontraba enfrente de la escuelita se había inundado hasta arriba. A la hora de salida, la dueña de la escuela, quien era joven y rica, le prestó un caballo a su empleada para que ayudara a pasar a los niños al otro lado del riachuelo y de esa manera no se empaparan. La empleada guio al caballo hasta el frente del estero inundado y subió al primer alumno sobre su lomo, subiéndose ella seguida del niño, se sentó detrás del infante para comenzar a adentrar al caballo en el estero y que pasase al otro lado, donde bajó al niño. Y así sucesivamente repitió el mismo proceso con cada alumno, hasta llegar a Elena. Luego de cruzar y avanzar camino a casa, la niña sentía cómo sus pies se atascaban en el barro y se sumergían en los charcos con cada paso que daba. Unos kilómetros más allá del primer estero se encontraba otro, que era mucho más profundo que el anterior. La chica suspiró y, resignada, atravesó ese arroyo terminando con su vestido confeccionado con un saco de harina completamente empapado.

Apenas llega a su casa, construida con madera y adobe, su madre la recibe con un cálido abrazo y la manda a cambiarse ese vestido por otro seco que le había hecho en ese tramo en que su hija se encontraba en la escuela. Una vez cambiada de ropa, la niña se dirige a la parte trasera de la casa donde su madre guarda a sus chanchos para la venta y busca a la chanchita que su mamá le había regalado ayer.

—Hija, escoge un cerdo de estos que tengo aquí para que usted logre ganarse unas moneditas y se compre algo que le guste —había dicho su madre el día anterior a Elena—. Elijase una chanchita para que después le dé crías y pueda seguir vendiendo más adelante.

Apenas terminó de alimentar a su cerdita, la joven ingresó a la habitación donde vivía con su madre y se dirigió automáticamente a la cama, tapándose con la única cobija que allí se encontraba y abrazando a su muñeca de trapo que le había regalado y confeccionado su madre. Cubriéndose hasta el cuello con la cobija y mientras encontraba una posición cómoda para dormir, la joven deseaba con todas sus fuerzas que su chanchita engordara rápido para poder venderla y, con los pesitos recaudados, comprarse un catre de bronce en el cual dormir. Y mientras el sueño le ganaba, Elena se imaginaba un futuro en el cual ella pudiese convertirse en profesora y lograr enseñarles a muchos niños a leer y a escribir.

Elena nunca pudo conseguir ese futuro que se imaginaba a los diez años, pero la pasión por la lectura y la escritura nunca se esfumó. Y aún recuerda con mucho cariño los vestidos hechos por su madre con sacos de harina.

Mención honrosa

San Carlos
18 años

El Percha

Berta Ziebrecht Quiñones

El silbido de la locomotora anuncia la proximidad del tren y rompe el marasmo del día. Los vendedores de productos del campo se apresuran por llegar al andén. Las largas bancas dispuestas en un extenso corredor son ocupadas por hombres y mujeres que esperan. Más allá de la estación se divisan las chacras y los sauces que rodean los afluentes del río. La humarada de la máquina a vapor se eleva hacia las nubes y su aroma a carbón recorre las calles, los perros aúllan y el vaho entra por las ventanas abiertas de las casas de adobe que conforman el villorrio.

—¡Ha llegado el tren de la una! —gritamos mientras corremos para observar a los viajeros que han llegado al pueblo.

Era un ritual repetido en nuestros años de infancia. Todos los días, y como salido del paisaje, veíamos emerger la inconfundible figura del Percha, hombre curtido por el sol, de edad imprecisa y fuerza de gigante. Para nosotros era una especie de Quasimodo, por su joroba prominente y su rostro tuberoso, donde apenas destacan sus rasgos ceñudos y su imborrable sonrisa. Corre de prisa balanceando su cuerpo de articulaciones gastadas y su típico traje raído de bastillas deshilachadas y rígidas como raíces sedientas. Todo el pueblo lo conoce y su apodo obedece a su oficio de cargar el equipaje de los viajeros que arriban a la estación.

El silbato repetido nos anuncia que el ferrocarril ha dejado su carga humana y sus bultos en el andén. Los pasajeros se acercan al Percha, que es el cargador más solicitado por su capacidad de carga, su sonrisa fácil y modales serviles. Con oficio, distribuye el peso en sus brazos, hombros y espalda. En esas horas veíamos desfilar ante nosotros a los foráneos, mezclados con los rostros conocidos del pueblo, pero lo inalterable en ese transitar de décadas era la figura del Percha, siempre avanzando entre la multitud, con el rostro casi rozando el suelo debido a su pesado cargamento. En tiempo de invierno solíamos verlo por la ventana que daba a la calle corriendo rumbo a la estación, desafiando a la lluvia y los barriales. Su cuerpo parecía resentir ese vía crucis repetido al ritmo de las estaciones. Cuando el silbido de la locomotora no quebraba la quietud de las tardes, recorría las calles, la plaza, la iglesia y las cantinas. En sus ratos de ocio compartía con su amigo apodado el Chichón, un viejo acarreador de rebaño. El desdichado Chichón era un hombre solitario como el Percha, resignado a sus constantes ataques convulsivos y, de tanto caer y dar cabezadas en las piedras, su cráneo mostraba extraños chichones, que le merecieron el apodo. Las ancianas comentaban que su condición era un castigo divino asignado a su padre. El hombre había vivido obsesionado con poseer riquezas. Por las noches se escuchaba el galope de su caballo; en la grupa llevaba una pala y sacos para cargar. Alumbrado por un chonchón⁶⁸, cavaba en rincones sombríos con la esperanza de exhumar entierros que el demonio dejaba para tentar a los incautos y robarles el alma. Su hijo, el Chichón, estaba maldecido y debía purgar por su ambición. En cambio, la memoria del padre del Percha era venerada casi como un mártir por toda la comunidad. Al igual que su hijo, también fue cargador de estación. Un día cayó muerto cerca de la plaza pública y frente a la iglesia; ante tal incidente, sus clientes rescataron sus pertenencias y lo dejaron tirado con los ojos inertes y el sudor fresco resbalando por su rostro. El cura salió de su sacristía, le dio la bendición y fue el alcalde el que tuvo que asumir la responsabilidad de sepultarlo. Es así como el Percha, siendo un niño, asume el oficio de su padre. La honradez y servilismo de su progenitor le garantizaron las preferencias por sobre los otros cargadores. En el momento de fallecer su padre, su madre se encontraba preñada, y al poco tiempo dio a luz a una niña. La pequeña nació con los ojos abiertos. La partera anticipó que aquello era mal presagio:

⁶⁸ Chonchón: lámpara artesanal para alumbrar las viviendas (nota de la editora).

—Nació *apensionada*⁶⁹, no vivirá —aseveró.

Por escasos minutos, los ojos de la niña contemplaron la vida y luego la muerte los cubrió por completo. Por muchos años, el Percha cuidó de su atribulada madre, hasta que una noche su angelito la visitó y se la llevó para el otro mundo. Desde ese mismo momento, la estación y todo lo que la conformaba pasaron a integrar la vida del Percha. Los años pasaron y los niños nos marchamos del pueblo, sin presentir que para muchos sería nuestra última travesía en ferrocarril. Desde las ventanillas veíamos caer los árboles y aplanar los caminos. Todo se orientaba a nuevas rutas de conectividad.

Algunos años después, realizo mi primer recorrido en bus hacia Hualqui. La línea férrea luce enmohecida y los durmientes agonizan carcomidos por el abandono. Camino por la avenida central, el cemento había cubierto las calles polvorientas. La nostalgia me encamina hacia la vieja estación; se mantiene incólume a pesar de la vejez. En una de las bancas del largo pasillo diviso al Percha, taciturno, con la mirada imprecisa, perdida en los recuerdos o el horizonte. Me acerco a saludarlo y un anciano sentado junto a él me comenta:

—Lleva años esperando la llegada del tren.

El Percha sonrío y asiente con la cabeza y, luego, me extiende su mano grande y callosa. Siento su fuerza en el apretón de la suya; la misma que exhibía cargando pesados equipajes. Mantiene silencio, y en sus pupilas longevas se reflejan los rieles que cercenan los caminos, las locomotoras que surcan los cerros quebrando el silencio y se detienen en la vieja estación donde el Percha espera a pasajeros de tiempos idos.

Primer lugar regional

Hualpén
66 años

⁶⁹ Apensionada: triste, deprimida (nota de la editora).

La mala vecina

Carmen Bizama Peña

Yo no creo en brujería, pero de que existen brujos, existen". Esa frase, muy común en mis tierras, se hizo muy presente cuando me contaron la historia que les traigo en estas líneas.

La María era una señora mayor, vivía sola en una casa en el cerro. A veces bajaba al pueblo a comprar velas, harina y fósforos; lo demás lo cultivaba ella misma o se lo llevaban en pago las pocas personas que iban a verla para pedirle ayuda con algún achaque o problema.

La señora Luzmira no estaba bien de salud. Hacía tiempo se sentía cansada, se levantaba con dolor de cabeza, tenía vómitos después de comer y no sabía ya qué hacer. Había tomado de todo y no se le pasaba esa enfermedad tan extraña que comenzó de un día para otro, luego de que se enojara con su vecina por haberle robado dos gallinas.

El esposo de la Luzmira era don Carlos, siempre preocupado de su familia y, por sobre todo, de la que era su esposa por más de 30 años. No podía soportar verla enferma, por lo que, a pesar de que iba contra las enseñanzas de su religión, decidió ir a ver a la María para que le hiciera algún remedio a su Luchita. Compró hierba mate, azúcar, levadura y se fue a ver a la María; la bruja, como le decían algunos.

—¡Aloooó?! —gritó en el portón.

Salieron dos perros ladrando, tuvo que subirse al cerco para que no lo mordieran; no estaban acostumbrados a las visitas. Después de un rato haciendo equilibrio en el alambre, finalmente salió la dueña de casa.

—¡Guardián!, ¡Negro!, dejen a ese pobre cristiano tranquilo —rio María mientras llamaba a sus compañeros de cuatro patas.

Los perros dejaron de inmediato al que creían intruso y se fueron a dormir bajo el manzano, derrotados.

—Pase más pa dentro, Carlitos, ¿qué lo trae por aquí?

—Señora María, tanto tiempo sin verla... Vengo a pedirle ayuda. Fíjese que mi Luchita está *malaza*, los remedios que traje del pueblo no le hacen nada, está más flaca y paliducha cada día —se lamentó el hombre.

—Mmm... Dígale a la Luchita que haga pipí en un frasquito, me lo trae mañana y yo le doy un remedio bueno, mire que la doña no se nos puede ir *pal* otro mundo todavía. Venga temprano.

Así lo hizo. Volvió a la mañana siguiente con la muestra solicitada y fue examinada.

—Su señora no está *na* enferma, a ella le hicieron mal, alguna persona le tiene mala a su Luchita. Lévese esta cruz de palqui y póngala en la puerta. Estas ramas de canelo y ruda tiene que quemarlas y echar el humo por todas partes de la casa. Y que se tome esta agüita de ruda. La camisa de dormir que use esta noche la tiene que quemar también. Va a ver como amanece *mejorcita* mañana.

Esa noche siguieron las instrucciones.

Luzmira durmió inquieta, sudó hasta empapar las sábanas y vomitó más que nunca después de tomar el agua de ruda. Al despertar, estaba como nueva. Quemaron la ropa, según se les había indicado, y le llevaron unas tortillas de regalo a su sanadora.

Después de eso, nunca más se atrevió a pelear con la vecina, que se coma las gallinas nomás.

Segundo lugar regional

Concepción

35 años

El Sendero de los novios

Adelina Belmar Aguayo

Camino por el sendero mirando al frente, adelante, viendo con inquietud la extraña luz blanca. Luego, me emociono recordando la leyenda que nos narra mamá Pascuala.

Cuando niños gozábamos al sentarnos junto a ella en el gran salón del castillo. Así llamaban a la gran casona, muy antigua, que estaba en las cercanías de San Rosendo. La casona tenía en su salón central una gran escalera de caracol que, en las tardes, eludiendo la vigilancia de los mayores, tratábamos de subir ganándonos muchos sustos por ello. Los ruidos en las escaleras —ahora lo sé— se debían a la cantidad de lechuzas moradoras en el mirador, pero esto hacía que nuestra curiosidad creciera y quisiéramos saber los misterios que al final de la escalera guardaba.

En las tardes nos sentábamos alrededor de su falda, palpitantes de expectativas. ¿Qué nos contaría hoy?

—Cuéntenos de la novia —dije.

—¡Sí, sí, sí! —dijeron todos, palmoteando ansiosos.

Sonrió con su habitual ternura y paciencia, y presta se dispuso a narrar esa antigua leyenda, mientras sus ojos brillaban de emoción, como si se adentrara en un recuerdo muy, muy añoso.

“Hace muchos, muchos años, había aquí una hacienda que pertenecía a don Alonzo Farías, un inmigrante español de carácter duro y dominante, a quien nadie se atrevía a contradecir. Tenía una hija bellísima de carácter muy dulce y amable, a quien todos amaban de corazón; de edad casadera, su padre ya estaba en busca de un excelente partido. De hecho, el mejor candidato era un hombre de edad madura que pertenecía a un fundo colindante al suyo.

Mercedes o Mercedita la llamaban cariñosamente todos los peones y personal que trabajaba en la hacienda. Para todos era como un ángel enviado por el cielo. Se preocupaba por todos y, en secreto, tenía una pequeña escuelita donde enseñaba catecismo y a leer a todos los hijos de los peones y a bordar, a las niñas. Por supuesto, don Alonzo ignoraba esto, pues no estaba de acuerdo con enseñar a leer a la peonada.

Un día como otro cualquiera, Damián, un joven bastante bien parecido, llegó a vivir a una de las casas de los peones más antiguos. Venía de la ciudad para ayudar a su padrino, ya que este estaba muy viejo y le costaba el trabajo duro. Damián no tenía más familia que sus padrinos, a los cuales amaba muchísimo. Por eso no dudó en acudir a su llamado.

Cosas del destino —decía mamá Pascuala—, allí se encontraron por primera vez. Mercedita solía ir con frecuencia a visitar a los padrinos de Damián; ellos eran como sus consejeros, sus confidentes.

Allí comenzó todo, se conocieron y casi al instante se prendaron uno del otro. De ahí en más, no faltó la oportunidad de encontrarse a escondidas; sabían con absoluta claridad que don Alonzo jamás permitiría una unión entre ambos. Esto los sumía en una gran desesperación. Damián era demasiado humilde para las expectativas del padre. Por más que pensaban en una solución, no la encontraban.

A todo esto, don Alonzo ya estaba en tratativas con su futuro yerno y sacaba cuentas alegres con la fusión de ambos fundos.

Fue entonces que los desesperados jóvenes tomaron una decisión. Se casarían a escondidas, primero con la ayuda del señor cura del pueblo, quien conocía a Mercedita desde su bautismo y a quien amaba como a una hija. El buen párroco se hizo cómplice y planificaron con detalle la boda y huida de la pareja junto a los padrinos y algunos peones de la hacienda.

Pero don Alonzo, viejo zorro, tuvo ciertas sospechas. Puso a su mejor hombre a investigar cada paso que su hija daba. Así fue como se enteró de todo. Calló y planificó cómo lograr su objetivo. Así planeó el compromiso de Mercedes el mismo día en que se casarían y huirían.

Damián se fue a caballo a San Rosendo a esperar a su novia; Mercedes, en un cabriolé adornado por los padrinos, que lo tenían escondido y alejado para no levantar sospechas. Ella va vestida de novia, resplandeciente de felicidad, va a casarse con el amor de su vida. Les entrega a los ancianos una carta para sus padres. No volverá más, se irá muy lejos con Damián.

El cabriolé llega a la iglesia y algunos peones la esperan, le avisan que dé una vuelta, porque Damián aún no ha llegado. El corazón de Mercedes da un vuelco, pero desecha el miedo y da una vuelta.

Vuelve y aún no ha llegado, ya es demasiado tiempo, su corazón le avisa que algo muy malo ha pasado. Lloro desconsolada, todos tratan de consolarla, pero la verdad, todos están muy preocupados. Luego de un par de horas, todos se vuelven al fundo.

Mercedes va deshecha, como loca, nada la tranquiliza, sabe que su amado ya no está. Los peones se van a buscarlo por todas partes, pero no lo encuentran por ningún lado; sus padrinos se desesperan, están llenos de temor. "¿Qué pasó en el camino?", todos se preguntan.

Pero Mercedes ya sabe la respuesta. Va hasta su padre como una exhalación, quien la espera con una gran sonrisa burlona en los labios junto a su futuro prometido.

—¿Qué le hiciste, papá?! ¿Qué le hiciste?! ¿Dónde está? ¡¡Dímelo!!!

Los ojos de su padre le dan la respuesta. Ahoga un grito y sale raudamente hacia el río. Antes que nadie pueda detenerla, se lanza a las aguas del Biobío desde las piedras de los leprosos.

Su pérdida fue un gran dolor para todos aquellos que la amaban y la locura para su padre, quien jamás imaginó ese desenlace. Pero la vida continúa, volviendo todos a lo cotidiano, con la tristeza en el alma.

Después de un tiempo, comenzó un suceso que les puso los pelos de punta a todos. Al anochecer se oían unos gritos angustiosos, un llanto desesperado. Era Mercedes llamando a Damián, lo llamaba y corría por el sendero y desaparecía, y más tarde aparecía Damián llamando a Mercedes. Una angustia atroz se apoderó de todos. Noche tras noche vivían la misma pesadilla y estaban envueltos en el miedo y la desesperación de no saber qué hacer. Ni dormir podían.

Se hizo una misa junto al río, pero nada pasó. Todo continuaba igual.

Una noche, uno de los peones decidió encarar a Damián y esperó a que apareciera

—¿Qué quieres?, ¿qué buscas?, ¿qué podemos hacer? —dijo temblando como una hoja.

Damián le hizo un gesto, el peón llamó a otros y decidieron seguirlo. Damián les hacía un gesto para que lo siguieran. Asustados, lo seguían dispuestos a terminar con la pesadilla. Lo siguen y en un recodo, lo pierden. Buscan y no lo encuentran. De pronto, de unos matorrales sale un zorro huyendo, se asustan,

pero bajan a ver de dónde salió el animal. Mueven los matorrales y ven una gran cueva, entran y salen descompuestos. Allí está el cuerpo de Damián, lo sacan y lo llevan al rancho, allí le hacen una misa. El sacerdote les aconseja lanzar sus mortajas al río, así podrán estar unidos.

La sorpresa y el estupor son grandes cuando ven a Mercedes emerger de las aguas a reunirse con Damián, quien la acoge entre sus brazos, desapareciendo abrazados entre las aguas.

La leyenda cuenta que aún ven a los enamorados abrazados caminando por el sendero donde una bella luz los envuelve.

Hoy camino por ese sendero, como una persona adulta, pero sin olvidar mi niñez. Y no sé por qué razón allí, al final del sendero, la luz refleja una imagen de una pareja abrazada. ¿O será mi imaginación?

Tercer lugar regional

Hualpén
69 años

Veintidós pares de ojos

Julio Norambuena Fuentes

—Vi a la Virgen.

Fue lo primero que dijo mi padre ese domingo después de la misa. Hombre con canas en las sienes, ojos grandes, centelleantes y dueño de un par de manos siempre bailarinas al compás de su voz. Camionero hace más de 20 años, comenzó con una flota que terminó expropiada por avatares de la vida, así que hoy, a punto de alcanzar la jubilación, recorría Chile de punta a punta en camión ajeno.

—Papá, ¿no te lo habrás imaginado? —dije incrédulo.

Según su relato, durante la noche había tenido una aparición casi al llegar a la ciudad de Temuco, a la altura del cruce Lautaro. Ante él se había presentado la Virgen; o por lo menos así lo aseguró, envuelto en el humo blanquecino que el sermón dominical sobre el indiecito Juan Diego le había contagiado. Era un domingo caluroso de septiembre, de esos que huelen a festividad y volantines encumbrados.

—Estoy seguro de lo que vi, era blanca y levitaba —sentenció.

Ni yo ni nadie de la familia continuó con ese reproche infructuoso de convencerlo sobre lo absurdo de su visión, porque nos embargó el sonar de una cueca improvisada que se instalaba en medio de la plaza de Yumbel, frente a la iglesia de San Sebastián, y nos dejamos seducir sin ninguna resistencia por ese septiembre mágico.

Esa misma noche, mi padre retornó con su camión al sur. Debía pasar nuevamente por el sector cercano a Temuco donde había vivido la aparición, por lo que, motivado por la incredulidad de su familia y la gallardía de su ego, decidió detener el camión en la zona.

Se trataba de una calzada recta de camino, paralela a un gran galpón de color verdoso, propiedad de una empresa privada. Mi padre ubicó el camión frente a un potrero profundo, desierto en su extensión y colmado de oscuridad. La única luz testigo era la de los pocos vehículos transitando raudos, iluminando el asfalto de medianoche y cuyas luces traseras se perdían engullidas por la carretera. El aire de septiembre estaba tibio y la noche se mantenía silenciosa, así que se instaló expectante de frente al potrero y de espaldas a su camión.

Esperó con la cámara de su teléfono encendida, atento a captar el momento en que al fin la figura blanquecina y levitante que había visto noches atrás se apersonara nuevamente y le revelara su identidad. Estaba nervioso, ansioso por la aparición divina y anhelante de probarle al mundo que no había mentido. Pero los minutos pasaron y la noche cayó pesada sobre el campo. No pasó nada.

De pronto, el aire se hizo denso y frío como una daga lacerante, cortando su respiración y haciéndola precipitada. Golpeado por el aire glacial, mi padre se sintió infantil por lo irreflexiva de su aventura y se giró de vuelta a la cabina del conductor para dar por terminada su ocurrencia. Pero en mitad de aquel movimiento, escuchó un sonido que le erizó la piel.

Una danza gutural comenzó a esparcirse por el campo, como si se tratara de cantores sin voz que, desesperados, trataran de gritar. Era un sonido vacío, agudo y envolvente, como el que surge al mojar el borde de una copa de vino y desplazar un dedo sobre él. En medio de ese canto sordo de seres invisibles,

mi padre agudizó la vista y detectó a sus autores: a lo lejos, en medio del potrero, vio varias figuras que arrastraban sus vientres por el suelo de tierra, a la velocidad media de un caballo. Al principio creyó que podrían ser animales, animales flacos, pues veía manchas oscuras en sus cuerpos, pero la luz de la luna le reveló la ominosa verdad: solo sus torsos eran humanos y las manchas eran orificios de piel y huesos. Respiraban a través de grandes bocanadas, que al ser expulsadas por las cavidades de su cuerpo originaban aquella pavorosa melodía.

Aterrado, mi padre alzó la vista hasta que sus ojos encontraron otro hallazgo aún más terrible: las figuras cadavéricas transportaban una especie de carroza sobre la que se erguía un hombre altísimo, vestido de negro, con una capucha desde la que solo emergían dos fulgurosos ojos rojos.

La apocalíptica escena lo dejó anclado en el suelo de tierra por un instante eterno, atónito y desorientado, sin saber con certeza hacia dónde moverse ni qué hacer. En medio de su indecisión, la carroza avanzaba por el campo, directo hacia él, musicalizada por los cuerpos putrefactos del infierno, que la tiraban veloces.

Al fin, el instinto de sobrevivencia volvió a poseer su cuerpo, y mi padre, aturdido, aterrado y soltando un grito, se arrastró hasta la cabina del camión mientras era perseguido a la distancia por los ojos de brasas de aquel hombre, alto como torre. Abrió la puerta y recobró el aliento. Pensó por un segundo diminuto que todo lo que había vivido fuera de aquella cabina había sido una ilusión de carretera, pero justo en medio de aquella tranquilizadora cavilación, sintió cómo el carruaje demoníaco golpeaba la carrocería de su propio camión, devolviéndolo con brusquedad a la realidad de la noche.

Olvidando cualquier norma de seguridad vial, aceleró hasta perderse en aquella carretera siniestra, y un par de peajes más adelante, aún con el corazón agobiado, mi padre me llamó para contarme esta historia.

Meses más tarde, luego de estos acontecimientos, viajamos al sur con mi esposa. Ella, intrigada aún por el relato, me pidió que buscáramos el galpón verdoso, lateral al potrero donde mi padre aparcó su camión aquella noche. Provistos de una mejor tecnología, guardamos el lugar en un mapa digital. Al fijarlo, la pantalla informó que nos encontrábamos en Pillanlelbún, toponimia mapudungun que significa "llanura del diablo".

Un escalofrío nos recorrió.

Conduje lentamente otro par de metros y mi esposa señaló el lado derecho de la carretera, donde en una pared de cerro se alzaba una cruz blanca rodeada de animitas, inscripciones, velas y flores. En un acto instintivo, buscamos temerosos en la web el origen de aquel santuario carretero.

En 1987 había ocurrido en ese sector la mayor tragedia carretera en la historia de Chile, en la cual 44 personas perdieron la vida de la más trágica forma: un camión maderero, en una desafortunada maniobra, colisionó de frente con un bus de pasajeros, decapitándolos con listones de madera y asesinandolos en el acto. Decenas de cuerpos quedaron esparcidos por días en ese lugar, mientras las ambulancias y bomberos en el Chile precario de aquellos años, no daban abasto ante tanta muerte.

Al enterarme de la fatídica noticia, entendí que la historia de mi padre era real y ninguna argumentativa científica pudo quitarme ese convencimiento. Él jamás presenció a la Virgen o a una criatura divina, sino que esa noche de septiembre, ataviado en la oscuridad, mi padre conoció a los jinetes del infierno y al dueño de aquella llanura llamada Pillanlelbún.

Lo entendí ese 21 de enero de 2021, mientras mi esposa me leía la noticia. Mismo día en que se cumplían exactamente 34 años desde el accidente carretero.

Al saberlo, al igual que mi padre, solo atiné a acelerar, mientras no podía evitar sentir que veintidós pares de ojos se clavaban en mi espalda y, despidiéndonos, deseaban tener nuestra suerte.

Mención honrosa

Talcahuano

29 años

Un pilón, una lancha, un niño

Juan Carlos Vásquez Mercado

Íbamos, como todos los días, las mujeres y los niños al pilón⁷⁰ de agua en la plaza del caserío, arrastrando nuestros baldes de lata y nuestras chancletas. En el pilón se conversaba y —en tiempos más conservadores— las jóvenes solteras pololeaban a miradas con pescadores de ojos adormecidos, manos curtidas y rostros partidos, alineados, echados tal vez, sobre la pared de la cantina. El pilón era un lugar de vida social y también la evidencia de nuestra pobreza.

Corría un fino hilo de agua transparente de esa llave brillante por tanta mano, muy distinta a aquella opaca extraída de los pozos: turbia, de un café grisáceo en invierno, escasa en verano. El derecho de llenado de la palangana se adquiría por orden de llegada y no se supo de personas que ocuparan el lugar de otros para obtener algún tipo de beneficio monetario; de otro tipo, tal vez, pero alejado del dinero y más cerca del afecto.

El caserío, no más de cien casas alineadas a lo largo del río, desafiaba el maremoto reciente, ese que había barrido con todo y con todos. Muchos se fueron, y los que se quedaron nos esperaron nacer como sus vástagos reconstructores, nos vieron crecer como sus remedos de hombres y mujeres de mar, y a muchos nos vieron partir, alejarnos, huir de una prosperidad que llegaba a cuentagotas, reacios a conformarnos con tan poco. A principios de los años setenta, mi pueblo, Nehuentúe, era una aldea olvidada en la humedad de un inmenso territorio sumergido, era también la resistencia, era mi pequeño paraíso.

Era una mañana de fines de invierno, agosto tal vez, tibieza escasa y formaciones nubosas oscuras y terroríficas que galopaban el cielo con furia errática, amenazante. Mientras mi tía ordeñaba la vaca clavela⁷¹ y mansa, yo cuidaba que el ternero no molestara la ordeña o que la clavela, mi amada Cordera, no golpeará con su cola la cara de quien arrebatara el alimento de su hijo. También como cada mañana, esperaba pronto sumergirme en el tibio olor de la leche recién hervida, de la nata generada por el hervor, puesta con mermelada sobre mi rebanada de pan. La noche anterior, mi familia de crianza había preparado el viaje a Puerto Saavedra para la venta de tres chanchos que permitirían comprar las faltas: azúcar, yerba mate, harina, pilas para la radio, carburo para la lámpara y, estaba seguro, un caramelo para mí. Mi tío había partido con su piara en el momento en que llegábamos con la vaca desde el potrero vecino, reconociéndose madre e hijo en los balidos desesperados, que yo entendía perfectamente: los niños siempre extrañamos a nuestras madres, aunque vivamos en un pequeño paraíso.

El río, enanchado por el maremoto que había erosionado sus laderas y generado grandes canales que se adentraban en las vegas del fundo vecino y de la planicie donde se ubicaba el mismo caserío, nos separaba del pueblo, que se reconstruía tan lentamente como nuestra aldea. Era una inmensa masa de agua, que subía y bajaba según la marea y según la cantidad de lluvia de la temporada. La precaria embarcación, un lanchón de madera nativa de Nahuelbuta, se sostenía y hacía avanzar por una cuerda de acero del grosor del dedo gordo de la mano de mi tío, que pasaba sobre una roldana siempre sonajera, crujiente. El viento, siempre entrando desde el mar por el serpenteante río, era un arma de doble filo: el sur nos permitía avanzar rápidamente en la ida, pero exigía que hasta los niños nos pusiéramos manos a la obra y tiráramos de la cuerda, entre carretas, bueyes, caballos, y personas a bordo, a la vuelta. El norte siempre era peligro y los niños pequeños nos manteníamos expectantes mientras los mayores nos

⁷⁰ Pilón: recipiente —generalmente de piedra— en el que cae y se acumula el agua; sinónimo de pila (nota de la editora).

⁷¹ Clavel: raza vacuna introducida en Chile, oriunda de Alemania (nota de la editora).

llevaban por camino seguro entre crestas de ola mañosas y el agua turbia que inundaba nuestros pies. Los niños mayores ayudaban a quitar aquella que se acumulaba en la base de la nave, que de no hacerlo nos hubiéramos hundido. Porque la cuerda de acero era para hacer avanzar la lancha, no para impedir que se hundiera.

Terminada la ordeña, dejamos la leche en la cocina. Con mi primo, que volvía de alimentar a los chanchos y de limpiar la chanchera, fuimos a dejar a la vaca y su ternero al potrero. Nos estremeció un fuerte ruido, un trueno profundo que sentí en la boca del estómago. Y todo se oscureció. "Se va a largar", dijo mi primo, y corrimos a protegernos a la casa. Pasamos por entre la cortina cortavientos de viejos eucaliptus que se mecían y cantaban con el viento. Nos esperaba la leche tibia, el pan con nata y una mesa cálida y cariñosa.

Unos fuertes golpes a la puerta nos sobresaltaron. Llamaban a mi tía por su nombre, todos corrimos. Eran dos hombres que conocía, vecinos: "Se cortó la cuerda, vecina, la lancha fue arrastrada por el agua; la marea está bajando, la lancha se va al mar". Sentí que mi tía dudaba, pero había sido criada en el rigor, en la vida dura que toca a los pobres, y se repuso. Dejó a mi prima mayor a cargo de la casa y salió hacia el muelle, si es que aquella pobre explanada entre el barro podía llamarse muelle.

Como niño, no supe mucho los detalles. La muerte y desaparición de mi tío hizo que fuera a vivir con mis abuelos, al pueblo. Volví cada verano a ordeñar, cuidar chanchos o simplemente pasear, hasta que llegó mi adolescencia y cambiaron mis intereses. La lancha que trajeron de repuesto ya no era de madera, sino de fierro, más parecida a esos barcos que había visto en un libro de estampas; no había que tirar una cuerda de acero y lo obligaban a uno a ponerse un chaleco salvavidas.

Hace un par de años, en una visita a Chile, quise hacer un viaje a mi pequeño paraíso. Ya no tengo familiares allí y no podría reconocer a las personas, si es que todavía viven personas de esos tiempos. Conduje desde el pueblo hasta el muelle, unos cuatro kilómetros. Sentía el corazón en la garganta. Tras la curva de las casas del fundo, apareció el inmenso valle, los viejos árboles de las cortinas cortavientos, muchos ya muertos, sostenidos por quizás qué fuerzas misteriosas de la naturaleza, como banderas que ya no flamean. La emoción me embargó y sentí nuevamente las caricias de mi tía como las de una madre diligente. Llegué al muelle, detuve el auto y bajé. La lancha, la balsa la llamaban, estaba a mitad de ese inmenso río que ya no me pareció tan inmenso. Miré hacia el pueblo que había sido mi aldea y una imagen conocida se grabó en mi pupila: "Coca-Cola: Restaurant La Gaviota".

No tomé la balsa, cercana ya a atracar. Subí al auto y regresé por el camino de mis recuerdos. Mi pequeño paraíso no sobrevivió el tiempo de mi huida.

Primer lugar regional

Temuco
56 años

El Triful-Triful, un río con alma de mujer

Carlos Yáñez Mercado

Eluney⁷² nació una noche de gran lluvia al suroeste del volcán Llaima, en una casa a orillas del Triful-Triful. Su madre parió al niño al mundo con más miedo de la crecida del río que del tortuoso parto. Cuando la tempestad azotaba la zona, la crecida de aquella serpiente de agua podía llevarse casas y familias completas. En aquella casa vino a esta tierra Eluney, el primogénito de un jornalero del fundo que había adquirido el oficio de domador de caballos, gracias a la paciencia y atención que puso a los conoedores de esta labor. Cuando el sacerdote de la iglesia de Cunco se enteró de su nuevo trabajo, le comentó que su nombre significaba “el amante de los caballos”. En sus faenas conoció a una mujer mapuche de grandes y profundos ojos negros que lo hechizó con su ondulado cabello y cadencioso andar. Luego de un año de miradas furtivas y caricias clandestinas, la pareja consumó su amor entre las nalcas que cerraban el paso al Triful-Triful, en una tarde calurosa de diciembre. Ocho meses más tarde, Eluney nació prematuro, producto del terror de su madre ante la posible crecida del río.

Eluney creció entre cerros, a orillas del río que fue testigo del amor pasional de sus padres. Con nieve en el invierno, cielos azules en los largos días de verano y puelches⁷³ todo el año, Eluney conoció la vida en aquel recóndito paisaje de La Araucanía. Su madre siempre le comentó que el río era engañoso y no lo dejaba ir a jugar solo. Le explicó que en tiempos en los que los árboles del bosque aún eran pequeños, una joven viajó al encuentro de su abuelo, que cruzaba el río. Esa tarde era invierno y el caudal estaba crecido, por eso el hombre perdió la carga de su caballo, y al intentar recuperarla, cayó también a las aguas. Como testigo de la escena y producto del inmenso amor que sentía por el anciano, la niña se lanzó en su rescate, pero en la búsqueda solo encontró fuertes torrentes y perdió de vista al hombre, que fue expulsado casi de manera intencional por el poderoso Triful-Triful. Los vecinos comentaban que el río tomó la vida de la niña en remplazo del abuelo y por ello el hombre pudo escapar. Desde entonces, solo hombres se han ahogado en el Triful-Triful, pues desde ese día el río tiene *piwke*⁷⁴ de mujer. A esto, su madre agregó: “Por eso se llama Triful-Triful, que significa ‘de salto en salto’. Porque el río es peligroso”.

Eluney heredó de su padre el amor por los caballos. A los 11 años ya cabalgaba a pelo y había colaborado en el amansado de dos yeguas y del semental del fundo, siendo el orgullo de Felipe.

Cuando Felipe demoraba en el retorno a su casa en las oscuras noches del invierno, Sayen⁷⁵, su esposa, tomaba mate junto a la ventana, observando la oscuridad que devoraba la noche. Eluney también esperaba despierto en la cama y se levantaba corriendo para estrechar en un abrazo al padre, helado, mojado y siempre cansado del largo trayecto.

Una noche en que el viento rugía como puma, el padre de Eluney no encontró paso por el río, pues el puente se fue con la enorme crecida del Triful-Triful. Pensó que no había visto una tormenta semejante desde la noche en que nació su hijo. Al ver truncado el camino a su hogar, retornó al fundo para ver una solución al día siguiente. En su hogar, ante la ausencia de noticias, Sayen daba vueltas y hablaba mientras miraba por la ventana, tratando de reconocer en cada movimiento la silueta de su esposo. Eluney nunca había sentido una noche tan larga como esa; los pasos de su madre resonaban en su cabeza como golpes

⁷² Eluney: “regalo del cielo” en mapudungun (nota del autor).

⁷³ Puelche: viento cordillerano (nota del autor).

⁷⁴ Piwke: “corazón” en mapudungun (nota del autor).

⁷⁵ Sayen: “mujer de gran corazón” en mapudungun (nota del autor).

de tambor, que crecían junto con una sensación de vacío en su pecho. Trató de dormir, pero el ruido de la noche no se lo permitía. Eluney durmió y en sus sueños vio a su padre cruzando un río violento, crecido por las lluvias, que intentaba abrirse camino a las olas que lo frenaban y devolvían. El rostro de su progenitor palidecía en una expresión de terror y él lo miraba desde el frente, gritándole que ya faltaba poco, que solo hiciera un esfuerzo más. Pero la imagen de su padre no parecía verlo y retrocedía, desapareciendo en las sombras del Truful. Eluney gritó nuevamente. Sin embargo, esta vez no tenía voz, y entre mayores esfuerzos hacía por gritar, su voz parecía más silenciada. Finalmente, despertó empapado en sudor y preso de la angustia. Lo sabía, sí lo sabía, su padre estaba en peligro.

Abrió la ventana ubicada junto a su cama y corrió rumbo al puente para encontrar a su papá. No veía con claridad y la lluvia con viento lo golpeaba con fuerza, por lo que llevaba los ojos entreabiertos. El camino lo tenía grabado en su memoria. Corrió, corrió como jamás había corrido, porque su padre, aquel hombre amante de los caballos, pero más cariñoso con él, estaba en riesgo. Su mente esperaba encontrar el puente y la silueta de su padre atravesándolo, no le importaba la reprimenda ni una posible enfermedad. Su madre lo solucionaría con hojitas de matico, que calmaban el resfrío que se iba a la guatita. Tampoco le importaba que su padre lo reprendiera, sabía que luego del enojo lo estrecharía en un abrazo. Ahora lo relevante era hallarlo, pero en vez de dar con su padre se encontró con un puente destruido y el silbido del viento. Ya no llovía tanto y vio la figura de un hombre cruzando el río a caballo, pero el río se lo llevaba. Él gritaba que hiciera un esfuerzo, que ya casi lo lograba; más al igual que en su sueño, el torrente se lo arrebatava. Sintió que caía de una gran altura cuando la figura del hombre cayó al río. Saltó para salvarlo, saltó sin dudas por aquel que le enseñó el amor por los caballos. Encontró un caudal poderoso y buscó, mientras las corrientes lo abrazaban, la imagen de su padre que ahora había desaparecido.

Felipe retornaba esa mañana cuando a lo lejos escuchó un llanto y reconoció el timbre de su mujer. Al encontrarse con el río, vio a su esposa abrazando el cuerpo inmóvil de Eluney y sintió que el tiempo se detuvo y una herida tan grande como el río recorrió su corazón.

Segundo lugar regional

Cunco

39 años

El Juanito

Ronald Vergara Mayorga

Juanito pertenece a una comunidad cercana a Victoria. Vive con su mamá y un hermanito chico, nunca conoció a su padre. Dicen que es alguien de la ciudad y que vivía en la casa donde su madre trabajó como asesora del hogar, pero después que se supo que Juanito “venía en camino”, la despidieron y nunca más supo de él. Nunca le ha gustado decir su apellido paterno, con que le digan Juanito él es feliz. Sus años en el liceo han sido difíciles, los chicos de la ciudad lo discriminan por su origen y lo humilde de su vestir. Está internado toda la semana, y apenas empieza piensa ya en el viernes para volver a casa, para estar tranquilo y sentir el cariño de su madre y hermanito: las únicas personas en el mundo quienes lo aman sinceramente y les importa de verdad.

No era un buen alumno, más bien del cuatro o cinco; su mediocre rendimiento fue así hasta que llegó el profe Rapiman, un hombre con una historia parecida a la suya, pero que le había ganado a la vida, como se dice. Apenas el profe lo vio, sin que nadie le dijera nada, supo la historia que había tras él; quizá por haber vivido lo mismo, pudo percibir el sufrimiento de un chico humilde cuando viene al pueblo a estudiar. El profe contaba su historia de superación apenas tenía la oportunidad, la idea era motivar a los chicos, pero sobre todo a Juanito.

Cuando volvía al campo recordaba las enseñanzas de su profesor, sobre cómo el estudio le podría dar un mejor futuro a él y su familia. Pero eran difíciles de aplicar cuando pensaba en todo el trabajo que tenía que hacer en el campo: ver los animales, la huerta, buscar leña, la siembra... Entre tantas cosas urgentes de la vida rural, estudiar no era una prioridad, sino un privilegio. Además, su mamita, una mujer que a duras penas sabía leer porque solo pudo llegar hasta segundo básico, con dificultad lo entendería. Pasaron las semanas y él se debatía entre las demandas de su profesor y las del campo; trataba de estudiar en el internado, pero el desorden y alboroto continuo de sus compañeros hacía más fácil estudiar en su casa que allí.

Pasado un tiempo, las notas de Juanito habían mejorado, pero no tanto como esperaba su profesor y él mismo. Al menos estaba entendiendo que podía dar más y que la educación era un camino seguro para un mejor pasar de él y su familia. Con esto en mente, cuando iba en el bus de vuelta a su comunidad, ya empezaba a planificar su fin de semana; la idea era compatibilizar el trabajo en el campo y sus estudios. Apenas llegaba a su humilde hogar, comía algo y comenzaba con el trabajo. Lo primero era ver sus animalitos. No eran tantos, pero les tenía un enorme cariño, sabía que de ellos dependía el sustento familiar. Después se iba a ver el sembrado, otro elemento vital para su familia. Todo el trabajo lo hacía bajo la atenta mirada del Blanco y el Cholo, sus fieles perros guardianes. Al comienzo era difícil, pero después le fue tomando la mano y se daba cuenta que le quedaba tiempo suficiente para estudiar y repasar lo que no podía en la ciudad.

Ese invierno fue el peor en años; Juanito pensó varias veces dejar los estudios y dedicarse a tiempo completo a su campo, después de todo era lo único que tenía. Dejaba con tristeza a su madre encargada de las labores mientras él se iba a estudiar, sabía que ella no le diría nada si dejaba los estudios —después de todo, ella también lo hizo—, pero tal vez eso mismo lo hacía motivarse y volver a la pelea una vez más.

Ese año, aunque no empezó tan bien, sus notas empezaron a subir y terminó siendo uno de los mejores de su vida escolar. Tenía la motivación necesaria, no solo de su profesor, sino también su madre, hermanito y su querido campo, que parecía que cuando estaba allá, este le daba no solo descanso, sino la renovación de fuerzas necesarias para continuar con su misión.

Juanito sentía que su campo fortalecía su deseo de ser alguien en la vida; el trabajo, sus animales, la tierra y la paz que esta entrega le daban todo lo necesario para seguir luchando. Terminó su enseñanza media, se graduó y entró a la universidad.

Hoy fui al hospital y lo vi vestido con un radiante delantal blanco y sin miedo a esconder sus apellidos, lucía orgulloso una piocha que decía: JUAN ESPINOZA CATRÍN.

Tercer lugar regional

Vilcún

46 años

Los locos del pueblo

Iván Espinoza Riesco

En ese tiempo era un niño feliz, concentrado simplemente en vivir mi infancia sin apuros ni remordimientos. Y por eso mismo no tenía tantas obsesiones, suspicacias, perspicacias ni audacias como para detenerme a pensar o cuestionarme cosas tan profundas como la razón por la cual el profesor Torres tenía una sola oreja.

Hablo de los años 60 y sitúo mis remembranzas en Bulnes, un pueblito sin gracia de la provincia de Ñuble.

En realidad, los alumnos de la Escuela 1 no nos fijábamos en la única oreja del profesor Torres —un hombre alto, bigotudo y calva reluciente, vestido siempre de impecable traje y corbata, sociable y distinguido—, sino que nos intrigaba la oreja que le faltaba y que siempre llevaba cubierta con un parche blanco como la nieve. Es probable que nos preguntáramos cómo lo hacía cada mañana para cubrir esa deshonra, el tiempo que dedicaría cada día a taparse el agujero, o los restos de carne recogida, o las cicatrices, pero no creo que hiláramos tan fino. Es posible que nadie se imaginara las circunstancias en que había perdido la susodicha oreja, o si tuvo un cáncer en esa zona hecha de piel y cartílagos, o si se la cortó un sicario para pedir un rescate, o si la perdió de una cuchillada en una casa de putas. A nadie le importaba nada de eso, solo el blanco impoluto de su parche.

Ni siquiera entendíamos por qué razón algunas personas lo llamaban Vangoch, y los rufianes más crueles le decían Cabeza de taza. El profesor Torres era una buena persona, cordial y muy educada, y todo un personaje en el pueblo; muy querido, como el Viejo Herminio, que era un octogenario y el único suplementero del pueblo, que los domingos recorría las calles arrastrando los pies y voceando lastimosamente con su voz cavernosa: “Clarín, Tercera, Mercurio, diarioooo...”. Yo lo esperaba en la puerta de la casa esos días con las monedas en la mano para comprarle El Mercurio y ser el primero en coger las hojas con las historietas. Los Tres Chanchitos también eran personajes, pero ellos tenían una historia más oscura y un sino trágico. Ellos eran unos seres deformes con cuerpo humano y cabeza de chanco y eran los hijos del jefe de la estación de ferrocarriles. Decían que eran fruto de un *insepto*, o que habían nacido así por culpa de un “insecto”. Nunca entendí bien esa parte de la historia, pero al parecer el jefe de estación se había casado con una prima o una hermana. Eso escuché una vez. Pero no quedé traumatado, solo convencido de que nunca me casaría con un familiar directo, si es que me llegaba a casar. Y, por último, cómo no recordar a las Guatonas Mesina, que tenían la principal heladería del pueblo en calle Palacios, a media cuadra de la plaza, y que era el paso obligado de los escolares que transitábamos cada día por ahí, mañana y tarde, camino al colegio. A la heladería entrábamos solo cuando teníamos dinero para comprar un helado chupete de fruta o un cono de frutilla, vainilla o bocado. Los de bocado eran mis favoritos. Las Guatonas Mesina eran dos cetáceos: uno rubio y otro moreno y que, pese a estar todo el día en su negocio metidas en sus gigantescos acuarios, una vendiendo fichas de colores y la otra despachando los helados, se daban tiempo para enterarse de la vida de todos los ciudadanos. Fueron las primeras obesas mórbidas del pueblo, o del país posiblemente, pero en lo que nadie las superaba era en lo copuchentas.

Aparte de los personajes, estaban los locos del pueblo, que eran casi unos desechos humanos y no tenían la categoría y preponderancia de los primeros. Lideraban el bando de los desquiciados el Nino Nino, que era un ebrio consuetudinario y tartamudo que ayudaba a transportar maletas a los pasajeros que arribaban al pueblo en el tren. Además de borracho, era loco. Siempre hablaba incoherencias y andaba con los mocos colgando; también amenazaba a los niños que se burlaban de él: “Ca... ca cabro cu... cu... cu...”, trataba de decirles. “Te voy a sa..., te voy a sa..., te voy a sacar la chu... chu... chu...”. Cuando Nino Nino andaba de buen humor, solía cantar una canción que se llamaba Marcianita... ¡y le salía de corrido!

El loco más inteligente era el Mario Bolo, sin duda. Antes de enloquecer había sido contador y por eso andaba todo el día difareando⁷⁶ con números y porcentajes. Vagaba todo el día desde la estación hasta la Plaza de Armas, y viceversa, por la calle Palacios, con el pantalón amarrado con una cuerda y la chaqueta raída y mugrienta. Llevaba siempre un tarro ahumado amarrado con un alambre y la gente de buen corazón le daba comida. Cuando no tenía comida, comía cebollas a mordiscos en medio de sus cálculos matemáticos. Dicen que una vez al año, un hermano cuerdo y de buena situación económica, lo empilchaba⁷⁷ de pies a cabeza con traje, zapatos y corbata, y lo dejaba convertido en un ser irreconocible, en un *gentleman*. Al día siguiente andaba con todo hecho huila⁷⁸ y volvía a ser el loco pordiosero de siempre. La Farola era una loca pedigüeña y de mal carácter, parecía una bruja. Siempre iba a pedir cosas a nuestra casa y mamá le daba lo que podía, pero siempre pedía más. Siempre andaba con dos cestas de mimbre: una era para recoger la limosna y la otra era para recoger pasto, que luego vendía. Gracias a la venta de pasto tenía una jugosa cuenta bancaria; eso se descubrió más tarde. Bien dicen que no hay que meter todos los ahorros en una misma canasta. Cuando llegaba a casa, yo le daba miradas de odio por la ventana y ella me acusaba con mamá. De la Muda no puedo decir mucho, pero era una loca sufrida y abusada, era más joven que La Farola y no tan repulsiva, nunca delató al conspicuo hijo de puta, hijo de la alcaldesa y casado con una elegante joven de rancio abolengo, que cuando quería se la llevaba detrás del cuartel de bomberos y la ultrajaba sexualmente. El último loquito era el más cándido de todos y el más limpio. Aniceto quedó mal del coco al caerse de un andamio cuando construían la Escuela 1. Perdió el equilibrio y cayó de cabeza (dicen que lo hizo a propósito para no dañar sus zapatos). Fue así como se transformó en un desequilibrado. Trabajaba allí de obrero, al igual que mi padre, sudando la gota gorda. Su abnegada madre se hizo cargo de él y lo cuidaba con amor. Siempre iba a la plaza por las tardes bien vestido y oliendo a colonia. Y debía hacerlo, ya que todas las mujeres en edad de merecer y algunas casadas, no tan echadas a perder, le pertenecían. Se creía un sultán. Pero no era pesado, era más bien inocente, a todas las piropeaba y les ofrecía matrimonio (ahí demostraba su grado de locura). No obstante, era el loco más simpático de todos.

Un buen día, los locos se cansaron de ser menoscabados y decidieron, en un acto vindicatorio de gran lucidez, poner coto a tanta injusticia y discriminación. Pidieron varias veces audiencia en la municipalidad para hablar con la primera autoridad y los regidores, pero los tramitaron una y otra vez por dementes y andrajosos. Hasta que Mario Bolo recibió su traje nuevo anual y, con esa pinta y en compañía del oloroso Aniceto, pasaron todas las barreras sanitarias y burocráticas, y llegaron hasta la mismísima oficina de la alcaldesa, madre del hijo de puta degenerado que se violaba a la Muda. Y Mario Bolo le pidió, entre cálculos e incoherencias, que ya no querían ser tratados más como los locos del pueblo, que esa era una manera grosera, despectiva e impropia de referirse a ellos, y que el quince por ciento de trescientos era cuarenta y cinco. Y que exigían que, por un decreto alcaldicio, los ascendieran a la categoría de personajes, como lo era el profesor Torres y las Guatonas Mesina, sí, señor, que ya estaba bueno de cosas.

La alcaldesa, conteniendo a duras penas la risa, se comprometió a llevar su petición a la próxima reunión de regidores para que tomaran alguna resolución y que volvieran en dos años más a saber la respuesta. Los locos quedaron satisfechos. Antes de despedirse, Aniceto le dijo a la mamá del depravado: "Váyase luego a la casita y me espera, mi amor".

Primer lugar regional

Río Bueno
65 años

⁷⁶ Difarear: forma coloquial para referirse a decir o hacer cosas incoherentes (nota de la editora).

⁷⁷ Empilchar: forma coloquial para referirse al acto de vestirse (nota de la editora).

⁷⁸ Huila: prenda de vestir muy usada, rota y sucia (nota de la editora).

Vaca Sapa

Claudia Muñoz David

Durante generaciones, la familia Fuentes ha sido dueña de un par de hectáreas y de una enorme casona que está a orilla de camino, subiendo un cerro, en Futrono. Antes, todos los vecinos se reunían ahí cuando había que celebrar un matrimonio, un nacimiento o llorar a un ser querido. Fue en esa casa donde despidieron al profesor que envejeció haciendo clases en la única escuela del sector, donde cocinaron un gran asado de cordero cuando supieron que al fin tendrían agua potable y donde bailaban toda la noche para las fiestas de Año Nuevo.

Pero todo cambió cuando nació la Brillita, una de las vacas de los Fuentes. La overo negro, de mirada fija e intensa, se encargó, mientras crecía, de arruinar la vida de la familia. Siempre estaba parada al lado de las cercas de madera cuando algo importante iba a pasar; el olor de la Brillita se convirtió en una especie de mal augurio.

Juan Fuentes lo sintió cuando Marcela le gritó, en medio del camino, que estaba embarazada. Él salió corriendo porque pensó que el tufo de la vaca lo haría vomitar y Marcela lo persiguió lanzándole piedras, hasta que ya no pudo verlo. Lloró durante semanas, pero Juan no volvió.

La Brillita estuvo ahí cuando Pedrito Fuentes perdió su dedo meñique a los ocho meses. Su papá se lo voló después de cerrar la puerta de la camioneta de un fuerte golpe. El llanto de la guagua y el olor de la vaca fueron las razones que el padre expuso cuando su esposa le preguntó por qué ya no quería estar cerca del niño. Meses después, los abandonó.

También vieron a la Brillita cuando encontraron a Nelson Fuentes muerto adentro de un antiguo pozo seco. El mayor de la familia salió una noche y durante semanas nadie supo de él. Después de una lluvia de verano, tres niños que corrían por el predio sintieron un fuerte olor a podrido. Se acercaron a la orilla del pozo y lo encontraron desparramado, como si al alcanzar el suelo se hubiese reventado. Gritaron con espanto, pero cuando levantaron la cabeza lo primero que vieron fue que la Brillita los miraba, impávida y altanera.

Tener que pasar frente a ella hacía temblar a todos. “¡Vaca sapa!”, decían entre dientes cuando por casualidad se la encontraban. Algunos pensaban que solo una escopeta o un hacha podrían solucionar el problema, pero nadie se atrevía a hacer el disparo o a dar ese corte. Mientras tanto, la casa de los Fuentes se quedaba cada vez más vacía.

Una noche de tormenta, el ajusticiamiento ocurrió. La Brillita, que a esas alturas hacía lo que quería, vagaba por el campo mientras un temporal de viento y lluvia comenzó a azotar el predio. La vaca mojada se refugió bajo un ulmo solitario y empezó a esperar, con su mirada imperturbable, que el chaparrón pasara. De un rato para otro, una luz blanca y cegadora lo alumbró todo y una fuerte explosión remeció el suelo, haciéndolo temblar por unos segundos. Un rayo había partido el árbol y también a la Brillita, que quedó destrozada, tirada sobre un círculo de pasto carbonizado.

En la mañana, la vaca fue encontrada por Jorge Fuentes, el único de la familia que aún vivía en la casona. Les contó a sus vecinos que la reconoció de inmediato y que sintió una inmensa alegría cuando vio que la maldita ya estaba muerta. Sin embargo, aún le teme, sobre todo porque cree que jamás podrá desprenderse de ese, su olor, que continúa siguiéndolo a todas partes.

Segundo lugar regional

Valdivia
37 años

Vida de perros

Agustín Ríos Barriga

Mucho tiempo me mantuvo prisionero contra su pecho. Una manta me negaba la visión, pero era obvio que estábamos avanzando; sus pasos me hacían subir y bajar como una pelota rebotando. Lo miré a los ojos cuando me liberó y lo seguí hasta que desapareció tras la puerta. Me mantuve solitario, sentado y asustado sobre el cemento algunos segundos. Mi instinto me decía que escapara, me decía que regresara con mamá, pero mi cuerpo se negaba a responder; era prisionero del miedo. Poco después, aquel hombre regresó junto a una mujer y un niño, se veían contentos. El pequeño fue el primero en acercarse, venía con la mano alzada y caminaba lento. Cerré los ojos esperando un golpe y gritos, pero para mi sorpresa, recibí caricias.

Cuando llegué a esa casa ya había otro perro guardián; era viejo, negro y grande. Él era serio y no parecía interesarse en mí. Los primeros días dejaban nuestros platos muy cerca cuando nos daban de comer y solo porque él era más grande y yo todavía muy temeroso, cuando terminaba con su plato seguía con el mío. Un gruñido suyo era suficiente, nunca se me pasó por la cabeza desafiarlo. Afortunadamente, cierto día el niño se dio cuenta y comenzó a alimentarme aparte. En esa misma oportunidad aprendí por qué nunca hay que morder la mano de quien te da de comer. Admito que casi la totalidad de la culpa fue mía, pero él también fue irresponsable; después de todo, yo aún no entraba en confianza y su presencia me incomodaba. Recibí algunas patadas y no comí el día siguiente, pero aprendí que, si era bueno con estos humanos, ellos serían buenos conmigo.

Al final terminé por acostumbrarme a ese lugar. Aunque extrañaba a mamá y a mis hermanos, tengo que admitir que la vida era mucho más sencilla con esa gente. Los días de miedo y confusión pasaron a transformarse en días de juego y felicidad. Con quien más me divertía era con el niño; de vez en cuando él salía de casa y decía: "Ven, Maui". Entonces yo sabía que era hora de jugar. Por lo demás, Picho (como llamaban al otro perro) empezó a ser más amigable; ahora comíamos, dormíamos y, de vez en cuando, corríamos juntos, aunque era muy fácil dejarlo atrás. Siempre le tuve un gran respeto, era como un hermano mayor. Y al observarlo descubrí que la comida y la cama no eran gratis, había que ganársela.

Además de nosotros, había varios otros animales: ovejas, chanchos, gallinas y hasta un gato. Nuestra labor era protegerlos. De vez en cuando, algunos zorros solitarios rondaban cerca del gallinero. Un simple ladrido de Picho bastaba para verlos correr con la cola entre las patas. También solían acercarse algunas jaurías salvajes atraídas por las ovejas, pero no solían ser perros muy grandes y nunca vi a ninguno atravesar la valla. Sin embargo, el mayor peligro que nos acechó durante esa época era uno que yo ya conocía muy bien desde pequeño: humanos. Nunca entendí del todo cómo podía existir gente tan buena como mis dueños y, a la vez, gente tan horrible, como la que me vio nacer. Lo que sí sabía era cómo diferenciarlos: la gente mala olía distinto, olían a miedo, malicia y furia. Cierta noche, olí gente mala acercándose a la casa, desperté sobresaltado y comencé a ladrar y gruñir. Picho seguramente los olió después que yo, pues tardó más en reaccionar. Tanto alboroto terminó por despertar a la familia. El papá salió con nosotros y, sosteniendo un palo largo, nos ordenó que fuéramos a investigar. Yo corrí directo al portón que separaba nuestro terreno del campo llano; Picho me siguió con lentitud. Cuando llegué, vi a tres hombres saltando a nuestro lado; les gruñí y ladré como tantas veces lo hice junto a Picho, pero los extraños, muy para mi sorpresa, en vez de huir, se rieron. Eran grandes, muy grandes, pero ganar tantas batallas junto a Picho me había dado confianza. Me lancé hacia ellos y, luego de un movimiento veloz, mis colmillos terminaron enterrados en la pierna de alguno. El hombre emitió un agudo grito de dolor y en un instante me vi adolorido en el suelo. Había recibido una patada. Aullé de dolor unos segundos y me repuse muy rápido, no me habían vencido todavía. Ladré y ladré con la intención de asustarlos, pero cada

vez se acercaban más. El hombre a quien mordí me acertó un par de pedrazos en el cuerpo, estaba muy enojado conmigo. Entonces Picho apareció detrás de mí. El gigantesco perro negro pareció imponer más respeto que yo, porque los hombres, tan solo verlo, dieron un paso atrás. Luego, nuestro dueño gritó algunas amenazas desde lejos y los invasores, visiblemente asustados, decidieron que no valía la pena el riesgo y saltaron el portón para escapar. Nuestro dueño abrió la puerta y Picho salió en caza de los invasores. Yo me sentía lastimado y casi todo mi cuerpo aullaba de dolor, pero habíamos triunfado. Mi dueño me tomó en brazos, justo como el día en que me adoptó, y me llevó de vuelta a la casa para curar mis heridas. Picho estuvo junto a mí los días siguientes.

El tiempo pasó así: jugando, defendiendo la casa y creciendo. Sí, luego entendí que las cosas se hacían más pequeñas a mi alrededor porque yo me hacía más grande. Aunque el niño no seguía esa regla; él estaba más alto y, curiosamente, su padre parecía encogerse. Finalmente, terminé del mismo tamaño que Picho y ya no necesitaba su ayuda para ahuyentar a los extraños. En realidad, cada vez me acompañaba menos. Se movía muchísimo más lento que antes, comía poco y se veía más débil. Creí que estaba enfermo, así que lo acompañé como él lo había hecho antes conmigo. Cierta mañana, él ya no se acercó a su plato de comida; seguía acostado, con los ojos cerrados y parecía durmiente. No quise molestarlo, así que me ocupé de mis asuntos durante el resto de la mañana. Durante la tarde el niño, ahora más alto que su padre, fue a revisar a Picho. Se puso muy triste y llamó a la familia. Hicieron un hoyo muy grande y profundo en el patio y ahí dejaron a Picho. Nunca supe por qué hicieron eso y nunca más volví a ver a mi hermano. Me sentí muy solo después de eso, pero continuaba haciendo mi trabajo con orgullo.

Mucho tiempo después, una tarde fría y lloviznosa, vi a la madre abrir el portón con algo extraño entre los brazos. Llegó a la entrada de la casa y dejó a un pequeño cachorro sobre el piso de cemento; rato después, el resto de la familia vino a recibirlo. Aquel visitante me producía curiosidad, pero no le presté mucha atención; le decían Macarrón. Por algún motivo, los primeros días intentaba comerse mi comida; por supuesto que no se lo iba a permitir, así que lo alejaba con un simple gruñido. Macarrón me empezó a acompañar a todos lados, me miraba desde lejos y me imitaba. Cada vez que debía alejar a algún intruso, él estaba ahí, ladrando a mi lado. Macarrón era muy juguetón y con el tiempo me agradó, solía perseguirlo por todo el patio, aunque nunca fui capaz de alcanzarlo. Así pasaron el resto de mis días. Cada vez se veían menos zorros por los alrededores, pero sí más perros salvajes y personas deambulando. Macarrón crecía, la familia envejecía y las gallinas se hacían menos. Mis días eran más cortos y me costaba más moverme; en ese entonces era Macarrón quien hacía casi todo el trabajo por mí.

Al final tuve una buena vida, ahora puedo ver el panorama completo. Fue una vida de perros a ratos, sobre todo al comienzo, pero no hay mucho de lo que me pueda quejar.

Tercer lugar regional

La Unión

21 años

Doña Elcira

Nataly Lagos Montecinos

Recuerdo a doña Elcira como una mujer de sonrisa amable y mirada profunda. Usaba largos vestidos cubiertos siempre con un delantal floreado y toda su vida cubrió su cabeza con pañuelos, escondiendo su hermoso cabello que con los años se había vuelto blanco, tan blanco como la ceniza de la estufa.

Elcira había recibido su sabiduría de sus *ancestras* y fue así como ella siempre ha sido reconocida entre sus pares.

Sin ser doctora, desde muy joven trajo niños al mundo y preparó cientos de infusiones para aliviar males de hígado producto del exceso de chicha y sopaipillas, aunque los brebajes más frecuentes, generalmente eran por males de amor y por constipados.

Doña Elcira era una mujer conocedora de los tiempos, con precisión sabía bajo qué luna había que sembrar, les conocía el nombre a los vientos y se dejaba guiar por el canto de los sapos para sus pronósticos de lluvia.

Ella juraba que los granizos se comían con sal, pero que tenían mejor sabor fritos. Pero para los que la conocimos, sabíamos que su mejor receta siempre fueron las manzanas asadas.

Elcira venía de una generación de mujeres de cabeza blanca que nunca dejó el pañuelo; en el campo las canas son sinónimo de sabiduría y ocultarlas es señal de humildad.

Mención honrosa

Futrono

32 años

Los balseiros

César Altamirano Pérez

El primer canto de las aves del alba despertó a don Gabriel. Aún era de noche, pero para este hombre de tranquilo andar ya comenzaba la jornada. Encendió un fósforo, prendió la lámpara de parafina y se dispuso a encender la estufa con astillas secas de luma. Al cabo de un rato ya se notaba la calidez en la cocina de la añosa casa chilota de tejuelas de alerce, construida muy cerca del mar. Las primeras luces del día ya se hacían notar, el agua de la tetera estaba justa antes del hervor para servir el sagrado mate de cada mañana, mientras masticaba un trozo de pan. De pronto, escuchó a lo lejos el característico y melodioso llamado que lo hizo sobresaltar, abrir su ventana y agudizar el oído: “¡Balseeeeeeeooooo!, ¡balseeeeeeeooooo!”, se escuchaba claro y fuerte a la distancia. Eran personas que se encontraban en el rústico muelle que servía como entrada y salida de la isla de Quinchao, esperando a que don Gabriel y don Anchoño —su compañero de trabajo—, se encontraran en la playa y empujaran el largo bote hacia el mar, para luego echarse a remar y cruzar el canal Dalcahue en busca de los madrugadores pasajeros.

La importante labor de estos dos fornidos y encorvados remadores isleños consistía en asegurar la conectividad entre ambas islas —Quinchao y la isla Grande de Chiloé—, en aquellos tiempos en que tanto Dalcahue como Curaco de Vélez y Achao eran tan solo pequeños caseríos y no existían botes a motor. Ambos compañeros de boga habían viajado desde muy jóvenes en comparsas hacia las estancias de la Patagonia a las faenas de esquila, y con los años de viajes, de ir y venir, consiguieron este trabajo que les permitía estar más cerca del terruño y la familia.

El ser balseiro, en realidad, no tenía horario fijo; muchas veces tuvieron que levantarse a medianoche a balsear personas enfermas, a parteras, o tal como ocurrió aquella fatídica noche de agosto a eso de las 10, en que comenzaba un temporal desatado de norweste⁷⁹. Don Gabriel y su familia, ya acostados, lograron escuchar —en medio de las ráfagas de viento— desesperados gritos de auxilio; eran personas que se aventuraron a cruzar en un pequeño bote, al cual las olas empezaron a golpear por el costado hasta que terminó volteándose y los seis ocupantes cayeron a las oscuras aguas, siendo arrastrados por la corriente. Don Gabriel y un par de vecinos se animaron a acudir al rescate, guiados solo por los débiles y entrecortados gritos de ayuda. Con muchas dificultades llegaron al lugar del naufragio. Afirmados al bote había dos personas con claros síntomas de hipotermia; los demás no habían soportado el frío y el cansancio, falleciendo ahogados, perdiéndose para siempre en el mar, ya que pese a la búsqueda en los días posteriores sus cuerpos no fueron encontrados. Lo ocurrido fue un duro golpe para los habitantes del sector, ya que eran vecinos conocidos, incluso familiares, por lo que la pérdida se lamentó y comentó por un largo tiempo. Se realizaron novenas y plegarias por las infortunadas almas.

Con el pasar del tiempo, y así como fue terminando el gris invierno y sus implacables temporales para dar paso a la amigable y más soleada primavera, el ánimo y las sonrisas de las personas fueron apareciendo nuevamente y la vida fue retomando su cauce normal. Seguían don Gabriel y don Anchoño yendo y viniendo con personas, sacos de papas y granos, mariscos y pescados, vacunos, caballos, cerdos, gallinas, pavos y los fieles perros que acompañan a tanto viajero solitario. También llevaban pasajeros desde las orillas y los acercaban a los esporádicos barcos de abastecimiento que se adentraban por los sinuosos canales interiores del archipiélago y que fondeaban en las profundidades del canal, hasta donde llegaban los botes en busca de mercadería o a intercambiar productos con los tripulantes y pasajeros.

⁷⁹ Norweste: la gente de mar se refiere de esta manera al noroeste (nota de la editora).

Cerca de las fiestas de fin de año, una tarde soleada en que corría una leve brisa, los compañeros de tantas labores se disponían a orillar el bote y dar por terminada la jornada antes de la caída de la noche y de un repentino banco de neblina proveniente del este, desde del golfo de Ancud, cuando escucharon el claro llamado de "¡Balseeeooooo!", que se repitió varias veces, decidiendo no muy convencidos de acudir al llamado. Mientras remaban hacia su destino, la neblina comenzó a cubrir cerros, mar y todo a su paso. Los insistentes gritos de balseo cesaron al acercarse al muelle y para sorpresa de ellos, al desembarcar no había persona alguna, llamaron a viva voz a los pasajeros, pero nadie contestó. Después de un momento de esperar y gritar anunciando su presencia, los molestos balseros emprendieron su retorno no sin antes vociferar garabatos al aire en contra de aquellas desconsideradas personas que malgastaban sus fuerzas y tiempo.

La neblina ya había cubierto todo y la noche no se hizo esperar, el silencio solo resaltaba el coordinado y armonioso sonido de los remos al entrar y salir del agua. Repentinamente detuvieron su remar y se quedaron en silencio, miraban en todas direcciones, buscando entre la niebla el origen de un leve sonido, como un campanilleo que fue aumentando hasta que se escuchó muy cerca. De pronto, y ante los atentos ojos de los balseros, apareció un largo y antiguo bote en cuya popa iba de pie una persona alta y de brazos esqueléticos, vestido con una especie de túnica y ancha capucha, afirmado de un largo bastón, del cual colgaban una especie de campanilla y una lámpara que alumbraba con una tenue luz. Sentadas iban cuatro personas con las ropas sucias y raídas, de pálidos rostros. Al pasar justo frente a ellos tuvieron la más espantosa de las visiones: los pasajeros del misterioso bote eran los malogrados náufragos del accidente de meses anteriores. Los rostros cadavéricos y ojos con la mirada fuera de este mundo de vivos hicieron que tanto a don Gabriel como a don Anchoño los inundara un profundo terror y se les erizaran hasta los pelos de la nuca. Y así como pasaron lentamente frente a ellos, casi topándose, se perdieron en la espesura de la niebla y la absoluta oscuridad de la noche. Cuando sus petrificados cuerpos salieron del profundo asombro causado por la terrorífica experiencia, remararon con todas sus fuerzas, vararon el bote y cada uno se fue por su lado sin decir ni una sola palabra.

Ninguno de los dos se animó a contar lo vivido por temor a que dudaran de su veracidad o incluso de su sano juicio. Con el tiempo, estos dos hombres continuaron con su abnegada labor, pero evitando siempre adentrarse al mar en días de neblina. Nunca hablaron de lo ocurrido, ni siquiera entre ellos; solo cuando transcurrieron los años y los días de remo llegaron a su fin con el arribo de botes más modernos y con motores, dejando en la memoria de los pueblos costeros el recuerdo de las historias de este desaparecido oficio. Siempre quedó en su retina aquella imagen y las dudas sobre la misma. ¿Quién era ese misterioso balsero al que no vieron el rostro en aquella antigua y misteriosa embarcación? ¿A dónde llevaba a aquellas cuatro almas? ¿Acaso las antiguas historias de aquel balsero que acude a transportar las almas que se pierden en el mar eran ciertas? Quizás el llamado de balseo al que acudieron aquel día no era para ellos y por eso no encontraron a nadie en el muelle... ¡Jamás se sabrá!

Nunca se encontrará una clara explicación de lo sucedido, solo sabemos que este mágico archipiélago, rodeado de historias, religiosidad y esforzadas personas, esconde todo un mundo de misterios que asombran hasta a los más incrédulos y que hasta el día de hoy nos hace recordar tiempos pasados, especialmente en aquellas noches de neblina en que algunos todavía escuchan el melodioso: "¡Balseeeooooo!".

Primer lugar regional

Dalcahue
42 años

Los zapatitos blancos

Claudia Jara Puentes

Mi madre, de noventa años, me contó acerca del gran terremoto del año 1939, que fue uno de los más grandes de Chile, que dejó enormes estragos en Chillán y localidades enteras en el suelo. Su familia y mis abuelos vivían entonces en Confluencia, cercano a Nueva Aldea y Ñipas, para entonces pequeños poblados donde la mayoría eran familiares.

Cerca de la medianoche, un día caluroso de enero, se inicia el terremoto con grandes estruendos, movimiento y todas las cosas, en conmoción, se venían al suelo.

En casa de mi madre, todos estaban acostados y se despertaron abruptamente, aterrados, corriendo de un lado a otro, haciéndole el quite a las tejas del techo, que se desprendían y caían abruptamente hacia adentro. Cuenta que la casa donde vivían, que era de barro y paja, se partió en dos.

Mi madre tenía solo nueve años, pero recuerda que su madre corrió aterrorizada y se olvidó de sus cuatro hijos, quienes se abrazaban y cuidaban entre ellos. Ella y su hermana se subieron a una ventana a la que nunca habían logrado subirse. No sabe cómo esta vez llegaron hasta allí, pero la intención era protegerse entre la ventana y el postigo que la protegía. Las tejas de cerámica y el polvo caían sobre la cunita de su pequeña hermana, que estaba ya dormida. Cuando se despierta, solo decía: "Qué te... qué pa... qué te... qué pa...". Cuenta que su hermanita no hablaba muy bien y quería decir: ¿Qué tienen?, ¿qué pasa?, ¿qué tienen?, ¿qué pasa?", repetía.

Mi abuelo, por otro lado, cabalgaba de regreso a casa cuando se inicia el movimiento. Al llegar al puente, el caballo se retacó y no hubo modo que cruzara. El abuelo insistía tirándole las riendas, cuando de pronto el puente se parte en dos y se derrumba sobre el río. Intenta desesperado cruzar entre las maderas, pero pensó cautelosamente que podrían volver a moverse los escombros y sería más peligroso. Entonces, no le quedó otra opción que agarrar a su caballo y cruzar a pie el río.

Él había salido temprano al fundo de un vecino para hacer negocios de un caballo de carrera y recuerda que este lo había invitado a quedarse para cenar y celebrar el trato del negocio.

Una vez que llegó a casa pudo sostener a sus hijos y buscar atormentado a mi abuela, que no estaba en casa. Salió al patio a llamarla y la encontró aterrorizada entre las parras de las uvas.

Esa noche se quedaron a dormir o esperar la madrugada acostados en el patio de la casa. Mi madre y su hermana contaban una a una cómo caían las estrellas, que eran muchas las que se desprendían. Ella aún recuerda sorprendida el movimiento y claridad de estas.

Al día siguiente se enteran de sus familiares cercanos y de Elenita, su prima de nueve años, quien había fallecido. Intentaron salvarla y la dejaron fuera de la casa, pero no se percataron de que una pared se le vino encima. Cuenta que la llamaban, la buscaban y no se imaginaban su triste destino, hasta que alguien se le ocurrió que estaría entre los escombros de adobe, en donde efectivamente la encontraron.

Llevaron su cuerpecito hasta la comisaría donde trabajaba mi abuelo, que era carabinero. Allí reunieron a más de cien cuerpos encontrados de víctimas del terremoto; los tenían tendidos en el suelo, en un espacio del predio de la institución, entre dos grandes higueras.

Sus familiares iban y les prendían velas; les pedían que se quedaran en vigilia para evitar que estas se caigan y enciendan alguna sábana que cubrían sus cuerpos. Los cuerpos esperaban ser contados

y catastrados para luego ser llevados a algún lugar donde sepultarlos; el cementerio del lugar se había venido al suelo.

Mi madre cuenta que ella recorría cerca de los cuerpos para contarlos y mi abuelo la retaba porque ella los contaba. Y observaba muy curiosa que caían higos de la higuera entre los cuerpos.

Entre ellos, su prima Elena, a quien la habían vestido para su entierro. La habían limpiado y preparado para que se fuera a la tierra de ropas albas y limpias. Recuerda con gran tristeza que le pidieron a ella que le regalara sus zapatitos blancos, que recientemente le había comprado mi abuelo.

Ella miraba el cuerpo que yacía en el suelo, tapado con una sabanilla y dejaba ver sus pies. Ella pensaba cómo podría sacarle los zapatos y recuperarlos, debido a que nunca estuvo de acuerdo con regalárselos y se acongojaba por esto. Mi abuelo la consolaba y le decía:

—No sufras tanto por esto, lesita, después te compraré otros.

Mi madre siempre recuerda esta historia y nunca olvidó sus zapatitos blancos, aquella noche de verano y el gran terremoto.

Segundo lugar regional

Puerto Montt

54 años

Predador chilote

Felipe Díaz Rodríguez

Era de noche y el sueño estaba por tumbarte. Sabía que estabas cansado, pues de la mañana hasta la tarde estuviste sembrando las semillas que yo mismo te vendí. Aun así, algo te impidió caer en el merecido descanso. La sensación de que no todo estaba bien, de que algo no cuadraba, te mantuvo en ese límite intermedio entre el sueño y la vigilia, estado que para ti no es más que un leve paso, pero que para quienes se "lavan el bautismo" es una torre desde donde se observa y toca cualquier rincón del planeta. Un mundo aledaño distinto de la realidad física y la del sueño, al cual hombres de mayor cultura, pero menor sabiduría, llaman hipnagógico⁸⁰.

Sentiste el brillo de una fuerte luz fuera de tu ventana, pero no le tomaste atención, estabas a punto de dormirte y te recordó a la luz que cuelgas comúnmente en tu galpón para asar carnes, beber con tus amigos y reírse de alguno que otro vecino. En ese preciso momento, el silbido del viento se confundió con una *pifilca*⁸¹, lo cual no pareció extraño hasta que un sobresalto te sacó del trance, como si tu alma intentara protegerte de una oscuridad que desconoces, esa oscuridad a la cual temes, pues realmente nunca la has explorado.

La noche siguiente fue igual, el viento hablaba de cosas que tú solo te limitabas a ignorar, mientras el vino que compartimos esa tarde empezaba a cumplir con su calculado cometido: hacerte dormir con facilidad esta vez. Golpes lejanos y reiterados se colaron en tu ensoñación previa al dormir profundo, los cuales, poco a poco y uno a uno, confundiste con tambores. Nuevamente, un sobresalto tan súbito como una explosión te sacó de la experiencia, olvidando lo anterior como un sueño después del desayuno.

Varios días pasaste así, en confusión por momentos y otras veces en un agradable olvido. Solo quedaba la rumia de una sensación inexplicable mientras recogíamos los fardos en tu campo, labor con la cual amablemente me comprometí, pues, ante todo, siempre fui un servicial vecino, solitario, un tanto lejano, pero muy amable. Luego, ese raro sentir se transformó en algo más conocido, se volvió un miedo que persistía intermitente como una gotera sobre tu alma, la cual aún no sabías defender... Detalle por el cual, sin que lo notarás, progresaba esta planificada invasión a tu subconsciente.

Hasta que una noche, en ese estado hipnagógico que para mí es terreno de maniobras bastante practicadas, por un período inusualmente largo para tu percepción, que para el reloj no lo fue tanto, sentiste cómo corrían una mesa o una silla. No pasó por tu mente el hecho de que no había nadie despierto, solo notaste cómo el particular ruido se transformó en el bello lamento de un violín, rápidamente acompañado de sutiles pero profundos tambores. Se incorporaron las *pifilcas* de la primera noche y entonces el tiempo dejó de fluir para ti... Esta vez no habría un sobresalto que te liberara.

Avanzaste por ese espacio intermedio entre el sueño y la vigilia. Aquella delgada tela que se cruza cuando cambiamos de una realidad a otra, ahora actuaría como una red que no te dejaría avanzar ni volver. Sin darte cuenta por dónde caminabas, avanzaste en busca de la música que hipnotizaba tu atención, fascinado con la inmaterialidad de este nuevo plano que, poco a poco, ibas descubriendo no era el tuyo. Perseguiste la canción hasta la fiesta que yo te había preparado, viste a los músicos con el éxtasis en tu ser, pero al concentrar tu vista en sus manos notaste que no había límites entre músicos e instrumentos, ni tampoco entre tú y la música. Miraste con horror al director, quien encandilaba con la luz de su *macuñ*⁸².

⁸⁰ Hipnagógico: estado semiconsiente que precede inmediatamente al sueño (nota de la editora).

⁸¹ Pifilca: instrumento musical de aire típico del pueblo mapuche (nota de la editora).

⁸² Macuñ: en la mitología chilota, manto o chaleco que se ponen los brujos para volar y también para alumbrar (nota de la editora).

Le miraste la cara y entonces me viste sonriendo, comprendiendo que no eras alguien explorando, más bien eras una presa siendo guiada.

Creíste que todo esto era en venganza por los chanchos y corderos que me has hecho desaparecer durante años, o por las secretas burlas con las cuales te divertías junto a tus amigos, contándoles que me robabas y aun así te seguía ayudando con tus labores... Pues, sobre todo, yo era un incauto y servicial vecino... Pero la verdadera razón no tiene nada que ver con cosas mundanas, no me importa lo que piensan, tampoco lo que salía de sus bocas, ni menos el ganado que me roban para comer en sus tomateras... Esto lo hago solo para hacerme con aquello que se oculta a bordo tuyo: las inmateriales potencias con las cuales algunos podemos obrar prodigios, crear mundos o destruir hombres.

Tercer lugar regional

Puerto Montt

31 años

La eSperanza

Mauricio Melgarejo Jorquera

"Apúrate, que no va a ser por mi culpa que salgamos tarde", grita desesperada la Eulogia mientras cierra la ventana con violencia y tira una patada al aire con la intención de correatar los pollos que se arremolinan a su alrededor, esperando algún engaño para matar el hambre. Porque el invierno vino más duro que de costumbre y los escasos brotes se pusieron esquivos, no alcanzan para todos, y lo que creció se fue muriendo de a poco con las heladas.

El invierno se vino duro este año, la Eulogia lo había anticipado la noche en que las chispas del fogón subieron en espiral y fueron a caer dentro del lavatorio con agua. Las brasas, la noche, las chispas cayendo al lavatorio y un escalofrío que le recorrió el espinazo fueron el aviso que hubiera preferido no recibir.

Mientras apura la salida de aquellos parajes, sus manos atolondradas por la edad y el trabajo tempranero tratan de recolectar la mayor cantidad de ropa que le permita sortear los tres días de navegación a remo por el río de los Toros, salir al canal Kalem, pelearle a los vientos del oeste cuando se llega al río Pascua y si todo andaba bien, esperar en la isla Byron la pasada de la barcaza Chonchi. La Chonchi, como se le conoce en los bajos del canal Baker, donde hacía ya unos años que la Eulogia, junto a su prole de cuatro hijos, había llegado a buscarse el futuro. Había enviudado cuando el cuarto hijo nació, hacía un tiempo ya. Aunque la verdad era que la viudez fue la mejor explicación que encontró para encubrir el abandono de su viejo, que partió para Argentina en busca de trabajo para no regresar, y que según supo, se había juntado con una india tehuelche por allá por Comodoro Rivadavia, cerca del Atlántico.

Se le viene pesada la mano a la Eulogia, que aún no consigue que el más grande de sus hijos junte los pollos y manee el cordero para subirlos al bote y empezar la retirada.

"Apúrate hombre", grita de nuevo, y la voz se pierde con dirección norte, por donde viene entrando el temporal con las primeras gotas que empiezan a bailar en el cordel de ropa y las latas de zinc oxidado.

Unos pocos tordos se equilibran sobre el manzano seco y la observan con curiosidad al compás del viento que se va poniendo más intenso y barre las últimas hojas del ñire⁸³ cercano a la casa.

El menor se había puesto malo de su salud y lo que empezó con un simple dolor de estómago o mañas pa no comerse la comida, según interpretó la Eulogia, había empeorado. Ahora lo tenían con la panza hinchada, fiebre y vómitos que no paraban. Para peor, la barcaza que trasladaba a la ronda médica⁸⁴, como todos los meses, no había podido entrar producto del mal tiempo, así que no le quedó más que arreglar el bote, improvisar unas chumaceras⁸⁵ con lazos curtidors por ella, juntar los pocos víveres con que contaba para el mes y salir a remo hasta isla Byron, a unos dos o tres días de allí; y rezarle a su finada madre —que le prometió protegerla desde el cielo— para alcanzar la Chonchi, donde respiraría aliviada si lograban llegar al hospital a tiempo.

En vano apura a la prole, porque su voz de mando se ahoga con el rebote de la lluvia en el techo; los pollos corren en estampida por la pampa en dirección al río y el cordero le da feroz batalla al mayor de los hijos.

⁸³ Ñire: árbol característico del bosque patagónico, que tiñe de rojo el paisaje antes de perder sus hojas en otoño. Su nombre científico es *Nothofagus antarctica* (nota del autor).

⁸⁴ Ronda médica: es un grupo de profesionales de la salud que mensualmente visitan localidades apartadas, a donde llegan en distintos medios de transporte, ambulancias, lanchas, botes a remo, avionetas, etc. (nota del autor).

⁸⁵ Chumacera: argolla hecha de acero por donde pasa el remo en los botes de madera y que permite hacer efectivo el remar y avanzar (nota del autor).

Al fin, el temporal le da una tregua de minutos, los necesarios para agarrar lo imprescindible, meter la bolsa con ropa en la proa del bote, hacer un solo bulto con los pollos y el cordero, que ahora la mira cómo pidiendo explicaciones al lado de los bolsos, dar las últimas órdenes a esa tripulación de imberbes asustados tanto como el cordero, cerrar la tranquera que da a la casa y de un salto, subir al bote, soltar amarras y remar todos a un compás; menos el menor, que no para de retorcerse en el piso del bote envuelto en unos cueros de cordero.

Remar hasta sentir que se les queman las manos, no parar de rezarle a su madre, seguir rogando para que el temporal que les pisa los talones le siga dando tregua hasta salir del río y entrar al canal Kalem, que parece que se los traga cuando la niebla los envuelve y el temporal se desata sobre sus cuerpos.

Segundo lugar regional

Coyhaique

53 años

Sábanas de bolsa

Rosa Gómez Miranda

A la máquina de coser Singer le falta aceite; desde ayer tiene un ruido ronco, como si el asma se adueñara de sus pulmones impidiéndole el canto alegre. Mi madre busca en su caja de costuras un aceitero de color amarillo y con paciencia infinita va colocando, gota a gota, el remedio a esa tos persistente.

La máquina ahora ha retomado su canto. Cuatro bolsas harineras formarán una sábana de bolsa, las costuras quedarán escondidas para que no se deshilachen, pero las que se niegan al exilio son las letras, se niegan a irse. Ahí están Molino, Teófilo Grob, Mariposa... en una danza de colores azules, rojos y verdes. En vano, los secretos para eliminarlas han corrido de boca en boca entre las vecinas; con lavandina se borran, mi abuelita las sacaba con cloro y jabón Popeye, mi madre lo hacía con lejía y quedaban blanquitas.

Permanecen las letras, desaparecen por un rato y vuelven con porfía, tal vez para no olvidar el olor del molino donde se refugiaron largo tiempo antes de salir a recorrer el mundo y llegar a esta indómita Patagonia de misterios profundos.

"Vecina, ¿por casualidad no tendrá un pedacito de esta blonda? Estoy terminando unas sábanas y me faltaron como diez centímetros". Mi madre vuelve a la caja de las costuras y de un rollo que acababa de comprarle a un mercachifle⁸⁶ corta el pedazo solicitado.

Es que en aquella época las sábanas, fundas y toallas se hacían de bolsas harineras. Luego, las madres les bordaban rosas y pensamientos con hilo marca Ancla, o colocaban blondas de color blanco o celeste como adorno. Todo dependía de lo que trajeran para vender los mercachifles que en aquellos años recorrían a caballo la zona del Baker con sus mercancías.

Yo dormí en sábanas de bolsa, como casi toda mi generación. Mi madre prefería la costura al bordado, tal vez por ello adornaba las sábanas con blondas blancas; lo mismo hacía con la funda y el almohadón.

La escuela de mi pueblo solo impartía educación hasta cuarto básico; yo había pasado a quinto y debía emigrar. Esperamos un avión que nunca llegó. Así pues, mi madre decidió que nos iríamos a Punta Arenas, saliendo hacia Caleta Tortel para embarcarnos allí en un barco de la Armada de Chile.

Salimos de Cochrane a caballo, con pilcheros, es decir, caballos de carga, donde entre otras cosas se cargó un colchón de lana de oveja, dos libros y las consabidas sábanas de bolsa. Luego, remontamos el gran río Baker, para llegar al lugar donde tomaríamos el barco. Era el año 1957.

Me quedé en Puerto Natales, reemplacé las sábanas de bolsa por unas de crea; más elegantes, claro, pero nunca igualables a las de bolsa, tan calientitas y abrigadoras.

El tiempo pasa inexorable y demasiado aprisa. Un día somos niños jugando a hacer tortas de barro y acunando muñecas de trapo, luego somos adolescentes queriendo cambiar el mundo, y de pronto nos convertimos en adultos con responsabilidades y un trabajo que nos permite sobrevivir.

⁸⁶ Mercachifle: término utilizado para referirse a un comerciante que no estaba regulado por la ley de comercio (nota de la editora).

Así como reemplacé mis sábanas de bolsa por las de crea, ahora las cambié por otras más modernas. Las compraba en las tiendas, tenían marcas y número de hilos, diversidad de diseños, podía hasta escoger los colores. Había empezado a trabajar como profesora en mi pueblo, Cochrane, en la Región de Aysén, tenía un buen sueldo y podía darme ciertos gustos.

Atrás, perdidas en algún rincón de mi memoria, se habían quedado mis sábanas de bolsa harinera, junto a las tortas de barro y la muñeca de trapo.

En una ocasión me invitaron a un campo. Era el tiempo en que se señalaban los corderitos y los dueños de los campos, una vez terminada la faena, celebraban y agradecían a sus vecinos por la ayuda recibida con asados y otras muestras de alegría.

Yo, obviamente, no había ido a trabajar, sino que era una más de las invitadas; en mi caso, por ser profesora de una de las hijas del dueño del campo y amiga de la familia desde hacía muchos años.

Tuve que pernoctar. La dueña de casa, un poco compungida, me dijo que la cama donde dormiría tenía sábanas de bolsa.

¡No lo podía creer! ¡De nuevo volvería a sentir su calor! ¡Me dieron ganas de abrazarla!

Apenas me acurruqué en la cama pude viajar al pasado, sentir el calor, la suavidad y el olor a hogar de esas bolsas harineras que me trajeron el recuerdo del pan amasado en casa, de las sopaipillas calientitas recién sacadas de la olla de fierro, del chapalele de invierno, de la empanada dominguera.

Las sábanas me envolvieron como lo hacía mi madre cuando yo era pequeña, dándome calor y protección; los sueños me llevaron a un lugar donde no caben las tristezas y solo hay alegría y felicidad, donde el futuro se perfila feliz y sin problemas.

Regresé a mi adolescencia, a las amigas y compañeras de estudios de Puerto Natales y de la Escuela Normal de Ancud, a las primeras ilusiones y desilusiones, al calor de la amistad.

Al cerrar los ojos, visalicé a mi madre. Ya no estaba en esa dimensión desconocida a la que se había marchado ya hace años, sino sentada frente a su máquina Singer que, recién aceiteada, entonaba un canto al amor mientras iba uniendo cada bolsa para dar vida a una nueva sábana.

Tercer lugar regional

Cochrane

75 años

Cementerio de Quinchao

José Calbucoy

Un miércoles de primavera del año 1950, en el sector de Coen, Chiloé, se levantaron muy temprano José, un niño de nueve años; su tía Rosalía, y sus abuelitos, Tránsito y Domingo. Como todos los días, José tomaba su saludable desayuno de sopa de cholgas. Después de ello, este pequeño saldría a jugar con sus primos que vivían en el campo de al lado. Cuando se dirigía a salir de su humilde hogar, sus abuelitos le pidieron que, por favor, acompañara a su tía Rosalía al pueblo de Achao. José dijo: "No quiero ir, porque son tres horas de ida caminando, además hace *mucha calor* y habrá que traer carga y son tres horas más", señaló el pequeño niño. Acongojado, debió buscar su poncho y su sombrero de paja. Al comenzar su trayecto, tía y sobrino iban comentando que deberían ir a trabajar a los campos de las familias Mansilla Vivar y Oyarzo Tecay para las cosechas de las papas y de las arvejas. Como pago de estos trabajos recibirían trigo a granel y algo de dinero; con eso tendrían para el pan y para los alimentos. Al comenzar la caminata, esta era dificultosa debido a que en esos tiempos no había caminos ni vehículos, solo las familias que vivían un poco mejor poseían caballos para transportarse.

Eran alrededor de las doce cuando Rosalía y José llegaron cansadísimos a Achao. Allí compraron sal, azúcar, tabaco, arroz y café a granel. Su tía le compró a José algunos caramelos, que fueron consumiendo en el camino de retorno hacia su casa.

Al llegar al sector del cementerio de Quinchao se detuvieron impresionados debido a que vieron a una mujer parada frente a una tumba. Vestía un vestido completo de color gris con un pañuelo atado a la cabeza y pies descalzos. José le dice a su tía: "¿Qué es lo que pasa?, ¿por qué esa mujer está allí si al cementerio solo lo abren los sábados y domingos?". Rosalía dice: "Pero si es la señora María Cárcamo, qué raro que este aquí si el cementerio está cerrado. Además, ella vive en Punta Arenas, ¿cuándo habrá llegado a Quinchao? Qué extraño que no nos enteramos de que ella vino, cuando aquí todo se sabe, quien viene y quien se va".

En eso, Rosalía le gritó: "Señora María, hola...", pero la misteriosa mujer ni miró a los caminantes. Cuando llegaron a casa exhaustos, entraron y los abuelitos estaban rezando un rosario. Rosalía, asustada, les preguntó: "Papitos, ¿qué sucedió, por qué están rezando?". Los abuelitos les dijeron a su hija y nieto que se habían enterado de que la señora María Cárcamo había fallecido en Punta Arenas y que sus restos iban a ser sepultados ese mismo día en esa ciudad. José, impactado, les dijo a sus abuelitos que ellos habían visto a esa mujer unas horas antes en el cementerio de Quinchao. Entonces la tía Rosalía dijo que era su espíritu que vino a despedirse de su tierra natal.

Primer lugar regional

Punta Arenas

81 años

Velloneros de la Patagonia

José Calisto Garay

Magallanes se ha caracterizado por tener acontecimientos reales, fabulosos y sobrenaturales, en una tierra considerada para muchos extraña, perdida y olvidada, habitada por primitivos habitantes diseminados por siglos en el extenso territorio austral.

La estancia Puerto Consuelo está construida, prácticamente, al borde del mar y tiene un privilegiado territorio apto para la ganadería y agricultura. Fue el primer asentamiento ganadero del territorio de Última Esperanza, distante solo a veinticinco kilómetros de Puerto Natales.

Esta estancia acogió por muchos años a trabajadores en calidad de permanentes y temporales, que se desempeñaban en labores específicas y que se ejecutaban en ciertos períodos del año, como esquila, amanse, arreglo de alambrados, tratamiento de la lana y grasería, entre otros.

Daniel Cárdenas era un trabajador venido de Puqueldón, Chiloé, que había llegado a la zona a realizar su servicio militar en Puerto Natales. Se casó y se fue a trabajar de campesino a la estancia en calidad de permanente, donde desempeñaba labores generales. Sus cualidades personales le permitieron granjearse el respeto y el liderazgo de sus compañeros, lo que le significó, con el transcurso del tiempo, ser designado dirigente sindical campesino de la estancia, y por ello, viajar a Santiago a varios congresos nacionales en pro de reivindicaciones tanto laborales como salariales.

Su condición de trabajador por muchos años le valió para que su capataz accediera a que su hijo mayor, Daniel Iván, trabajara como vellonero; actividad muy común en todas las estancias de la región y que se llevaba a cabo entre los meses de diciembre y marzo de cada año.

Tanto en Punta Arenas como en Puerto Natales era habitual que jóvenes adolescentes dejaran de lado sus vacaciones y descansos para dedicarse a las labores campesinas, puesto que a través de ellas se lograba una ayuda a la economía familiar. Con los dineros obtenidos adquirían su uniforme y útiles escolares, ayudaban a su casa y podían guardar algunos ahorros, que jamás estaban de más.

Daniel Iván era un joven amable, laborioso, responsable y obediente. Por sus poros exhalaba su educación salesiana, que era vista con admiración por los componentes de la cuadrilla de trabajadores. Él laboró entre los años 1962 y 1966, época cuando se iniciaba la Reforma Agraria que alcanzaría los cambios económicos, sociales y políticos bajo la presidencia de don Eduardo Frei Montalva.

El novel esquilador hacía de su trabajo un momento de alegría y juego permanente, ya que sus horas pasaban raudas, y en los tiempos de descanso se dedicaba a jugar una buena pichanga de fútbol, andar a caballo e ir a pescar a un promontorio muy cercano al galpón de esquila.

Es dable indicar que la jornada de trabajo era muy exigente de lunes a sábado, pero este último día era solo hasta las trece horas, lo que daba lugar a que algunos permanecieran en la estancia y otros viajaran a Puerto Natales. Y si de horario estamos hablando, diremos que la levantada era a las cinco y media de la mañana, se tomaba inmediatamente café con un emparedado y se iba seguidamente al galpón de esquila. A las siete se volvía a la cocina a servirse poriche⁸⁷ o avena con leche, chuletas de capón, pan y café con leche. A las doce se servía el almuerzo, que generalmente consistía en una sopa y un segundo a base de carne y papas, y postre de huesillo o sémola. A las dos de la tarde se volvía al trabajo y a las cuatro

⁸⁷ Poriche: palabra derivada del inglés porridge, plato a base de avena (nota de la editora).

les llevaban café con pan dulce. Se realizaba un descanso de quince minutos y se detenía la faena a las seis de la tarde. A las siete se servía la cena y posterior a esto el personal quedaba en libertad de acción.

Como vellonero, su tarea era estar al lado del esquilador esperando que despegue la lana de la piel de la oveja. Una vez ocurrido esto, pasaba al mesón, donde dos trabajadores la limpiaban minuciosamente para sacarle todos los restos orgánicos que se hubieren adherido a ella y luego hacerla un ovillo para colocarla finalmente dentro de la prensadora.

El último sábado de cada mes hacía su aparición por la estancia el zepelinero⁸⁸, personaje que, generalmente en una camioneta, vendía vino en damajuana o en botellas de diferentes medidas. Esta esperada visita provocaba la algarabía de los campesinos, lo que motivaba a realizar un campeonato de truco⁸⁹ donde se jugaba dinero, botellas de vino o artículos personales. En más de alguna oportunidad hubo violentas grescas, heridos graves y hasta muertos a causa de estos hechos.

Daniel Iván y los demás jóvenes no estaban ajenos a las situaciones antes mencionadas, puesto que les era casi imposible dormir, dado los desórdenes que provocaban los campesinos mayores. La larga soledad, los malsanos recuerdos y problemas de convivencia que renacían entre ellos alborotaban más la beoda noche campesina.

Para nuestro protagonista no fue todo pleno de felicidad, ya que en el último año que estuvo trabajando sufrió un accidente que podría haberle costado la vida. Montando un caballo que –en apariencia y a primera vista– era tranquilo, sorprendentemente algo lo asustó y se encabritó, lanzando a Daniel Iván a buena distancia. La suerte lo acompañó, pues cayó sobre el césped, golpeándose la espalda y azotando los brazos, zafándose como consecuencia el hombro izquierdo. Estuvo en total veinte días con licencia médica. Se reintegró a sus labores en forma satisfactoria y como premio a su destacada labor desarrollada con ahínco, el capataz y sus compañeros de labores le hicieron entrega de una hermosa ovejita, la que llevó a Puerto Natales y cuidó por mucho tiempo.

Son muchos los jóvenes de aquellos años que, adultos hoy, recuerdan con añoranza las historias vividas en las diferentes estancias magallánicas. Muchas instalaciones, como galpones de esquila, almacenes de lana y graserías, hoy están abandonadas, como mudos recuerdos de un pasado próspero y como excepcional valor patrimonial que encarna la historia de los esforzados habitantes de Magallanes.

Segundo lugar regional

Punta Arenas

74 años

⁸⁸ Zepelinero: comerciante que deambula entre las estancias y vende en forma clandestina, especialmente alcohol (nota de la editora).

⁸⁹ Truco: juego de naipes con baraja española muy común en Argentina, Paraguay, Uruguay y también en el sur de Chile (nota de la editora).

Cavilaciones en medio de la nada

Rodrigo Gaete Salazar

El frío de la noche parecía reflejarse en sus ojos. Y es que, contra la creencia de muchos, el fuego de la fogata ilumina, mas no abriga en demasía. Aquello bien lo sabía Carlos, Carloncho para los amigos, estanciero y gaucho patagónico, quien al contemplar la pava en el fuego, sostenía el matero sorbiendo largos y profundos tragos de tanto en tanto. Tras él, su estancia colmada de cercos conteniendo una miriada de ovejas, carneros y corderos. Y tras ellos, la pampa fría, inconmensurable y ventosa, que servía de fondo a un cuadro tradicional del sur. En la zona austral las reglas cambian, pues las normas que rigen a este pequeño espacio del planeta no se condicen con la lógica de las tierras que se encuentran hacia el norte, específicamente desde Puerto Montt hacia el norte. Aquella explicación parecía ser la única válida para entender por qué un hombre podía vivir en un lugar tan alejado de la mano de Dios.

—Dijeron que se viene otro frente de mal tiempo pa la otra semana —profundizó en sus pensamientos.

Para Carlos y también para los demás gauchos de la zona, la nieve no era ese manto blanco y hermoso que los nortinos tanto disfrutaban cuando venían a esta zona. Por el contrario —sin menospreciar su belleza— era un enemigo natural para la cosecha y para los animales, quienes muchas veces no lograban resistir un clima tan brutal como el de la pampa magallánica. En medio de esas cavilaciones, sorbió un trago que lo llenó de calor de arriba hacia abajo, provocándole un escalofrío.

—¿Un sorbo? —preguntó, pero su interlocutor no le respondió.

—Tú te lo pierdes.

Recordó sus primeros años en la pampa. Desde niño se había criado entre fustas, herraduras, vellones y el dolor del granizo golpeando su rostro. Llevaba en sus recuerdos el sonido de la máquina esquiladora profanando la blancura de un cuerpo esponjoso, que se retorció en el suelo dando una batalla inútil ante la mano firme del esquilador. Este, anulándola solo con la fuerza de sus piernas y el peso de su cuerpo, era capaz de reducir al animal ante la atenta mirada de todos quienes animaban con gritos y vítores, que no hacían más que poner nerviosa a la bestia. En más de alguna ocasión, en aquellos años de aprendizaje, derramó lágrimas al ver como la sangre brotaba de la oveja por un corte mal realizado. Quería pedirle perdón por lo que había hecho, pero sabía que el animal nunca lo entendería. Era solo un niño preparándose para una vida de adulto, y ahora, iluminado solo por la tenue fogata, era un hombre que anhelaba volver a aquellos años donde la vida parecía ser un poco más sencilla.

Fugazmente, un rostro cruzó por su mente y la mirada dura del hombre de la pampa se volvió simple y bondadosa. Su interlocutor notó el cambio en el rictus e intentó esbozar una mueca conmovida, más el gaucho reaccionó antes de que eso pasara e impregnó su rostro de una dureza impenetrable, al tiempo que escupía un poco de la yerba mate que se había colado por la bombilla.

—Ese tema ya es pasado —agregó, mintiéndose a sí mismo.

Lorena había sido el amor de su vida desde que el mundo era mundo. Una relación de amistad en la niñez, que poco a poco fue madurando hasta convertirse en noviazgo y, luego, en un hermoso matrimonio que, pese a no dar hijos, funcionó de buena manera durante el tiempo que duró.

—Te fuiste demasiado pronto —susurró apretando un poco el matero mientras bebía otro sorbo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, echando por tierra aquello de que ya era un tema superado. El corazón le dolió igual que en el día del funeral, momento en que sintió que su mundo se acababa y, de cierta forma, así fue. Hoy era un gaucho abandonado en medio de la soledad de un paisaje inclemente, que parecía teñirse con cada uno de los pensamientos de un pasado que había sido prometedor. La estancia, su primer logro, construido codo a codo con Lorena. Luego, el puente levantado con sudor y unos cuantos huesos rotos, que se convirtió con el tiempo en una ruta cotidiana para otros estancieros que día a día transitaban por el lugar saludándolo, contándole las buenas nuevas, siendo amigos, compartiendo añoranzas.

Todo aquello había ido desapareciendo con el paso de los años. Aquellas historias se habían quedado en el recuerdo de una mente ya gastada, pero que se negaba a olvidar todos aquellos momentos que lo habían hecho feliz: las jineteadas que tanto le gustaban, el festival de la esquila, los milcaos⁹⁰ de los fines de semana y un cordero al palo para festejar el cumpleaños de cualquiera que tuviera ganas de celebrar. Las copas de vino sonando al brindar con otras, el madrugar diario para levantar cercos y alambradas de metros y metros de distancia, los paseos con Lorena bordeando el río...

Todo, absolutamente todo terminaba siempre en el recuerdo de su esposa. Parecía más bien que todo comenzaba y terminaba en la misma persona, siempre, sin excepciones. Fue en ese momento en que comprendió que el corazón se desgasta, que a veces creemos estar vivos cuando en realidad solo sobrevivimos, disfrazando todo con una sonrisa que espanta las preguntas acerca de nuestro bienestar emocional.

El viejo gaucho sorbió lo que quedaba en el matero e hizo un gesto hacia el cielo como si brindara con las estrellas, aunque para él solo una estrella importaba realmente.

Las ovejas balaban en medio de la profundidad de la noche rompiendo el silencio, pero él no se inmutó. Levantó la mirada en dirección del origen del ruido, como si viera con visión de rayos equis todo lo que estaba sucediendo en el establo, aunque la verdad era que no lograba distinguir más allá de medio metro de su posición. Su interlocutor se puso en alerta, esperando.

—¡Anda! —dijo con una voz dura, al tiempo que levantaba el brazo derecho y extendía el índice, indicándole al animal hacia dónde tenía que ir, como si el fiel perro ovejero no lo supiera.

Lo vio perderse en medio de la nieve y a los pocos segundos sintió sus ladridos, que calmaron el bullicio de los animales, haciendo que la noche volviera al mutismo habitual, solo roto por el silbido incesante del viento que parecía querer llevarse la tristeza del vetusto gaucho, quien, en medio de la pampa magallánica, comenzaba a disolver las brasas de una fogata que no había hecho más que traerle al presente esos recuerdos que lo mantenían vivo en medio de tanta soledad.

Tercer lugar regional
Punta Arenas
34 años

⁹⁰ Milcao: pan de papa tradicional del sur de Chile, particularmente de Chiloé (nota de la editora).

★ 2021 ★



Poesía del Mundo Rural

Poemas escritos por todo público

★

JURADO NACIONAL POESÍA DEL MUNDO RURAL



ELICURA CHIHUAILAF

Nació en Quechurehue, provincia de Cautín, en 1952. Es poeta, escritor y oralitor mapuche. Es el primer poeta mapuche en recibir el Premio Nacional de Literatura (2020). De profesión obstetra, se ha dedicado a la labor literaria y cultural desde 1977. Su infancia la vivió en la ruralidad y la cosmovisión mapuche, como narra en sus libros *Recado confidencial a los chilenos* (1999) y *La vida es una nube azul* (2016).



PAULA ILABACA

Nació en Santiago en 1979. Escritora y editora. Ha participado en diversos festivales de poesía en Latinoamérica y Europa. Entre sus publicaciones destacan en poesía *La perla suelta* (2009) y la novela *La regla de los nueve* (2015). Premio Pablo Neruda 2015, Premio Juegos Florales 2014 y el Premio de la Crítica de Prensa Literaria en Chile UDP 2010. El año 2016 inauguró la microeditorial Cástor y Pólux, que desarrolla dos líneas de publicación: poesía hispanoamericana e ilustración. Se dedica a la docencia y a la realización de talleres literarios.



JORGE CID

Nació en Cañete en 1986. Es poeta y doctor en Lengua y Literatura Romana por la Université de Poitiers. Como poeta ha publicado *Labia Larvaria* (2009) y *Éxodos* (2019). Recibió el Premio Juegos Florales (2005) y la Beca de Creación Literaria del Consejo Nacional del Libro (2006). Fue becario de la Fundación Neruda durante el año 2015. Como investigador ha editado *Una lengua en trance: Carmen Berenguer y Reynaldo Jiménez, poetas que nos interpelan* (2019) y coeditado *Contrarreforma Católica, implicancias sociales y culturales: Miradas interdisciplinarias* (2019).



MANUEL PEÑA

Nació en Valparaíso en 1951. Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular por la novela *Mágico sur*. Profesor de cursos de magísteres de las universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Profesor de seminarios y talleres literarios dictados en Chile y Latinoamérica.



INA GROOVIE

Nació en Santiago en 1980. Es profesora de lengua castellana y comunicación, imparte talleres de redacción creativa y colabora con diferentes medios, siempre desde la crítica, recomendación y divulgación literaria. Ha sido conductora de programas radiales desde 2006 y es voz comercial. Su cuenta de Instagram de recomendación de libros es @ibaconlibros.

PALABRAS DEL JURADO
POESÍA DEL MUNDO RURAL

La palabra poética es memoria de lo cotidiano y trascendente a la vez: las imágenes y sus gestualidades, los aromas, los sabores, los colores, las texturas, las sonoridades. La palabra poética (que no necesariamente es verso) es memoria del lenguaje de los Sueños, de lo visible e invisible, de lo aparentemente real y de lo aparentemente imaginado. Es Conversación como arte, es decir, el proceso creativo de aprender a Escuchar a la Naturaleza y al Universo del que somos apenas una pequeña parte. Así nos están diciendo nuestros Antepasados.

Aunque una de las pocas certezas en esta vida es que todos los seres humanos —sin excepción— provenimos de pueblos nativos, sabemos que ninguno de nosotros eligió un tiempo, un territorio, un color, una cultura en la cual nacer pero que tenemos que aprender a amar. Hoy, cuando en la aldea global de la Tierra parece que se ha iniciado un cambio de paradigma, la palabra poética nos recuerda que es imprescindible para una Conversación entre iguales; tarea maravillosa que desde luego requiere del conocimiento de la visión de mundo que nos ha tocado a cada uno.

Entonces comprendemos el inmenso valor que tienen instancias como este concurso, que en el presente año 2022 cumplirá tres décadas de existencia. Como poeta, oralitor y escritor mapuche, oficiar de jurado en él me ha permitido ahondar mi conocimiento de la cosmovisión de la chilenidad profunda y mi reafirmación a través de la lectura de autores y autoras pertenecientes a pueblos cuya Memoria les permite asumirse como nativos.

No haré comentarios respecto de las obras que obtuvieron los tres primeros lugares a nivel nacional y regional, porque cada lectora y lector de este hermoso e indispensable libro lo hará, mas quiero destacar el hecho que —signo de este tiempo, ¡en buena hora!— sean tres mujeres las ganadoras de esta vigésimonovena versión del concurso Historias de Nuestra Tierra; tres mujeres que —desde Arica a Cochrane— expresan el espíritu Azul de este territorio que hoy se llama Chile.

Elicura Chihuailaf Nahuelpán

Kechurewe, Wallmapu
Luna de los Brotes Cenicientos /
Otoño de 2022





En memoria de Vicente Caballero (1939-2022)

Queremos homenajear al fotógrafo y reportero radial Vicente Caballero, quien falleció en febrero de 2022, mientras editábamos las obras ganadoras que aquí se compilan.

Tenemos el honor de publicar en esta Antología su último poema titulado "Fin de veranada", que obtuvo el segundo lugar de la Región de Magallanes y de la Antártica Chilena en la categoría Poesía.

Pero este no fue el único premio que obtuvo en el concurso Historias de Nuestra Tierra: ganó el tercer lugar regional en la categoría Cuento con la obra "La estancia" en 2019; el tercer lugar regional en Poesía con la obra "Cuatro etnias, un triste final" en 2017; y a nivel nacional, el premio especial A la trayectoria 2016, por la mejor obra escrita por mayores de 70 años con el cuento "El último viaje".

Vicente Caballero nació en el sector de Cocalán, comuna de Las Cabras, Región del Libertador General Bernardo O´Higgins, pero vivió desde 1960 en la ciudad de Punta Arenas. Le sobreviven su esposa y tres hijos.

Juyra warmi ("Mujer de quinua")

Andrea Carvajal Almonacid

La mujer aymara muele la quinua
de rodillas, junto a la piedra.
Con sabiduría espesa,
muele, con fuerza en ambos brazos,
y piensa
en todo lo que le preocupa,
todo lo que hemos perdido:
las canciones que aún no se han cantado,
los *awayu*¹ que aún no se han tejido
y toda esa lana que aún no se ha teñido
guardada en *kutamanaka*²
para ser abierta cuando el viento sople
y limpiar el alimento dorado.

Ella hace harina
mientras en algún lugar, un sol naranjo asoma
como la papa joven que no piensa
en el aire bajo la tierra y permanece allí.

La harina cubre entonces sus ropas una vez coloridas
que se han oscurecido por el trabajo.
Cubre sus rodillas
que suplican por cardenales para parar.

El mes de cultivo de quinua inicia de nuevo.
El color de un agosto bien aprovechado,
pero nada se puede hacer, nada se puede tocar
porque la tierra necesita un permiso...
no el cielo, no los santos de ropas blancas.

La Pachamama exige una *phawa*³
para que la quinua sea firme,

¹ *Awayu*: manta andina (nota de la autora).

² *Kutamanaka*: saco grande tejido (nota de la autora).

³ *Phawa*: ceremonia de permiso (nota de la autora).

para que no caiga nieve
ni el cielo oscurezca;
para que ella siga moliendo la quinua
para que siga cubierta de harina.

Y entonces, ella ora,
mientras el viento sopla y sopla
mece sus negras y largas trenzas.
A veces sus cabellos cantan
un himno trágico, como un primer aliento.
A veces son sus ojos los que cantan
buscando hombres con carne de lana que abriguen su cuerpo.

La cosecha inicia y se mezcla
con viento dulce y agua brillante del río.
Ella tiene fuerzas para seguir.
"¿De dónde saca esa fuerza?", pregunta el grillo cantor.
"De la Pacha,
porque yo respiro tu aire,
y tú respiras el mío.
De tu soplo,
porque tú me das tu aliento, yo te doy el mío.
Porque vivimos del *ayni*⁴
y juntas, siento tu tierra, agua, aire y fuego;
las pisadas de cada animal,
el vuelo del *mallku*⁵".

Ella muele quinua,
una y otra vez
la reclama y le da refugio
en su horno de barro,
y entonces, todo termina
sólo para volver a iniciar cada mañana.

Primer lugar nacional
Primer lugar regional
Alto Hospicio
Región de Tarapacá
44 años

⁴ Ayni: reciprocidad (nota de la autora).

⁵ Mallku: deidad ancestral aymara que se relaciona con las alturas. Su símbolo es el espíritu de las montañas y su representación, el cóndor (nota del editor).

La espera de Juan Domingo de Socoroma

Marianela Fornes Cárcamo

Esperé y esperé, es tiempo de *Jallu Pacha*⁶.

No oigo música, ni risa, ni comparsa.

Aquí estoy listo bajo el pino,
con mi chaqueta y mi corbata,
cuidando la tierra sagrada.

Canté y oré escondido, en el *Machaq Mara*⁷.

¡Uf! ¡El hielo congelaba!

Al descanso, linda madre, al descanso, Pachamama,
que pronto volverá a florecer tu alma.

Los *mallkus*⁸ silenciosos me encomendaron ser tu guardia
mientras transcurre *Juyphi Pacha*⁹.

Esperé y esperé,

*Pachallampe*¹⁰, el pueblo despierta.

Me escabullí bailando, en noviembre sobre la tierra,
besando las papitas para que mil hijos dieran.

Se escuchó música, risa y comparsa.

Era el *Awti Pacha*¹¹, que se alejaba
al tiempo que madrecita despertaba.

Esperé y esperé.

Ya viene de vuelta *Jallu Pacha*

saciando con su llanto

la tierra amada.

Esperé y esperé.

¿Ya vienes, *Anata*¹²?

¡Vienen por mí! ¡Viene mi paga!

Juan Domingo Carnavalón, "Ño Carnavalón" me llaman.

Seré rey por una semana.

⁶ *Jallu Pacha*: estación de lluvias del calendario agrícola aymara, de diciembre a marzo (nota de la autora).

⁷ *Machaq Mara*: Año Nuevo aymara, nuevo ciclo agrícola (nota de la autora).

⁸ *Mallku*: deidad ancestral aymara que se relaciona con las alturas. Su símbolo es el espíritu de las montañas y su representación, el cóndor (nota del editor).

⁹ *Juyphi Pacha*: estación fría del calendario agrícola, preparación de la tierra. Va desde abril hasta agosto (nota de la autora).

¹⁰ *Pachallampe*: celebración de la siembra de la papa a principios de noviembre (nota de la autora).

¹¹ *Awti Pacha*: estación seca del calendario agrícola aymara. Va de septiembre a diciembre (nota de la autora).

¹² *Anata*: fiesta andina ligada al ciclo de la producción agrícola, se celebra en febrero en tiempos de lluvia (nota de la autora).

Me visten, me engalanan.
 Me llevarán en hombros, con ruidosa marcha.
 Una semana, señores,
 una semana se baila.
 Pasearé casa por casa,
 ¡qué importa el mañana!
 Hoy se come, se bebe, se canta.
 Me envuelven con serpentina, fruta, choclos o papas.
 Jugaré con harina,
 beberé alcohol hasta entrada la mañana.
 Prometerán amores, dejarán el alma empeñada,
 por un beso tuyo, cholita adorada.
 Bailaremos en rondas,
 se llenará el pueblo con su gente amada.

Un trueno irumpe el bullicio, silenció la comarca.
 Comienza la *cacharpaya*¹⁵,
 triste se pone mi corazón.
 Vuelvo en hombros bajo el pino
 al son de esta maldita cacharpaya.
 Esperaré la vuelta del año,
 esperaré la vuelta del año,
 “¡No se vayan!” “¡No se vayan!”
 les grito, pero ya es tarde.
 Los músicos se callan, la fiesta acaba.
 Volveré al trabajo, con la esperanza
 de que volverán en tiempo de *Jallu Pacha*.

Segundo lugar nacional
Primer lugar regional
 Arica
 Región de Arica y Parinacota
 54 años

¹⁵ Cacharpaya: despedida de una celebración o fiesta, es un baile y un género musical (nota de la autora).

Niño ovejero

Rosa Gómez Miranda

El niño quedó dormido
de cara al viento en la noche,
con burda manta tapado
en medio de coironales.

¡Silencio!

Que no despierte mi niño,
que se cansó de buscar
una oveja que ha perdido,
desde ayer, al aclarar.

El niño quedó dormido
y un ángel viene a velar,
que nada turbe su sueño,
que tiene que descansar.

Es que es un hombre ese niño
y los nueve ya cumplió,
él cuida de las ovejas
desde que el padre marchó.

¡Silencio!

Calle el murmullo del río,
dejen piedras de rodar,
que el ovejero dormido
tiene mucho en qué soñar.

Niño de toscos tamangos¹⁴,
curtida la cara al viento,
niño que alegre no juega,
porque le aqueja una pena.

La luna brilla en su rostro
y el viento peina su pelo,
pequeño niño ovejero
busca una oveja en su sueño.

¡Silencio!

El niño dormido sueña,
ya Dios lo vino a buscar,
corre alegre por las nubes
y por encima del mar.

Una hermosa oveja blanca
le acaban de regalar
y un centenar de ángeles
se la ayudan a cuidar.

Juega ovejero sin prisa,
mira las nubes pasar,
ocúltate en una estrella
que ya puedes descansar.

Tercer lugar nacional
Primer lugar regional
Cochrane
Región de Aysén
75 años

¹⁴ Tamangos: calzado rústico de cuero que se usaba generalmente en el campo (nota del editor).

Los changos no existen

Camila Yakasovic González

En cuanto me enteré,
me hablaron de un pueblo que volvió a la vida.
No lo podía creer.
No porque muertos fueran,
porque nunca lo fueron,
sino por lo muertos que nosotros estábamos por dentro.

Los muertos no hablan,
los muertos no ven,
los muertos no sienten.
Eso dicen, eso creen,
pero no lo saben,
solo suponen,
solo cometen los mismos errores.

Vinieron con orgullo,
llegaron vivos,
se presentaron con recuerdo
y los recibieron con olvido.
Pintados los vieron
y con simple ignorancia les dijeron:
"Los changos no existen,
solo son huesos,
solo arpones y balsas".
Pueblo fantasma,
sin querer ni hablar de ello,
ni ver los rostros que les hablaban en ese momento,
menos sentir esos corazones con furor latiendo.

Esto es algo que solo siguió...
y siguió sucediendo
sin que pudiéramos darnos cuenta de ello.
De la chispa que prendió el fuego,
de las voces que removían el suelo
y resonaban en el cielo,
que definitivamente no eran espectros:
Felipe, Oriel, Brenda,
Pedro, María, Elena,
Chañaral de Aceituno,
Freirina y Taltal,
Torres del Inca y Totoral,
y muchos otros que jamás se detendrán,
que por otros nunca soltarán su identidad,
que saben pelear sin sangre derramar,
que aún no nos odian
a pesar de haberles negado la verdad
de nunca haber tenido la intención de investigar,
de indagar y preguntar,
de por sus suelos caminar,
sus aguas surcar.
Por un instante atrevemos a soñar más allá
de nuestro extractivismo sin igual.
Solo eso bastaba,
el susurro del viento,
el coro de las aguas,
para, finalmente, ser testigos de la verdad;
para, al fin, ser vivos de verdad
y volver a aprender a escuchar.

Premio especial Pueblos Originarios

Quillota
Región de Valparaíso
15 años

El latido del cactus

José Maldonado Segovia

Representantes de esta orilla del mundo,
en la indómita Arica y Parinacota,
los cactus candelabro
emergen firmes y estoicos
anclados a la roca madre ariqueña,
colgando del peñasco andino.

Antiguos zampoñeros precordilleranos,
despeinados roqueros del desierto,
rústicos ramilletes de la pampa
esparcidos como dientes de león.
La auténtica ira de Dios
convertidas en púas sus flores.
La mismísima corona de Cristo,
enrejado de la Pachamama.

Gigantes de cinco metros,
acaso gentiles transformados en plantas,
indígenas con penachos guerreros
herederos de las primeras naciones,
caminantes de la chusca¹⁵ milenaria
tatuados a la piel de los cerros morenos,
corazón de lagarto latente,
amo y señor de la Quebrada de Cardones.

Bailando con la aridez presente,
te saludan al pasar, viajero.
Hermanados a cruces desclavadas
y enclenques animitas asoleándose.

Pastor de guanacos y vizcachas,
noble vigía de la camanchaca,
abnegado sereno del ocaso,
viejo *yatire*¹⁶ de pueblos olvidados.
Alma solitaria y bohemia,
por tus venas late la fiereza del viento.
Testigo de cometas interplanetarios
y noches de estrellas ralas
cuales carpas de circo pobre.
Alférez de la fiesta grande,
mayordomo de iglesias empedradas,
*Jilakata*¹⁸ de la tribu originaria.

Hermano del cóndor,
de tu sangre beben los pumas.
Respetado comunero aymara,
perchero del zorro,
colgadera del diablo,
señalética de quirquinchos,
obelisco de tierras sagradas,
amigo del *tambo*¹⁸ y del *pukará*¹⁹.

A tu nombre tomaré este vino
a tu sombra refrescaré mis huesos
con tu tronco bailaremos *wayno*²⁰.
Cada espina, estimado Candelabro,
son recuerdos de pueblo.

Segundo lugar regional

Arica
42 años

¹⁵ Chusca: de manera informal se le llama "chusca" a la primera estrata de tapa en la costra salitral. Masa suelta finamente pulverizada, de tonos ocre que otorga el color característico al desierto (nota del editor).

¹⁶ Yatire o yatiri: sabio en la cultura andina (nota del editor).

¹⁷ Jilakata: autoridad del *ayllu*, forma tradicional de comunidad social originaria de la región andina, especialmente entre los aymara y quechua (nota del editor).

¹⁸ Tambo: "alojamiento" en voz quechua. Alude a un recinto situado al lado de un camino importante (nota del editor).

¹⁹ Pukará: "fuerte" en voz quechua. Alude a una fortaleza construida en alturas estratégicas (nota del editor).

²⁰ Wayno, huaino o huayno: género musical propio de la región andina (nota del editor).

Socoroma

Walter Flores Velásquez

Entre aquellas cabelleras rubias que acaricia el desierto
se va mezclando el paraje de aromas desconocidos,
pero fragantes.
De aquellas fragancias que arrebatan el alma y la capturan viva.

Entre las caminatas por aquellos senderos donde el verde se vuelve,
más que las rosas arrebatadas al viento,
una armonía incomparable
donde el viajero descansa la pluma y la marcha.

Entre el atardecer y el nacimiento de las estrellas
aquella noche cobija testimonios desconocidos
así como miradas enigmáticas
de aquellos jóvenes que unen danza con piel
y piel con virtud.

Dicha magia suave canta que baila
sobre manjares y la dulzura de los tumbos
que en dicho paladar se transformaron
en elocuencia indómita y salvaje
de aquellas callejuelas,
algunas sin nombre
y otras de un frenesí profundo y cálido.

Tu nombre sobresale,
tu esencia evoca a quedarse vidas enteras
así como dicha fiesta invencible de colores
mientras la hierba tupida cubre mi rostro,
pero deja en cinto mis sueños,
amarrado a lo incomparable de la flor
hallada en aquella plaza.

Tercer lugar regional

Arica
34 años

El vuelo final

Andrea Carvajal Almonacid

El *kuntun*²³ vuela y parece una cruz inmóvil en el cielo,
 es una sombra que se apodera del *Inti*²²
 La libertad y seguridad que emana de su vuelo es latente.
 El granizo no lo opaca,
 el relámpago no lo asusta,
 la neblina grisácea clara no lo esconde
 su cuello blanco.
 Son como pequeñas palomas que revolotean y cantan.

Él conoce su grandeza, sabe de su hermosura
 y observa.
 Observa el rocío enrollado en el borde de las hojas de las papas sembradas en
 diciembre.
 Sabe que bajo ese verdor se acumula el tubérculo sabroso que alimenta vidas.
 Ha visto cómo los hombres la extraen desde cientos de años y la llevan a tantos
 lugares, y hoy me busca a mí.

Un rojo ardiente llena el cielo
 y los cerros se tornan rosáceos.
 Los *mallku*²³, pienso,
 albergan huellas y secretos,
 entre plumas caídas, chusca, *q'ala*²⁴ y polvo.
 Y el *kunturi* continúa, los atraviesa con su vuelo majestuoso, mientras
 se mueve en búsqueda,
 mientras sus ojos de almendra penetran la tierra.
 Y hoy me busca a mí.

Llevo años mirando al *kunturi* y aprendiendo su idioma
 con la ayuda del viento,
 con la ayuda de las nubes.
 He visto cómo viene por otros
 y los acerca al *Inti*,

²¹ Kunturi: "cóndor" en voz quechua (nota del editor)

²² Inti: deidad solar de los Inca (nota del editor).

²³ Mallku: deidad ancestral aymara que se relaciona con las alturas. Su símbolo es el espíritu de las montañas y su representación, el cóndor (nota del editor).

²⁴ Q'ala: "piedra" en voz quechua (nota de la autora).

porque él es el hijo mayor de la Pachamama
y será él quien me guíe a mi última morada,
porque también yo soy hijo de la *Pacha*.

Todo va y vuelve a ella.

"Hermano mío, conozco a tus antepasados.

Déjame llevarte con ellos", me susurra el *kunturi*.

Su ala cálida cae sobre mis hombros,

su cuello frondoso abraza mi pecho.

Me obliga deliciosamente a escuchar su corazón.

Me invita a volar, pero es tan difícil alzar vuelo cuando eres un *jach'a tata*²⁵,
cuando se ha envejecido.

Cojeo y mi ojo llora constantemente.

Mis rodillas duelen

y mis dientes se fueron con los choclos,

pero al *kunturi* parece no importarle.

En sus negros ojos, soy una forma que se mezcla con la pampa,
con el desierto

y cuán perfecto es el orden del desierto donde se mueve la luz,

en inclinaciones caleidoscópicas,

en ausencia de sombras.

Él me ve perfecto.

Entonces, el deseo del *kunturi* es superior a los míos,

me lleva como al pez que sostiene el agua,

tira de mi cuerpo como se tira a los llamos en los floreos,

como la bandola es abrazada por el *awatiri*.

El *kunturi* y yo somos uno.

Sus alas y mis manos se unen firmemente.

Con cada aleteo y cada respirar

me acerco a la paz total.

La tranquilidad es una habilidad,

es un método,

es práctica perfeccionada.

Y entonces,

también me siento perfecto.

Segundo lugar regional

Alto Hospicio

44 años

²⁵ Jach'a tata: "abuelo" en lengua aymara (nota de la autora).

¿Somos muchos o Somos pocos?

Héctor Barraza Ahumada

¿Somos muchos o somos pocos?

Es eso importante preguntar, cuando hay tan solo uno que juegue como lo hacía el abuelo.

¿Hacia dónde van los recuerdos?

¿A dónde fue a parar la tradición? Parecemos extraños en nuestras propias tierras,
ya nadie quiere quedarse aquí,

la aldea, sus animales, el polvo, la chacra están siendo invadidos por cuervos y lamentaciones.

Ayer intenté recaer en la dicha de estar rodeado, como en esos tiempos en que familias enteras me ayudaban a sembrar mi orgullo,

“¡A TORNA!”, creo que le decían a ese ejercicio santo de las compañías;

su sola expresión reflejaba encuentros,

nadie escapaba a su llamado,

todos eran un solo núcleo, una comunidad, un grito de desorden populoso manchado en risas y afectos:

¡A TORNA!

¡A TORNA!

¡A TORNA!

¿A dónde se fue a refugiar esa melodía? La necesito en mi saliva, en mi hoy esquivo, en la magia de las cosechas:

¡A TORNA!

¡A TORNA!

Vuelve a brillar sobre estos escondites,

borra la maldición que se ha encubierto entre estas tristes laderas,

aniquila este llanto esparcido entre piedra y viento,

déjame un instante de tranquilidad.

En fin, querida: “A TORNA”,

ya no quiero estar solo...

Tercer lugar regional

Alto Hospicio

36 años

Cementerios del desierto

Aida Santelices Kostópulos

Los huesos caen a la tierra
como la pregunta al misterio
y va germinando la leyenda
cuando la luz se lleva los nombres
y la memoria los vuelve a juntar.

Amalgamados al viento y al cielo
los cementerios del desierto
son corralitos acunando el recuerdo,
cruces mimetizadas de pampa,
símbolos que astillan sombras.

Cuentan que ahí no hay nada,
polvo engendrando polvo,
vida que fue y volvió al origen.
Pero viejas estrellas se vuelven almas niñas,
¡rebeldes a calendario y abecedario!

En cada rayo de sol vive una flor,
flores artesanas rugosas de amor.
A falta de mármoles,
piedras conforman ángeles-tótem
encumbrando seres de luz.

Sobre las salitreras reales y plenas
existe un antes y una cofradía inmortal.
Pueblos con historia inédita,
hijos que florecieron para luego deshojarse
¡hasta la cita con el panteón!

La luna va bordando un camposanto,
ríos internos confluyen con desierto y libertad.
Y el viajero, impresionado, se pregunta:
¿Cuántos soles hay sobre un desierto?
¿Cuántas almas en un cementerio?

Los ecos contestan que algunas noches
se escuchan aullidos pétreos
y ladrar de recuerdos,
que las cruces prenden como lunas
y las flores de papel sonríen entre los muertos.

Primer lugar regional
Antofagasta
62 años

Lamento chuquicamatino

Juan Saavedra Rojas

No escribo sobre marcas ni cicatrices
mucho menos sobre cuerpos sepultados
de aquellos que sus voces han sido acalladas
y retumban en el sosiego y silencio infinito.

No quiero escribir la palabra Chuquicamata
lapidaria y semejante a soledad que mata.
Es seguir viviendo sin vivir, agonizar cruzado
por los sables del viento, implacable y artero.

No me desangraré ante un pasado glorioso,
que poco a poco va desapareciendo cubierto
de polvo, piedras y ripios, como tantos otros
campamentos, con daño, dolor y desconsuelo.

Tierra noble y generosa, la mutilación es fatal,
te desangraron, humillaron y abandonaron.
No quiero escribir Chuquicamata, porque soy
uno más de aquellos que miraron desde lejos.

Y no te merezco, simplemente te desmerezco.
Dirán que estuvo bien, que fue necesario, pero
tu lamento, soledad y abandono es más brutal;
el ulular de tu inmenso rajo es grito y rugido.

Muerte anunciada, por tus hijos jamás deseada,
para poder seguir hurgando en tus entrañas, de
riquezas usurpadas. No quiero escribir tu nombre
Chuquicamata, solo voy a llorar Chuquicamata,
regar con mi llanto y mis lágrimas tu tierra
sagrada y santa, querida y amada Chuquicamata.

Segundo lugar regional

Calama
69 años

Casona fantasma

Mario Torrico González

Pasamos por Gatico,
nos detuvimos.
Vimos pasar obreros,
vimos salir barcazas,
oímos el crujir de esa casa,
manifestando su dolor al tiempo.

Desmoronadas murallas
acompañan el paisaje desolado,
entregadas a la sal y la rompiente.
Mismas murallas que, como soldados,
resistieron firmes las enormes oleadas
que por aquellos años provocaron tanta muerte.

Visitamos un cementerio diferente,
lleno de niños y familias completas.
Todos los cuerpos mirando el horizonte,
esperando la visita de la primavera.
Se lamenta, se piensa y da pena,
cómo encontraron el fin a sus vidas,
en la casa de la carretera.

Tercer lugar regional

Antofagasta
39 años

Reclamo de nuestra historia

Romina Olivares Rozas

Tierras fértiles de nuevo comienzo
adornaron nuestra historia.
Artesanos de antaño
que en mis manos aun afloran.

Cómo no sabes reconocer
la historia que en nosotros vive.
No somos banderas, no somos insignias,
no somos indios que aquí viven.

Somos viento, somos aire,
somos la tierra que aquí pisas.
No quiero premios, no quiero ceremonias,
quiero que entiendan nuestra hermosa historia.

Deja que te cuento lo hermoso que era,
vivir entre cerros, valles y ríos
respetando a mis ancestros,
respetando el agua, respetando el viento,
y a mi Pachamama.

Deja que te diga,
que no siento vergüenza,
que la sangre en mis venas
es de lucha y conciencia.

Deja que te cuente para que mi pueblo viva,
para que mi pueblo rebrote,
para que mi pueblo siga.

Deja de negarte como uno de los míos,
deja que la historia abra tu camino.
Sepa usted que no se borra,
sepa usted que no se quita,
sepa usted que no renegamos
de nuestra sangre diaguita.

Que Yastay²⁶ cuide tus pasos
y bendiga tu camino.
Cuida bien de nuestra historia,
no la dejes en el olvido.

Primer lugar regional

Copiapó
35 años

²⁶ Yastay, Llastay o Lljatay: dios tutelar de las aves y protector de los animales del cerro (nota del editor).

Madre mía

Eva Olivares Cortés

Te miro en tu lecho de anciana
tan frágil.
Te miro largamente,
yaces en tu tibia cama
acurrucada como un bebé,
respirando y suspirando,
queriendo decir algo.
De pronto, tus ojos se abren
y miran sin saber qué miran.
Recorren toda tu cuenca
y se detienen justo allí
donde acaricias a un niño
que siempre está ausente.
Lo llamas y pronuncias su nombre,
y de repente,
cambias de ánimo,
cosas de tu mente.
Cómo quisiera detener el tiempo
para compartir tu soledad
y beber tus alegrías
como las mariposas en la flor
que en primavera volverán
a posarse en las laderas
de su bello manantial.
Ay, madre mía,
has dejado tanta riqueza
de tu alma, de tu corazón.
Hasta hoy alumbras como resplandor.
Gracias es poco decir

porque mi alma está llena de ti.
Cada momento
es un pensamiento
que brota y aflora
del inmenso firmamento,
que nace y permanece
del suspiro y de mi piel.
Me estremezco y adormezco
quedándome dormida
a tu lado, y soñando
que entre tus brazos caigo
lento y suavemente.
Y la noche se hace corta
porque no se hace eterna.
Estás allí
y me lleno de alegría.
Gracias, Dios mío,
ya amanece, es otro día.
Su leve sonrisa
en su rostro dibujada,
dulcemente ya cansada
ligera lucidez aparece
que asombra y quedo pasmada.
Tu sabio pasar por la vida,
lo bello se ha quedado
y el viento se ha encargado
de esparcirlo en aquello que has dejado.
Tu cuerpo ya desvalido
pronuncia signos de ausencia
que quisiera arrebatarlos
de mi corazón lastimado.

Segundo lugar regional

Huasco
63 años

Bella garra de león

Gabriela Navarro Muñoz

Vienes prendida a tu tallo,
palpitante corazón,
con tus botones en flor,
bella garra de león.

Suave, insigne, lustrosa,
vas tamizando en color,
en el desierto huasquino
tú te despiertas al sol.

Divina dama esplendorosa
ceñida al mágico cordón,
llevas prendida tu hermosura
y por frescura tu dulzor.

Como tú eres la reina,
entre rocas bella flor,
sobre cerros y pendientes,
todos te buscan primor.

Viene de pronto la lluvia
con su propósito de siempre
germinando tus semillas
en el saco de tu vientre.

Si la lluvia no viniera
allí estarás latente
porque duermes en tu trono

sigilosa e indulgente.

Saltan zorros y guanacos
entre rocas milenarias
al cuidado de la reina
que se peina en las mañanas.

Entre lirios y ñañaucas
hoy se enaltece tu fama,
eres bella flor que tapizas
mi desierto de Atacama.

Cada vez que las estrellas
hacen giros en sus danzas
en el cielo más intenso
todo el cosmos te proclama.

Vas pintando de amarillo
tu vestido en luna llena,
luces esplendorosa
tus atuendos en la tierra.

Pero cuando estás prendida,
desnudada por el sol,
es de rojo tu hermosura,
fuego vivo en el amor.

Garra de león hermosa
que mil misterios encierras,
nunca dejes de nacer

sobre mi amada tierra.
Es tu tallo firme y dócil
verde fuerte con tesón,
y tus hojas más pequeñas
van buscando una ocasión.
Cuando baja la mañana
con su claro delantal
te alimenta de la briza
cristalina de la mar.

Hoy la tierra te ha guardado
un espacio dulcemente
como reina de las flores
de Atacama y de su gente.
Sobre cerros de colores
distinguida en un telón,
tu corona redondeada
bella garra de león.

Tercer lugar regional

Huasco
61 años

Sonetos a la Sabiduría elquina

Ricardo Díaz Fredes

I

Una breva lanzo raudo a la pirca,
abarrotada de copioso hollín.
Mi padre no piensa en un querubín
sino de aquella que dice ser *meica*²⁷.

Luego mi taita a la orina se acerca;
de su amor es, quien se queja sinfín.
A la luz de la vela ve el orín
y un rostro clarito un grito le arranca.

“¡Vieja envidiosa! ¡Le ha hecho mal de ojo!
¡Tráete sanguinaria y guayacán!
¡Y busca en la acequia un poco de hinojo!”.

Mientras corro, rumio en males que vendrán.
Con tanta mala estrella me acongojo:
¡Ahora a mi mamita me arrancarán!

II

Tanta tristeza no cabe en mi pecho,
parece una estaca de este corral.
No encuentro su aroma. ¡Dolor brutal!
Por más que la busco, ausente es su lecho.

Al adobe le clamo: ¡Estoy deshecho!
Una silueta surge del portal.
Fragancia exquisita, huele a rosal.

²⁷ Meica: curandera que puede ser de cualquier ascendencia étnica, aunque es un oficio relacionado, generalmente, con mulatas o mestizas (nota del editor).

¡Es mi mamita!, de pronto sospecho.
 Me nombra en susurros, me habla de frente:
 "El don de tu sangre has de entregar.
 Nuestro pueblo añora un siervo ferviente".

La veo en sueños. Me intenta guiar.
 Con ella busco plantas en el monte
 y en mi intuición me estimula a confiar.

III

Traen la niña que al canal cayó,
 al huaso machacado en plena trilla
 y al hombre enronchado de culebrilla.
 Al pastor que del caballo rodó.

Rezándole a la Virgen parto yo.
 A mis ancestros les oro de rodilla
 y extendiendo las yerbas por la esterilla,
 al tiempo que en el iris yo me enfoco.

Emplastos, sahumeros, agüitas y fe.
 Depende del mal, el monte que toma:
 salvia, manzanilla, romero y ñilgue²⁸.

Quizás canela, boldo o chachacoma²⁹.
 Tal vez llareta, bailahuén o molle,
 depende del malestar que se asoma.

IV

Inunda mi sueño mi sabia madre,
 seres traslúcidos bajo la parra,
 un adiós a mi tierra me desgarrar,
 voces ligeras arman el encuadre.

²⁸ Ñilgue: planta forrajera de tallo lechoso con algunos usos medicinales (nota del editor).

²⁹ Chachacoma: arbustillo nativo de los bosques andinos, sus hojas tienen propiedades medicinales (nota del editor).

Le susurro el secreto a mi comadre,
y el brasero ya un "amén" achicharra,
"Nada de lo contado aquí se narra.
Todo se niega, ladre quien lo ladre".

Rostros por doquier: ya me han de buscar.
Crías de las cabras nerviosas van,
queltehues y búhos se dan lugar.

Misión cumplida, saberes albergan.
Mi alma parte a otro lado a transitar.
Un gallo canta y mis soplos se van.

Primer lugar regional

La Serena

37 años

A mi valle

Nathaly Barraza Tapia

Soy una niña pequeña,
apenas logro comprender
el porqué de tantos daños
que a mi valle le han de hacer.

No me gusta que te hagan daño
con basuras y contaminación,
falta el agua cada año,
mueren fauna y vegetación.

Por las noches yo le pido
al gran Dios, "¡Por favor!
¡Que no quede en el olvido
nuestro valle, nuestro honor!".

Son tus cerros los testigos
que tus cielos queremos ver.
Cada noche y como amigos
una estrella vemos caer.

Enseñemos cada día
a cuidar cada lugar.
Que no se pierda la esencia
que dejamos al pasar.

Que los ríos sigan su camino,
que los cielos brillen más,
que todo sea su destino,
no lo dañes, ¡basta ya!

Segundo lugar regional
Vicuña
7 años

Caminar

Rocío López Aro

De pequeña, entre trigales solía caminar
sintiendo como si fueran olas del sol en el mar.
Creía que eran de oro y me gustaba imaginar
que de grande también podría toda la riqueza cultivar.

Más grande fui a la escuela, e historias me gustaba contar.
Hablé sobre los trigales y aquel dorado mar,
pero de mí se rieron, diciendo que era una tonta al imaginar.
Dijeron, "¿Acaso en el campo no les enseñan a los animales a contar?"

No entendía por qué se burlaban de mi forma de pensar,
¿acaso sería envidia de no saber imaginar?
Pero ante la presión, decidí cambiar,
cambié mi forma de vestir, de hablar y hasta de caminar.
Quería que me aceptaran ser una más entre los demás,
no quería que creyeran que era como un animal de corral.

Cuando volví a casa, ya no me interesaba ningún trigal,
creía que no encajaba, me había vuelto de ciudad.
Hasta que un día, obligada, volví al dorado mar.
Me percaté de que no era el mismo que dejé al irme a estudiar,
era mucho más pequeño, y más frágil al tocar,
pero su belleza era la misma, como la del sol en el mar.

Me sentí culpable, por haber abandonado mi trigal,
por pensar que era tonta, por privarme de imaginar.
Si pudiera devolver el tiempo, me diría que está mal.
¿Acaso es un pecado vivir en el campo y del mismo trabajar?
¿Acaso para progresar tengo que mis raíces olvidar?

Hoy me disculpo contigo, mi querido trigel,
por sentirme inferior, por no saberte valorar;
y me disculpo conmigo, por dejarme influenciar,
por crearme menos valiosa, y no haber querido regresar.
Al fin comprendo que eres mucho más que una ciudad.

Tienes vida propia y, como un camaleón, puedes cambiar,
porque en ti no hay ruidos que me puedan molestar
ni gente imprudente que sólo quiere a su casa llegar.
En ti quiero el resto de mi vida caminar,
alimentarme de tus cultivos, cobijarme en ti, trigel.
Quiero que mis hijos sepan imaginar,
que sientan que los arropas como olas del sol en el mar.

Tercer lugar regional

Los Vilos

20 años

Soy mujer de campo

Iris Ábrigo Donoso

Soy mujer de campo,
de viento y de tierra,
aquella que enfría
la bruma que espesa,
aquella que duerme
bajo las estrellas
mirando el lucero
y la luna llena;
la que busca leña
pa' la chimenea,
recorre quebradas
y recoge piedras.
Soy mujer de campo,
¡de chuzo y rastrillo!
Aquella que dejó el bullicio
de calles y sitios,
que cambió bocinazos,
insultos y gritos
por el bello canto
de los pajarillos...
¡Soy la que dejó los trajes
de satín y brillos!,
guardó los tacones,
colgó los vestidos.
Los cambié por *jeans*,
ponchos y bototos,
camisas a cuadros,
delantal y gorros.
Soy mujer de campo
mucho antes de serlo
y eso se lo debo
a mis dos abuelos:
mi abuelita Adriana
y mí tata Pedro,
quienes me enseñaron
que todo se logra
con tesón y esfuerzo.

Soy mujer de campo,
de pala y sombrero;
que pica la tierra
y siembra sus sueños,
que cambió escenarios
por naturaleza,
que escribe poemas
de flores y yerbas;
esa que compone
melodías y letras
con sólo tres cuerdas,
¡sin saber guitarra!,
sin tener oficio
y sin ser músico,
sin tocar instrumentos,
¡pero con una orquesta completa
sonando en su cabeza!
Aquella que canta
regando sus plantas.
Y, sin ser cantante,
ni artista, ni nada,
soy mujer de campo
algo solitaria.
Y con la pandemia
me volví ermitaña.
Cambié los olores
y los empujones
del vagón del metro
y sus estaciones
por tomar la micro
rural La Rudilla.
Cambié caras largas,
amargas y quejas
por un "buenos días",
por un "buenas tardes,
¡que Dios la bendiga!",

un "¿le ayudo vecina?".
Mirar por la ventana
disfrutando el camino,
recibir el boleto
y pagar con sencillo.
Soy mujer de campo
que cría ocho perros,
también una Ninfa
más cuatro conejos
y un adolescente
a veces complejo.
¡Soy mujer de campo!,
de lluvia y rocío.
Soy la flor silvestre
junto a los caminos.

Simplemente Isabel.

Primer lugar regional

Cartagena
48 años

Viñas en otoño

Cecilia Vargas Retamal

Qué solas se han quedado las viñas en otoño.
En los trenzados ocres de sus vientres
solo levitan los vaciados témpanos de sus azules ensueños.
Se marcharon sus hijos hacia el sepulcro del roble
y el silencio...
Padecen sus senos de dolor y se crispan sus manos
en llamaradas de sangre y abandono.
De sus laboriosos pechos se vació de golpe
algo más que luz, algo más que sangre
y crucificados soles errantes...
Mi padre gastó sus manos ordeñando
estos dulces acueductos de la tierra,
y lloró de amor frente a cada una de sus órbitas doradas.
La niebla que navega por el valle
en su presagio de frío y albinas temporeras,
suele guiar su rumbo
hacia las antorchas de estas majestuosas
vírgenes de luz y de paciencia...
¡Ah, madres del vino!,
centinelas en el misterioso incendio de las hojas;
duelen de un dulzor y de un tormento extraño,
como un rebaño de ocasos
diciendo adiós apenas sin marcharse.
Por aquí pasó mi madre tantas veces
combatiendo codo a codo con la vida,
quizás, acunando entre su alma,
el primer llanto del racimo y de los pámpanos.
¿Qué buscará en ellas la plegaria del viento
y esa licantropía de la luna mordida en pedazos por la noche?
¿Qué buscarán sus finos dedos abyectos
en el ámbar inmenso de la tarde?
Viñas en otoño...
Parvas de maduros crisantemos.
Hembras vegetales que corren sin correr
hacia el pecho terrestre del valle y la ternura.
Muéstrenme el camino celeste del abismo,

allí, donde tejen sin cesar el néctar puro de sus venas,
muéstrenme sus dioses enterrados,
sus cofres llenos de diademas y arándanos nupciales:
¡el cáliz donde bebe el Cristo de las vides!

Segundo lugar regional
Viña del Mar
57 años

Oda al pueblo chileno

Gabriel Farías Farías

Están silentes, están callados y están mudos.

Desconcertados y perdidos.

Sus manos yacen vacías tras sus colectas de todos sus días.

Cansados y aburridos.

Sus voces se desgastan y sus palabras se consumen.

Cuando en cada noche, en cada vela, en cada cama, rezan a favor de la libertad.

—Sus esfuerzos y sus trabajos y sus premisas de vivir,
han tocado, en lo más profundo a este caudillo peonero.

La patria y el país y la nación

la construyen los gastados dedos de cada mano de esos invisibles.

Arengan a oídos divinos, temprano en la mañana y de pie y sin cansancio, a media tarde.

No tienen derecho alguno de descanso tranquilo y pausado.

De espaldas en sus camas y con ojos mirando al cielo y hasta tarde, refutan en silencioso y lento titubeo:

"Mañana a las 5, que no se me olvide, echar el pan y el choquero para llevar".

—Están forjados por el agua, el sol y la tierra, necesitan un respiro, necesitan una voz de oportunidad.

El calichero en el norte

vive más abajo del sol que abajo del techo de su casa,

trabajando el nitrato por dos fichas de maldita muerte.

Un pan y un choquero y un vinito para olvidar.

Una riña en la esquina, por tres fichas y una decisión imparcial,
entre desrripiadores y limpiachuchos, ambos peones del lugar.

—Me invade la gallardía implacable de luchar.

No contra ellos ni sus pies desechos ni su forma de laborar,

sino contra aquellos que cadenas pusieron

en sus vidas, en sus familias y en sus futuros, sin opción de avanzar.

—Se merecen una silla, escribieron algunos; para mí, se merecen una independencia y un país singular.

Son arraigados a sus tiempos, a sus familias y a sus creencias,

son intolerantes si les hablas de cambio frente al patrón,
y, aun así, silenciosos murmullos se escuchan suaves, cuando cargan sus palas al andar.

Desde el sacrificado salitrero nortino,
hasta el benevolente sureño ovejero de Tierra del Fuego;
desde el yerto pescador mañanero,
hasta el audaz andino minero,
sus sueños implacables han sido oídos por oídos libertadores.

Han derramado sangre y sudor y llantos.
Expulsaron al intruso desconocido de sus tierras, con medida fiera.
Son los sonidos, los movimientos y las araucarias de Arauco,
fueron el filoso cuchillo de la garganta en Putaendo.
Mostraron firmeza imbatible en el Desastre de Rancagua,
y por todo esto y por todo aquello,

—Lucharé en combate y moriré en aquel...

Por aquellos que, en el campo y en el mar,
bajo el ardiente sol y la fría altura,
construyen a su Chile diverso y emergente y esforzado.

Y que su jardinera Violeta rebrote desde el Pacífico hasta los Andes.
Y que su primera mujer luna continúe su brillo en el cielo.
Y que su ternura de niña errante sea ronda de astros eviternos.
Y que su canto alegre de guitarra clavelina se escuche por todos y todas y por cada uno.

Recuerden que hoy es una fiesta, de familia, de amigos y de compatriotas.
Recuerden los colores que se blanden en el firmamento:
el rojo empalme del sacrificio de tu pueblo,
el azul que cubre tranquilo con versos de Lillo,
el blanco recuerda la cima del vigilante pedrusco,
y que aquel telar largo y angosto y sereno lo hilaron millones de chilenas y chilenos.
¡Viva Chile!

Tercer lugar regional
Santa María
30 años

Fantasma

Bernardo Grez

¿Quiénes son esos hombres?, Abuelo.

Arrastran bajo el zapato un racimo de mariposas muertas

tienen la piel arrugada en la frente

de tanto mirar hacia abajo

sin notar el azul

que titila entre las avellanas,

entre los nidales, bajo las nalcas

y en los amasijos de nubes gastadas

cuando sueltan su cáscara cristalina sobre el campo ciruelo

sin oír a las raíces que hablan lentos monosílabos de tierra

entre los cascajos y la fronda suelta,

hablan sin parar sobre lo mágico

sobre lo eterno del *alwe*³⁰.

Esos hombres sangran por el costado de la memoria larga,

por una arteria fría y blanquecina

que derrama siguiendo un antiguo cauce.

¿Qué le han hecho al agua esos hombres?, Abuelo.

Han puesto cemento sobre el potrero

y ahora el agua no entiende,

no camina en puntillas sobre la hojarasca

ni se oye su voz de pájaro blanco

cuando revolotea con picardía entre las rocas verdes,

entre las estrías verdes que rodean mi casa.

El agua ya no puede huir del cerro,

no puede arañar los juncales.

Con su equipaje de piedrecilla y espuma,

se enreda entre los sunchos y las bolsas plásticas

que florecen como digüeños entre las ruinas,

entre los casquetes de bala y la maquinaria encendida.

³⁰ Alwe: "Alma primera del ser humano" en lengua mapuche. Nota del autor.

El agua se ha enmudecido
como lo hace la gallina *kollonka*³¹
cuando ronda el gavilán y las bandurrias aúllan desesperanza.

Su lengua quebradiza yace amurallada,
obligada a las cosechas postizas de hoja blanca corrugada,
de ampolletas de grano vidrioso.

¿Qué le han hecho al árbol esos hombres?, Abuelo.

Han soltado sus pies de raicilla
de tanto apretar el nervio
haciendo saltar su origen de rizoma
como pájaros expropiados que huyen de sus comisuras en la corteza
y abandonan la noche sobre el follaje
mientras la lluvia clava sus dientes plateados
en la veta que asoma por la fisura abierta,
la herida y la cárcava.

El árbol ha hundido su cara en la sombra más sibilina del *eluwün*³²,
ha escondido su derrota
frente a la necedad del ladrillo y su mano seca,
frente el adoquín en la palabra.

Me asustan esos hombres, Abuelo.
Hieren como la peste que tuerce los maizales
y no saben que algunas flores eligen el otoño.

Por eso les diré que, si vienen a mi casa entre abejas amarillas
y traen el *piwke*³³ en un canasto de *ñocha*³⁴,
les mostraré el fantasma del interior de mi interior.

Nos meceremos juntos en el columpio bajo el viejo laurel,
sin plegarias ni cencerros
que alerten a las ánimas celadoras del campo,
para esparcirnos luego como hojas secas
que se atreven a la tierra.

Primer lugar regional
Peñalolén
50 años

³¹ Kollonka: gallina mapuche cuya característica es el no tener cola. Además, pone huevos de color azul o azul verdos (nota del autor).

³² Eluwün: "funeral" en lengua mapuche (nota del autor).

³³ Piwke: "corazón" en lengua mapuche (nota del autor).

³⁴ Ñocha: planta nativa con espinas y hojas alargadas y verdes, utilizada para la artesanía (nota del autor).

Bentónico

Camilo Miranda Moreno

Quisiera contarte
los secretos que me susurraron los mares
con la lengua del silencio y la inmensidad
cuando me hacía astro acuoso
en la pleamar de las horas del día.

Los corales guardan las voces de la desaparición
y la memoria se parece más a un manto de medusas:
ángeles fluorescentes que señalizan el trono de Cristo en las profundidades

que nos empeñamos en conquistar y explotar
hasta que ya no nos queda religión posible.

Se ha roto la comunicación.
El latido del abismo oscuro
ya no me trae las estrellas que bautizamos.
Espero el eco que no me responde
ni me da pistas del regreso,

como yo, que te decía toda la noche que volvería
y que no me esperes despierta.

Hay una toxina que paraliza nuestra historia.

Tu sonrisa
varada en la Playa de Los Enamorados,
un niño intenta saber si estaba viva o muerta
tocándola con un palo.

Te confieso que sólo logro
apagar la lamparilla
al confundir el negro de esta casa de peces
con el negro
de tus ojos.

Y no morirme ahogado en el silencio
reconociendo el olor
del bálsamo labial que usas
para que el viento
no parta tus besos.

Y ahora no queda, amor,
más que olor a arsénico
y peces ennegrecidos por dentro:
es el color de la muerte en ellos,
no comunión de cielo y mar.

Escamas, ojos, aletas,
bañados en carbón;
opérculos, colas, tripas,
bañados en carbón,
y el espinazo
bañado en carbón.

Lavado de dinero,
precio residual por pagar.
Éxito y producción de esta
zona de sacrificio.

Segundo lugar regional

Santiago
32 años

La tejedora

Carolina Ferreira Soto

Lavó en las heridas de la lana
los esqueletos de sus muertos
y dejó que se fueran río abajo
porque ella nacía de nuevo.

Una mano abre las fibras
para dotarlas de aliento.
Ella va diciendo con tramas
íntimos argumentos.

Paisajes tejidos de a poco
trenzando los mates de viento.
Teñía con raíces las lanas
de otros tiempos.

Mientras paría vellones
escarmenados y tiernos.
Y en hileras de colores y años
le puso riendas al tiempo.

Tercer lugar regional

Santiago
58 años

Mi profesor olvidado

Luis Ibarra González

Lo apodaban con cariño
"profesor Alma Llanera",
pues cantaba como un niño
su pasión por Centroamérica.
Era bajito y fogoso,
de caminar siempre altivo,
vestía traje andrajoso
y un pañuelo desteñido.
Su afición por los estudios
se distinguía al instante,
en las aulas, en preludios,
y en un esfuerzo constante.
Era un hábil cuentacuentos,
abogado, consejero,
director de los eventos,
un payasito pionero.
Al observar sus zapatos
con hoyitos en la suela
nos pregonaba en formatos
un gran amor por la escuela.
Muchas veces he pensado
que hasta miserias sufría;
era un tiempo complicado
para la piel carcomida.
Amábamos al maestro
que transformó nuestras vidas;
como un perfecto secuestro
capturábamos sus días.
Cierta jornada nubosa
se diluyó su figura;
dicen que el sol de una rosa
coronó la sepultura.
Como una hoja marchita,
dejó este mundo en invierno,
legando savia bendita
a quienes fuimos su empeño.

Lloramos como retoños
la irreparable partida;
fueron tristes los otoños,
los inviernos, la armonía.
Siento un dolor en el alma
al recordarlo en la sala;
es una imagen de calma,
de abnegación y pujanza.
El tiempo borró la cara
de aquella escuela que amaba;
hoy la carcoma acapara
esta historia ya olvidada.
Profesor Alma Llanera,
cántele a Dios sus tonadas,
Centroamérica lo espera
allá en las tierras sagradas.

Primer lugar regional
San Fernando
71 años

Obra en décimas que relata la añosa historia de por qué antiguamente tan Seguido Se quemaba el cerro Rucatalca

Jorge Urzúa Contreras

Introducción

Es preciso comenzar
esta tan antigua historia
trayendo a la memoria
sin dilación ni tardar
la razón que hubo al nombrar
al mentado Rucatalca.
Su importancia se recalca
como antiguo pukará
y Nancagua crecerá
a su sombra de patriarca.

Ya los viejos chiquillanes
que habitaron sus laderas,
que explotaron sus canteras
y adoraron sus pillanes
conocieron los titanes
que con el viento tronaron
y a todo pulmón gritaron
resonando a todo breque:
es tu casa y es que endeque
Rucatalca te llamaron.

Que en su cumbre el diablo andaba
en zaranda rayuelera
y que se murió en la espera
una india que era esclava
y que enamorada estaba
del que era su carcelero.
Cuánta historia tiene el cerro
del que les diré ahorita
la historia de una viejita
de un patrón y su cruel perro.

Relato

I

Los más viejos yaquilinos³⁵
de hace ciento y tantos años
cuentan hechos muy extraños
de unos pobres inquilinos
que abusados como *indinos*³⁶
por un viejo muy remalo
que a punta de puño y palo
les negaba hasta la leña
siendo que la *qu'era* dueña
se las daba de regalo.

II

Viuda y sola hacía rato
del cerrillo bien *pa'* arriba
a buscar la leña iba
cada día doña Pato
y se *treida*³⁷ un buen hato
de tebillo bien fibroso
y de un boldo bien añoso
sacaba harta leña seca
que al quemarse se trastrueca
en humito oloroso.

III

Cada día hacía el viaje
tempranito en la mañana,
*chalupiaba*³⁸ ya la anciana
cerro arriba ese lomaje.
Disfrutando su paisaje
con alguna cancioncilla,
recogiendo alguna astilla,
un palito o algún leño
mientras que espantaba el sueño
cuando el sol se asoma y brilla.

³⁵ Yaquilino: gentilicio de Yáquil, localidad de Nancagua (nota del editor).

³⁶ Indinos: léase indios (nota del editor).

³⁷ Treida: léase traía (nota del editor).

³⁸ Chalupiaba: léase caminaba (nota del editor).

IV

Relatan los que supieron
esta muy antigua historia
que hoy se viene a la memoria
entre sombras que murieron.
Estos hechos sucedieron
en una fría mañana
en que una viejita afana
recogiendo su leñita
con su espalda encorvadita
por su vida tan insana.

V

Avanzaba la mañana
serían la ocho y media,
se desató la tragedia
que tiñó la tierra grana
desta pobre y triste anciana
que por unos pocos leños
vino a oscurecer el ceño
de aquel administrador
que sembró el frío terror
en un ya lejano antaño.

VI

El entrechocar de espuelas
y los cascos de un caballo
el entre crujir de un tallo
alertaron a la abuela.
Un latido se le huela
en el pecho sin respiro.
A su lado suena un tiro
Y detracito va un grito.
Ay, Jesús, mi Dios bendito
Y se congeló un suspiro.

VII

Un hato de leña al suelo.
Entre revuelo de faldas
un enorme perro ladra.
Con fiereza toma vuelo
y agarrando por el pelo
tiró a la viejita lejos.
Arrancaron los conejos
y volaron pajaritos
entre lamentos y gritos
vuelan carnes y pellejos.

VIII

Y este sátrapa tirano
viejo *re'* contrasalvaje
agarró vuelo de un viaje
con el rebenque en la mano.
Qué cristiano tan malsano
que azotó con impiedad,
con enojo y con maldad
que la dejó desmayada,
creyéndola ya finada
es la purita verdad.

IX

Ya en su caballo montado
y el perro que ladra y ladra
con sus dientes que taladra
hasta quedar agotado.
Con un grito de su amo
el perro deja su presa.
La viejita allí profesa
con el alma *to'a* dolida
una maldición sentida
entre sangre y hiel espesa.

X

“Cada año en esta fecha
el fuego habrá de nacer
Y vo'h te vay a perder
y arderás como una mecha”.
Y así al morir y maltrecha
se jugaron los destinos
se juntaron los caminos
la parca cobró su cuota.
Y sobre ese cerro flota
un oscuro y negro sino.

XI

Pasó el tiempo día a día
el otoño llegó luego
con su calma y su sosiego.
La lluvia y su algarabía
con su danza de alegría
hizo florecer las flores,
dando miles de colores
al llegar la primavera.
Con flores hizo una estera
a una tumba de dolores.

XII

Cuando el tiempo se cumplió,
se hizo verdad la promesa.
el cerro como pavesa
en fuego furioso ardió.
Y aquel hombre allí partió
para aplacar las llamas,
lo cubrió el humo y las flamas
y el sol se le perdió.
Allí mismo se acordó
de aquel olvidado drama.

XIII

Antes de entregar su alma
entre llamas vio una sombra.
Volver a verme te asombra,
habló la vieja con calma,
y tendiéndole la palma
le dijo: vente conmigo.
Ya nunca más te maldigo
Dios en su misericordia
ya no quiere más discordia
ni tampoco más castigo.

XIV

El destino, sin embargo,
quiso entregar su lección.
Por cien años el bribón
al Rucatalca puso a cargo
con su brazo bien relargo.
Por cien años prendió fuego
manteniendo ese cruel juego
de hacer al cerro cenizas,
hace un siglo que le atiza
a las llamas sin sosiego.

XV

Hoy, las llamas ya no vencen
A los litres ni a los robles,
ellos se elevan nobles
junto a flores que florecen,
cada año reverdecen
en festejos de alegría.
¡Ay que bella algarabía
la del viejo Rucatalca!
Su nobleza se remarca
en Nancagua cada día.

Segundo lugar regional
Nancagua
57 años

Plegaria de la tierra

José Rocha Herrera

I

Dios que llenaste de cielo
el sol y el cuenco del trigo
y que ungiste con los higos
de la miel el dulce velo,
vengo a pedir por tu suelo
por los pechos donde el ave
amamantó cuerda y llave
de su vuelo y de su canto
y el río lavó su llanto
como la mar a sus naves.

II

Han llenado de cemento
la luz de mis cereales;
talado mis manantiales...
borrado como un acento
de mis venas los lamentos.
Pero hay fulgor en mis manos:
como el arado lejano
melgando en flama el cometa.
¡Yo soy la sangre y la veta
de las flores y del grano!

III

Cristo mío del madero,
yo soy tu costilla agraria,
la preñada y solitaria,
la que teje con esmero
fruto, rosa, el aguacero.
No me sueltes de tus brazos
cuando invade a latigazos
la ciudad mis alamedas;
soy del copihue la seda
de tu costado retazo.

IV

Cuando la noche galopa
tras sus tropillas de estrellas
y en la noria una centella
de un astro llena su copa;
mis dedos son una estopa
en la cruz de los cerezos.
Soy la madre, cuna y rezo
en la herida del labriego,
la dulce calma el espliego
entre el vástago y su alezo.

V

Qué sería, mi Señor,
de estos campos sin sembrado,
sin el canto enamorado
de la tórtola al albor,
por el paso destructor
del hombre y sus avaricias;
se apagará la caricia
del viento sobre los sauces,
y la montura del cauce:
¡colgada por la injusticia!

VI

¡Oh, mi Señor, nazareno!,
también yo soy tu María,
que trabaja noche y día
bajo el sol o del sereno;
la leche, la llama, el seno
de todas las primaveras,
la que reparte en las eras
de tu sangre la ternura
y de toda creatura:
bajo la cruz cabecera...

Tercer lugar regional
San Fernando
57 años

Te nombro *pa'* recordarte

Joaquín Rebolledo

En esta tierra lejana,
escapando de Santiago,
entre litre y boldo vago
en este cuerpo de anciana.
Una tarde ya lejana
al campo vine a vivir,
mi alma al cuerpo quise unir
en el monte en la oración,
inventarme un corazón
y un lugar donde morir.

La casona de mi padre
tiene *varia'* habitaciones,
yo me pierdo en sus salones
como gorrión sin su madre.
Tengo perro que me ladre,
me cuida en la noche oscura,
con él me siento segura
de mi mente traicionera
y de *to'o* lo que está afuera,
el dolor y la amargura.

A las orillas del río,
abajo de un cielo inmenso
ay, jilguerito indefenso,
anidaste en pecho mío
buscando amparo del frío
herido 'e melancolía,
con la mirada vacía,
triste como higuera seca
leí el dolor en tu mueca
y te di lo que comía.

Te enseñé el canto 'el pastor
pa' que *olvidarai* tus penas,
imaginaria condena
que te encadena al dolor,
no te deja ver la flor
que da *sentío* a la vida
deja 'e pensar en tu herida
y contempla *to'o* el paisaje
vivir requiere coraje
y es muy larga la caída.

Soy las ruinas del lugar,
soy una jaula vacía,
yo vivía en agonía,
pero llegaste a iluminar
esta vida por azar
con tu búsqueda e' sentido
mi chincolito perdido
haz tu propia melodía,
tení tiempo todavía
yo ya solo escucho ruido.

Te nombro *pa'* recordarte
y arrancarte del olvido.
En estos últimos días,
cenizas del mundo antiguo,
me traiciona la cabeza
solo queda la cadencia,
el cuerpo es una palabra
se me olvida su sentido
nada me hace recordarte
esta casa está vacía.

Primer lugar regional

Curicó
31 años

La partera de campo

Julio Corvalán Norambuena

Ella entró en labor de parto estando lejos de la ciudad.
No hay apoyo, ni caminos que la puedan ayudar.
Esos gritos desgarrados no me dejan de asustar,
traigan pronto a la partera, porque luego parirá.

Que venga ya la comadrona, *pa'* que nazca otra amistad,
otro hijo de esta tierra, otro *guaina*³⁹, en fe y bondad.
Pa' que crezca entre las melgas, en la montura y el pretal
cual baquiano arriando estrellas y palabras de hermandad.

Traigan pronto la partera, que la vayan a buscar,
que traiga al mundo otro niño, otro obrero *pa'* labrar.
O tal vez sea una niña, una cantora angelical,
que amase pan cada mañana y plante dalias y un rosál.

Traigan pronto a la partera. Sin demora, sin chistar.
Pa' que ayude en la faena, de dar a luz otro ejemplar.
Un paisano de estos campos, de esos simples, de verdad.
Campesino de tomo y lomo, campesino de camppear.

Traigan pronto la partera, que la vayan a buscar.
Que la traigan con sus hierbas, manzanillas y arrayán.
Con jengibre *pa'* las náuseas, y jazmín *pa'* relajar.
Saquen hojas del frambueso *pa'* que pueda amamantar.

Traigan pronto la partera, sin tardanza, y mucho afán,
va a parir por vez primera, pongan agua a calentar.
Hiervan paños y un fajero, cuchara de lata *pa'* cortar
el ombligo del chiquillo. Caldo e' gallina *pa'* la mamá.

³⁹ Guaina: persona de poca edad (nota del editor).

Traigan pronto a la partera, a los pairinos y al papá
Pa' que mande hacer fiesta, porque hay que celebrar.
Prendan velas a San Ramón, *pa'* que nazca en sanidad.
Madre e hijo sin problemas, sin dilemas a lamentar.

Traigan pronto la partera, la Dominga, por favor,
setecientos críos trajo al mundo, ella es nuestro bastión.
Que venga ya la gran Dominga, *pa'* empezar con su labor,
la partera de los campos, la mejor de esta región.

Segundo lugar regional

Longaví
50 años

La animita Sin nombre

Cristián López Basualto

La animita va cuidando
de noche por los senderos,
iluminan sus velitas
protegiendo a los viajeros.

I
Dicen que *pa'l* Frutillar
en una de sus grutitas,
se escuchan las animitas
de unas guagüitas llorar.
Se aprecia en el deambular
del viento, de cuando en cuando,
el llanto que va lanzando
su mamá que las dejó
y aunque muy mal se portó
la animita va cuidando.

II
Espesa la noche oscura
se apodera del lugar,
cuando se siente pasar
la mamita sin cordura.
Espanta cabalgadura,
también seca los *güergüeros*⁴⁰.
No hay tránsito de viajeros,
sólo pasan los *curaos*,
que son envalentonaos
de noche por los senderos.

⁴⁰ Güergüeros: léase "las gargantas" (nota del editor).

III

Hace llorar a los perros
 en cada noche sombría,
 al hombre perder su hombría
 ahuyentándolo a los cerros.
 Sus gritos como cencerros
 bajo las sombras contritas,
 clama sus crías benditas
 (sus almas que andan errantes),
 y tal como hoy, ayer y antes
 iluminan sus velitas.

IV

Anoche estaba en mi ruca
 un mate amargo cebando,
 pasó un chonchón⁴¹ aleteando
 helándome hasta la nuca.
 "Hoy la verdad no se truca"
 —cantó el bicho carbonero—
 "A quien llora el aguacero
 la empujaron del barranco.
 No es mala, guía sus trancos
 protegiendo a los viajeros".

Despedida

Al fin era puro cuento,
 rama de ruda bendita,
 ella no mató sus guagüitas,
 fue otro el padecimiento.
 El real acaecimiento
 es que a ella la mataron,
 cuatro hombres que la ultrajaron.
 Aún siguen en libertad.
 ¡Pagarán por su maldad!
 ¡Juro!, ya se condenaron.

Tercer lugar regional
 Constitución
 45 años

⁴¹ Un chonchón es una criatura de la mitología chilota. Corresponde a la cabeza de un brujo que, transformada en ave, interviene en el mundo real. También se conoce como "Tue tue".

Romance del hombre y la vid

Rolando Mancilla Veliz

La parra extiende su cuerpo leñoso trepador,
viste sus sarmientos con la palma abierta de sus hojas.
La madrugada habla en silencio con la mano podadora
que los años mimetiza las arrugas del agricultor.

Sus ojos se han vinificado con el tiempo,
la niñez prendida en los racimos centenarios;
cada año, cada vendimia, en un nuevo nacimiento
bajo la sombra del adobe que resiste
el azote de las lluvias, de los truenos y de los vientos.

Por la boca de las viejas techumbres
exhala la incineración de la madera
colmado ese universo que corona la vieja higuera
con la bendición del pan recién amasado
que besa la boca familiar como rito sagrado.

Brujas en la era despliegan sus siluetas a la luna,
ofrecen sus pámpanos de jugosos racimos.
El hombre se rinde al sueño de ojos abiertos
atento a los nuevos cercos que tragan tradición.

Otra noche se desploma sobre las tejas,
el viejo adobe se abraza a la oscuridad.

Primer lugar regional

Coelemu
55 años

La frambuesa de mi arcilla

Felipe Rodríguez Cerda

Para tus pedales que se mueven,
saber en saber
de mi taller
a tu quehacer.

Una carretela de deseos te mando desde Quinchamalí a tu secreto.
Murciélagos arrastran otra noche sin ti a duras penas.
Manta negra, noche lana,
¿cómo estarás por otros campos?

Como al bus que nos lleva al pueblo
una vez a la semana
al amanecer
te espero de veras.
A veces me imagino buscando el barro negro
en tus ojos, Chinito;
agregar arena fina *pa'* mejorar la mezcla,
pa' que no se arrebate
pa' que nada se trice
y que bajes de la cordillera Catarata.
Mientras yo acaricio la tierra
doy formas a la vida,
le hago ollas a los caldos,
le hago vasos a los vinos,
le hago vasos a los vinos.

Pero antes, debes saber, Chinito,
que sé manejar el fuego fluido.
El barro se cuece a novecientos grados,
guano quemado,
palabras de un sábado en el estero.

Se enfría lenta la loza,
baño de barniz la superficie,
tan negro que brilla
tal cual tus ojos
el toro oscuro que te mira.

No puedo cantarte bonito,
pero te moldeo una guitarrera.
Los girasoles se sorprenden,
un zorro se nos atraviesa en el camino,
la frambuesa de mi arcilla te obsequio,
un microcosmos de barro negro.

Segundo lugar regional
Chillán
26 años

Mi infancia

Daniel Mardonez García

Crecí con piso de arena
en casa de adobe y paja,
no tuve grandes ventajas,
mas mi infancia fue muy plena.
Mi madre cortaba leña
con un hacha muy filosa,
luego lavaba la loza,
daba comida a los perros
y encendíase el brasero
con que secaba mi ropa.

Con que secaba mi ropa
en un secador de mimbre,
con olor a arbustos libres,
con olor a humo y a rosas.
El color de verdes hojas,
la luz de un cielo estrellado
que era cual libro olvidado
lleno de sabiduría
y al caerse una pedía
por mis ancestros pasados.

Por mis ancestros pasados,
hijos de la agricultura,
del vino y de la herradura
del buey, el yugo, el arado.
Triste viejo apatronado
por el puñal del feudal
que les daba leche y pan
para criar a sus hijos
trabajando para ricos
sin la opción de progresar.

Sin la opción de progresar
mi abuela secaba lana
para abrigar nuestra cama
dando calor al hogar.
Su vida fue trabajar
y criar hijos ajenos
que se sentían los dueños
de las estrellas y el mar,
con el poder de mandar
y denigrar al pequeño.

Y denigrar al pequeño,
mi padre fue inteligente,
lo valoro por valiente
y por luchar por sus sueños.
La construcción fue el diseño
que trazó con su señora
pa' poder "parar la olla"
muy lejos de sus tres hijos
que anhelaban el cobijo
de su padre por la aurora.

De su padre por la aurora
me enamoró la guitarra,
sus cuerdas como campanas
me enloquecen hasta ahora.
Con una vieja cantora
aprendí los afinares
de cultores populares
que atesoro con el alma
por ser el canto que guarda
alegrías y pesares.

Alegrías y pesares,
me enloqueció la armonía,
acordes que en sintonía
dan sentido a mis cantares,
las notas que cual caudales
desembocan en el mar
y hacen al alma nadar
en la pureza profunda.
Es la inconsciencia que inunda
este océano mortal.

Este océano mortal
viajé muy lejos de casa
dejando atrás la coraza
y el apego maternal,
mas nunca podré olvidar
el amor por mis raíces,
pues fueron sus cicatrices
las que calaron profundo
y van llenando mi mundo
de experiencias y matices.

Tercer lugar regional

San Carlos
29 años

Compromiso

Alejandra Ziebrecht Quiñones

Nunca quise ser lo que soy,
 lo que soy se hizo dentro de mí y tuve que aceptarlo.
 A golpe se hizo todo cuanto he llegado a ser.
 Usted que lee esto no lo comprendería,
 no acertaría con el inicio de la historia
 porque todas nuestras historias son paños deslucidos
 que tiemblan al alero de la noche.
 En la colina las mujeres ven llegar la primavera
 como si fuera un tren muy esperado
 una carta o algo por el estilo, que las pone contentas
 luego del trabajo, los sinsabores, los golpes como rayos en el cuerpo.
 "Así es la vida", dijo mi madre, "te la tragas sin atorarte",
 mientras me acicalaba el velo blanco sobre la cara.
 Afuera, los comensales abrían el vientre de un cerdo
 y el olor colmaba toda la casa
 y las flores en mis manos y el hombre bueno del pueblo
 "y la suerte que tiene esta", decían las otras mujeres
 como si yo no fuera nada, como un premio de consuelo.
 Y bajamos el camino hasta la iglesia como si fuéramos deudos,
 y salimos de la iglesia felices para siempre.
 Cuando se comieron la carne del cerdo,
 cuando se acabó el vino y corrieron a pedir fiado
 a nombre de los esponsales,
 la noche del campo se abría como un velo
 y el hombre vino por mí
 como si fuera una presa
 que le estorbara en el plato.
 Mi madre bailaba bajo el parrón y me hacía guiños
 como si fuéramos cómplices de algo.
 Asomaba el día de primavera y los animales se impacientaban
 en los potreros,
 cuando él me dijo "desde hoy eres mía".
 Nadie me advirtió que sería propiedad de alguien lo que era
 ni lo que pensaba ser.
 Ahora miro el amanecer abrirse paso
 atontada de golpes — dice mi madre que me dejaron—,

pero la luna es inmutable como mi naturaleza
y la primavera me asalta como un golpe de campana
muy adentro del pecho.
Las mujeres del campo dialogamos con las estaciones
no importa qué quieran, qué nos hagan,
nosotras somos la naturaleza
con sus grietas y sus abismos y sus tempestades y sus frutos.
Y más adentro de mí, como un surco negro,
siempre anida una esperanza de fruto,
algo que llevarme a la boca, como un sueño.
Nunca quise tanto lo que soy como en este instante
en que observo las cicatrices de la tarde
lo rojo, lo tenue, lo imparable
como mi deseo de soledad,
de ser en esta soledad que tejí para mí, liberta.

Primer lugar regional

Talcahuano

61 años

El entierro de Marileo

Samuel Suazo Vargas

Por los campos de Quilleco,
entre las espigas y las flores,
en los caminos de Marileo
sudario de hierba *pa'* los hombres,
por allí pasa un lugareño,
mitad viejo, mitad joven.
Una serpiente va subiendo
por sus barrancos de mechones.
Zapateando en Marileo
el animal huye por el bosque.
¿No ves que está impidiendo
que el diablo te convoque?

Comenzó a escarbar la tierra,
comenzó a enterrar su nombre.
Pronto dio con la culebra,
tarde dio con los folclores.
Estrangulando y sin montera
la regaña este Quijote,
pero se disipa como niebla
dejando carga *pa'* los hombres.
¡Ah, se doblan las caderas
de los tulipanes y los robles!
¡Se van moviendo las letras
de estos verdes callejones!

Retomando el sendero
y buscando a los pastores,
hace gala de un trofeo
que a la muerte lo absorbe.
Un dosel de luna y de overo
va empapando su nombre.
Pide ayuda a los viajeros,
mas ninguno le responde.
Los cardos con sus pernos
le niegan los olores.
Paralizado en Marileo,

nadie lo ve ni lo oye.
Las arbóreas catapultas
lo golpean con sus flores.
Por los pétalos cual lluvia
se refugia en el bosque.
El trofeo lo embruja;
hace un viaje por el monte.
Para salirse de la tumba
cruza tres ríos del orbe.
Encanecida está la luna
por los malignos perdigones.
La maldición queda desnuda,
¡ya no suenan sus acordes!

Salpicado por la tierra,
regresa vivo de Marileo.
¿De dónde vienen tus huellas
que estás henchido de silencio?
"Yo vengo de la naturaleza;
estoy vivo, estaba muerto.
Me emboscó una culebra,
arrastrándome al infierno".
Ocultas en trincheras
aguardan las bestias de Quilleco.
Apenas tengas la sospecha,
corre y no tomes sus obsequios.

Segundo lugar regional

Coronel
25 años

★
Paisaje

Rosa Inostroza Rodríguez

La tarde es un trapo oscuro.
Acarrea el peso de todas las tardes
en su caída sobre el mundo.
He visto los animales como manchas oscuras
transitar a sus refugios.
Lentos, como si no pudieran con la carga
de la noche.
Llegué de lejos
sorteando los inconvenientes de la existencia,
nacé bajo el sol del norte
donde la tarde atrae frío y ganas de cobijarse.
Abrí surcos y vi su interior reseco,
mientras yo germinaba en hijos
que buscarían la tierra y anhelarían el agua
que sólo dejó la huella de su curso,
infructuoso andar sobre las piedras.
Fui maestra en la multiplicación del pan
hasta que el trigo perdió su baile en la campiña.
Apreté los recuerdos y salí como viento terroso
y fúnebre a caminar los intervalos del odio a la belleza.
Aprendí a observar las tonalidades del día
su aullido, su caricia, su grito de apareamiento.
Ahora cae la tarde como algo que se encamina hacia la nada
—mutación que apenas percibimos—
Así me hice.
Aquí el agua tiene un ruido de beso que no acaba.
Su canción viene y da sus frutos.
Aquí, en el límite de la tierra
los fantasmas navegan las tempestades,
las brujas tienen bosques que las sustentan
y las ánimas transitan por todos los caminos.
El sur es una larga galería de sombras.
Los hombres pasan de madrugada por entre la niebla
como un sueño y sus sueños predicen las tormentas.

Los vivos y los muertos conversan de sus cosas
bajo el alero del establo, alumbrados por mi lámpara.
Acá la memoria jamás se colma,
los recuerdos crepitan en el fuego
y luego son cenizas
que mañana volveré a atizar para que no se extingan.
Mi nombre es la semilla que la noche
esparce sobre la tierra.
Esta soy,
la que va con sus animales abriéndoles el paso
entre las tinieblas calmas de la mañana,
la que cocina y guarda leña para el invierno
cuando la nieve deja entre paréntesis toda esta existencia.

Tercer lugar regional
Concepción
61 años

El hombre del cerro

Cecilia Vidal Armazabal

Bajó el hombre del cerro, en su caballo barroso.
En sus ojos añosos brotaba el reflejo de grandes sacrificios: porque así lo requería el oficio.
Traía en su compañía un gran perro negro azabache, al arreo un piño de ovejas, su vestimenta llena de remaches.

Caía una lluvia fina, aquella que moja despacio.
Su ánimo firme y en la montura el lazo.
Aquel camino gredoso, testigo de sus gritos ensordecedores, retumbaba el eco en el bosque espeso y sus verdores.

Ya llegaba la tarde de manera apresurada.
El caballo apuró su tranco junto a la manada.
Como algodón caído del cielo, una neblina muy espesa se manifestaba; en forma diligente al afanoso hombre escoltaba.

Aulló el perro despavorido al ruido que venía de un zarzal. "¡No es nada!", le dijo su amo.
¡Vamos! ¡Vamos! Debemos avanzar.

Así siguieron su rumbo por aquellas lejanías.
Su corazón lo sabía, en casa nadie esperaba.
La rosa más primorosa un día se marchitó,
no fue suficiente el agua. Dios, a los cielos
la llevó.

El recuerdo lo mantenía para vivir la vida,
en esa alma escondida las heridas y el dolor
no se veían.

Pasó la mano en su frente, suspiró lentamente
junto a aquel torrente, refrescó su garganta
y silbó al compás de un pájaro que canta.
Subió de un brinco al caballo, soltó las riendas,
galopó por aquellos terruños, y junto a su perro
se precipitaron en una divertida contienda.

Primer lugar regional

Temuco
37 años

La tejedora

Angélica Beltrán Barraza

Allá donde esté
ella tejerá los cielos y los prados,
se extenderán los lienzos para sus flores y de cada árbol penderán manzanas.
Las matizará de verde y recreará los senderos de su niñez.

Talcamávida y los caminos amarillentos del campo donde creció.
Sus zapatos cenicientos y la mano de la madre a quien tanto amó.
La mirada curiosa y la voz de una niña que permaneció por siempre en aquel lugar.

Allá donde esté
será la arquitecta de nuestros recuerdos,
nos enviará la fragancia que envolvía en bienestar,
temura y generosidad.

Hay mujeres que multiplican el pan.

Ella existe en los colores,
en los arboles de los cielos de Lebu,
y en las piedras perfectamente circulares de las playas de Porma.
Ella es el refugio de una niña,
un dulce de algodón de azúcar en la plaza de un pueblo, una tarde cálida de septiembre.

Llueve en Temuco y vienes a mí, gota a gota bajo las nubes.
Llegas con los aromas de la comida caliente, con el crepitar de los leños en la cocina.
Llegas en una hoja de acuarelas y las manos de una pequeña.

Riego el árbol sagrado de los ancestros,
estás tejida al cielo y la noche,
al invierno y al verano.

Eres la belleza de un lago con aves que pigmentan sus plumajes.
Eres como Nahuelbuta, majestuosa y serena.
Conectas las regiones de los territorios indómitos, Ramona.
Llegas a mis arterias y habitas La Araucanía.

Segundo lugar regional
Temuco
38 años

Copihue Soy

Lily Salvo Torres

Soy una chispa encendida, una pasión escondida,
 una hoguera escarlata, una ilusión que mata,
 una bailarina valiente, electrizante corriente,
 una guerrera indomable, un goterón admirable,
 una araucana que grita, un corazón que palpita,
 una novia penitente, soy el sudor de tu frente.
 Soy la sangre derramada, la libertad usurpada,
 soy utopía ardiente, Araucanía valiente;
 soy un bello rubí, soy un rayo carmesí,
 una explosión bermellón, un intenso nubarrón,
 soy una braza caliente, una fragua candente,
 soy un delirio encarnado, un amor apasionado,
 soy frenesí color grana, repiquetear de campana,
 soy lava efervescente, soy una loca demente.
 Soy colorada efusión, condensada ilusión,
 soy indómito fervor, de la injusticia clamor;
 soy eterno frenesí, de pétalos carmesí,
 soy la furia desbocada, naturaleza alocada,
 soy una campana roja, coronada de verdes hojas,
 soy un incendio bermejo, soy de tu alma el espejo.
 Avidez en expansión, soy perpetua excitación,
 soy un disparo de alegría, una constante armonía,
 detonación permanente, erupción incandescente,
 estruendo de los callados, soy la voz de los borrados
 por la lucha de esta tierra, en interminable guerra.
 Soy el goterón de sangre, cuajado en la masacre
 de mi estirpe mapuche. Guarde silencio y escuche
 el grito desesperado, por siglos acallados;
 soy disparo que implora, justicia que aún no aflora,
 exaltación permanente, de la vida el afluyente.
 En una flor cuajada, soy una espina clavada
 que se desangra en pasión, soy del pueblo rebelión
 que se derrama y florece, y en las ramas se estremece
 orgullosa flor nacional, sentimiento pasional
 toda belleza consigue; señores, soy el copihue.

Tercer lugar regional

Temuco
 62 años

Soy la nada rural

Mauricio Orellana Díaz

El sentimiento desolado de la piel,
la transmutación mágica del amanecer,
un canto ignoto
los números regionales desvanecidos por la flama cerebral,
la vuelta al escenario urbano.
Soy variable
como las lágrimas en el lavatorio sonante.
¿Qué hacer para olvidarme del hambre?
¿Tomar un arma diletante que sonrío al universo?
Soy el follaje brillante también
cuando salgo de la soledad rural,
cuando la prosperidad se apodere de mí
saltaré las reglas urbanas
y dormiré desnudo al sol primaveral.
Ya no tendré hambre
y mi espejo reflejará
la pureza del pensar,
el amor a la oscuridad desaparecerá
como el día y la noche
yo viviré
para desaparecer en los versos recreados por la imaginación.
Con la creatividad copiosa
seré la rosa de Shakespeare,
seremos plurales
un margen al borde.
Soy la nada rural que canta, baila y respira.

Primer lugar regional

Valdivia

47 años

Mi hermana y el Silencio

Luz Acuña Aguayo

Hermanita, te suplico que me cuentes,
 ¿por qué profundidades caminabas?
 ¿Qué absortos y ajenos tus sentidos
 olvidaron el encanto de los pájaros,
 la belleza de las flores y, en los prados,
 sus aromas al viento enamorando?
 El camino que tomaste te engañó,
 te llevó hasta el universo de la nada
 donde reinan el frío y el silencio,
 donde se petrifica la mirada;
 tu sonrisa en ese mundo no hace falta
 y huyó de tu rostro hacia el espacio.

Insomne vuelo cada noche a la ribera
 de ese río que se llevó tu aliento,
 y ahí te encuentro, mariposa inerte.
 Tu mirada prendida de una estrella,
 beso tu frente, ya serena, y es de nieve,
 beso esas manos que lavaron mil miserias.
 Grito tu nombre y se lo lleva el viento,
 solo el eco en las montañas me contesta,
 mas no tus labios, que ya duermen para siempre
 ese sueño que es un pacto con la tierra.
 Eres copihue que ha rodado hacia el abismo,
 eres espiga que tronchó una cruel tormenta.

Obrerita sin sueldo y sin horario
 hacías acogedora la pobreza;
 yo sé bien de esa jornada interminable,
 solo lluvia de incomprensión por recompensa.
 La soledad te siguió paso tras paso
 y yo distante te privé de mi presencia.
 Seguiré solitaria este camino
 que más árido se torna día a día;
 tú, gran amiga y confidente, ya no estás.
 ¿Adónde iré con mis penas y alegrías?

Tu ausencia total es un invierno,
se aferra a mi piel y me lastima.

¡Ay hermanita! Me negaste el consuelo
de saber de tus tormentos y renunciás.
¿Acaso pensaste que tus lágrimas,
nunca, jamás, mi corazón rozaron?
Una cadena consecuencia de lo ignoto
me atará para siempre a la penumbra.
Cuánto lloraste, ya jamás podré saberlo.
Hierro candente me lastima el pensamiento.
Porque no pude detener tu vuelo cruel
mi canto vestirá luto perenne.

Pero un día yo también me dormiré
y bajaré contenta al mismo lecho
donde descansas para siempre de tus penas,
y peinarás de nuevo mis cabellos
como hacías en la infancia, ¿lo recuerdas?
¡Rescataré tu sonrisa con mis cuentos!
Y hablando la lengua de las flores,
¡tejeremos feliz la primavera!
Y cantaremos a dúo la alegría
a la autora de la vida que es la tierra.
Ella solícita el mensaje emitirá,
simbolizado en mil corolas de azucenas.

Segundo lugar regional

Los Lagos
76 años

Newen mahuida ("Fuerza de la montaña")

Ramiro Norambuena Morales

Ayer estuve allí,
 me adentré en tu vientre virgen
 plagado de humedad
 y de silencio.
 Me recibieron cordiales el canto del chucao
 y la brisa del puelche
 filtrada entre coigües y mañíos.
 Sonora la vertiente
 presurosa va en busca del camino
 para entregar sus aguas prístinas
 al majestuoso e imponente río.
 Allí refresqué mi frente,
 junto al helecho que te robó un beso
 para erguir su cuerpo tembloroso
 entre el quilanto presumido.
 Desde lo alto, el elegante mañío me saluda.
 Junto al florido ulmo,
 el arrayán con tronco de arreboles,
 la fragancia del laurel y de la tepa.
 He tenido que viajar en el tiempo hasta encontrarlos
 acá en esta lejana serranía,
 donde la ambición humana no ha podido
 quebrantar tu corazón en agonía.

Con fuerza se aferran tus raíces
 a la roca de la cordillera viva,
 que como una madre te cobija
 y te asila en tu desesperada huida.
 Bosque valdiviano
 plagado de lianas y avecillas,
 fresco como tarde de otoño,
 silencioso como anciano lleno de sabiduría,
 te aferras a la vida
 nutrido de la lluvia sureña
 que con su manto te cobija.

Tercer lugar regional
 Lago Ranco
 53 años

La rogativa

Valentina Reyes Rebolledo

En el sur hay una tierra
habitada por un niño
y un padre que, con cariño,
a un viejo sueño se aferra
Sus manos se las entierra
por sus principios austeros
y con sus ideales fieros
con su pala agua encontró,
y en un acto demostró
el amor con sus esmeros.

Él construyó pozo y casa
y con su niño al lado
trabajó con el arado
en la tierra que lo abraza.
Pero la lluvia se atrasa
en un grave desaliño
y el hijo ve el escudriño
del padre al perder la fe
y espera el milagro que
al viejo lo vuelve niño.

“El amor con sus esmeros
al viejo lo vuelve niño
y al malo sólo el cariño
lo vuelve puro y sincero”
Violeta Parra

Seco el pozo ya se hallaba
 y el padre a cuestras traía
 agua de la lejanía
 de un río que se secaba.
 El We Tripantu⁴² llegaba
 y con convicción el niño
 de semillas hizo un piño
 que a su *rehue*⁴³ le ofrendó
pal padre lluvia pidió
 y al malo solo el cariño.
 Y solo quedó esperar
 de la *ñuke*⁴⁴ la respuesta
 a la petición modesta
 que el niño le hizo al rezar.
 Y aunque esta tardó en llegar
 sintieron bajo un alero
 cómo vino el aguacero
 a bañar la tierra madre,
 lluvia que también al padre
 lo vuelve puro y sincero.

Despedida
 Cuatro días a su casa
 un arcoíris la rodeó
 y el niñito agradeció
 el agua que ya era escasa.
 La alegría los rebasa
 cuando el pozo se les llena
 y el niño siente que es buena
 la *ñuke*, que escucharía
 que él solamente quería
 calmar al padre la pena.

Primer lugar regional

Frutillar
 34 años

⁴² We Tripantu: celebración del Año Nuevo mapuche que se realiza en el solsticio de invierno austral (nota del editor).

⁴³ Rehue: tronco sagrado y escalonado donde la machi escala, ora y sana enfermos. También se le llama de esta forma a la pequeña agrupación de familias que ocupaban un mismo territorio y compartían el mismo *rehue* (nota del editor).

⁴⁴ Ñuke: voz mapuche para "madre" (nota del editor).

Sentir el monte renoval⁴⁵

Felipe Vásquez Soto

Entré al bosque renoval,
ahí me quedé mirando
con mis ojos divagando
en el verde natural,
encontrarse en lo esencial
por su magia absorbido,
yo pequeño y abatido
por su incólume belleza
me arrojé a la proeza
de despertar mis sentidos

Olfato

En tu húmedo aroma
hoja y tierra se combinan
y al viento le propinan
su fragancia policroma,
entre ella se asoma
el meli⁴⁶ y su esencia,
el canelo y su presencia
de perfume ancestral,
efluvio de renoval
que es loción de mi existencia.

Oído

Entre el barullo animal
la algarabía de hojas
a mi oído tú me arrojas,
sinfonía natural
el chucao magistral
de este bosque el tenor
se acerca sin temor
y me canta una tonada
con el viento va coreada
canto silvestre folclor.

⁴⁵ Renoval: término empleado en silvicultura y ecología forestal, para hacer referencia a un bosque joven (nota del editor).

⁴⁶ Meli: árbol nativo mirtáceo de tronco blanquecino, flores blancas y olor semejante a naranja (nota del editor).

Vista

Miro al cielo recostado
 que aparece entre tus ramas
 con las hojas como cama
 que los coigües me han prestado,
 un hued hued desenfrenado
 sale en rápida carrera
 un rayadito me espera
 para poderlo mirar
 y bucear en este mar
 de colorida quimera.

Tacto

Me tomo de un tronco suave
 de este joven arrayán,
 noble cuerpo alazán,
 y me elevo como un ave;
 en mi mano ya no caben
 tantas cosas por sentir
 y texturas recibir
 en mi piel acariciada,
 por tu monte, tierra amada,
 rebosada por vivir.

Gusto

Voy probando ya tus frutos,
 el *cauchao*⁴⁷ y su dulzura,
 la avellana suave y dura,
 del *mechay*⁴⁸ su flor en bruto,
 calafate negro luto,
 paladar multicolores,
 y de múltiples fulgores
 que detonan en mi boca
 las palabras siempre pocas
 para todos tus sabores.

⁴⁷ Cauchao: fruto de la luma (nota del editor).

⁴⁸ Mechay: calafate (nota del editor).

Segundo lugar regional

Dalcahue
 39 años

Me planté junto a un río

Constanza López Cabello

Planté mi morada junto a un río,
al lado de un bosque de lengas.
Quise vivir en sesilidad⁴⁹,
inundarme en mundo vegetal.
Me planté junto a un río
pa' puro observar
desde la orilla
el creciente caudal.

Llegué en invierno.
Desnudas ramas
haciéndose las muertas estaban.
Todo era bruma
todo de un color lana cruda.
Me planté en invierno, junto a un río
pa' puro mirar bichos.

De pronto
la latencia de la manifestación de las estaciones de la vida...
saberme en el presente,
saberme fluido
saberme parte del tejido de un invierno de bruma demasiado húmeda,
de una primavera hechicera,
de un verano encendido, casi férvido
de un otoño *Cortinarius*⁵⁰.

De pronto
todas las estaciones viven.
Lo supe cuando vi al hongo en la madera caída.
¿Acaso la madera muere?,
pero dejé de creer en el término,
más bien empezamos a creer en el tránsito
después de tanto hongo y líquen pegado a la corteza rota,
de tanta vida en miniatura morando la tabla roída.

⁴⁹ Sesilidad: característica biológica de algunos organismos que viven adheridos a un sustrato (nota del editor).

⁵⁰ *Cortinarius*: biología, género de hongos de la familia *Cortinariaceae* (nota del editor).

Nos han hecho creer que las casas son cosas
sin vida,
de habitaciones inertes,
pero yo vivo junto al río,
yo vivo en la madera
junto a mis coetáneos-insectos-vecinos.
En medio del vergel
yo vivo en mi morada de caudal,
mi morada
viva, bella y fluida.

Antes quería ser hortelana,
ahora quiero ser solamente.
No tener más propósito que vivirme junto al río
con la lenga y el coigüe
observando el caudal,
anidando en nuestra morada.
Amiga de los bichos,
quiero admirar esa paleta de colores fluctuantes
para siempre.

Puro continuo
aquí,
los cortes me quedaron demasiado humanos.
Es que me planté junto a un río
y armé la morada con trocitos de leña
y paja seca
y lana cruda
y me tumbé en la tierra mojada
para no irme nunca más.

Tercer lugar regional

Osorno
28 años

Parteras

Juan Carlos Bahamonde Gómez

Fui partera en mi quehacer,
al que algunos llaman oficio.
Lo asumí como un deber
no importando sacrificios.

Otros me apodan comadrona
cuando hago uso de mi talento,
honrando así a las matronas
añadiendo nobleza y sentimiento.

Siempre brindamos asistencia
con nuestras manos sagradas.
Maestras colmadas de experiencia
adhieren prestigio a las consagradas.

Si el angelito viene atravesado
hay que armarse de paciencia,
será trabajo para un avezado
junto a la Divina Providencia.

Susurro de cantares acarician el manto,
rebose de alegría toda la querencia.
Se afinan poemas transformados en canto,
generaciones felices por más descendencia.

Maestría del linaje para esta profesión
que traen vida a nuestra Patagonia amada,
agradeciendo con todo el corazón
a quienes por un llanto son idolatradas.

Segundo lugar regional
Coyhaique
66 años

Siembra ajena

Alejandro Montiel Gallardo

No es dueño el agricultor
de la tierra que ha sembrado,
tampoco lo es del arado
donde deja su sudor,
solo es dueño del dolor
de sus manos, que han sangrado.

Tanto que siembran los pobres
y siempre tan caros los trigos,
pues difíciles son los caminos
entre melgas y sinsabores,
no hay un peso que le sobre
ni pan que le hinche el ombligo.

Pero la tierra es siempre testigo
de quien suda en su labranza,
con esa triste esperanza
de evitar ser un mendigo,
la misma tierra le da abrigo
y en sus entrañas lo abraza.

Tercer lugar regional
Coyhaique
64 años

Romance del viento y la pampa

Moira Aicon González

Iba silbando entre morros
 en medio de la tierra desolada
 un temido aliento frío y agreste
 que parecía el dueño de la nada.
 Recorría gimiendo sus estancias
 llevando en las entrañas estancada
 la sangre que otra fresca viajara
 soñándose sin las manos atadas.
 Y en las tardes silentes de provincia
 cuando la primavera es olvidada,
 botábase humilde sobre la pampa
 y caer toscas lágrimas dejaba
 el tiempo en que el salvaje viento austral
 a su dura coraza renunciaba,
 y a la humilde pampa con su coirón,
 sus penas y secretos les contaba.
 Y la planicie de tez amarilla
 abría los brazos y era abrazada,
 y en ese abrazo callado y furtivo
 que sin tener palabras les hablaba
 escuchaban aullidos de hace siglos
 de la que fue una raza exterminada
 y aún nos mira con su mirada triste
 cuando busca aquella tumba borrada,
 la de la niña que naciera libre
 y el pálido extranjero doblagara,
 que ansiaba traer vida, paz y libros
 y con pestes y una muda cruz sagrada
 una indolente peste sempiterna
 solo trajera, cruel desgraciada.
 El viento herido arrebuja a la pampa

que de ocultar muertos está cansada.
 Le augura ciclos nuevos de bonanza,
 le muestra amaneceres rojo y malva,
 pero la vieja madre no sonrío
 pues ya tiene el alma desconfiada,
 hace siglos tendió la mano amiga
 y sin miramientos fue traicionada,
 por la sevicia codiciosa y bárbara
 que hoy la pisa altiva y desmemoriada.
 Se acalló el eco del andar tehuelche
 y se acalló el andar de la manada.
 Se destiñeron los rudos telares,
 las facciones de un pueblo se borraban;
 y aunque hoy un patagón esté sentado
 con la lanza en mano y pierna cruzada,
 no es más que una estatua de piedra y bronce
 que vio en silencio su vida truncada.
 Por esos hijos de latidos mochos,
 por sus lanas, sus canas y sus hadas,
 por sus caballos y sus boleadoras,
 por sus ritos, sus fogatas, sus moradas,
 por sus sueños cortados con la azada,
 llora la madre pampa vieja y triste
 y en su sentir está desconsolada
 al abrazar a su vetusto viento
 que grita con garganta desgarrada
 que nadie le podrá calmar sus penas,
 que nadie aquietará su ruda estampa,
 que nadie le podrá cambiar la historia,
 y que nadie dará curso a sus alas.

Primer lugar regional

Punta Arenas

46 años

Fin de veranada

Vicente Caballero

Junto al hielo que baja de la montaña resbalan, suavemente, lamentos milenarios. Es el eco de penas reunidas por el viento al descender los copos desde el cielo gris.

Cada vez que la nieve cae, mansamente, captura las críticas de los cielos infinitos, entonces se origina el milagroso portento de atrapar radiantes burbujas celestiales.

El universo, entonces, despliega nostalgia con la suavidad de sus recuerdos armoniosos cuya fuerza aferra las memorias ancestrales, disipa penas y alegrías ahítas de esperanzas.

Quienes reclaman, arduamente, la flor de hielo, descubren en su ruta los espejismos renovados, sin horizonte conocido, visible, carentes de futuro, pero continúan buscando, pues ese es su destino.

Solo los de espíritu noble, pensamientos puros, pueden trepar la montaña hasta la lejana cumbre; allí encontrarán la paz, la luz sublime, el amor, negado al resto de los humanos trascendentes.

Por los ignorados senderos descendientes provienen, lenta y penosamente; escurre un piño tutelado por curtido ovejero, junto a su fiel perro, rumbo a praderas de mejores pastos y más calor.

Sin embargo, el final del viaje está apartado, se aparta mientras más progresan, pero se esfuerzan, continúan sin desmayo, a pausado pero seguro paso. Su destino es avanzar, seguir la ruta, llegar al final.

Le esperan en la estancia su amada esposa, sus hermosos y adorados hijos, la paz del hogar, añorado lugar que dejó al partir la "veranada" que ahora, con este largo peregrinaje, finaliza.

Es la vida del arriero, en tanto su rostro se curte por el viento y la escarcha, arriba de la montaña. Mañana será otra jornada llevando otros piños, a nuevos campos, lejos del hogar, es su destino.

Segundo lugar regional

Punta Arenas
82 años

El Tue tue

Alexander Santander Olate

Esta vez desentierro el recuerdo de una oscura noche de invierno,
cuando en un bosque cercano a mi rancho me topé de improviso con él.
Sobre mí agitaba sus alas, con graznidos la muerte anunciaba,
mi carne con sus afiladas garras quería el nahual obtener.
Es creencia en la tierra arraigada que es aviso de pronta desgracia,
es por eso mejor desafiarlo si su canto pudieses oír.
A tu casa invítalo raudo, a tomar desayuno temprano,
para ver si Salomón o Cipriano pueden por ti interceder.
Con la suerte en apuesta los contendores se enfrentan,
la sutil estrategia busca al otro vencer.
La tijera está puesta, el amarre está hecho,
con la sal en el fuego su estirpe tiene que arder.
Chonchón o Tue Tue, el conjuro es el mismo,
y el ritual se transmite generación tras generación.
Si preguntas por mi suerte, te dirán que me han visto
hasta el final de los siglos a mi antojo proceder.

Tercer lugar regional

Punta Arenas

42 años

★ 2021 ★



Me lo contaron mis abuelitos

Cuentos escritos por niños, niñas
y jóvenes menores de 14 años



JURADO NACIONAL ME LO CONTARON MIS ABUELITOS



ESTEBAN CABEZAS

Periodista, crítico de gastronomía y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: *La saga de Julito Cabello*, *María la Dura* (Premio Barco de Vapor) y *La tortulenta* (Premio Iby Chile).



ZOILA DÍAZ

Educadora de párvulos, quien se desempeña actualmente como profesional del departamento de Educación Rural de la división de Educación General del Ministerio de Educación.



JOSEFINA HEPP

Agrónoma, máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y doctora en Ciencias de la Agricultura de la Pontificia Universidad de Chile. También es escritora de libros infantiles informativos y de ficción, como *La época de las semillas*, *De brujas caprichosas y hadas desencantadas* y *Auxilio, socorro*. Historia de un malentendido, que escribió junto a su padre.



MAURICIO PAREDES

Ingeniero civil eléctrico de la Pontificia Universidad de Chile y escritor. También se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Entre sus títulos destacan: *¡Ay, cuánto me quiero!*, *La familia guácatela* y *La cama mágica de Bartolo*.



MARÍA JOSÉ FERRADA

Periodista y máster en Estudios de Asia y Pacífico. Autora de libros para adultos y numerosas obras de literatura infantil y juvenil. Ha sido galardonada con varios premios; entre ellos, el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, que reconoció su trayectoria. Entre sus novelas infantiles destacan *Niños*, *La tristeza de las cosas*, *El bolso*. Su última publicación fue un libro de no ficción para adultos llamado *Diario de Japón*.

PALABRAS DEL JURADO
Me lo contaron mis abuelitos

A veces nos olvidamos de que no todo está en internet. Que hay historia e historias realmente únicas guardadas en otras memorias, unas que se mueven y respiran cerca nuestro. Unas que se miden en décadas y no en gigas y que son el objeto —y también los sujetos implícitos—, de estas historias. Relatos que se ubican a veces en mapas ya inexistentes, leyendas modeladas por la repetición, vidas mínimas que se hacen mayúsculas al ser escuchadas y luego registradas.

Muchos de estos relatos son como el mate: amargos y dulces, o indisolublemente ambos. Hay olor a arena o a sotobosque, dependiendo de qué extremo de Chile sea el habitado. Hay tierra y hay mar, hay cruda realidad o franca fantasía. Hay un recorrido que ofrece esta selección, un verdadero patchwork de recuerdos que como jurado tuvimos la misión de unir con nuestra selección. Un verdadero privilegio este, el de acceder a unas memorias realmente únicas.

Esteban Cabezas
Presidente del jurado



El pollito

Francisco Cravero Huenqueo

*Epew*¹.

En un sector rural llamado Codihue Curaco vivía un pequeño pollito, a quien su dueño le confiaba todo tipo de trabajos, porque lo conoció desde que salió del cascarón y, además, era muy honesto y confiable.

Un día, el granjero le encomendó una misión: llevar un pago a una granja vecina; era una bolsa con dinero que debía ser entregada al dueño. Era muy lejos; el pollito debía caminar un día entero, pasar por bosques, cerros, cruzar un río y un valle, y recién ahí estaba la casa. Era un camino conocido, ya que ambos granjeros siempre hacían negocios y algunos trabajos juntos.

Sin problemas, el pollito dijo que iría al otro día muy temprano para alcanzar a llegar antes de que oscureciera. A la mañana siguiente, se despertó con el canto del gallo y comenzó su viaje.

Mientras iba camino a dejar la bolsa con dinero, apareció en el camino un zorro, quien le pidió acompañarlo. Por temor a que le robara la bolsa con dinero, el pollito le dijo que sí aceptaba su compañía. Al pasar un rato, el zorro le dijo que estaba cansado y que lo cargara, a lo que el pollito le dijo que sí y se lo echó al bolsillo.

En ese momento apareció en el bosque un puma, quien también le preguntó al pollito si lo podía acompañar, y el pollito aceptó por temor a ser comido por el puma. Al salir de ese gran bosque, el puma le dijo que estaba cansado y que, por favor, lo cargara; el pollito dudó, pero se lo echó al bolsillo.

Siguiendo el camino y sin descanso antes de cruzar el río, el pollito se encontró con un jaguar, quien le pidió acompañarlo. Por la misma razón anterior, aceptó la compañía. Al rato, el jaguar estaba cansado y el pollito se lo echó al bolsillo.

Cuando faltaba menos para llegar a su destino, cruzando el gran valle, apareció un toro negro y grande, quien saludó al pollito y le pidió acompañarlo. Como el toro era tan grande, se asustó y le dijo que sí. Faltaba poco para llegar al destino y eso conformaba al pollito. Mientras pensaba en eso, el toro le dijo que estaba cansado y que, por favor, lo llevara en brazos; el pollito aceptó y se lo echó al bolsillo.

Poco después llegó al destino. Aquel granjero muy contento, porque había obtenido su pago, le ofreció al pollito un lugar cómodo junto a un potrero de trigo para que se alojara allí. Pasó la noche; el dueño de la granja fue a revisar a sus animales y se encontró con que se habían comido todo el trigo. Inmediatamente culpó al pollito y entonces decidió encerrarlo en el corral de las ovejas. Luego de un rato, no había ovejas y entonces decidió encerrar al pollito en el establo de los caballos. Al rato ya no había caballos, porque algo se los había comido.

El dueño de la granja no podía creer lo que estaba sucediendo y sabía que el único culpable era el pollito, y es por eso que decidió darle muerte. Al llegar al wenu², sus antepasados pollos le dicen que nunca debe confiar en los animales salvajes, ya que ellos nunca cambiarán. Al ver al pollito arrepentido, deciden devolverlo a la mapu³ y el pollito regresa feliz y decide seguir siendo bueno, pero no ingenuo.

Primer lugar nacional
Primer lugar regional
 Nueva Imperial
 Región de La Araucanía
 8 años

¹Epew: cuento tradicional en lengua mapudungun (nota del autor).

²Wenu: "cielo" en lengua mapudungun (nota del autor).

³Mapu: "tierra" en lengua mapudungun (nota del autor).

Cuidado con la noche

Sofía Flores Cautre

En mi pueblo, Chiloé, existe una ley que dice que está totalmente prohibido salir por la noche; además, las puertas y ventanas deben estar cerradas, pase lo que pase, apenas el sol se ponga. Todos se preguntarán por qué, pero la razón detrás de esto es de lo más perturbadora.

Mi nombre es Leonardo Sánchez y tengo 14 años, mis padres me pusieron así en honor a mi tío, quien murió muy joven en extrañas circunstancias. Vivo con mi madre y mi padre, soy hijo único y les voy a contar una leyenda que existe en Chiloé.

Aquí existe una ley muy antigua que se basa en una leyenda más antigua aún. La leyenda dice que existe un extraño ser de más de dos metros de altura, cubierto de pelo, con dos cuernos largos y ojos blancos que miran el terror en la cara de las personas. Sale siempre por la noche a buscar a su próxima víctima, entra a las casas de las personas que tienen las ventanas o puertas abiertas y en el día se esconde entre los palafitos de Castro. Según la leyenda, los brujos lo crearon para traer terror al mundo, pero el monstruo nunca pudo salir de la isla. En realidad, su origen es desconocido.

Nadie nunca ha roto la ley, no porque lo hayamos visto, sino por miedo. Las personas más ancianas de aquí sí lo han visto y han salido vivas, por suerte. A algunos de estos ancianos no se les puede preguntar por ello, tienen demasiado miedo de hablar de la criatura, pero otros valientes dicen que quieren comprobar si la leyenda es cierta, pero hasta el momento ninguno ha vuelto.

No les voy a mentir, soy una persona problemática, desde pequeño siempre me ha atraído el peligro. Para mí no es un problema, pero para mi madre sí; aunque ahora que tengo 14 años me tiene más confianza. Ayer ellos me dijeron que van a salir de Chiloé por trabajo y como no tenemos parientes aquí, me pidieron quedarme solo en casa. Ellos no confiaban totalmente en mí, pero no les quedaba otra opción, se iban a ir en la mañana del fin de semana. Entonces se me ocurrió algo.

Mi idea era peligrosa, pero asombrosa: cuando mis padres se fueran, yo iba a comprobar o refutar la leyenda del monstruo. Lo único que me quedaba era esperar al fin de semana.

En la escuela, a la mañana del viernes, fui con mis amigos a contarles mi brillante plan, que era el siguiente:

—En el día pondré cámaras en toda la casa.

—En la noche abriré las ventanas y esperaré a que aparezca.

—Si es que existe, correré al baño y cerraré la puerta, así la bestia no podrá entrar.

Luke, mi mejor amigo, me dijo: “Es una idea fantástica, pero estúpida. ¿Acaso no sabes que hay brujos metidos en este asunto? Si la criatura no te mata, los brujos lo harán. Aquí hay muchos, según mi abuela, y no te conviene meterte con ellos. Si te metes con la criatura, te metes con los brujos”. Yo lo miré un poco molesto, pero luego me deseó buena suerte, sabiendo que no cambiaría de idea.

Al volver a casa, mis padres ya estaban listos para partir. Entonces mi madre me dijo: “Leonardo, ¿puedo confiar en ti, verdad?”. Me lo dijo con un tono tranquilo y agradable; yo, al conocer su psicología inversa, le

dije: "¿Confías en mí?". Luego de eso, ella se levantó del sofá y solo susurró: "Pequeño diablillo". Entonces salieron para tomar el taxi y puse en marcha mi plan.

Cuando ya tenía todo listo, comencé a jugar videojuegos para matar el tiempo. Luego de unas horas, miré a través de la cortina hacia el campo y noté que ya había comenzado a oscurecer. Pasaban las horas y yo no veía nada, pero en un momento algo pasó.

Las luces comenzaron a apagarse y a prenderse, hasta que se cortó la luz. Yo solo escuchaba mi respiración, rogando que fuera un problema eléctrico, pero en ese momento la criatura apareció en frente de mí. No era como la imaginaba, su aspecto era mucho más aterrador de lo que contaban: su boca era gigante, tenía dientes de tiburón, cuernos que parecían del mismo diablo y en sus ojos podía reflejar el terror de mi cara. La bestia sonrió espeluznantemente, yo quería correr y gritar, pero mi cuerpo no respondía. La bestia se acercó y yo reaccioné, comencé a correr hacia el baño lo más rápido que he corrido en toda mi vida y me arrepentí de haber hecho eso. Llegué al baño y puse todo lo que encontré en la puerta para que no pudiera entrar. Entonces, me arrodillé para mirar si estaba ahí y vi por debajo de la puerta sus horribles ojos blancos mirándome. La bestia me dijo: "Espero que sepas igual de bien que tu tío". Yo, entre lágrimas, le pregunté: "¿Cómo sabías que mi ventana estaba abierta?". Y él respondió: "Mi guardiana lo sabe todo, siempre los vigila". Y luego comenzó a reírse perturbadoramente.

Cuando vi los primeros rayos de sol me puse contento al pensar que no había nada afuera. Entonces, salí del baño muy precavido y vi el desorden que había en el hogar: los pisos de madera estaban rotos, los platos y vasos estaban en el suelo, pero al menos no había señal de la bestia. Comencé a ordenar todo, reflexionando sobre lo que había pasado y, en ese momento, me acordé de las cámaras.

Corrí a buscar las cámaras, que estaban prácticamente intactas. Me senté en la ventana de mi habitación y comencé a mirar las grabaciones. La bestia sí existía y tenía pruebas, pero vi las horas pasar en la cámara y, poco a poco, mi alegría disminuyó y mi cara se volvió pálida, sentía que me iba a desmayar.

Miré a mi ventana y vi a mi vecina volando en una escoba, mirándome y riendo. Se estaba burlando, se estaba burlando de que en ningún momento las cámaras mostraron que la bestia se fue de la casa. Fue entonces que vi unos ojos blancos mirándome por debajo de la puerta.

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Padre Hurtado

Región Metropolitana

13 años

El hacedor de los changos

Antonia Varela Carvajal

Hace muchos, muchos años atrás, mi tátara tátara tatarabuelo pertenecía al pueblo chango, que hoy ya está extinto en cuanto a clanes, pero no en sus costumbres.

Él se preocupó de enseñarles a sus hijos todos los secretos del mar y de cómo pescar sin arpones, solo usando las manos. Sus hijos le enseñaron a mi abuelo, él a mi mamá, quien también me enseñó a mí.

Primero debo entrar al mar, tocar el agua, ponerla en mi frente y pedir permiso para nadar en ella y tomar un pez como alimento. Aprendí tal como me enseñó mi mamá a aguantar la respiración por un minuto, después por dos y a veces puedo hacerlo por más tiempo. Me muevo lento y entonces puedo tomar el pez con mis manos y apretar las aletas para inmovilizarlo y no lastimarlo, porque si el pez se asusta, su carne se pone amarga.

Mi abuelo también nos contó historias que nadie conoce, como esta:

Uno de los primeros clanes changos fue el clan de Caramucho, que es una playa cerca de Iquique. Ellos contaban que el padre de todos los hombres y de todo lo que existe en la tierra y en el mar fue un pilpilén negro que volaba por todas las costas nortinas, desde donde se forman las olas hasta los cerros que rodeaban las playas.

Cada pluma que caía de su cuerpo se volvía un hombre o un animal, y pronto todo ser se multiplicó. Los clanes de hombres aprendieron a pescar y a sacar mariscos. Cazaban lobos marinos para comer carnes más duras, pero con el pasar del tiempo comenzaron a matar más y más lobos para hacer balsas y cubrir sus cuerpos con sus pieles, hasta que un día mataron a las hembras y a las crías de los lobos.

El pilpilén vio que los hombres se habían vuelto egoístas y se disgustó con su creación, y les pidió a todos los peces, las aves y los lobos que se fueran a playas lejanas para que los changos murieran de hambre. Pero antes de hacerlo, les dio una última oportunidad. Le pidió al clan de hombres que fueran honestos y puros de corazón, que respetaran a todas las especies como él les había enseñado.

El viejo yatiri⁴ del clan interpretó la voz del pilpilén, pero los changos no podían creer que pronto no habría peces en el mar. "Toda esa agua salada vacía ... no podía ser real", pensaron. Y entonces, llamaron mentiroso al viejo y trataron de matar al Ave Creadora de todo con las piedras que había en la playa.

El pilpilén negro lamentó esta respuesta, esperó la noche y comenzó a cantar. El canto del Ave Creadora durmió a los hombres profundamente e hizo que las mujeres empezaran a caminar hacia el mar guiadas por su canto. Las mujeres viejas, adultas, jóvenes y las niñas, todas caminaron hasta que el agua llegó a sus rodillas, luego hasta el cuello y, finalmente, hasta cubrir toda su cabeza y desaparecer.

Los hombres despertaron la mañana siguiente y se vieron solos. Corrieron al mar y pidieron perdón, pero ya era tarde. Tampoco había peces ni lobos en el mar. Se sumergieron en las aguas y solo escucharon el silencio de la soledad.

⁴ Yatiri: hombre sabio de la comunidad en lengua aymara (nota de la autora).

Esta soledad llenó los corazones del clan y los hombres dejaron de comer y de beber agua por la tristeza. Se quedaron sentados en la orilla del mar hasta que sus cuerpos se endurecieron por la sal y el calor del sol y se convirtieron en piedras.

El último en volverse piedra fue el viejo yatiri, quien predijo que cuando los hombres se convirtieran en seres arrogantes con las creaciones del pilpilén negro, entonces el Ave Creadora regresaría volando desde el horizonte hasta las costas, para cantar y llevarse a todas las mujeres y terminar con la maldad.

Ese día, el mar cubrirá toda la tierra y el pilpilén negro soltará sus plumas para crear nuevos y mejores clanes.

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Alto Hospicio
Región de Tarapacá
13 años

Mi nueva tierra

Anahí Cifuentes Fajardo

Hasta hace cuatro años vivía con mi familia en Canadá, mi país natal, pero luego de que mi abuela enfermara, tuvimos que venir a vivir a Chile para cuidarla. Es muy difícil dejar a las personas y cosas a las que les tienes afecto, pero a veces solo hay que hacerlo.

Con maletas en mano llegamos a Chile. Parecíamos turistas, como todas las personas en el avión. Un clima muy cálido nos dio la bienvenida. Nos instalamos en nuestra nueva casa, que hasta el día de hoy me encanta, porque queda delante de una playa, y desde ese día son tantas las cosas que he visto y escuchado, que no puedo nombrarlas todas.

Chile tiene todos los paisajes imaginables. Las playas de aguas turquesas, que esconden animales bajo sus mantos arenosos, como las machas que sacan los macheros a diario; los hermosos valles del norte, con plantas que sobreviven con apenas una lluvia al año; el desierto, con sus impresionantes cactus de los que me he enamorado. Asimismo el total contraste con los bosques frondosos del sur, en los que abunda el agua; la lluvia, el viento y la nieve de la zona austral y, sin duda alguna, el cielo, cuyas estrellas resplandecientes brillan más que en cualquier otra parte del mundo.

Cuando llegué al colegio, me sorprendió todo lo que vi. Todos los lunes parados bajo el inmenso sol se cantaba el himno nacional. "Puro Chile es tu cielo azulado..." cantaban concentrados los niños de todo el colegio. En los libros de la biblioteca no faltan mitos y leyendas de todas las regiones del país; como brujos que se esconden en cuevas, seres marinos extraordinarios, cuentos ancestrales y animales protectores de la fauna.

Y si se habla de comida, entonces no se puede parar de comer, porque hay de todo. Empanadas, churrascas, mote con huesillo, queso de cabra, membrillo... estos podría nombrar entre mis favoritos.

Para las festividades, los numerosos bailes alegran a las personas. Algunos lo hacen con pañuelos; otros con trotes, con vestimentas diversas y coloridas. Sin olvidar las procesiones y fiestas religiosas, como el Día de San Pedro, que se celebra en el pueblo donde vivo.

Y en mi vida más cotidiana, suelo levantarme con el hermoso canto de los zorzales, chincoles, gaviotas y algunas veces con el grito de los halcones peregrinos. Desayuno la marraqueta del negocio, con el huevo que trae nuestro caserito. Voy al colegio caminando, ya que queda en el mismo pueblo, y almuerzo muy seguido reineta fresca que vende una vecina. En las tardes camino por la playa con la brisa marina en la cara, observando a los pescadores y macheros hacer su arduo y riesgoso trabajo. Miro el vuelo sincronizado de las gaviotas, pelícanos y a los pilpilenes con sus hermosos picos rojizos. Si camino un buen rato hacia el sur en la playa, llego al humedal de la desembocadura del río Elqui, que atesora una gran biodiversidad. Observo los fantásticos colores del atardecer y en la noche, las estrellas, sus brillantes protagonistas. Eso es lo que me regala cada día Chile y el hermoso pueblo de Caleta San Pedro, en donde orgullosamente vivo.

¡Esa es mi historia en la que es ahora mi querida nueva tierra!

Premio especial Migrantes

La Serena
Región de Coquimbo
14 años

Panguilefko

Vicente Coñoman Jaque

Era una madrugada de We Txipantu⁵ como cualquier otra. Todos los habitantes del mapuhue⁶ se estaban bañando en el río como de costumbre. Entre ellos estaba Panguilef, un niño mapuche de 14 años. En eso estaban cuando el agua empezó a correr muy rápido y la corriente se llevó a unas cuantas personas; entre ellos, a Panguilef. Luego de un rato, la corriente se calmó y del río salió una serpiente muy grande. Nadie lo dudó, era Cai-Cai Vilú⁷. Apareció con wekufes⁸ y sumpalls⁹, a los que se unieron unos calcus¹⁰ del lugar. Luego, Cai-Cai Vilú comenzó a hablar: "¡Humanos!, ustedes, los herederos de todo el nag mapu¹¹, llamen a su 'salvador', como le dicen a Txen¹², ¿o acaso está muy ocupado en el wenu mapu¹³?". Luego rió y se fue con sus asistentes.

Las familias de todos a los que se llevó el río estaban muy preocupadas, incluyendo a la familia de Panguilef, porque no sabían qué les había pasado. Mientras tanto, Panguilef seguía vivo, pero en el agua. "Tu nombre ahora es Antuko, pasa", escuchaba Panguilef. Luego le dijeron: "Tu nombre ahora es Panguilefko, pasa". "¿Qué?!", respondió Panguilef. "Yo me llamo Panguilef", y el otro dijo: "¡No!, ahora te llamas Panguilefko". A lo que Panguilef respondió: "¡Inche pingén!¹⁴ Panguilef!" y le dio un puñetazo que lo dejó... ¿flotando? "¿Qué?!", se dijo a sí mismo y se dio cuenta de que estaba en el agua. ¡Y estaba respirando en el agua! Ahí supo que se había convertido en sumpall. Se fue corriendo, más bien nadando, a la orilla del río. Cuando salió del agua, fue de inmediato a ver a sus padres para avisarles que estaba bien, pero que debía volver al agua, porque Cai-Cai Vilú tiene un plan y él debe tratar de detenerlo. Al volver al agua, fue a donde había llegado antes, aceptó que su nombre fuese Panguilefko y fue donde Cai-Cai Vilú. Y la serpiente hizo con él lo mismo que hacía con todos los nuevos, les daba una pequeña parte de su poder para controlar las aguas y sus seres.

Cuando Panguilef llegó de nuevo a su casa, le contó a su familia el plan que tenía Cai-Cai, que iba a atacar con wekufes y calcus en la tierra, y con sumpalls en el agua, y que lo iban a hacer el 30 de junio.

Los siguientes días, todos los mapuches intentaron llamar a Txen-Txen Vilú y lo lograron. Txen-Txen dijo: "¿Qué es lo que pasa?". Y un mapuche respondió: "Es Cai-Cai, ha vuelto, y con wekufes y sumpalls". "¿Qué?!", respondió Txen-Txen Vilú. "¿Cómo se escapó del minche mapu¹⁵?!". "Tal vez fue un calcu", respondió, y Txen-Txen dijo: "Puede ser".

Mientras tanto, en el agua, Panguilef estaba practicando con sus nuevos poderes, pero lo único que hizo fue que un pez se diera una vuelta.

⁵ We Txipantu: Año Nuevo mapuche (nota del autor).

⁶ Mapuhue: "lugar de la tierra" en lengua mapudungun (nota del autor).

⁷ Cai-Cai Vilú: espíritu del agua en forma de serpiente, según las creencias mapuches (nota del autor).

⁸ Wekufes: demonios, seres terroríficos mapuches (nota del autor).

⁹ Sumpalls: seres marinos mapuches (nota del autor).

¹⁰ Calcus: "brujos" en lengua mapudungun (nota del autor).

¹¹ Nag mapu: Tierras de abajo en lengua mapudungun (nota del autor).

¹² Txen-Txen Vilú: espíritu de la tierra en forma de serpiente, según las creencias mapuches (nota del autor).

¹³ Wenu mapu: Tierras de arriba en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁴ Inche pingén: "yo me llamo" en lengua mapudungun (nota de la editora).

¹⁵ Minche Mapu: "Tierras Subterráneas" en lengua mapudungun (nota del autor).

En el mapuhue se estaban eligiendo a los guerreros que pelearían contra Cai-Cai Vilú y sus asistentes. Txen-Txen finalmente eligió a tres guerreros especiales y a otros 40 mapuches. Entre los tres guerreros especiales estaba Juan Trulío y su caballo Nahuel. Juan era un campesino cualquiera, su nombre real era Juan Huircán y era muy apegado a su caballo Nahuel, pero un día le pasó algo, despertó y veía que estaba afuera y no veía su casa. En la siguiente noche, Juan tuvo un sueño donde la Ñuke Mapu¹⁶ y Chaw Nguenechen¹⁷ le dijeron que debía ir a la vertiente de "Los Lunes" para tener toda la fuerza que necesita. Pero él dijo: "No puedo, mis ojos están en otra parte" y le respondieron que él debía perder totalmente sus ojos, pero lo quisieron salvar y pusieron sus ojos en los de su caballo Nahuel. Y también le dieron la sabiduría de las hierbas y plantas medicinales. Antu Alecoy o We Galvarino en una pelea le tiraron una lanza en la mano y le infectó. Entonces, se la tuvieron que cortar, y para seguir luchando se puso cuchillos en la mano. Él tenía una gran habilidad de pelea. Ahora, al elegirlo para pelear con Cai-Cai Vilú, le pusieron cuchillos en la otra mano. Es muy querido por el pueblo mapuche. Marco o El Newen cuenta que tuvo una visión donde Chaw Nguenechen le decía todo lo que tenía que hacer para ser el más fuerte y así poder salvar al mapuhue.

Dos días después, (en el agua) Panguilef ya estaba dominando sus poderes, y al volver a la tierra vio a todos los guerreros mapuches entrenando con Txen-Txen y pensó que iban a tener una oportunidad contra Cai-Cai. Fue a mostrarles sus poderes a sus papás, que se sorprendieron por eso.

Dos días más y ya era 30 de junio, había llegado la hora de la pelea. Las tropas de Txen-Txen Vilú ya estaban listas, al igual que las de Cai-Cai Vilú, con Panguilef incluido. Justo en el ragi antu¹⁸, Cai-Cai Vilú, wekufes, calcus y sumpalls salieron del río. Entre los wekufes estaban: El Witranalwe, el Tue Tue, el Ñakin, el Cuero, el Canillo, etc.

—Con que quisiste venir, ¿eh? Veo que superaste tu miedo —dijo Cai-Cai Vilú.

— ¡¿MIEDO?! —respondió Txen-Txen—. Yo fui el que te venció y expulsó al minche mapu.

—¡Eso fue hace más de mil años! —dijo Cai-Cai Vilú — ¡Solo cállate y pelea!

Y empezó la pelea. Al inicio, Panguilef no peleó, pero después, al cambiar de bando, empezó a pelear contra otros sumpalls.

La pela duró tres días. Al final de esta, Txen-Txen Vilú desterró a Cai-Cai Vilú al minche mapu junto con sus asistentes. Panguilef, en cambio, fue reconocido como uno de los héroes de la pelea, pero debía volver al agua. Le prometió a sus padres que volvería siempre a verlos.

Premio especial Pueblos Originarios

Panguipulli
Región de Los Ríos
11 años

¹⁶ Ñuke Mapu: "Madre Tierra" en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁷ Chaw Nguenechen: "Padre Protector", el dios mapuche (nota del autor).

¹⁸ Ragi antu: "mediodía" en lengua mapudungun (nota del autor).

¿Por qué llora la *qala*¹⁹ en Ticnamar?

Rodrigo Fernández Badilla

Se cuenta que cada vez que un habitante se va de la *marka*²⁰ de Ticnamar, la *qala* llora porque los *yuqanaka*²¹ de los habitantes del pueblo emigran a la ciudad y los *awkinaka*²² los siguen.

La piedra siente un gran abandono y pena tremenda, y comienza a llorar; así contaban las *wila masinaka*²³ que dejaban el pueblo. El llanto era tan fuerte que lo escuchaban todos y así se enteraban de que las familias abandonaban sus hogares. Las *jaqinaka*²⁴ que se iban del pueblo decían: "No llores, piedrita, que regresaré aquí a morir". Eso relataban las familias que se iban, en especial con sus padres y *achachilanaka*²⁵.

Los hijos no se explican cómo esa piedra tiene un poder que atrae a las personas ancianas y enfermas que ya están desahuciadas por el médico. De hecho, los hijos se asustan cuando sus padres regresan al pueblo y pasando semanas o meses fallecen, ya sea de causa natural o enfermedad.

Todas las personas que emigran regresan a su pueblo a morir, como si la piedra fuera un imán y atrajera a todos sus habitantes a morir en su pueblo. Las personas cuentan que, como esta leyenda se hace realidad, es una pena decir que solo vengan a morir.

Moraleja: También nos damos cuenta de cómo la naturaleza tiene vida y nos llama, porque para ella somos importantes y nos necesita para cerrar un ciclo cumplido en la tierra y en nuestras vidas. Asimismo, de que debemos cuidarla y protegerla. Y no debemos olvidarnos de ella, que al final nuestro pasado regresa al presente en la cultura aymara.

Primer lugar regional

Arica
13 años

¹⁹ Qala: "piedra" en lengua aymara (nota del autor).

²⁰ Marka: "pueblo" en lengua aymara (nota del autor).

²¹ Yuqanaka: "hijos" en lengua aymara (nota del autor).

²² Awkinaka: "padres" en lengua aymara (nota del autor).

²³ Wila masinaka: "familia" en lengua aymara (nota del autor).

²⁴ Jaqinaka: "personas" en lengua aymara (nota del autor).

²⁵ Achachilanaka: "abuelos" en lengua aymara (nota del autor).

El problema del loco y sus amigos

Adrián Nahuelpán Cayo

Todo era felicidad en el mar, un grupo de pequeños locos, lapas, locates y cangrejos jugaban en las rocas. De repente, se fueron a dar una vuelta al fondo del mar y, al volver, vieron en las rocas una silueta negra extraña que tenía un estanque en la espalda con una manguera en la boca, y en las manos llevaba una red que parecía cárcel; sacaba a sus amigos y familiares y los echaba a esa red. Mientras ellos, escondidos detrás de una roca, veían con tristeza cómo se los llevaban a la superficie y escuchaban cómo los bebés locos lloraban y otros gritaban pidiendo ayuda. Espantados por la terrible escena, se fueron corriendo por el mar sin saber qué hacer. De repente, se encontraron con un pulpo dentro de una botella pidiendo ayuda: "¡Auxilio!", gritaba. Trataron de sacarlo y no pudieron. Entonces, al loco se le ocurrió una idea, dijo: "Busquemos a un pez sierra para que ayude a cortar la botella". Y así lo hicieron, fueron en busca de un pez sierra y encontraron uno enredado con una bolsa plástica que gritaba: "¡Ayuda!". Entonces ellos lo ayudaron a soltarse y el pez sierra, en agradecimiento, les hizo el favor de ir a cortarle la botella al pulpo para que pudiera salir. El pulpo, muy feliz de estar libre, dio las gracias y les comentó que estaba aburrido de la contaminación de los humanos, y el loco dijo: "Nosotros estamos muy tristes y enojados con la indiscriminada extracción de mariscos, especialmente de nosotros los locos". El pulpo dio la idea de hacer una asamblea para darle solución a los problemas de la contaminación del mar y la extracción indiscriminada de mariscos. Entonces, citaron a todos los peces y mariscos del océano. En la reunión se habló de cómo los humanos contaminan botando botellas y desperdicios plásticos al mar y de cómo extraen indiscriminadamente mariscos. El pulpo dio la idea de mandar un mensaje a la superficie para que los humanos tomen conciencia del daño que se les está haciendo a los habitantes del océano, que también son seres vivos, y para que aprendan a desarrollarse de forma sustentable. El cangrejo dijo: "Yo iré a buscar a la superficie una pluma y con la tinta del pulpo escribiremos el mensaje, que dirá:

Hola, humanos, nos estamos muriendo asfixiados por los residuos plásticos y desperdicios que arrojan al mar, no usen nuestro mar como vertedero, busquen otra forma de deshacerse de la basura. A nosotros los locos no nos dejan reproducirnos, nos sacan muy pequeños, por eso nos estamos extinguiendo. Por favor, le pedimos al que lea este mensaje que tome cartas en el asunto.

Atte., el loco y sus amigos marinos.

PD: Utilizar la norma de las tres R: reducir, reciclar y reutilizar para no contaminar".

Tiempo más tarde, los humanos encontraron el mensaje. Se dieron cuenta del daño que le estaban haciendo a los habitantes marinos, tomaron conciencia y empezaron a utilizar la norma de las tres R. Redujeron la utilización de botellas y bolsas plásticas, reutilizaron y reciclaron, y así pudieron disminuir mucho la contaminación marina. También respetaron las vedas de los locos, y los habitantes marinos vivieron felices y los locos pudieron crecer y reproducirse, gracias a que se acabó la extracción indiscriminada de su especie.

Segundo lugar regional

Arica

11 años

Bailando con mi estrella

Sabina Rossel Antich

— **M**amá, papá, yo en verdad lo lamento —pensaba mientras me movía a la par de una melodía, una melodía tan dulce y tranquila que mis párpados casi se caían.

Estaba en mi querido valle de Azapa, en lo más profundo de la parcela de la abuela, un lugar oscuro, sólo iluminado por un pequeño punto de luz blanca que provenía del techo. La quietud del entorno lo envolvía todo, como una enorme manta acolchada ya gastada por los siglos, que se niega a renunciar a su propósito.

Bailaba con una estrella que de tanto en tanto me venía a visitar, esa estrella que sólo yo podía ver en mi mundo.

—Ustedes odiaban que hablara con ella —pensaba, y casi hablaba en voz alta mientras recordaba a mis padres.

Era quien sostenía mis cuerdas para no desplomarme en el frío y duro piso de mi realidad.

Poco a poco iba olvidando todo, hasta que un llanto captó mi atención, pero no distinguía de dónde provenía. La curiosidad me ganó, así que le pedí a la estrella que me llevara a investigar de dónde surgía ese llanto.

Ella me trasladó a una habitación, donde vi una escena que me hizo recordar cómo es que había llegado a ese punto.

Pude ver a mi madre tirada de rodillas en el piso, tapándose su rostro lleno de lágrimas, y también pude ver como mi padre se aguantaba las suyas a duras penas, mientras también estaba en el piso abrazándola. Distinguía, aunque débilmente, cómo luces rojas y azules entraban por la ventana, impulsadas como un pequeño remolino, provenientes de la maltratada parcela.

Y en medio de la habitación, en la inmensidad del silencioso valle, alejada de la gran ciudad, una soga sostenía mi cuerpo desde la garganta.

—Ese día yo corté mis cuerdas —dije con voz baja mientras miraba el piso.

—Sin embargo, no me arrepiento.

Me acerqué a mis padres que estaban en el piso, los abracé y les dije:

—Gracias por todo y lamento que tengan que pasar por todo esto.

Me levanté, miré hacia la estrella que era mi amiga, le asentí con la cabeza e inmediatamente volvimos a la habitación oscura de antes, pero esta vez sólo observaba las estrellas del firmamento, bellas, únicas, grandiosas.

Mientras tanto, ella estiraba su mano; yo la tomé y en ese momento, la música volvió a comenzar y con ello el baile nos envolvió por completo, mágicamente. Todo quedó en silencio, la habitación, las paredes, la insignificante soga. El maravilloso valle de Azapa, ahora lo era más. Inmenso, universal, porque ahora yo estaba bailando con mi estrella.

Tercer lugar regional

Arica
14 años

Las apachetas de Koska

Milena Cáceres Pachao

Cada vez que viajamos al santuario de la virgen de Koska, en la frontera con Bolivia, Región de Antofagasta, pasamos por numerosos cerritos de piedra apilados al costado del camino. Desde chica notaba que mi tata Antonio detenía la camioneta para saludar a los montículos y sentarse a colocar y ordenar las piedras. Por ello, aprovechábamos para estirar las piernas, comer algo o ir al baño, y luego seguir camino por los altos cerros de la cordillera.

Siempre pensé que estos morros de piedra eran animitas o tumbas en el costado de los caminos, hasta que por curiosidad le pregunté al tata y me dijo: "Son apachetas y nos cuidan, apartando las desgracias para seguir camino con salud y tranquilidad. Es una protección que nos dejaron los gentiles, siempre debes saludarlas para que nos cuiden y no se pongan celosas. Las piedras que les dejamos son una ofrenda, dejamos nuestra marca en agradecimiento. También a veces se le dejan hojitas de coca, cerveza o un cigarro prendido. Siempre se les debe respetar y está prohibido romperlas, por si te las encuentras en el altiplano. Algunas son altas como una persona y otras pequeñas como tú, todo depende de lo concurrido que sea el lugar".

Desde ese día, siempre me bajo a dejar mi piedrita a las apachetas y siempre nos ha ido muy bien en nuestros viajes. Me gusta mucho ser atacameña, siempre aprendo algo nuevo de nuestros antepasados y tradiciones.

Segundo lugar regional

Pica
13 años

El cerro Porqueza

Ailyn Mamani Vilca

Érase una vez un grupo de músicos de una banda de bronces que se dirigían camino al pueblo de Pica, a la gran fiesta de San Andrés. Junto a ellos también iba el padre Juan, para dar la misa de San Andrés. Cuando todo el grupo, más el padre, se encontraba caminando, acercándose a la orilla del cerro Porqueza, les dio demasiada sed y como aún faltaba mucho por llegar a Collacahua (lugar donde había agua), el padre decidió subir hacia el cerro, porque vio desde lejos que este no era como los demás cerros que terminaban en punta, sino que su forma de terminación era de superficie plana. Entonces, el padre se imaginó que al llegar a la cima del cerro podría encontrar agua. Muy confiado, se propuso subir el cerro; los músicos decidieron ir tras él, ya que de igual manera estaban sedientos. Como el padre llegó primero a la cima del cerro, encontró un pueblito y este era muy hermoso, con muchos árboles frutales y una enorme cascada de agua que hermoseaba este lugar. Las personas que habitaban ahí eran todas mujeres hermosas y muy amables; ellas los atendieron, les dieron agua y frutas. Además, llenaron algunos costales de frutas a fin de que se llevaran para el camino. Como ya era tarde, los músicos decidieron bajar el cerro y seguir caminando, mientras el padre aún seguía en el pueblo despidiéndose de estas personas. Cuando los músicos llegaron a los pies del cerro y se dieron cuenta de que aún no se asomaba el padre Juan, decidieron esperarlo. En tanto, algunos de los músicos que llevaban costales de fruta empezaron a sentirse mal, comenzaron con dolor de estómago, algunos a vomitar y otros se desmayaron. Los que vomitaban arrojaban de sus bocas pedazos de lagarto, serpientes y sapos; todos quedaron espantados con lo sucedido, no podían creer lo que estaba pasando. Mientras tanto, dos de los músicos que tenían aún cargado su costal de fruta en los hombros, sintieron algo que se movía dentro de este, anunciando en el mismo momento a sus compañeros. En aquel momento determinaron abrirlo y para sorpresa de ellos, ¡estaba lleno de sapos, serpientes y lagartos vivos! Fue tan grande el susto que empezaron a exclamar en voz alta:

—¡¿Qué está pasando?! ¡¿Qué es esto?!

No sabían qué les ocurría a las supuestas frutas. Hasta este hecho, el padre aún no llegaba. Entonces, muy preocupados, decidieron ir a buscarlo, subiendo nuevamente el cerro. Cuando llegaron a la cima, al mismo lugar, no había todo lo que habían visto anteriormente, ni árboles frutales, ni agua, ni casa, ni mujeres, nada. Los músicos comenzaron a exclamar una y otra vez, muy fuerte, desesperadamente:

—¡¡Padre Juan!! ¡¡Padre Juan!! ¡¡Padre Juan!!” —pero no recibían respuesta alguna.

Buscaron y buscaron por varios días; sin embargo, no encontraron al padre por ninguna parte. Era como que se lo había tragado la tierra. Los músicos, muy tristes, finalmente decidieron regresar a sus hogares, puesto que ya había pasado la fiesta de San Andrés a la cual se dirigían. El padre, desde ese entonces, desapareció y nunca más se supo de él. Dicen que el cerro Porqueza es mujer y por eso desaparecían los hombres en aquel lugar. También se dice que el lugar no estaba bendecido.

Tercer lugar regional

Alto Hospicio

10 años

El rey lagarto

Tamara Lique Cruz

Había una vez una pastora de ovejas que no tenía hijos.

Un día salió al campo a pastorear las ovejas. Se sentó y de repente apareció un lagarto y ella dijo: "¿Por qué Dios no me da un hijo? Aunque sea como este lagarto". Entonces Dios la escuchó y un día apareció embarazada. Cuando cumplió los nueve meses, tuvo a su hijo, pero era un lagarto y no uno cualquiera, sino que un rey lagarto. Nació hablando y le dijo: "Mamá, ahora tienes que traerme una mujer para que me sirva, pero no me tiene que ver durante un año; la comida y el desayuno tiene que dejármelos en la ventana y retirarse, no me tiene que ver". Entonces, la mamá fue donde la vecina, quien estaba junto a sus tres hijas, dijo: que le lleve una mujer para que le sirva, pero no tiene que verlo durante un año". Entonces, la vecina junto a sus tres hijas le dijo: "¿Cuál de ustedes quiere casarse con el hijo de la vecina?". Pero ellas no sabían que era un lagarto. Y se fue la hija mayor con él. Entonces, ella le llevaba su comida todos los días, pero dudaba de su novio. Ella decía: "¿Por qué no puedo ver a mi novio?".

Habían pasado seis meses. Un día decidió mirarlo, le dejó el desayuno y se alejó un poco, y ahí esperó a que saliera, para conocer a su novio. De repente, apareció un hombre con forma de lagarto que estaba botando sus escamas. Solo vio su cabeza y al ver algo tan feo, a la niña le dio un ataque al corazón y se murió. Entonces, la mamá del lagarto la vio y le dijo al lagarto: "¿Qué pasó aquí?". El rey lagarto le dijo: "Te he dicho que les digas que no tienen que verme durante un año, tienes que traerme una mujer".

Entonces, sepultaron a la niña. El rey lagarto le exigía a su madre una mujer. La madre del lagarto fue a suplicarle a su vecina que le diese otra hija. La vecina le dijo: "No, ¿cómo te voy a dar otra hija, cuando ya se me murió?". Pero la hija del medio dijo: "¡Yo voy, yo no lo voy a mirar, voy a cumplir el año!". Y la hija del medio se fue a la casa del rey lagarto con la señora. Hizo lo mismo que su hermana. Llevaba como nueve meses, y un día se aburrió, espió a su novio y de repente salió el lagarto, pero vio la mitad del cuerpo. Estaba igual, con sus escamas saliéndose de su cuerpo. A la niña le dio un ataque y se murió al ver algo tan impactante como esto. Y también sepultaron a la niña.

El rey lagarto le exigía una mujer a su mamá, pero su madre le decía: "¿Cómo voy a conseguir otra mujer?, ya se murieron dos". Fue de nuevo a su vecina y ella le dijo: "¿Cómo te voy a dar otra hija? Me queda la última". Pero la última dijo: "Yo voy mamá, yo voy, yo voy, yo voy, yo no lo voy a mirar, yo voy a cumplir el año". La hija se fue con la mamá del rey lagarto. Pasaron los días, los meses, cumplió un año. Un día, cuando iba a dejar el desayuno, vio a un hombre que estaba parado en la puerta de la pieza del rey lagarto. Y tiró la bandeja a un lado y corrió a avisarle a la señora y le dijo: "Hay un hombre que está parado en la puerta de la pieza de mi novio, es muy lindo, es un príncipe". La señora le dijo: "Ese es tu novio". Salieron a recibirlo y el rey lagarto le dijo a su mamá: "Ahí está mi ropa vieja, anda a quemarla muy lejos". La señora sacó toda la ropa vieja, pero la quemó muy cerca, porque ella no sabía que iba a explotar. Cuando el rey lagarto escuchó el sonido, desapareció de la casa. Cuando volvió la señora, solo vio a la niña y la señora le dijo: "¿Y tu novio?". La niña respondió: "No sé, cuando escuchó un sonido, desapareció". Después que la niña vio que perdió al novio, decidió ir a buscarlo y caminó tres días.

Un día llegó a unas cuevas a dormir, porque estaba muy cansada. Cuando llegó una señora, que era la perdiz, pero trasformada en una señora, le dijo a la niña: "¿Qué haces aquí tan sola, hija?". La niña le dijo: "Voy a buscar a mi novio. Usted, que anda por el campo, ¿qué dicen, qué noticias hay?". La perdiz dijo: "Mira, hay un pueblo que se llama Tres Cerritos Piquitos de Amor, un príncipe se está casando". La niña le

dijo: "Ese es mi novio, ¿cómo puedo llegar allá?". La perdiz le dijo: "Yo te puedo llevar, pero tenemos que salir de madrugada, porque me voy a cansar, tengo que cargarte". Al otro día salieron muy temprano y la perdiz le dijo: "Siéntate en mi espalda y cierra tus ojos". Se fueron al pueblo que se llamaba Tres Cerritos Piquitos de Amor. Llegaron y la perdiz le dijo: "Ahora te vas a alojar cerca del templo, donde se va a casar tu novio". La perdiz le regaló tres plumas que se convertirían en prendedores, que eran de oro puro. "Eso te vas a poner el día que se case tu novio y te vas a aparecer en la iglesia, ahí tu novio te va a reconocer". Llegó el día cuando se iba a casar el novio. Entonces, la niña se puso los prendedores y se fue a la iglesia donde él se estaba casando. La niña vio a su novio que se estaba casando con una mujer negra, muy fea, que era su propia cáscara cuando él era lagarto. El cura dijo: "¿Hay alguien que se oponga? Hable ahora o calle para siempre". "Yo", le dijo la niña. El rey lagarto dijo: "Esta es mi mujer". Y se casaron y salieron de la iglesia, se tomaron de las manos, se convirtieron en dos palomitas y se fueron.

Primer lugar regional

San Pedro de Atacama

11 años

El hombre chancho

Mila Yurac Waltemath

Mi abuelita Margarita me contó que hace muchos años atrás, en la época de los años 60, en su pueblo llamado Curacaví, un hombre misterioso y tenebroso aparecía por las noches aterrizando a los habitantes del lugar.

Este hombre de apariencia extraña, tenía cuerpo de humano y cabeza de chancho.

Se decía que lo veían pasar en camiones por la carretera, que viajaba de norte a sur, que fue visto en estaciones de trenes en sectores cercanos a Curacaví.

Todas las semanas aparecía en el diario alguna noticia sobre el hombre chancho. Que robaba bebés recién nacidos para alimentarse, que se escondía en una cueva, que lo habían visto acechando casas en la oscuridad en distintos lugares y que era peligroso.

De un momento a otro, en Curacaví empezaron a ocurrir cosas muy sospechosas. Desaparecían alimentos del interior de las casas. Las personas sentían que las espían por las ventanas de sus habitaciones cuando iban a dormir, o por detrás de los árboles durante la noche. Incluso, un día, en la casa de mi abuelita, dejaron la ropa lavada tendida en el patio y cuando oscureció, fueron a recogerla y había desaparecido. ¡Pasara lo que pasara, le echaban la culpa al hombre chancho!

La gente empezó a tener miedo, se empezó a encerrar temprano en sus casas, los niños no podían dormir por la noche y en la escuela de lo único que se hablaba era de cuándo aparecería el hombre chancho en sus casas.

Un día, mi abuelita viajó desde Santiago a Curacaví y cuando llegó, toda la gente hablaba del hombre chancho, estaban muy asustados porque lo habían visto en el cementerio del pueblo. Las mujeres y los niños se fueron a sus casas, mientras que los hombres del pueblo hicieron guardia en el cerrito que estaba frente al cementerio, para ver si el hombre chancho aparecía y lo lograban atrapar.

Los hombres gritaban:

—¡Hombre chancho, sal de ahí!, ¡no podrás escapar!

Esperaron hasta el día siguiente, pero no apareció y entonces se fueron todos a sus casas.

Ninguna persona del pueblo volvió a ver al hombre chancho otra vez y con el tiempo se dejó de hablar de él.

Sin embargo, de vez en cuando aparecía en las noticias que el hombre chancho había sido visto en algún lugar de Chile, causando terror en la población.

Segundo lugar regional
Antofagasta
9 años

Costumbres atacameñas

Manuel Alarcón Cruz

Ckapiñ y Puri, hermanos jóvenes, un día se fueron a trabajar a la limpia de canales. Ellos eran los peones de su familia, es decir, ellos representaban a su lugar. Un mes después, un 1 de agosto, los hermanos tenían que levantarse en la madrugada para quemar la mala hierba del año anterior y así poder volver a sembrar. Todos los 1 de agosto, aquí en San Pedro de Atacama, el pueblo Licanantai agradece a la Patta Hoiri²⁶ y le pide que las cosechas del año sean exitosas. Para esto, el maestro de ceremonia le entrega ofrendas a la Madre Tierra al amanecer. Ckapiñ y Puri, después de unas semanas en familia, sembraron choclos, zapallos y alfalfa o, como acá le decimos, pasto para alimentar a las ovejas y conejos. A sus gallinas les dieron el maíz que quedó de la cosecha del año anterior, tal como se acostumbra aquí. Antes de que terminara el año, Ckapiñ y Puri hicieron humitas con choclo, manteca y un poco de azúcar. Las compartieron con el resto de su familia, invitaron a sus abuelos, quienes durante toda la comida contaron historias y leyendas que sus abuelos les habían contado a ellos y ahora ellos compartían con sus nietos Ckapiñ y Puri.

Finalmente, en febrero, en mitad del invierno altiplánico, Ckapiñ y Puri prepararon el carnaval, ya que a ellos les tocó recibirlo en la primera noche. Y así estos dos hermanos fueron los peones de su familia por mucho tiempo.

Tercer lugar regional
San Pedro de Atacama
12 años

La bailarina de la fiesta de la Candelaria

Anaís Tello Varas

Javiera era una niña que pertenecía al baile religioso Flor del Desierto, en el cual cada año bailaba en la celebración de la fiesta de la Virgen de la Candelaria.

Esta tradición tiene muchos años, ya que la familia de Javiera siempre ha sido devota de la virgen y también bailan y participan en bailes y en la procesión.

En febrero, en pleno verano, al sonido de tambores y silbatos, los creyentes demuestran su fe hacia la virgen. Cada año se calcula que, entre bailes religiosos, creyentes y comerciantes, cerca de 20.000 personas llegan a esta celebración religiosa.

Fue en febrero del año 2000 que Javiera tuvo una experiencia que la marcó para el resto de su vida. Ese año era especial: por fin Javiera, con 15 años de edad, fue elegida como figurina (primera bailarina del baile). Esta designación había sido esperada por años, ya que se debe cumplir con ciertos requisitos para llegar a ser figurina.

Era sábado por la noche, a un día de la procesión de la virgen, y Javiera iba camino a la iglesia a reunirse con sus compañeros para realizar el último baile antes de la procesión.

En este trayecto, Javiera se ve atraída por una anciana que vendía estampitas de la Virgen de la Candelaria; la anciana era de tez muy blanca, casi albina, y su cabello igual era blanco y largo, y le llegaba casi hasta los talones.

A Javiera le causó mucha ternura y, a la vez, tristeza que una anciana estuviera trabajando a tan avanzada edad, pero en unos pocos minutos, esa ternura pasó a preocupación, ya que la anciana solo le ofrecía a ella estampitas y la seguía muy de cerca. Pero más perpleja quedó cuando la anciana la llama por su nombre y le dice:

“Javiera, no temas, no te hare daño, solo necesito que me escuches” Javiera, con un poco de susto y curiosidad, decide escuchar a la anciana.

La anciana, con una voz tierna y suave, le dice: “No te voy a vender nada, solo necesito entregarte un mensaje: hace años que llevaba esperando este momento, imagínate que yo vengo a esta fiesta desde hace mucho tiempo; para que te hagas una idea, más o menos desde que tus tatarabuelos eran unos niños”. Era tanta la extrañeza de Javiera que ni siquiera se dio cuenta de que, por los años que indicaba la anciana, ella ya no debería ni existir.

La anciana le dice a Javiera: “Tú eres la elegida para llevar este mensaje a toda la Región de Atacama; pon atención, el mensaje es el siguiente:

Toda la región debe estar preparada para una catástrofe natural que se aproxima, habrá grandes lluvias, aluviones, correrá agua por donde nunca antes había corrido, los ríos no darán abasto por el inmenso caudal que llevarán. Esta catástrofe causará mucho daño a la población, muchos de ellos perderán sus viviendas; en algunas, el barro llegará hasta el mismo techo. Pero luego de un tiempo, gracias a la fe y el esfuerzo de cada uno de mis habitantes de mi Atacama linda, podrán salir adelante y reconstruirán todo lo destruido”.

Javiera, ya más incrédula que asustada, espera que la anciana termine de hablar y le consulta: "¿Por qué usted me dice todo esto a mí, si yo soy una niña?, ¿por qué no se lo dice a una autoridad o al mismo cura de la iglesia?". A lo cual la anciana le contesta: "Cuando esto ocurra, tú ya serás una adulta y tendrás el poder, sabiduría y un rol principal en la región para ayudar a la gente. Además, no todas las personas están preparadas para recibir y transmitir este tipo de mensaje".

Javiera, más nerviosa que antes, le dice: "¿Cómo saber si todo esto que usted me ha dicho es verdad?". A lo cual la anciana le responde: "Escúchame bien, Javiera: mañana te daré una señal para que creas lo que te he dicho. Mañana, en la procesión tú vas a ser la bailarina más ágil, entusiasta, alegre y con más energías de todos los bailes, no sentirás cansancio en tu cuerpo, solo tendrás ganas de bailar. Y cuando llegue la noche y te vayas a despedir de la virgen, ahí te dejaré un mensaje. Y ahora, no te quito más tiempo, ve con tus compañeros de baile, que te están esperando".

Javiera se fue pensando en todo momento en lo que la anciana le había dicho, pero no le contó a ninguno de sus compañeros de baile, por miedo a las burlas que le podían hacer; tampoco le contó a su familia para no preocuparla.

Llegó el domingo, el día de la procesión, y había más de treinta grados de calor en la ciudad de Copiapó y el sol no daba tregua a los miles de fieles que se habían reunido esa tarde.

Pero Javiera bailaba como si nada, irradiaba energía, sus pasos parecían como que flotaba en el aire y siempre con una sonrisa y un aura especial.

Luego de la procesión, Javiera, junto a su baile, van a despedirse de la virgen. Javiera hace el ritual de todos los años, se persigna, le pide que la cuide y proteja a ella y toda su familia, y cuando va a besar el vestido de la virgen, en ese momento siente que su mano derecha se cierra y aprieta con mucha fuerza, y no la puede abrir hasta que toma asiento.

Al abrir su mano, ve que en su interior había una estampita de la virgen, de las mismas que vendía la anciana, pero esta traía una dedicatoria con letras doradas en la parte posterior que decía:

"Gracias por escucharme y no olvides de trabajar por esta región.

Se despide, quien siempre te protegerá, la Virgen de la Candelaria".

Primer lugar regional

Copiapó
13 años

El pueblo fantasma

Amaro Castillo González

Les quiero contar una historia que no todos pueden contar, solo algunas personas la han vivido; yo la escuché hace tiempo y quiero compartirla con ustedes.

Un día, caminando por el centro de Copiapó, me llamó la atención un letrero de un restaurante; esa palabra no la había escuchado nunca: Tololo Pampa. Cuando llegué a mi casa, le pregunté a mi tío Federico qué significaba y de solo escucharla se puso muy nervioso y con cara de asombro me dijo: "Te voy a contar una historia extraordinaria, que le pasó a tu abuelo y a mí cuando yo era un niño, y hasta el día de hoy pienso que fue un sueño, pero no lo fue".

Me preguntó: "¿Estás listo para escuchar la historia del pueblo fantasma?". Yo le respondí: "¡Claro que sí!", y me dijo: "Escucha con mucha atención:

Un día, junto a tu abuelo, en esos recorridos entre los cerros a la salida sur de Copiapó, en unas de esas largas caminatas, estábamos en busca de algún lugar donde extraer oro, plata o algún tipo de riqueza, en busca de alguna mina abandonada y encontramos una. Tu abuelo se puso a trabajar en la mina, día tras día, hasta largas horas de la noche, en busca del preciado oro.

Y empezó a conseguir oro, guardándolo en sacos viejos, juntó mucho. Yo le decía que cuándo iba a vender el oro para tener dinero y siempre me decía 'mañana', y el mañana nunca llegaba.

Un día, muy temprano, me despertó y me dijo que fuéramos a vender el oro que con tanto sacrificio había juntado. Le dije que sí, porque ya estaba aburrido de solo ver cerros y desierto, yo quería ver algo nuevo. Buscamos la carreta, echamos todos los sacos con el oro, que eran muchos. No recuerdo cuántos eran, pero la carreta estaba muy pesada. Me di cuenta porque las mulas estaban muy cansadas de tanto trabajo y ahora llevaban una pesada carga. Y así no pudimos llegar al siguiente pueblito, porque se nos hizo de noche y también estábamos cansados, con hambre y con sed.

En la oscuridad de la noche, a lo lejos, escuchábamos mucho ruido, como si estuvieran en fiesta o algo así. Se veían luces y cada vez se escuchaba más fuerte la música del piano, que sonaba sin parar. Pensamos: '¿Qué haremos en el desierto sin agua ni comida?'. Sin pensarlo, seguimos en la carreta hasta llegar al pueblo. Llegamos y nos asombró lo iluminado que estaba, muy elegante, con mucha gente contenta; había de todo, un hotel, un restaurante y bueno, todo lo que tiene un pueblo, todo para un buen descanso y continuar nuestra aventura al día siguiente.

Entramos al lugar donde se escuchaba la música, que era muy alegre y la gente muy amable, no paraban de reírse y yo me preguntaba de qué se reían tanto, pero no me importaba. De repente aparece una princesa, lo supe por su forma de vestir muy elegante, llena de joyas de oro y se llamaba Tololo Pampa. dije: '¿Qué nombre más extraño?'. Quizás escuché mal, pero así se llamaba.

Todas las personas a su alrededor la protegían, sobre todo un hombre que me llamó mucho la atención: era alto y delgado y le decían el Patas Largas, por sus enormes pies, y era como su guardián.

Después de comer, nos fuimos a nuestro cuarto para dormir y levantarnos al día siguiente para continuar hasta llegar al pueblo donde nos comprarían el oro. Pero pasó algo que hasta el día de hoy no me explico.

Cuando despertamos con los primeros rayos de sol, yo le dije: '¿Qué pasó, tío Federico? ¿Por qué estamos durmiendo en el suelo con unas piedras de almohadas? ¿Qué pasó con el pueblo y toda la gente?'. ¡No estaban! No había nada alrededor, solo la carreta vacía, no estaban los sacos con el oro que pretendía vender en el pueblo. Estábamos solos en el desierto y no podíamos creer lo que había pasado”.

Yo le dije: “¡Tío eres un mentiroso!, no te creo nada de lo que me has contado”. “¿De verdad no me crees?”, me dijo. Y para mi asombro, me llevó a su cuarto y en unos cajones antiguos se puso a buscar una llave para abrir un baúl que estaba con llave y me dijo: “¿No me crees?, ¡aquí tengo la prueba!”. Y para mi asombro, sacó del baúl un zapato enorme, viejo y lleno de tierra, y me dijo que era del Patas Largas.

Bueno, aquí les dejo mi historia. Para no creerla, pero fue verdad. Si me lo contó mi tío Federico, debe ser así.

Segundo lugar regional

Copiapó

10 años

Historia de un minero

Marcelo Zúñiga López

El minero trabaja mucho y muy duro la tierra, pasa mucho tiempo alejado de las personas que ama, arriesga su vida todos los días para mantener a su familia.

Mientras trabajaba el minero en el fondo de la mina, sintió un fuerte estruendo y una nube de polvo lo cegó; esperó hasta que se pasara y trató de buscar la salida, pero no la encontró. Pensó que quedaría atrapado para siempre.

Estaba muy triste y recordó a su familia, sus viajes a la playa; recordó un día en especial cuando pescaban en su bote y una enorme ola casi les da vuelta. No olvidaría nunca la cara de susto de sus hijos; era la misma cara que pusieron cuando fueron a mariscar y un cangrejo salió de entre las rocas y le atrapó el dedo. ¡Casi se lo arranca de un tirón! Cinco puntos y una gran venda lo obligaron a usar sandalias por un mes en pleno invierno. Seguro era la misma cara que tenía él en ese momento. El miedo de no volver a verlos lo paralizó.

Su padre había sido minero. Recuerda sus historias cuando era pequeño y el miedo que sentía con algunas de ellas: que le apagaban la lámpara, sentía martillar a lo lejos, una extraña y desconocida voz que lo llamaba, herramientas que desaparecían y aparecían en otros lugares. Pero la que más llamó su atención fue la siguiente: una noche escuchó un ruido y se levantó a mirar. Los ruidos venían del interior de la mina; al fondo había una luz que parpadeaba, como invitándolo a entrar. Pudo más su curiosidad que el miedo y entró; a medida que se acercaba, la luz se alejaba, parecía que lo dirigía hacia algún lugar. De pronto, se detuvo. Cuando estaba a punto de tocarla, algo lo tiró para atrás. Asustado, recogió su lámpara y se fijó que adelante, a unos centímetros de distancia, había un pique; miró para todos lados y no vio a nadie. Eso fue algo que nunca pudo olvidar; sus compañeros no creyeron en él hasta el día siguiente que fueron al lugar y encontraron una enorme veta de cobre. "El mineral llama, solo hay que saber escucharlo", decía mi padre. Y esa fue la explicación que le dio a lo que le había sucedido.

Creo que mi amor por la minería viene de ahí, de esas historias que él me contaba o de los sacos con piedras preciosas que le llevaba a mi madre: calcopirita, calcita, atacamita, azurita, magnetita, celestina, cuarzo; piedras que hacían que abriera mis ojos como sapo porque pensaba que valían una enorme fortuna. Ella las coleccionaba y las presumía como trofeos cada vez que tenía visitas. Para la mayoría solo eran piedras; para ella y para mí eran parte de nuestra vida, y la forma de sentir a papá cerca cuando no se encontraba en casa.

Casi nunca veía a mi padre, solo los fines de semana; pero cuando salíamos de vacaciones aprovechábamos todo el tiempo que teníamos, con él cada día de vacaciones era una aventura. Una vez, mientras acampábamos en el desierto, se acercó un zorro buscando comida, se llevó toda nuestra carne y tuvimos que comer empanadas rellenas solo con cebolla, pasas, huevo y aceitunas.

Cada noche, alrededor de la fogata, contábamos historias increíbles que cada uno inventaba, como la que dijo mi hermano: "En una noche muy oscura como esta, tres hermanos sentados frente a una fogata, ignorando que alguien o algo los vigilaba desde los arbustos, disfrutaban de unos malvaviscos quemados. Uno de ellos se levantó a orinar y se alejó lo más posible para que no lo oyeran. Pasó el rato y no volvía. Sus hermanos salieron a buscarlo y no lo encontraban por ningún lado. De repente escucharon un grito y vieron una sombra tirada en el piso, se acercaron despacio y al darle vuelta: '¡¡Wuaaaaa!!', era su

hermano haciéndoles una pesada broma". No tenía mucho de increíble, pero logró asustarnos y hacemos reír a todos.

Cansado, con hambre, sueño y sin saber cuánto tiempo llevaba atrapado en la mina, se acostó a descansar para seguir recordando. Sintió un suave olor a pan, ese rico pan que hacía su abuela en el horno de tambor y greda que le había hecho su padre. Sí, ese olor era inconfundible, desde que ella falleció no había vuelto a sentir ese olor, ni el sabor de los porotos a leña con grasa de cerdo que solo ella sabía hacer. Se le hizo agua la boca, debió ser el hambre que trajo esos recuerdos a su mente. Sonrió, se acomodó y se durmió. Lo despertó un suave sonido de martillos y cuñas. Sin pensarlo, y entre dormido, pronunció las palabras que su padre decía: "El mineral llama". Y siguió sin moverse hasta que, de repente, una luz de esperanza surgió en su corazón. "El mineral llama", dijo en voz alta, y con las pocas fuerzas que le quedaban tomó su pico y la lámpara que ya apenas alumbraba y fue siguiendo el sonido. Lo sentía cada vez más cerca, más, más y más, y luego sólo se detuvo ante esa pared de rocas apiladas.

No podía terminar ahí, debía haberlo guiado a la salida. Se sentó frente a la pared, sólo podía mirarla. Con sus manos sobre su cabeza, lloró; atrapado y sin salida, sólo esperó su destino. Cerró sus ojos para despedirse de su familia, esperando que en el lugar donde estuvieran pudiesen escucharlo o sentirlo.

Una luz iluminó su cara. Sin pensarlo, se abalanzó contra la pared y con sus manos intentó agrandar el agujero que se abría ente él. La luz del sol lo cegó y sólo sintió las manos de sus compañeros que lo tomaron para sacarlo de ese lugar. Cerró sus ojos y pensó: "Ahora tengo mi propia historia para contarles a mis hijos y nietos".

Tercer lugar regional

Copiapó

10 años

Las bolitas blancas

Anahí Cifuentes Fajardo

Hace algunos años, cuando mi hermana aún gateaba, miraba siempre a mi abuelita barrer por todos los rincones de la casa. A veces pensaba que le gustaba, porque cantaba y bailaba con la escoba. Un día decidí ayudarla, porque se veía muy cansada.

—Abuelita, déjame ayudarte, pásame la escoba.

Ella me respondió con cariño:

—No niña, mejor anda a jugar con tu hermana.

Como mi abuelita es muy porfiada, tuve que insistirle de nuevo.

—Pero te ves muy cansada, yo te ayudo.

Mi abuelita, mirándome tiernamente a los ojos, me respondió:

—Mejor no, ya que pueden aparecer las bolitas blancas.

—¿De qué bolitas hablas?

—Las bolitas blancas aparecen en las casas donde hay guaguas que gatean. Las personas las confunden con las bolitas de plumavit, esas que sirven de relleno, y aunque luzcan iguales no lo son, solo toman esa apariencia para pasar desapercibidas. Aparecen cuando nadie las ve y siempre en grupos de 10 a 15. Se dirigen sigilosamente hacia las guaguas que están en el suelo gateando.

Ya intrigada y con gran curiosidad, le pregunté:

—¿Y qué hacen, abuelita?

—¡Son malvadas! Las malas lenguas dicen que provienen de los brujos de Salamanca. Las bolitas le susurran cosas feas a las guaguas para que lloren y se alimentan de aquel llanto. Y mientras lo hacen, van creciendo poco a poco hasta que los niños dejan de gatear y ahí se van a otra casa para molestar a otras guaguas. La única manera de ahuyentarlas es barrer. Por eso barro todo el día, porque así se asustan y no molestan a tu hermana. ¿Te has fijado que ella nunca llora? Pues es por eso.

—¿Por qué no le has contado a mi mamá? ¿Todavía quedan bolitas en la casa?

—Solo la gente del campo sabe de estas cosas, mi hijita. Tu madre diría que estoy loca. Yo creo que todavía quedan algunas bolitas en la casa. No dejaré que asusten a tu hermanita. Bueno, ahora que ya sabes qué son, no creo que te asusten a ti.

Finalmente, con una sonrisa pícara me dijo:

—Mi linda, ahora mejor tráeme un mote con huesillos y ayúdame a barrer.

Primer lugar regional

La Serena

14 años

Valle del extraterrestre

Nayeli Cifuentes Fajardo

Un día, cuando fuimos al Valle del Elqui, mientras estábamos comiendo unas ricas churrasquitas con queso de cabra, le pregunté a mi abuelita:

—¿Has visto extraterrestres alguna vez?

Ella me dijo que sí y comenzó a contarme una historia.

—Una vez, cuando era más lola, vine con mis amigas aquí mismo, al valle. La pasamos chanco, fuimos a varias partes; entre estas, a Paihuano y Vicuña. Justo ese día era el carnaval elquino. Cantamos, bailamos y ¡hasta hicimos vino, miéchica! En Paihuano tomamos una rica variedad de piscos. Se pasó rápida la tarde, ya que hicimos muchas actividades ese día. Cuando llegamos a la cabaña, ya era de noche. Descansamos un ratito y, para aprovechar la estadía, decidimos ir a caminar para ver el bello cielo estrellado de la noche elquina. Fuimos a un cerro bien alto para ver las estrellas. Yo les dije a mis amigas que no subieran tan arriba, pero como ellas eran porfiadas como una chancha y locas como una cabra, no me hicieron caso. Sin darme cuenta, me dejaron atrás y ya ni las divisaba. De repente, vi pasar una luz muy grande y brillante como el sol. Vi a un hombre muy alto y de color verdoso. Sabía que no era bueno. Me armé de valor y entonces le di una sola patada y corrí cerro arriba a buscar a mis amigas. A lo lejos las vi y seguí corriendo hasta que por fin logré estar cerca. Las agarré de las manos y salimos corriendo rápido como una bala. Cuando llegamos abajo, les conté lo que sucedió. Ellas estaban tiritando y en shock. Después, cuando se calmaron un poco, me dijeron que ellas igual vieron algo, pero diferente a lo que yo vi, porque observaron que caía algo del cielo y se estrellaba.

Hasta el día de hoy no sé lo que vieron mi abuelita y sus amigas. Solo sé que a partir de ese momento a mi abuelita se le encogió su pelo y es el look que lleva hace más de 50 años, estilo ovejita. Y también creo que la hizo inmortal, porque ya tiene casi cien años.

¡Así es la vida, poh!

Segundo lugar regional

La Serena

12 años

La valiente pastorcita de cabras

Emilia Castro Leiton

En la ciudad de Illapel vivía una niña a la que le decían Pastorcita, porque su papá era pastor de cabras, pero más porque ella siempre quiso serlo también. Ella quería ser una buena pastora y siempre pensaba que, si se perdía una de las cabras de su papá, ella iría a buscarla. El 15 de noviembre de cada año era el día más esperado de Pastorcita: era la Fiesta de la Trashumancia. Este año, Pastorcita estaba preparada por primera vez para acompañar a su papá y llevar a las cabritas desde su ciudad a la cordillera, donde estarían ahí aproximadamente tres meses buscando alimento para ellas. Así partieron, con su papá y las cabritas, a este gran desafío.

Mientras pasaban por la ciudad, todos la saludaban y la despedían junto a sus cabritas. Habían cerrado la calle principal para verlos pasar y desearles un buen viaje. Caminaron un largo rato, el ruido de la ciudad quedaba cada vez más lejos, hasta que ya no quedaba sino el balar de las cabritas.

Cuando llegaron por fin a las montañas, hacía mucho frío por el viento que allí soplaba. Pastorcita ya estaba muy cansada, pero recordó que estaba ahí por las cabras y sí era así, no se rendiría nunca, así que siguió caminando. Después de varias horas, llegaron a una vieja cabaña hecha de piedras y techo de paja, donde el padre dijo: "Nos quedaremos aquí por dos días para después seguir nuestro camino". Estaban allí otras personas que los recibieron amablemente. También había en ese lugar un par de caballos y ovejas que los acompañarían en el resto del viaje.

Llegó el momento de retomar la marcha y Pastorcita se preocupó de contar las cabritas antes de partir. Contó 50 cabritas; para ella todas eran hermosas.

Luego de dos días caminando en estrechos caminos entre medio de las montañas, llegaron a un lugar más plano donde había abundante pasto y un pequeño río para beber agua. El papá de Pastorcita buscó unos palos y con un par de mantas que cargaban los caballos, armó un sencillo refugio para el frío y prendieron una fogata. Llegó la noche y, antes de dormir, comieron charqui y compartieron mate al calor de la fogata, cantando una vieja canción de los arrieros. Las cabritas ya dormían todas juntas, pero de repente se escuchó el sonido de una cabra a lo lejos. El papá de Pastorcita se puso en pie, fue a mirar qué podría haber sido y logró ver que una de las cabras se había escapado alejándose de las demás. Intentó alcanzarla, pero no logró hacerlo. Cuando volvió al refugio, Pastorcita le preguntó si había logrado encontrarla, pero él respondió: "No pude, pero no te preocupes, es solo una más de las muchas que tenemos, no vale la pena arriesgarse para ir a buscarla. Es peligroso, puede haber pumas por ahí". Entonces se fueron a dormir.

Pastorcita no estaba de acuerdo con su papá y permaneció muy preocupada, pero el cansancio la venció y se quedó dormida. Mientras dormía, tuvo un sueño, pero más que un sueño era una pesadilla, veía a una indefensa cabrita perseguida por un puma. Pastorcita, angustiada, de un salto se levantó de su saco de dormir y se dio cuenta de que esta vez no podía hacerle caso a su papá. Entonces, lo pensó bien y decidió ir en busca de la cabrita. Se puso sus botas, su chaqueta y su gorro y, despacio, sin que su papá se despertara, se fue con una linterna valientemente por el lugar donde se había ido la cabrita. Notó que había mucho viento y tenía pinta de lluvia, pero aun así no cambió de opinión. Partió rápido, y cuando ya llevaba varios metros lejos del refugio, asegurándose de que su papá no la oyera, empezó a llamar: "¡Cabrita! ¡Cabrita, ven!", alumbrando por todos lados, pero sin encontrarla. Comenzó luego a buscarla entre unos árboles, gritando ahora con más fuerza, cuando comenzó a llover. Pastorcita estaba

asustada, mientras la lluvia se hacía más intensa formando charcos enormes por todos lados. Ya no veía nada e intentaba afirmarse de un árbol, porque el viento era muy fuerte. De repente escuchó un ruido a lo lejos que parecía el balido de una cabra y ella estaba segura de que era la cabra perdida. Por eso partió corriendo, aunque apenas podía ver, pero no le importó. Mientras más corría, el balido se hacía más fuerte. Pero estando muy cerca, escuchó también un fuerte rugido; sin embargo, eso no la detuvo. Pastorcita era muy valiente. Por fin logró ver a la cabra, sabía que era la cabra perdida, porque desde que la cabra nació tenía una mancha café alrededor del ojo y la reconoció de inmediato. Pastorcita estaba tan aliviada y concentrada en haberla encontrado que olvidó el rugido que había oído. De pronto, vio a un puma parado frente a ella, tomó a la cabra rápidamente y se puso a correr con ella en brazos. Corrió lo más rápido que pudo, y al mirar hacia atrás, vio que el puma se enredó en unas ramas de arbustos, pero ella sabía que no sería por mucho tiempo. Sentía que en cualquier momento se podía caer, pero siguió corriendo sin volver a mirar atrás.

De pronto, frente a ella vio una sombra, pensó que era otro puma, por lo que esta vez se detuvo, abrazó a la cabra y se agachó. Pero inesperadamente para ella, escuchó: "¡Hija amada, por fin te encuentro, te estaba buscando por todos lados!". Pastorcita levantó la cabeza y vio que era su papá que había salido a buscarla. "Noté que no estabas en el saco de dormir y supe que habías venido a buscar a la cabra perdida". Rápidamente, dejó la cabra a un lado por un momento y abrazó a su papá. "Perdón por irme, es que no podía dejar sola a la cabra por ahí", dijo ella. "Está bien, hija, fuiste una buena pastora, pero la próxima vez me dirás e iremos juntos", dijo su papá y volvieron los tres al refugio a dormir.

Al terminar los tres meses, regresaron a Illapel. Todas las personas los estaban esperando para saludarlos nuevamente y ver a las cabritas pasar. Pastorcita se sintió tan feliz y orgullosa, que desde ese día decidió que cuando grande sería como su papá y con su propio rebaño de cabras haría la trashumancia todos los años.

Tercer lugar regional

Illapel

10 años

La leyenda del cuello negro de la gaviota

Alison Pérez Pérez

Hace muchos años atrás, en el río Petorca, Región de Valparaíso, se dice que habitaba una mujer llamada José María, una joven de piel blanca y enormes ojos negros, cuyo único problema era parecerse a don Samuel, un acaudalado hombre de las cercanías que no tenía hijos y su única familia era su hermana. Se dice que el parecido de ellos fue porque su madre le tenía mala en su embarazo. Gracias a esto, tuvo origen la leyenda de la gaviota.

Cuanta la leyenda que José María, mientras caminaba cerca del río, se conoció con Santiago, sobrino de don Samuel y único heredero de la fortuna familiar. Él, al verla la encontró hermosa, bastó solo una mirada para enamorarse de ella. Comenzaron a verse a escondidas. Fue así como pasó mucho tiempo entre ellos, hasta que un día fueron descubiertos por la madre del joven, quien sospechaba de las conductas que estaba teniendo su hijo. Lo siguió y lo descubrió. En ese momento, quedó impactada con el parecido de José María con su hermano. Silvana era una mujer muy avara, en ningún momento pensó en su hijo, sino solo en la fortuna de su hermano, que ya estaba muy viejo. Producto del parecido, la mujer pensó que era hija de Samuel. Por lo que, sin pensarlo dos veces, creó un plan para deshacerse de José María, ya que no quería compartir la herencia de su hijo, puesto que su hermano le había comentado que le dejaría todo a Santiago. El amor de los jóvenes se vio amenazado por las malas intenciones de Silvana.

La mujer buscó a un brujo para deshacerse de José María. Fue así como él creó un hechizo y se presentó ante José María con un trozo de pescado. La joven, al no saber de las malas intenciones del brujo, lo comió. Al tiempo, se escuchaba sobre embrujos que transformaban a mujeres en animales inmortales. Al amanecer, la bella muchacha de ojos aceituna había desaparecido.

Santiago estaba muy preocupado, ya que no había logrado comunicarse con su amada. Entonces decidió buscarla en el río, lugar que era su centro de amor. Al no verla, buscó por todas partes, hasta que escuchó a un grupo de personas hablar de lo sucedido. No lo podía creer, enloquecía al recordar aquellas palabras. Decidió no creerlo y seguir buscándola, hasta que se encontró con una vieja mujer, que lloraba desconsoladamente. Se trataba de Juana, abuela de la joven. Ella le comentó muy tristemente lo sucedido. Se trataba del hechizo del brujo. Juana le dice a Santiago que José María había comido un trozo de pescado que le llevó aquel hombre y comenzó a sentirse muy mal después de comerlo, hacía movimientos extraños y distintos gritos, transformándose en una gaviota, con plumas de color blanco y ojos negros. Santiago, al enterarse de lo ocurrido, acudió al brujo para que admitiera lo que le hizo a su amada. Él le confesó que su madre lo había sobornado, por lo que Santiago fue inmediatamente donde ella a pedirle explicaciones. Silvana negó todo, pero su hijo estaba muy desconsolado, sintiendo que no podía vivir sin su amada y se marchó de la casa. Así pasaron algunas semanas, Santiago no era capaz de continuar con su vida. Entonces decidió ir al río, donde se juntaba con José María, para recordar los momentos bellos que pasó con su amada.

La chica, una vez sintiéndose gaviota, pensó que Santiago no la reconocería y se echó a volar.

A orillas del río Petorca, Santiago llora su pena. Una tarde, una gaviota con enormes ojos negros, lágrimas y una profunda mirada humana, voló cerca de él. Cuando Santiago vio a la gaviota, su cuerpo se estremeció y vio en ella a su amada José María. Fue así como, por arte de magia, la cabeza de la gaviota comenzó a ponerse de color negro hasta su cuello, producto de la pena y desamor que sentía en ese momento. Es por ello que las gaviotas tomaron ese color en su cabeza, blanco por la piel de José María, negro por su pena y triste amor.

Primer lugar regional

La Ligua
10 años

La leyenda del olivo milagroso

Madeleyne Acuña Acosta

Cuenta la leyenda que en un pequeño pueblo llamado Alegría, muy lindo, donde vivía gente muy amable, todos eran felices, tenían muy buena convivencia y se dedicaban a la agricultura. Tenía vegetación abundante, dado que con eso sobrevivían los aldeanos.

Pero hubo un momento, cuando llegó la sequía, en el que todo el pueblo estaba preocupado y angustiado por cómo sobrevivirían a ella, ya que sin agua no podrían regar sus plantas, y a eso se dedicaban. Un día, dos aldeanos salieron a recorrer los alrededores, ya que querían ver si podían hacer algo por la sequía. Recorrieron un gran camino y no encontraron nada, y cuando estaban por volver a su pueblo, vieron una luz que se veía en un cerro. Caminaron hasta el lugar y cuando llegaron, quedaron asombrados. El lugar era muy seco, pero en él había un hermoso árbol con pequeñas hojas grises verdosas y enormes raíces que sobresalían del suelo.

Cuando los aldeanos se acercaron al árbol, detrás de él apareció una niña que les dijo: "No teman, ¿qué necesitan?". Los hombres, algo asustados, le contaron que andaban en busca de agua, ya que la sequía estaba afectando a su pueblo. La niña les dijo que habían encontrado el árbol perfecto para sobrevivir, ya que sus raíces no necesitan tanta agua. Los aldeanos, sorprendidos, se fueron al pueblo a contarles a las demás personas. Ellos no les creían, cómo iban a encontrar un árbol en medio de la nada. Fue así como todos se fueron al lugar. Al darse cuenta de que era todo verdad, se pusieron muy felices.

Los aldeanos llevaron algunas ramas del árbol y las plantaron. Al pasar el tiempo, comenzaron a crecer. Los aldeanos, muy felices, empezaron a utilizar sus hojas para hacer aceite y lo vendían en los poblados vecinos. Con el tiempo, las personas de los pueblos cercanos comenzaron a dudar de dónde salía tan rico aceite. Fue así como una mañana llegaron al lugar. Al ver los árboles, se sorprendieron. Pero ocurrió que ellos también querían sacar beneficios de él. Los aldeanos les mencionaron que podían compartir sus árboles, pero las personas querían llevarse todo. Entonces, comenzaron una lucha, provocando un gran incendio, quemándose todo. La gente, muy apenada por lo sucedido, comenzó a llorar, ya que, a pesar de las súplicas, no fueron escuchados por los avaros y enfurecidos vecinos. Fueron tantas las lágrimas que cayeron que, entre los escombros, empezaron a ver un pequeño brote. Entonces recordaron las palabras de la niña: "Sus raíces no necesitan tanta agua para sobrevivir".

Fue así como, producto de la lucha, surgió la esperanza de los nuevos brotes, pero esta vez la naturaleza los premió por sus cuidados y buena voluntad, aparecieron pequeñas perlas negras, a las que llamaron aceitunas. El nombre aceitunas fue dado gracias al aceite que se creaba con ellas.

Segundo lugar regional

La Ligua

11 años

La leyenda de las plumas rosas del flamenco

Sofía Leyton Inostroza

Hace muchas décadas atrás, en el salar de Atacama, lugar característico por sus altas temperaturas y un sol resplandeciente, se encontraba una diosa muy hermosa, de piel muy blanca y ojos grandes de color como el amanecer.

Su nombre era Blanquita y se sentía orgullosa de ser así. Lo que más le gustaba era bajar a la tierra y dar largos paseos por la laguna, con sus pies descalzos. Además de ser muy hermosa, era muy territorial, no dejaba que nadie se acercara a las aguas de la laguna, y si alguien lo hacía, lo mataba.

Una noche, mientras andaba en la laguna, vio algo que flotaba en el agua. Se trataba de un flamenco. Ella, muy curiosa, se acercó a verlo. Se sorprendió al ver sus hermosas plumas blancas y rosadas, era muy parecido a ella, solo que Blanquita no tenía alas rosas, solo blancas.

Al mirar su rostro, fue amor a primera vista. De repente, el cuerpo comenzó a moverse, estaba agonizante y parecía herido de muerte. Llena de tristeza, comenzó a llorar. Producto de esta situación, las demás aves la escucharon y decidieron ir a verla. Las aves quedaron sorprendidas por la fragilidad de Blanquita, ya que siempre fue muy fuerte y territorial. Sin duda, se dieron cuenta de que ella estaba enamorada y que el amor cambia las actitudes.

Las lágrimas de Blanquita en el cuerpo del flamenco moribundo lograron sanar sus heridas. El flamenco se recuperó y cada vez que la miraba, se veía en sus ojos el amor y agradecimiento que sentía por ella. Producto de esto, comenzó a suceder algo extraño: Blanquita ya no tenía plumas blancas, sino que comenzaron a salirle de color rosado.

Fue así como se dio origen a las plumas rosas de los flamencos. Se dice que, si tienes alguna enfermedad, debes ir a la laguna, ya que sus aguas adquirieron propiedades curativas.

Tercer lugar regional

La Ligua

11 años

El secreto del hombre sabio

Sofía Flores Cautre

Cuenta la leyenda que, en una aldea ubicada en Llanquihue se encontraba el hombre más sabio del mundo que decía que ser ciego lo hacía ver todo mejor; en sus ojos vacíos se encontraba el secreto de la sabiduría

Un día en otoño, yo estaba jugando con mis amigos, como de costumbre. Ese día no sabíamos a qué jugar, así que solo dijimos que el que tirara las piedras más lejos tenía que cumplir una penitencia. Cuando las lanzamos y yo perdí, mis amigos, como castigo, me enviaron a preguntarle a un señor muy peculiar cuál era el secreto de su sabiduría, ya que nos contaron que él era muy sabio e inteligente y todos querían recibir sus consejos, por lo que era muy respetado. Su aspecto era también muy raro, era alto y delgado como un árbol y sus ojos eran blancos porque era ciego. Era algo tétrico mirarlo, pero no era tétrico escucharlo, puesto que su voz era apagada, pero dulce y amable. Entonces, después de analizarlo, me acerqué con cuidado y con mi más madura voz le pregunté: "Señor, ¿usted me podría compartir el secreto de su sabiduría?".

Cuando hice la pregunta, él se sorprendió y lo primero que me dijo fue: "Rara vez he visto que un niño de tu edad me pregunte eso". Después me respondió que podía contármela, pero no muchos le creían, así que debía ser inteligente para poder ver más allá de la realidad y fantasía. Entonces, él comenzó a relatar. "Cuando viví en La Araucanía no conocía a nadie, puesto que soy huérfano desde pequeño, y sólo conocí a mi abuelo, pero desde que murió nunca me sentía cómodo en ningún lugar, así que deambulaba solitario de región en región con tan solo doce años. Después de haber estado en muchos lugares de Chile, llegué a un pueblo, pero no conocía su nombre. En ese entonces vi pasar a mucha gente vestida rara y con tambores con símbolos extraños. Entonces, mi curiosidad me superó y fui a preguntarle a una señora ya de edad, que iba vestida como los demás, con un vestido largo negro y una capa con adornos, entre otras cosas. Le pregunté: '¿Por qué visten de esa forma?'. Y me respondió tranquilamente: 'Nosotros somos llamados mapuches y lo que estamos haciendo es un homenaje a los ancestros'. Yo quedé asombrado y me senté en un rincón a ver cómo lo hacían. Entonces, la misma señora se me acercó y me preguntó: '¿Qué estás haciendo aquí?'. Y le respondí: 'Estoy buscando lo que más quiero, buscando mi camino'. Entonces ella, con una sonrisa de lado a lado me dijo: 'Tal vez yo te puedo ayudar'. Me hizo seguirla hacia una carpa y cuando llegamos me senté en una silla y me dijo: '¿Sabes que todo tiene un precio, verdad?'. Yo le respondí: 'Sí, lo sé'. Y me dijo: '¿Qué es lo más importante y especial que tienes tú y que pueda querer yo?'. Lo pensé durante mucho tiempo, pero al final le respondí: 'Yo he visto muchos lugares hermosos y siempre veo el vaso medio lleno, creo que esas son mis mejores cualidades, pero no sé si eso servirá, porque no te puedo dar mi vista', dije riendo. Ella sonrió y me dijo: '¿Y qué es lo que más quieres?'. Yo pensé en el único pariente que había conocido, en mi abuelo, así que le dije: '¿Puedes traer a mi abuelo de vuelta? Él murió hace unos años y lo extraño mucho'. Ella me miró con lástima y me dijo: 'Eso es algo que no puedo hacer, porque no se puede molestar a un alma descansando, pero te puedo dar lo que tenía tu abuelo y su abuelo y todos los abuelos que hayas tenido, y puedo dártelo todo en uno'. Yo, extrañado, le respondí: '¿Y qué es?'. Entonces ella me dijo: 'Es sabiduría'. Yo le dije: 'No necesito eso'. Y me dijo: 'La sabiduría es de los inteligentes y fuertes y solo con eso podrás tomar buenas decisiones en tu vida'. Entonces, después de pensarlo mucho, acepté y le dije: 'No le puedo pagar'. Por lo tanto ella me hizo firmar un contrato y me dijo: 'Ahora te daré lo que me pediste y yo tomaré de ti lo que quiera'. En ese momento comencé a ver todo borroso y pasé a no ver nada en absoluto. Yo estaba asustado y ella se limitó a decir: 'Ahora tienes la inteligencia y sabiduría de 100 hombres'. Y con eso, se fue. Yo la llamé, pero nadie contestó, hasta que sentí que alguien se me acercaba y esa persona me dijo:

'Niño, ¿qué te pasó, que haces aquí?'. Yo, llorando, le dije que ya no podía ver nada, entonces ella me dijo que cómo me había pasado eso y le conté todo y me dijo: "Tal vez no debiste hacer ese trato, yo no te puedo ayudar a conseguir tu vista de nuevo, porque el poder de la machi²⁷ es muy grande, pero recuerda que ella te dio sabiduría, úsala lo mejor que puedas y cuando creas que estás listo, te llevaré a su cueva y tú usarás la sabiduría que ella te dio contra ella misma, y entonces tal vez puedas hacer un buen trato'. En ese momento pensé qué iba a ser de mí, ahora que no podía ir a otro lado, pero ella me dijo que iba a cuidar de mí y que haría lo mejor posible para ayudarme.

Poco después, conocí su nombre, que era Samantha. Ella tenía tan solo 19 años cuando me encontró, nos hicimos muy unidos y con su vista y mi sabiduría sobrevivimos".

Cuando terminó su relato, le pregunté qué había pasado con la señora y me dijo con tristeza: "Ella murió hace algún tiempo, fue como una hermana mayor para mí y nunca vi su cara". Yo le dije que sentía su pérdida y que al menos ahora él era el anciano más respetado de la región y el más sabio, y le pregunté: "Si usted es tan sabio, entonces, ¿me puede decir cuál es el secreto para ser feliz en la vida?". Él se rio y me respondió: "La vida es una sucesión de lecciones que uno debe vivir para aprender, así que no hay vida si no hay lecciones, y las lecciones a veces pueden hacer sufrir, pero eso es la vida, está llena de momentos felices y tristes y no se puede cambiar". Entonces sonreí pensando en que le iba a decir lo mismo a mi madre, para que pensara que soy sabio. Le hice una última pregunta: "Señor, ¿qué pasó con la machi?". Cuando me iba a responder, entró una señora vestida rara y con un símbolo mapuche y el señor me dijo: "Ella ya está aquí". Salí de la casa del señor para que pudiera hablar tranquilo con la machi, pero hasta el momento no he podido hablar de nuevo con el señor, ya que después de la visita de la machi, se fue del pueblo. Nadie sabe a dónde, pero yo sé que está relacionado con esa machi. Cuando sea más grande prometo que iré a buscarla para encontrar el paradero del hombre sabio. Mientras tanto, iré a leer para fortalecer mi sabiduría.

Segundo lugar regional

Padre Hurtado

13 años

La vida del folklor

Violeta Mendoza Bravo

Hace mucho tiempo había un lugar muy pequeñito en la cordillera de los Andes. Era un pueblo que se escondía a la vista de un humano. En el interior del pueblo se encontraban toda clase de seres mitológicos, animales y más, pero ni un solo humano.

Había un pequeño ser llamado folklor: tenía el cuerpo de un huemul, las alas de un cóndor y podía meterse en el corazón de las personas, pero él aún no lo sabía. También era amable, cariñoso y empático. Se dedicaba a ayudar o, al menos, tratar. Pero un día llegó al pueblo una nube de la maldad, que destruía todo lo que encontraba. Entró al pequeño pueblo y todos los seres trataron de escapar, pero solo algunos lo consiguieron; por suerte folklor logró escapar, pero por poco.

Vagó durante días sin un destino, hasta que un día se encontró con otro de su clase. Él le contó lo de la nube de la maldad, que se había dividido en trozos y se había metido dentro de las personas.

—Entonces —dijo el folklor—, hagamos lo mismo que hizo la nube.

—¿Cómo romper lo que encontramos? —dijo el otro.

Folklor respondió:

—No, nos vamos a meter en las personas.

Así, los nuevos amigos crearon un plan. Un día fueron a un pueblo y se metieron en la gente, volviéndola amable, amistosa, empática y con muchas ganas de ayudar.

Así, todos los que estaban en el pueblo tenían un trocito de folklor en su corazón.

De a poco, los dos amigos se habían esparcido a todo Chile y, como ocurrió con el pequeño pueblo, todos se volvieron amables, amistosos, empáticos y con muchas ganas de ayudar.

Pero un día, la nube de maldad volvió, esta vez más fuerte que nunca.

Los amigos perdieron y la nube se metió en la gente, dejando así a todos con una parte de maldad.

Cansados, los amigos se retiraron creando un nuevo plan. Estaban tan decepcionados que no se dieron cuenta de que una pequeña parte de ellos había quedado en esas personas.

Poco a poco, la gente volvió a sentir a estas criaturas en su interior y creaban canciones sobre lo que sentían. Y mientras más pensaban en las criaturas, más componían y hacían, y la nube se iba retirando. Solo había unos pocos que se negaban ante la presencia de este ser en su interior y que seguía dominando la nube. De hecho, había gente que logró eliminar por completo a esta nube de su interior.

En honor a esta gran valentía y esfuerzo de estos seres mitológicos, a la música la llamaron folklor.

Tercer lugar regional

Ñuñoa
10 años

La leyenda de la grutita del carabinero de Peumo

Esperanza Gálvez Vargas

Me ha contado mi papá Roberto que, un día en horas de la noche, un conductor de un camión conducía somnoliento debido a sus muchas horas de trabajo sin detenerse, porque quería llegar prontamente a su lugar de destino para hacer entrega de la carga que transportaba y llegar luego a su domicilio y estar con su familia.

Al aproximarse por la Ruta G-60 y al llegar a una intersección de la comuna de Peumo, sorpresivamente lo detiene un funcionario de Carabineros, quien lo infracciona por una luz quemada que llevaba su camión. Al finalizar el control, el conductor guarda su infracción sin revisarla.

Pasaron los días y el camionero tuvo que regresar a Peumo a pagar su parte. Al momento de concurrir al tribunal, el parte no figuraba en los registros. Concurrió el conductor a la comisaría de Peumo y les manifestó a los carabineros lo que le había sucedido y les dijo qué día y a qué hora lo habían infraccionado. Le dijo al suboficial de guardia, pero ellos le dijeron que ese día y a esa hora no se había efectuado ningún control vehicular. Al aproximarse otro funcionario, le consultó sobre las características físicas del carabinero que lo había controlado, y cuál sería su sorpresa al reconocer y asimilar al funcionario mencionado por el camionero. Le mostró una fotografía al conductor del camión, quien lo reconoció inmediatamente. Los carabineros le contaron que ese funcionario había fallecido en un trágico accidente. Cuál sería la sorpresa del conductor del camión, ya que inmediatamente solicitaron el carro de servicio y fueron con el conductor al lugar donde se encontraba la grutita del carabinero. Sobre ella se encontraba su licencia de conducir, entendiendo que, a lo mejor en esa circunstancia, esa detención en la ruta le salvó la vida y, a lo mejor, hasta de la muerte. El conductor reconoció que en algún momento de su tiempo libre le llevaría flores como una forma de agradecerle por salvarle la vida y permitirle, hasta el día de hoy, estar con su familia y disfrutar de sus hijos.

Basada en hechos reales.

Primer lugar regional

Las Cabras

12 años

Los parientes

Agustina Lara Ramírez

Mi nombre es Agustina y de vez en cuando me gusta salir a caminar por los cerros cerca de mi casa. Yo vivo en Lolol, en la cordillera de la Costa. He escuchado a mis profesores decir que el sector se llama secano costero. Sé que estamos cerca de la playa, porque en las tardes se ve como viene una nube gigante por los cerros que están detrás de mi casa; mi mamá dice que se llama vaguada costera, yo solo veo que son nubes blancas gigantes que se comen el cerro.

En esos mismos cerros me gusta caminar, pasear y escuchar como cantan los pajaritos. También me deslumbro al mirar entre el paisaje a la loica, que posee un plumaje llamativo de color rojo escarlata y que suele posarse entre los arbustos y espinos de mi querido pueblo.

En mis paseos me encontré un zorro ártico, un zorro chilote y un zorro común. Cada uno estaba en distintas partes del cerro, como que cada animal estaba pensando en sus asuntos. Me llamó mucho la atención encontrar el mismo día tres especies tan únicas, pero lo que más me sorprendió es que no fueran amigos. Escondida detrás de un espinillo, me quedé un rato mirándolos para ver qué estaban haciendo; y debo admitir: ¡me encantan los zorros!, pero también me dan un poco de susto. Era septiembre, estaba bonito el día, pero igual había viento, ese viento que sirve para elevar volantines. Mientras pensaba de qué color iba a hacer mi volantín este año, me empezó a dar frío y pensé que era mejor volver a casa, pero pasó algo increíble. Los zorros chocaron entre sí; al principio se miraron con desconfianza, mostraron sus dientes, que eran amarillos, puntiagudos y con un poco de baba. Me dio susto y asco a la vez, pero luego algo sucedió, una brisa de viento llevó mi pelo negro, crespo y desordenado a mis ojos. No me di cuenta cómo se empezaron a oler entre ellos; algo había pasado, no sé qué fue, pero esa brisa de viento mágico hizo que entendieran que eran familia, más bien como primos lejanos, pero familia.

Yo seguía escondida detrás de los árboles, en medio de las ramas cubiertas de espinas, y el viento comenzó a soplar más fuerte. En ese momento me invadió la curiosidad de ver qué pasaría entre estos animales mamíferos, pero el ruido de los pájaros y las hojas de los árboles me impedían presenciar tan maravilloso encuentro. Estoy segura de que escuché cómo conversaban los zorros y se ponían de acuerdo para construir un hogar en común. Traté de acercarme un poco más y escuché que el zorro chilote decía que se sentía muy solo, que había viajado en una jaula desde Ancud y se había arrancado, no sabía dónde estaba. El zorro ártico hablaba extraño y decía que lo habían traído en un avión desde muy lejos, que no le gustaba el clima, era caluroso. Y el zorro común parecía muy feliz con estos nuevos amigos; como decimos acá, tenía nuevos parientes.

De repente, a lo lejos, escuché a mi papá que gritaba: "¡Agustina, hora de tomar onces! ¡La mamá tiene listas las churrascas!". En ese mismo instante, mi pancita comenzó a sonar y me di cuenta de que ya era tarde. Con mucho cuidado, salí de rodillas para que no me vieran los zorros; la verdad, me dolieron las piernas, me quedaron bien rasmilladas, pero entre el apuro por el hambre que tenía y el susto de que no me vieran, no pensé mucho en mis pobres piernas.

Cuando llegué a casa no le conté a nadie lo que había visto, mis papás y mi hermana no me creerían que vi tres especies de zorros en un mismo lugar y que se comunicaban entre sí. Preferí guardar silencio y rápidamente me fui a acostar, para mañana tempranito ir al cerro nuevamente.

Al otro día, en cuanto escuché cantar al gallo Larry, me vestí y fui al cerro. Le dije a mi mamá que volvería al almuerzo, que estaba en medio de una importante investigación, le di un beso y partí corriendo.

Cuando llegué, me di cuenta de que habían construido una especie de madriguera, con ramas de árboles y arbustos, era grande y espaciosa. Me sorprendió mucho que trabajaran en equipo y se entendieran tan bien, siendo que son tan distintos a la vez. Seguí mirando y me di cuenta de que no estaban. ¿Habrán ido a cazar? ¿Se habrán ido? ¿Dónde estarán? Mi curiosidad era mucha, así que, calladita, en cuclillas, me acerqué a la madriguera para investigar un poco más. En eso estaba cuando de repente sentí un ruido extraño y pensé... Ahí vienen... Rápidamente me giré para esconderme en un arbusto cuando vi unos ojos grandes y amarillos; quedé congelada, inmóvil, asustada y sin aliento. Era un puma. Traté de no moverme, porque son peligrosos y salvajes, no quería ni respirar; de pronto sentí cómo las hojas secas crujían al ser pisadas por los zorros que se aproximaban a mi rescate, saltaron sobre el puma y combatieron juntos. Era tanto mi miedo, que cerré los ojos y escuchaba gritos, aullidos; dentro de mi cabeza asustada escuché un concierto de ruidos que de repente se silenció. Abrí uno de mis ojos y vi que los zorros estaban rodeándome y el puma corría a lo lejos. "¿Qué pasó?", pregunté. Los zorros me dijeron que el puma no tenía buenas intenciones y que le pidieron que se marchara.

Desde entonces, cada vez que termino mis tareas voy al cerro a jugar con mis nuevos amigos; contamos historias, jugamos a correr y nos cuidamos entre todos, porque, aunque seamos de distintas especies, ya somos parientes.

Segundo lugar regional

Lolol
9 años

¿Dónde estaba él?

Darinka Vidal Navarro

Ahí estaba, viendo el sol entrando por el tragaluz. A los cinco minutos llegaron Flo y Rena con una taza de té; yo amo el té y todas ellas lo saben. Me digné a levantarme y ponerme ese vestido rosado con detalles dorados que había hecho Mari por mi cumpleaños número catorce. En mi espalda puse mi arco y mi carcaj con seis flechas adentro. Hoy era mi cumpleaños, y como todos los años iba a hacer una expedición por los alrededores en busca de algo nuevo que dibujar en mi libro o escribir nuevas preguntas. Mi libro, uno donde dibujaba todo tipo de cosas y escribía mis preguntas de esas cosas, esperando que alguien las respondiera. Preguntas de plantas y animales o incluso leyendas que escuchaba. Eran también preguntas sin nada qué ver, preguntas comunes o algunas no tan comunes; iban desde el animal favorito hasta qué harías si te dicen el día de tu muerte. Amo las preguntas porque forman lazos, te dan esperanza, encuentras respuestas o simplemente te quitas un peso de encima. Las preguntas eran la libertad, el deseo y la curiosidad, todo lo que amaba.

Flo, Rena y Mari son mis madrinas, aunque para mí son mis madres. Mi verdadera madre falleció cuando yo era una bebé de un año y ellas se hicieron cargo de mí en la comuna de Molina. Un lugar donde no hace ni mucho frío ni mucho calor, con una flora y fauna abundante y conocida, que en mi cumpleaños me disponía a recorrerla. Como en todo cumpleaños, yo estaba escuchando a mis madrinas: a Mari diciendo que tuviera cuidado; a Rena diciendo que si tenía hambre, ella me había metido en la mochila un pancito con palta y una leche de chocolate en cajita, y por último, a Flo diciendo, como todos los años, que si quería ella me acompañaba y hasta se quedaría callada como si no estuviera. Rechacé la propuesta de Flo y les agradecí a todas; les dije que volvería a la medianoche, y si no volvía, que me buscaran. Al fin y al cabo, estaría yendo a las Siete Tazas.

Emprendí mi camino con toda la actitud, dispuesta a encontrar algo que me gustara para dibujarlo. Como era temprano, no había gente; supongo que también influía que era pleno invierno. Seguí y seguí hasta que, por accidente, me golpeé la cabeza con un árbol y al tiempo me levanté con un poco de dolor. Escuché un ruido, me asusté y puse una flecha en mi arco apuntando a donde venía el ruido, en unos arbustos. Cuando salió ni siquiera vi qué salió de ahí, solo solté la flecha disparando a quién sabe qué. Escuché un quejido y supe que era una persona; la vergüenza me inundó y solté sin pensar.

—Perdóname, no quise... Disculpa, yo te curaré, llevo alcohol y vendas en mi mochila, aguarda.

Busqué en mi mochila el alcohol y las vendas, y miré a quién tenía enfrente: era un niño que parecía de mi edad.

—No es nada, estoy bien.

Mentía, me demoré dos días en afilar las flechas con la Rena y hasta yo me había clavado por accidente y lloré como nunca.

—Deja de ser testarudo y mentir, déjame curarte.

Me extendió el brazo y limpié con delicadeza la herida y lo vendé.

—Y listo, como nuevo. Intenta limpiarlo cuando llegues a casa. Por cierto, me llamo Adriana, un gusto —esperé a que dijera su nombre, pero me ignoró.

—Gracias y no gracias. Gracias por curar la herida, no gracias por dispararme una flecha como una salvaje. —Fue un accidente.

Después estuvimos caminando, él dirigía. Por un momento pensé que era el Trauco y me llevaría al bosque como decían mis vecinas, pero sólo me mostró un frondoso árbol y lo dibujé. Seguimos hablando mucho tiempo, incluso lo dibuje a él en mi libro y respondió todas mis preguntas. Sin dudas, estaba pasando un cumpleaños estupendo hablando con él, pero caí en cuenta de que ya era casi medianoche y tenía que volver a casa.

—Eh..., tengo que irme. No me has dicho tu nombre, así que, ¿me podrías decir tu nombre, por favor?

—Lo lamento, pero no puedo responderte eso.

No entendía por qué. ¿Por qué no podía responderlo? ¿Por qué será mi nueva pregunta? ¿Por qué lamentablemente? Las preguntas se hacían presentes nuevamente en mí y, de la nada, vi la luna. Estaba en mi cama viéndola por mi tragaluz, con Rena, Flo y Mari. ¿Dónde estaba? ¿Cómo llegué ahí? ¿Fue un sueño? Según mis madrinas, no llegué a la medianoche y se preocuparon. Me fueron a buscar y estaba bajo el árbol donde me había caído, desmayada. ¿Todo fue un sueño? ¿Dónde estaba él? Aunque buscara por mis libros no había rastro del dibujo de él; sí estaban mis seis flechas, pero ¿dónde estaba él?

Tercer lugar regional

Chépica

14 años

La salvación en la noche

Gabriel Montecinos González

Hoy les quiero contar una historia que, aunque parezca increíble, le sucedió hace algún tiempo atrás a mi abuelito.

Un día de invierno, esos en que los días son más cortos y las horas se pasan volando, llegaron de visita unos familiares que querían conocer el sector de Vilches Alto, por lo que mi abuelito se ofreció como guía, pues conocía el lugar como la palma de su mano. Conocía todos los senderos y cómo llegar en poco tiempo a los más lindos lugares.

Después de mucho caminar, aún querían llegar más lejos y, para acortar camino, decidieron ir río arriba entusiasmados con la belleza del lugar. No se percataron de la hora; solo cuando estaban en la penumbra y poco se veían ya los rastros del sendero, fue cuando decidieron regresar, pero fue muy tarde, ya que todo el bosque parecía igual. No andaban con linterna y aún no existían los celulares, por lo que no tenían con qué alumbrarse ni con qué avisar el extravío.

Intentaron regresar río abajo, pero no veían qué tan abajo tenían que bajar. Fue entonces que divisaron una fogata y se dirigieron hacia ella, encontrándose con un señor de gran tamaño con un sombrero cuya ala era tan grande que no permitía verle el rostro. Vestía un gran poncho negro que llegaba al suelo y solo dejaba entrever unas brillantes botas negras; lo acompañaba a un costado un gran caballo negro, que exhalaba un gran vapor que brillaba en la oscura noche. Cuando se dirigían hacia él, un escalofrío les recorrió la espalda, pues no recordaban haberse topado con nadie; además, era muy extraño que un hombre solitario estuviera en medio de la noche y con el frío, a punto de llover.

Se armaron de coraje, pues vieron en él una única salvación. Le hablaron y le contaron lo que les había pasado, a lo cual el hombre solo respondió moviendo la cabeza y haciendo algunos ruidos, mientras hacía un pitillo con sus grandes manos. Después de calentarse y compartir un café que hervía en un tacho en medio de la fogata, el hombre se puso de pie y en un silencio donde se escuchaban latir los corazones, se echó a andar tomando las riendas de su caballo y con un movimiento de cabeza, les hizo señas para que lo siguieran. Uno por uno se pusieron de pie y siguieron su andar sin reconocer por dónde pasaban; después de un buen rato de caminar, y tras un gran árbol, misteriosamente el hombre y su caballo desaparecieron. Mi abuelo y los demás, al darse cuenta de tal suceso, se miraron en silencio, pues la experiencia vivida los dejó sin habla y bastante confundidos.

Desde entonces se cuenta que, algunas veces al año, se escucha un jinete con su montura pasear en las frías noches de invierno precordillerana. Pocos lo han visto, pero sí coinciden en que es un personaje amable y siempre dispuesto a echar una manito a quienes estén perdidos.

Primer lugar regional
San Clemente
11 años

En la profundidad

Sofía Castro Bueno

En la localidad de Juntas de Río se dice que la gente desaparece sin dejar rastro. Todo comenzó un caluroso día de verano, en el que los turistas del sector se bañaban en las refrescantes aguas del río Perquilauquén. No son muchos los que llegan a este sector del río, pero justo ese día una familia logró llegar hasta ahí. Los padres, junto a sus dos hijos, que no eran del lugar, fueron de camping para aprovechar el bonito día que se presentaba, sin saber lo que luego pasaría.

Yo no era del campo, pero ese verano me fui de vacaciones a la casa de mis abuelos. Ese día todo había sido normal, había ayudado a mi abuelita en la mañana a cuidar a los corderos, hasta que llegó la hora de almorzar.

Mi abuelo había vuelto de trabajar. Y en un pequeño plazo ya nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa; aún recuerdo que mi abuelo tomaba su sopa cuando se escucharon unos gritos provenientes del río. La casa de mis abuelos estaba cerca del río, por lo que fuimos los primeros en llegar a ver qué había ocurrido. Nos sorprendimos al ver a los padres y solo a uno de sus hijos. Nos acercamos a preguntar qué ocurría y nos sorprendimos cuando nos dijeron que su hijo pequeño había desaparecido. Les dijimos que nos relataran lo ocurrido para poder ayudarlos, y grande fue la sorpresa cuando nos dijeron que se encontraban nadando en las orillas del río cuando un cuero de animal que venía río abajo impulsado por la corriente arrastró al niño y se lo llevó a las profundidades. El padre del niño intentó rescatarlo, pero no logró encontrarlo. Siete atardeceres después, la ropa del pequeño flotaba en la superficie sin rastro de él.

Segundo lugar regional

San Javier

12 años

El plumaje

Eduardo Romero Vega

En un frío torrencial, con un cielo absorbido por la oscuridad, cada estrella del cielo alumbraba un pequeño tugurio decolorado y oxidado por las heladas noches de Tarapacá. En él se visualizaba el brillo de un par de velas encendidas, que transmitían un calor cálido y hogareño por el fuego que alumbraba el interior de este pequeño lugar. Se escuchaba en su interior a dos mujeres cantándoles con fervor a dos niñas sentadas en los extremos de una pequeña mesa; unas niñas risueñas, de pelo y ojos negros como azabache, con largos cabellos enmarañados, pero con una hermosa sonrisa cual diamante en bruto. Al finalizar la canción de las dos mujeres, acercan a la mesa un pequeño pastel con una vela en el medio y, al unísono, estas niñas, al soplar a la vela, se escucha alegremente un grito eufórico proveniente de las dos mujeres: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, LUCÍA Y MARÍA!

Gritaron con entusiasmo, lo que provocó que se pintara una sonrisa de par en par en las coloradas mejillas de las niñas; ambas emocionadas por celebrar su quinto cumpleaños. Por costumbre, al cesar la canción y cortar el pequeño pastel, se dirigían a acostar, pero esta vez su querida abuela Mara les tenía una pequeña sorpresa a cada una. Perplejas y entusiasmadas, las niñas se pusieron en fila para ver qué era lo que les tenía su abuela.

De repente, ella sacó dos cajas coloridas de un papel brillante con un listón de cinta roja y con una dulce voz le dijo a su nieta María: "Este es un regalo para usted".

Confundida, ella dudosamente empezó a romper el papel, para presenciar a una muñeca de trapo con dorados cabellos y unos hermosos ojos azules de botón. La pequeña se quedó sin palabras y la única forma en la que pudo reaccionar fue abalanzándose hacia ella y envolverla en sus brazos. La abuela, conmovida, colocó su fría mano en sus enredados cabellos y empezó a besar la frente de su nieta. En aquel acto, la pequeña Lucía, sintiéndose apartada, se puso triste, ya que pensó que su abuela no le tenía nada a ella; con unos ojos llorosos se fue corriendo a las afueras de su casa. Pero sin percatarse, fue seguida por su madre Sofía, quien al alcanzar a la pequeña y escuchar sus lamentos, empezó a consolarla hasta que la pequeña escuchó a su madre decirle con entusiasmo que su abuela tenía un regalo especial, solo para ella.

Al cesar la pena de la pequeña, se dirigió hacia su abuela, y con una voz quebradiza y temblorosa, le preguntó cuál era su sorpresa.

La abuela, con una sonrisa, le entregó una bolsa de tela color turquesa con bordados dorados. La niña, confundida porque no era el mismo regalo que el de su hermana María, abrió aquella bolsa para contemplar un cojín amarillo con un estampado hecho a mano de unos hermosos claveles, acompañados con su nombre en uno de los costados, bordados con hilo negro. Emocionada, le agradeció entre lágrimas por el hermoso cojín de plumas que le hizo su abuela y sin más que decir, la abrazó hasta que el reloj marcara las once de la noche.

Ambas niñas se fueron a su habitación y se acostaron en el suelo para ser arropadas, contentas por el maravilloso día que tuvieron. Mientras María abrazaba su muñeca, bautizada como la pequeña Olivia, nombre proveniente de su cantante favorita, Lucía acomodó su cojín y, sin más, miró al amplio techo hasta soltar un último bostezo y ser sumergida en un inmerso sueño.

Al día siguiente, cuando los rayos del sol golpearon el ventanal del lugar con su potente luz, se deslumbró el rostro de Lucía, que era de una tonalidad diferente de lo habitual. Tenía una tez color amarillo, con unos ojos rellenos de sangre, con irritaciones en su piel, desde su cuello hasta la mitad de su torso. Su madre, al entrar, exclamó con un llanto inconsolable el nombre de su pequeña hija, que según ella fue poseída por un demonio.

Rápidamente fue corriendo con su hija en brazos, acompañada por su madre, a las puertas de la iglesia más cercana al lugar. Al estar enfrente al lugar, con solo una patada abrió de par en par las puertas. Desconcertados por lo sucedido, los sacerdotes, sin idea de qué decir, se dirigieron a la mujer preguntándole qué era lo que necesitaba de esa manera tan urgente. La madre no dijo ninguna palabra, solo mostró a su hija decaída, al unísono que la abuela de la niña solo les suplicó que exorcizaran a su pequeña nieta.

Con prisa, los sacerdotes tomaron a la niña y la llevaron a una parte trasera de la iglesia, unos pasillos que tenían una luz tenue, con muchas puertas, los cuales parecían un infinito laberinto. Pero antes de seguir y mostrar el supuesto sin fin de puertas, deparó en una puerta de metal mal pintada con el número trece muy grande al medio. Al entrar a la habitación de una apariencia lúgubre, se visualizó una cama con correas con una pequeña persiana que dejaba entrar una fragmentación mínima de luz.

Uno de los tres sacerdotes se dirigió hacia las mujeres y se presentó como el padre Arthur Miller, quien le prometió con toda seguridad que libraría al mal que habitaba en la niña.

Y desde ese día empezó el tratamiento de la pequeña Lucía, quien fue amarrada de pies y manos para que el mal fuera contenido en una fría cama de fierro y fuera rociada con agua bendita, mientras el padre Arthur predicaba una variedad de rezos, desde un hebreo palestino hasta un bíblico latín.

Mientras la pequeña, día tras día, empeoraba su aspecto y la hacía lucir más demacrada y marchita; ella solo le suplicaba a su madre que la liberara, pero ella de manera ingenua pensaba que era el demonio manifestándose ante ella pidiéndole que lo liberara. Este suceso se repetía día tras día, hasta que los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. La pequeña, ya exhausta de todo esto, le suplicó a su madre que trajera a su hermana María para verla después de tanto tiempo. La madre hizo la vista gorda y se negó completamente a la petición de su amada hija. En cambio, la abuela, al escuchar la petición de la pequeña, armó la idea de ir junto a su nieta María por la noche de ese mismo día. Apenas su hija Sofía dormía durante la noche, Mara tomó a su nieta y le dijo que iba a visitar a su hermana. Esta, entusiasmada, sin hacer ninguna pregunta, se alistó para aquella visita. Mientras caminaba por las frías calles, no dejó de pensar en qué le diría a su hermana, no sabía a qué iban a jugar o qué iban a hacer. Y cuando llegaron a las puertas de la iglesia, su abuela Mara estuvo hablando con el padre Arthur y dejaron entrar a ambas sin antes conjurar un rezo de protección de Dios. Alegrementemente, María caminaba a brincos con su muñeca Olivia en mano, cuando llegó a la puerta que le asignó el padre. Al abrir la puerta, dio un grito mientras lloraba sin parar. En ese entonces, su hermana Lucía dio un último suspiro recitando alegrementemente el nombre de su hermana, hasta que se esfumó toda la luz de su cuerpo.

Al presenciar este acto, la abuela Mara le tapó los ojos a su nieta mientras los suyos estaban empañados en lágrimas, pidiéndole perdón al cuerpo ya desvanecido de su amada nieta Lucía.

Al finalizar esa triste visita, se dirigieron a su casa, ambas llorando por la gran pérdida y la abuela se le ocurrió arropar a su última nieta en su cama, pero ella le rogó si podía dormir con el cojín de su hermana para sentirla más cerca. Conmovida por lo solicitado, arropó a la niña dejando el cojín debajo suyo mientras fue a hablar con su hija de lo sucedido. Cuando la pequeña María al fin pudo conciliar el sueño, un insecto diminuto salió del cojín y se trepó al cuello de la niña, y sin que esta se percatara, la picó en el cuello al igual que a su hermana Lucía.

Tercer lugar regional
Maule
14 años

Un gran milagro

Paz Hernández Reyes

Hace muchos años atrás, en Vegas de Itata había un hombre llamado Carlos, pero a quien todos decían Carlitos. Él era una persona de un corazón muy noble y generoso.

Este muchacho estaba perdidamente enamorado de una jovencita llamada Marta, pero había algo que impedía que él se animara a acercarse a la joven. Ya que, según contaban, la madre de la muchacha era bruja y tenía dicho que a quien se atreviera a acercarse a su hija, le lanzaría una brujería.

Marta sufría en silencio por este amor imposible, debido a que ella también amaba perdidamente a Carlos. A tal extremo llegó su amor, que se dice que enfermó y finalmente murió. Su madre, al enterarse cuál fue el motivo que llevó a la muerte a su hija, decidió vengarse del joven, lanzándole un hechizo.

Con el paso de los años, Carlos encontró un nuevo amor. Ella se llamaba Irenia. Al poco tiempo, ambos contrajeron matrimonio.

Su gran deseo era ser padres; sin embargo, algo extraño sucedía. Cada vez que Irenia quedaba embarazada, el bebé moría en su vientre. Las personas decían que el vientre de la mujer estaba maldito; otros llegaron a señalar que en el útero de ella había una serpiente que devoraba al bebé que comenzaba a formarse.

Tan angustiados estaban Carlos y su esposa que decidieron ir a una iglesia y pedirle a Dios que les permitiera ser padres. En aquel lugar, un milagro ocurrió y este espíritu con forma de serpiente fue expulsado del útero de ella. Y poco tiempo después, Irenia quedó embarazada.

De la malvada bruja nunca más se volvió a saber, algunos cuentan que se convirtió en ermitaña y ahora vive en medio del bosque, sumergida en el profundo dolor por la pérdida de su hija.

Y yo solo puedo decir que si Dios no hubiera sanado a Irenia, hoy no podría contarles esta historia.

Primer lugar regional

Coelemu

12 años

En mi casa cayó un Tue Tue

Martina Balboa Pedreros

Hace mucho tiempo atrás, en los años en que aún no existía la pandemia ni el coronavirus en el pueblito de Coelemu, me contó mi abuelita que en una noche muy oscura y fría cayó sobre el viejo nogal de nuestro patio un Tue Tue. Los gritos del pájaro eran tan fuertes que todos en casa se levantaron. Asustados, armados de linternas y chonchones²⁸, alumbraron al gran árbol en busca del extraño pájaro, pero nadie logró ver nada, solo escuchaban sus gritos.

La abuela Jovita, experta en esas materias, gritó: "¡Silencio!". Y todos callamos al mismo tiempo. Los niños corrieron a esconderse en las enaguas de sus madres y todos esperamos que la abuela actuara.

En mapudungun, la abuela se comunicaba con el Tue Tue; la abuela hablaba y el pájaro le respondía.

La abuela nos señaló que es una mujer que estaba perdida, sabe que es mujer por el sonido de su voz y que la mujer se dirigía a una reunión en el cerro Tren Tren.

La abuela seguía comunicándose con el Tue Tue. La mujer le cuenta que alguien con sus oraciones la ha hecho tumbarse y por eso ha caído en nuestro patio; quien botó al pájaro debe levantarlo con otra oración para que la bruja siga su camino.

Todos piensan: ¿quién lo habrá botado? Mi abuela dice que solo pudo ser el vecino Luis, experto en brujos. Corremos a la casa del vecino a buscar a don Luis para ver si él fue la persona que botó al Tue Tue. Sin embargo, el vecino señala que no ha sido él, porque a esa hora ya dormía profundamente al lado del brasero.

Corremos nuevamente a la casa y la abuela Jovita enojada pregunta: "¿Quién fue el causante de semejante desastre?". Uno a uno nos miramos a la cara sin dar respuesta alguna.

De pronto, la abuela pregunta por su esposo; nadie lo ha visto, pensamos que debía estar dormido porque no estaba en el patio.

Los niños corren a la casa y el abuelo no estaba. Comienzan su búsqueda y lo encuentran sentado en un cajón a la orilla del fogón. La abuela, molesta, le pregunta qué ha hecho. Y este responde que como no podía dormir, se fue a la cocina a pelar mote y a servirse un caldo de ave. Estaba en esas labores, cuando escuchó al Tue Tue, lo reprendió y este cayó.

La abuela Jovita le pide que levante a la bruja y la deje seguir su camino. El abuelo, algo molesto, sale al patio y comienza a orar. Los gritos del Tue Tue comenzaron a extinguirse y desaparecer.

Al final, mi tata Ceballos le grita al pájaro que siguiera su camino y no mirara atrás. Solo se escucharon los fuertes revoloteos de sus alas y un grito final: el Tue Tue había seguido su camino y la bruja no volvería a molestar.

Cansados y con frío nos fuimos a dormir, pensando qué maravillosos eran los abuelos.

Segundo lugar regional

Coelemu

10 años

²⁸ Chonchón: lámpara artesanal para alumbrar las viviendas, habitualmente utilizado en la pampa salitrera (nota de la editora).

Aventuras en el campo

Bianca Molina Saavedra

Los veranos en el campo de Torioico eran de mucho calor. Ahí vivíamos con mi familia, en una casa de madera; había perros, gatos, caballos, vacas y gallinas. Al frente de la casa existía un bosque y también había plantas, árboles frutales y nativos, como quillay, boldo, litre, peumo y maitén, y un jardín alrededor. Había espacio para que los caballos corrieran y comieran pasto. En el bosque pasaba una cascada, luego venía un puente y un estero que dan origen a una laguna.

Un día fuimos a la cascada, nos bañamos y la pasamos muy bien, pero cuando íbamos a volver a la casa no encontramos el camino de vuelta, porque ya se había oscurecido. Por ello, tuvimos que acampar en el bosque; por suerte estábamos preparados por si algo pasaba. Así fue como armamos las tiendas poniendo en ellas los sacos de dormir y lámparas a parafina, mientras que con las linternas se buscaba leña para la fogata que nos daría calor durante la noche. Lo bueno es que justo habían traído pan con chicharrones; prendieron la fogata, donde todos comimos.

Una vez de mañana, encontraron el camino de vuelta a casa, porque ya no estaba oscuro. A pesar de todo, la pasamos muy bien y decidimos que alguna vez volveríamos a acampar de nuevo porque nos había gustado mucho.

Un día nos levantamos con ganas de andar a caballo y caminamos por la chacra buscándolos, cuando de repente vimos que la yegua regalona llamada Gitana estaba echada, la fuimos a ver y al llegar al lugar vimos que estaba naciendo un potrillo. Pasaron algunos segundos desde que nació y me sorprendí, pues intentaba insistentemente pararse. Se paraba y caía, mientras la yegua lo ayudaba a mantenerse en pie; luego le dio leche. Más tarde tomamos once con ricos panes con arrollado de huaso, para celebrar el nacimiento del potrillo; acordamos entre todos ponerle de nombre Cielo. Al pasar los siguientes días, fuimos a buscar una vaca que estaba perdida, la vimos de lejos, nos acercamos para ver si estaba enferma o si la había atacado algún perro salvaje, pero había tenido una ternera y andaba con ella caminando. Mi familia dijo que era probable que hubiese nacido el día anterior, pues la ternera era muy pequeña para haber nacido antes.

Creemos que definitivamente este verano en el campo ha sido de nacimientos; habrá que ver lo que nos deparará entonces el resto del año. Soy muy afortunada de vivir en el campo, pues siempre vivimos nuevas aventuras que me enriquecen y ayudan a comprender mejor los ciclos de la naturaleza.

Tercer lugar regional

Coelemu

10 años

El secreto del 20 de febrero

Amelia Abellanosa Lictevout

El 20 de febrero era mi último día de vacaciones en el norte de Chile. Decidí hacer una caminata desde un pueblo a otro, pasando por el desierto de Atacama. Me organicé para salir después de comer y así llegaría tipo 18:30 horas, con las últimas luces del día. Antes de partir fui donde una mujer llamada Valeska, la cual me diría algunas advertencias. Al llegar a su casa, me pareció bastante antigua. Valeska debía tener entre 70 y 80 años. Me saludó y me invitó a sentarme, le sonreí y le agradecí. Me preguntó por qué quería hacer justamente ese paseo y le respondí que sentía una extraña atracción. Miró su taza de té y me recomendó no ir; ese día era un día especial. Sin embargo, no me explicó por qué. Como yo ya había preparado todo, ignoré su recomendación, aunque le agradecí esta y algunas advertencias más.

Comencé mi caminata, pero después de un par de horas me había distraído en el camino con los dibujos en los cerros llamados geoglifos. Me había salido completamente del camino y no había manera de volver. Estaba en medio del desierto sola y pérdida. En ese momento, me acordé de Valeska y una de las advertencias que me había dicho era que siempre debía estar atenta al camino, ya que es muy fácil perderse. Comencé a mirar a mi alrededor para ver si podía volver a encontrar el camino, pero hacía más de una hora que me había perdido. Me senté en una roca y me puse a esperar; no sabía qué estaba esperando, pero me quedé ahí sentada un buen rato. Cuando oí unos tambores me levanté de una. Por un par de segundos me puse feliz, ya que podría pedirles ayuda a las personas que tocaban los tambores. Pero una vez de pie, no vi a nadie... nadie de nadie. Los tambores pararon y pensé que era yo quien estaba alucinando sonidos. Me volví a sentar y los tambores volvieron; esta vez los ignoré porque sabía que no había nadie y que los tambores se irían solos, pero los tambores siguieron y siguieron y cada vez eran más y más fuertes. Me levanté confundida. No entendía qué estaba pasando. Ya estaba anocheciendo y sin saber qué hacer, comencé a correr cuando comenzó a temblar la tierra. Estaba sola, sin nadie, casi de noche en medio de un desierto escuchando tambores y en un temblor confuso. Cuando, de un momento a otro, comenzó a salir un árbol. Sí, un árbol salía de la tierra. No podía creerlo. Me desmayé de un momento a otro.

Me levanté, ya era de día, bajé las escaleras y me pregunté qué hacía en una casa. Una vez abajo, vi una mujer cocinando algo con un aroma muy rico. Me dijo: "¡Ya despertaste!". Le pregunté cómo llegué a su casa y me respondió que me encontró cerca del pueblo. Pero no tenía sentido, cómo era posible que ayer estaba tan cerca del pueblo cuando no vi ningún pueblo. No le conté lo que me había pasado ayer porque todavía estaba muy confundida. Me invitó a tomar el desayuno. Yo claramente rechacé, no podía comer con todo lo que me había pasado. Le di las gracias por encontrarme y por llevarme a su casa; luego recogí mis cosas y le pregunté cómo podía llegar al pueblo de al lado, donde había comenzado la caminata del día anterior. La mujer me llevó donde su esposo, que justamente iba al pueblo. Así que me llevaron. Una vez ahí, fui directamente donde Valeska, la mujer que me había advertido sobre el camino. Cuando llegué a su casa, me vio y sonrió y dijo: "Jaja, por fin llegaste, pensé que llegarías antes". No dije ni una palabra, ella notó que estaba cansada y confundida. Me dio unas sopaipillas. Pensaba rechazarlas, pero realmente tenía hambre y me comí las sopaipillas. Y de un momento a otro, me comenzó a contar una leyenda. La leyenda se trataba de una joven mujer que se había perdido en medio del desierto el 20 de febrero. Pero esa muchacha era diferente y le pidió ayuda a la Pachamama, ella la ayudó haciendo tocar los tambores, que te guiaban hacia el camino correcto, pero eso no funcionó. Entonces, comenzó a temblar la tierra, y

como eso tampoco le había servido para guiarla al buen camino, la Pachamama tuvo que salir convertida en un árbol para llevarla hacia el buen camino. Quedé sorprendida, no podía creerlo.

Ya había pasado un mes y me interesó mucho la cultura de Chile. Me convertí en profesora para poder enseñar todas las leyendas e historia sobre Chile.

Primer lugar regional
San Pedro de La Paz
13 años

El gato mapuche

Emily Vázquez Ruiz

Un día, el pequeño gatito llamado Raiko se había levantado con ganas de jugar con sus dueños. Salió de la pequeña choza y se encontró con sus dos dueños hablando de algo sumamente importante. Raiko no entendía nada de lo que estaban hablando. Entonces, para llamar la atención, lanzó un fuerte maullido. Dijo: "Miau" y sus dueños lo miraron y dijeron: "¡Raiko, despertaste!". Raiko miró a sus dueños de reojo y vio que no estaban muy felices; el pequeño estaba muy confundido.

Lo que sucedía era que el dios El Mapu había sido capturado por el demonio *Wekufe*, ya que El Mapu estaba distraído porque estaba ayudando en las cosechas a las personas, y para *Wekufe* fue el momento indicado para atacar.

Las cosechas de la tribu estaban por los suelos; las personas tenían que cazar para alimentarse, ya que las cosechas estaban muy mal y no eran comestibles. Tenían que cazar muy lejos de donde estaba su tribu, porque los animales no estaban por la zona que ellos cazaban habitualmente, ya que las plantas no crecían allí. Raiko, al ver todo esto, pensó que podía ir al bosque para encontrar a El Mapu y pedirle que ayude a su gente con las cosechas. Raiko se armó de valor y con un poco de miedo se adentró al bosque. Raiko miró hacia todas partes y solo vio árboles secos con hojas cayendo de ellos. Se adentró más al bosque y seguía viendo lo mismo, hasta que encontró un trono hecho de madera y vio a pequeños pájaros llorando en el asiento. Raiko les preguntó en su idioma gatuno dónde estaba El Mapu. Los pajaritos lo miraron y le dijeron que el rey *Wekufe* lo había capturado. Raiko, con un poco de miedo, se adentró más y más al bosque hasta que se hizo de noche; el pequeño gato tenía hambre y sueño y se había arrepentido de no haberse comido esos pájaros que estaban en ese trono.

Los dueños de Raiko estaban muy preocupados por su pequeño gato; gritaban y gritaban su nombre y con lástima seguían gritando.

En la mañana, Raiko se levantó con hambre, sed y angustia por su gente. Siguió y siguió caminando y un par de veces se desmayaba un rato y volvía a caminar, hasta que llegó al punto más alto de la montaña y ahí encontró al gran rey *Wekufe* con el dios El Mapu encerrado. Raiko suspiró y fue al ataque, los *wekufes*²⁹ se podían deshacer con el idioma *machi* y, como Raiko sabía el idioma, podía con ellos. El gato corrió hacia allá, derrotó a los guardias y luego entró al castillo maldito donde estaban los *wekufes* más fuertes. Con cuidado, cruzó la gran cerca y vio más *wekufes*. Saltó y rápidamente fue a la puerta principal y vio un *wekufe* muy alto y de aspecto muy fuerte. El *wekufe* lo vio, sonrió e intentó robarle la poca energía que le quedaba, pero Raiko se resistió y gritó muy alto el idioma *machi* y el *wekufe* se debilitó. Pero el rey *Wekufe* escuchó el grito del gato y se acercó lentamente, y cada paso que daba Raiko, más se asustaba, hasta que el rey *Wekufe* lo encontró. Raiko corrió por la habitación mientras el rey *Wekufe* absorbía su energía.

El Mapu no podía hacer nada, ya que el rey *Wekufe* le había quitado todo su poder con su energía. Pero el dios seguía animando al pequeño gato. Raiko, con sus últimas fuerzas, gritó lo más alto que pudo y derrotó al rey *Wekufe*, pero tuvo que dar su vida por terminar la suya.

²⁹ *Wekufes*: demonios, seres terroríficos mapuches (nota de la editora).

El dios El Mapu recuperó su poder y sanó al gatito. Los dueños de Raiko vieron sus cultivos regenerarse y volver a la normalidad. Raiko y El Mapu volvieron a su hogar.

Raiko fue recordado como un héroe por salvar a su tribu de la hambruna y El Mapu fue recordado nuevamente como un dios.

Segundo lugar regional

Laja
10 años

La bruja que vino a tomar té

Matías Yáñez González

MI abuelita me contaba que en el campo era común escuchar al Tue Tue, pero nunca se dejaba ver. Su sonido era algo aterrador y uno podía imaginar una cabeza de bruja con alas, según las historias de boca en boca de los antepasados.

La verdad, ya todo esto suena muy aterrador. Sin embargo, mi abuelita era un tanto avezada y había escuchado también de los antiguos que si oías a un Tue Tue tenías que invitarlo a tomar el té.

Una noche, mi abuelita salió a buscar algunos troncos a la leñera y escuchó un Tue Tue. Aunque de la impresión cayeron sus leños de las manos, rápidamente reaccionó y le dijo con voz firme y desafiante: "Tue Tue, mañana ven a tomar té". Y el Tue Tue se fue.

Al otro día, mi abuelita preparaba el desayuno cuando de repente, ¡sorpresa!, había una señora un tanto desaliñada y de muy mal aspecto llamando a la puerta: "¡Sal ya!, he venido a tomar el té". Mi abuelita no podía dar crédito a lo que estaba viendo, tomó coraje y le dijo: "Ya no queda té, así que te puedes ir". Pero la mujer siguió ahí plantada por mucho tiempo, ya que, según las historias, si no la invitas a pasar, ella no puede entrar.

Mucho tiempo estuvo así, hasta que ya atardeció y llegó el tiempo de partir.

Tercer lugar regional

Concepción

14 años

La laguna encantada de Huentelar

Catalina Cifuentes Lienán

Cuentan mis abuelitos que hace muchos, muchos años existe la laguna de Huentelar. Esta laguna, en aquellos años, era más profunda y más grande y estaba rodeada de muchos árboles nativos, como aromáticos boldos, majestuosos robles, altos y gruesos hualles y un sinfín de otros más, adornados con muchos copihues rojos que brillaban como campanitas de fuego al atardecer.

Esta laguna solo la conocían los mapuches de la comunidad. Era un lugar muy sagrado, pues ahí habitaban los espíritus del agua y del bosque. Cada vez que alguien se enfermaba o había algún problema en la comunidad, acudían a la laguna encantada por un camino secreto. La machi, acompañada del *kultrún*³⁰, dirigía una oración en la lengua mapudungun a todos los espíritus de la naturaleza. Al cabo de media hora comenzaban a llegar los espíritus transformados en pajarillos y animalitos del bosque, como el chucao, el pidén, el fío fío, el zorro, el puma, etc.

Estos seres adquirían el lenguaje mapudungun y le entregaban a la machi y su gente los consejos y recomendaciones para resolver sus problemas, las plantas medicinales para sanar a sus enfermos. Terminada la ceremonia de la consulta, el pueblo mapuche, en agradecimiento a sus sabios consejos, le entregaba harina tostada, mote, tortillas, mantas y *pontros*³¹ de lana. Esto demostraba la gratitud y respeto del pueblo a la naturaleza, y los espíritus les compensaban con protección, abundancia en sus cosechas y animales, además de buena salud.

Esto transcurrió por cientos de años y existió una armonía entre la naturaleza y el pueblo mapuche. Al pasar de muchos, pero muchos años, llegaron pueblos de otros lugares cortando los árboles y dejando la laguna desprotegida de su manto natural. Hoy en día, la laguna encantada existe, pero solo la resguardan algunas plantas y juncos; su agua ha disminuido y en ocasiones se reúnen algunas aves, como pidenes, taguas y garzas. Y otras aves tímidas que, si uno les pone atención, conversan en mapudungun.

Segundo lugar regional

Cholchol

11 años

³⁰ Kultrún: instrumento musical mapuche (nota de la editora).

³¹ Pontros: "frazadas" en lengua mapudungun (nota de la autora).

El trayenco³² de Repocura Alto

Benjamín Astudillo Huenchunao

En un lugar de la Región de La Araucanía, en la comuna de Cholchol, existe un lof³³ llamado Repocura Alto, y entre cerros de rocas enormes se ubica el trayenco Klen-klen. Cuenta mi abuelita Juanita que cuando ella era niña se le perdieron los animales que cuidaba. Ella los buscaba tan desesperadamente que la pilló la tarde y se vio forzada a entrar al bosque del trayenco, pues no encontraba a sus animales por ningún lado. Para entrar al bosque del trayenco debía cruzar un estero y no había puente. Ella buscó y buscó por la orilla del estero, pero todo estaba cubierto por robles, palo santos y muchas plantas medicinales. Finalmente, encontró un pequeño vado. Entonces, se sacó los zapatos y cruzó. Al caminar hacia el trayenco fue descubriendo muchas plantas medicinales, enormes árboles de arrayanes y una enorme enredadera de boqui que llegaba hasta el cielo. También encontró el pozón del trayenco Klen-klen y un grande y hermoso toro de color negro que brillaba con el sol de atardecer. El toro se veía feliz jugando en el agua y de pronto observó que también estaban todos sus animales alrededor del pozón. Mi abuelita, al encontrar sus animales, se sintió muy feliz y aliviada y se apresuró a llevarlos para la casa antes de que la pillase la noche. Corrió a buscarlos y, como hizo ruido, el toro saltó hacia al rincón de la cascada y desapareció.

Cuando volvió a su casa y contó lo sucedido a la familia, se asustaron y se enojaron mucho con ella. Le explicaron que ese toro era un espíritu del agua y dueño de ese trayenco, que estos espíritus no deben ser molestados y que siempre a estos lugares se debe pedir permiso con un llellipun³⁴ y dejar regalos como compensación para que no se enojen. Entonces, la familia de mi abuelita tuvo que organizar rápidamente un pequeño guillatún³⁵; concurren al trayenco e hicieron la ceremonia. Todos llevaban comidas típicas del pueblo mapuche, como catuto, mote, huevos duros y sopaipillas, y joyas de plata, mantas de lana y cántaros de greda. Y así pudieron librarse del enojo del espíritu del trayenco. Lo notaron porque el ruido de la cascada fue más suave, desapareció la niebla, alumbró el sol y se observó un hermoso relmu³⁶ que cruzaba la cascada. Por eso, mi abuelita nos ha enseñado que se deben respetar todos los espacios de la naturaleza, pues todos tienen un ngen³⁷ y se debe pedir permiso para ingresar y dejarle un pequeño obsequio, que pueden ser monedas, semillas, cantaritos de greda o lanas de colores.

Tercer lugar regional

Cholchol

10 años

³² Trayenco: "cascada de agua" en lengua mapudungun (nota del autor).

³³ Lof: "comunidad" en lengua mapudungun (nota del autor).

³⁴ Llellipun: "oración" mapuche (nota del autor).

³⁵ Guillatún: "ceremonia de rogativa" en lengua mapudungun (nota del autor).

³⁶ Relmu: "arcoíris" en lengua mapudungun (nota del autor).

³⁷ Ngen: "espíritu dueño del lugar" en lengua mapudungun (nota del autor).

Los misterios de los entierros

Delia Huichiman Curiñanco

Esta historia me la contó mi papá, que se la contó su papá y a su papá se la contó su hermano, el protagonista de esta historia y buscador de entierros³⁸.

En un lugar llamado Challupén, el señor Pascual llevó a su ganado a talaje, ya que en su lugar de residencia no tenía suficiente alimento. Desde ese momento, debía ir cada semana o cada vez que él lo creía necesario. A causa de eso, cuando iba a ver a sus animales debía quedarse en el lugar por dos o más días, ya que la distancia que separaba a las localidades era muy grande y debía ir a caballo.

Entre tantos viajes y noches en Challupén, se dio cuenta de algo extraño. Una noche, cuando ya se disponía a dormir, vio que un gran árbol en esos extensos campos ardía en llamas. Cuando don Pascual vio aquel curioso hecho, se preocupó, ya que pensó que había un incendio, puesto que se veía como tal. Pero lo curioso de ese hecho ocurrió al otro día, cuando fue a ver qué había ocurrido: el árbol estaba intacto y no había ni siquiera un indicio de fuego. Al ver eso, se sorprendió mucho y pensó que pudo haber sido producto de su imaginación, ya que en las horas en que vio eso tenía demasiado sueño debido a su agitada jornada. Con ese pensamiento, le restó importancia a lo que pudo haber ocurrido; con todas las cosas y trabajos que debía hacer, olvidó lo sucedido.

No volvió a ver eso, no hasta dos meses después. En una fría madrugada, don Pascual escuchó que unos perros ladraban y que también sus vacas bramaban. Aquello le preocupó, por lo que se levantó para ver qué ocurría, ya que podrían estar robándole sus vacas. Pero cuando salió, vio un escenario completamente distinto al que imaginaba: sus ojos veían exactamente lo mismo que vio dos meses atrás, un gran árbol ardiendo en llamas. Se dio cuenta de que todo el alboroto de sus vacas era porque le tenían temor a aquellas grandes llamas que rodeaban al árbol. Además, don Pascual se percató de que algo extraño ocurría con ese árbol, porque no tenía ninguna lógica que ardiera sin ninguna razón por la noche y al otro día apareciera intacto. Luego de pensar en todas las posibles razones de por qué el árbol ardía en llamas, recordó lo que escuchó de su abuelo muchos años atrás, cuando apenas era un niño. Su abuelo decía que en donde había un entierro se veían cosas raras o visiones, como por ejemplo, decía que en algunos entierros se ve a un gran carnero echado o también se le podía ver pastando, pero siempre en el mismo lugar. O en otros se ve un perro. Él decía que donde estaban los entierros había un "guardián" distinto o una manifestación distinta. Luego de pensar en eso, estaba convencido de que lo que estaba al lado de ese árbol era un entierro. La otra noche de su estadía volvió a ver eso, pero ya no le asustó, ya sabía la respuesta para el enigma.

Don Pascual, con el pasar de los días, se imaginó lo que podría haber en ese entierro. Pronto se decidió a descubrir los secretos que había bajo tierra y se dispuso a desenterrarlos. Pero sabía que él solo no podría lograrlo, así que le pidió ayuda a uno de sus sobrinos. Este inmediatamente aceptó, ya que sabía que si lograban desenterrar lo que hubiera, todo su esfuerzo habría valido la pena.

³⁸ Entierro: así se le llamaba antiguamente en algunas zonas rurales a los "tesoros" y cosas de valor que se ocultaban bajo tierra (nota de la autora).

Pasó una semana y ya estaban preparados para ir y desenterrar aquel misterioso objeto oculto. Un día en la tarde, aproximadamente a las 21:30 horas, ellos ya estaban allí con sus palas, listos para comenzar a cavar. Pero no sin antes ir a comer; debido a su largo viaje, estaban muy hambrientos y, además, debían tener energías para excavar con más fuerza. Estuvieron comiendo y, a la vez, esperando a que su vecino pasara con sus perros luego de ir a ver a sus animales. Esto porque no querían que nadie los estuviera observando ni que los interrumpieran. Cuando vieron que el vecino estaba pasando con sus perros para irse a su casa, dejaron de comer y esperaron a que se alejara lo suficiente como para no verlo. Una vez que el vecino se había ido, ambos tomaron sus palas y se fueron al lugar. Cuando llegaron, comenzaron a cavar por mucho rato, pero no avanzaron mucho debido a las raíces del árbol. Estaban exhaustos, pero siguieron cavando. Todo estaba bien hasta que escucharon un ruido; el sonido parecía como si muchas cadenas se movieran, pero ellos no se detuvieron, puesto que pensaron que estaban llegando al "tesoro". Pero luego escucharon ladrar a los perros del vecino, lo cual indicaba que este había ido a buscar a los animales para ordeñarlos. Pero ellos no pensaron que había pasado tanto rato, porque para ellos sólo había pasado una hora y el vecino siempre va a buscar a los animales al amanecer. Pronto ya no estaba tan oscuro, comenzaba a amanecer y no habían cavado tan profundo. Fue una gran decepción para ellos, pero decidieron tomar sus cosas y marcharse. Luego de andar a caballo y pasar por un gran bosque hasta llegar al camino por el cual se debían ir, se fijaron en el cielo, el cual estaba muy oscuro, y también se dieron cuenta de la hora que era. Cuando vieron el reloj se sorprendieron demasiado, porque recién indicaba las 03:00 am, lo que también significaba que todo lo que vieron solo fue una ilusión para espantarlos del lugar. Don Pascual y su sobrino acordaron no volver a intentar desenterrar lo que sea que hubiese en el lugar, porque sabían que su esfuerzo sería inútil a causa de lo profundo que estaba enterrado, o también al tipo de "guardián" que lo cuidaba.

Hay personas que aseguran saber dónde hay entierros, pero no se atreven a sacar dicho tesoro por el conjuro que posee. Y aquellos que se han atrevido y han logrado su cometido, dicen que deben quebrar el cántaro y echarlo en un saco de lona o cáñamo y pasarlo por un río, estero o algo que pueda servir para lavar aquellas prendas. Y a la vez, es un secreto para despistar al espíritu que cuidaba aquel tesoro, para luego irse del lugar, antes de morir en el lapso de un año.

Primer lugar regional
Panguipulli
12 años

El valiente Juan de Dios

Antonio Neculpan Lobos

A principios de 1900, en un sector rural de la comuna de Panguipulli, llegó un hombre llamado Adrián, quien se dedicaba a robar las tierras de los mapuches, intimidándolos de distintas maneras. Algunas personas recuerdan que Adrián se dirigía a las *ruka*³⁹ de familias mapuches con muchos perros y un machete muy grande. Con esto los amenazaba y si no se iban, intentaba quemarles las ruka. Muchos mapuches en esos tiempos abandonaron sus casas y algunos de ellos salieron con lo puesto. Al irse, los obligaba a firmar o a poner su huella digital en un documento que decía que él había comprado. Pero todo era mentira. De esta forma, siguió robando terrenos hasta tener más de 100 hectáreas.

Un anciano de este lugar, llamado Juan de Dios, cansado de ver el abuso de este hombre y el sufrimiento de sus vecinos, se hizo de un rifle, algo que pocos tenían en ese entonces. Un día Adrián vino donde Juan de Dios y lo amenazó con quitarle las tierras, pero este hombre mapuche se enojó tanto que sacó su rifle, disparó al aire y le dijo: "Intenta sacarme". Adrián, sorprendido, se fue esa vez, pero intentó ir en otras ocasiones. Pero todo fue en vano, porque Juan de Dios lo sacaba a balazos limpios y no lo molestó más, ya que este valiente mapuche no le permitió tal injusticia, porque siempre pensó en su esposa e hijos y en la herencia que había recibido de sus padres, la que prometió cuidar como un buen mapuche.

De esta forma, Juan de Dios también logró ayudar a muchos de sus *wenuy*⁴⁰ para que no le quitaran las tierras. Y así es como nuestras familias, y muchas otras de este sector rural, podemos vivir aún en nuestra *Ñuke Mapu*⁴¹, disfrutando de la belleza y tranquilidad del entorno natural que hoy podemos apreciar nosotros, los nietos de Juan de Dios.

Segundo lugar regional

Panguipulli

13 años

³⁹ Ruka: "casa" en lengua mapudungun (nota del autor).

⁴⁰ Wenuy: "Amigo" en lengua mapudungun (nota del autor).

⁴¹ Ñuke Mapu: "Madre Tierra" en lengua mapudungun (nota del autor).

El deseo de cultivar la tierra

Emilia Vásquez Pacheco

En un lugar llamado Quenchue vivía una familia compuesta por el papá, don Samuel; la madre, la señora Juana, y los hijos Pedro, José, Marisol y Ana.

Era una familia muy, muy humilde, pero a la vez muy trabajadora, que se dedicaba a cultivar la tierra para sembrar trigo; criaban animales y todos trabajaban para sacar adelante a su familia.

El lugar en donde ellos vivían era un campo lleno de árboles, donde se podía ver a los pájaros; había un gran cerro por donde salía el sol. Era un lugar hermoso donde los niños eran muy felices y podían correr y saltar libremente por todos lados.

Un buen día, don Samuel se encontró con un amigo que hacía mucho que no veía y se pusieron a conversar muy animadamente; conversaron de las familias, del trabajo y de lo difícil que estaba la vida.

El amigo de don Samuel también tenía una familia. Él se llamaba Andrés, estaba casado con la señora Carmen y tenía muchos hijos; era una familia muy numerosa y por eso todos tenían que ayudar a su padre a llevar lo necesario para el hogar.

Después de un rato de haber conversado, decidieron que podían trabajar juntos y se pusieron de acuerdo para saber qué sería lo que cada uno aportará para la siembra de trigo que realizarían las dos familias.

Fue así como comenzaron a repartirse las labores para comenzar una sociedad y sembrar trigo. Los dos hombres se fueron a sus casas a contarles a sus familias lo que había sucedido; ambos estaban muy contentos y entusiasmados con lo que cada uno tenía que hacer para sacar adelante la sociedad. Todos estaban muy felices y ansiosos de que llegara el tiempo de sembrar.

Cuando llegó el tiempo de cultivar la tierra, se reunieron las dos familias para empezar a trabajar. Unos estaban encargados de cultivar para comenzar a sembrar; otros, de conseguir las semillas, el abono y todo lo necesario para que todo saliera como ellos deseaban. En tanto, las mujeres de las familias estaban encargadas de preparar los alimentos para los trabajadores.

Cuando se hacía de noche, la familia de don Samuel se iba a su casa a descansar, pero la familia de don Andrés se tenía que quedar en una pequeña casita que estaba deshabitada. Ahí dormían los hijos con la madre, mientras tanto don Andrés cuidaba y vigilaba el fuego, ansioso por ver salir nuevamente el sol y comenzar de nuevo a trabajar en su tan anhelada sociedad.

Así transcurrieron los días y pasaron semanas trabajando y trabajando para poder dar término a la siembra de trigo. Cansados, ya no tenían muchas fuerzas para seguir con tan dura labor, pero sus ganas de salir adelante les daban fuerzas para continuar. Cuando por fin terminaron, saltaban y gritaban de alegría, ya que por fin cada uno podía volver a su casa y descansar.

Pasados algunos meses, comenzaron a ver cuán hermosa estaba su siembra, tenía un color verde y el sol la iluminaba. Los dos socios estaban maravillados y agradecidos de Dios por tan hermosa siembra.

Pero lo mejor estaba por venir, la tan esperada cosecha. Como era de esperarse, otra vez se repartieron los trabajos: mientras unos conseguían los sacos para guardar el trigo, otros conseguían las máquinas con las que cosecharían. Las esposas preparaban lo que tenían que llevar para cocinar y todo lo que se necesitaría para hacer un nuevo campamento de trabajo.

Se compraron corderos, bebidas, prepararon pan, llevaron papas y un sinfín de cosas, cargaron su carreta de bueyes y comenzaron su camino hacia su cosecha.

Por fin ya estaban listos para comenzar a trabajar. Entró la máquina al lugar de la siembra y comenzó a cortar el trigo. Los sacos iban cayendo uno a uno, mientras los ojos de ambos hombres se comenzaron a humedecer, felices, orgullosos de sí mismos, no pronunciaban palabra. El trabajo tenía que realizarse rápido antes de que lloviera; el cielo estaba amenazante, pero ellos contaban con la ayuda de Dios. Trabajaron sin parar hasta terminar de cosechar. En tanto, las mujeres preparaban la tan esperada comida. Por su parte, los dos hombres comenzaron la repartición de lo obtenido en la cosecha; así como se iba contando, se iban cargando las carretas de cada uno.

Cuando terminaron, cargaron sus carretas, satisfechos por lo obtenido. Los socios se abrazaron y agradecieron a Dios, todo había salido de maravilla, así que solo había que celebrar.

Ya listos los asados, las familias comenzaron a acercarse a las mesas, las mujeres comenzaron a servir la comida a todos los que ahí estaban y habían trabajado. Había música, y la luna con su resplandor iluminaba todo el campo; bailaron y cantaron hasta el amanecer. Estaban tan contentos que no se dieron cuenta de que el sol ya estaba comenzando a asomarse y vino la despedida, pero no sin antes volverse a poner de acuerdo para comenzar otra nueva sociedad para el año siguiente.

Y fue así como cada familia comenzó su camino de regreso a casa, cansados, pero llenos de alegría por haber conseguido el sustento para el hogar.

Tercer lugar regional
Panguipulli
10 años

Los misterios de la mina Lastre

Fernando Orrego Cárcamo

Hace muchos años atrás, un grupo de niños tenía que ir caminando al colegio. Cada día se juntaban para comenzar a caminar con destino a su querida escuela.

Para hacer más entretenido su viaje, contaban historias. Y así comienza la historia de Diego:

"Mi papá me contó que en la mina Lastre hay entierros, y en la noche de San Juan vienen a hacer hoyos para buscar tesoros, cosas que personas antiguas han enterrado".

Justo van pasando por la mina Lastre y Diego les indica a sus amigos que el hoyo que había era porque la gente venía a buscar tesoros. Entre ellos se quedaron mirando con cara de asustados o asombrados, creyendo la historia de Diego.

Al día siguiente, fué el turno de Rosa. Ella contó que a su tío le tocó vivir una experiencia diferente:

"Una vez, mi tío fue a tocar a Cochamó justo para Semana Santa, y aunque sus papás le dijeron que no vaya y que respete la muerte de Jesús, él igual se fue. Al regresar a su casa en la noche, vio a un hombre y a un perro negro con blanco, pero al acercarse a ellos, desaparecieron de la nada. Fue tanto el susto que pasó, que nunca más tocó música para esa fecha y entendió que debía respetar la Semana Santa".

Juan no quiso quedarse atrás y también contó una historia:

"Mi mamá una vez iba caminando en la noche cuando vio un caballo blanco y se extrañó. Pensó: '¿Qué hará este caballo solo aquí?'. Cuando se acercó al caballo, desapareció. Y mi mamá miró por todos lados y no lo vio más".

Todos los niños estaban asombrados por las historias, pero a María le dio miedo, ya que ella era muy cobarde.

Han pasado los años y María ya es una persona adulta, pero siempre que pasa por la mina Lastre tiene miedo al acordarse de las historias que contaban sus amigos cuando eran niños.

Primer lugar regional

Cochamó

11 años

Lo que quema las papas

Madelein Mansilla Frías

Un día, conversando con mi abuela y tomando unos mates, ella nos conversó a mí y a otras personas que había en ese momento, sobre un caso que le ocurrió a su vecina María Elena. Cuenta que ella todos los años tenía una siembra muy bonita. Cuando llegaba el tiempo de la cosecha, no había como esas papas, le faltaban papas para vender. Así se iba programando para el año siguiente, diciendo: “El próximo año sembraré más, así no me faltará para vender y así podré ampliarme y comprar otras variedades de papas; tal vez pruebe con la cabrito o la lengua de vaca”, decía para sus adentros.

Entonces, llegó nuevamente el tiempo de la siembra y preparó la tierra como siempre. Sus vecinos decían: este año sí que va a granar la siembra de la Marilena. Esto era lo más comentado entre ellos. Y así se veía venir la siembra, era la más bonita, verde y, en algunas partes, con flores.

De repente, un día María Elena fue a ver su siembra para terminar de echarle tierra, cuando se encontró con la sorpresa de que la siembra estaba toda quemada, con las hojas manchadas y los tallos secos. No podía explicarse cómo había ocurrido tal desgracia. Lo primero que hizo fue echarle la culpa a los brujos y los males de ojo. Por aquí en el campo la gente cree mucho en las malas vibras, también en las brujerías o hechicerías.

Sin embargo, lo que realmente le ocurrió a doña María Elena fue que a su siembra le cayó el tizón, una enfermedad que anda en el aire y que cae en forma de gotas y que quema las papas. Es algo de la naturaleza o tal vez del cambio climático. Es una peste o enfermedad que se puede prevenir a veces, si el agricultor está alerta; de lo contrario, puede perder toda su siembra.

Finalmente, la señora entendió lo del tizón y para el año siguiente se preparó para enfrentar esta enfermedad, ya que la siembra de papas es el único sustento que tiene. Le dije a mi abuela que su historia estaba buena y que a veces la naturaleza nos envía señales para saber cuidarla y protegerla.

Así se terminaron los mates y nos tuvimos que levantar para salir a hacer nuestros quehaceres del campo.

Segundo lugar regional

Quinchao

13 años

El llanto de la ballena

Massiel Delgado Pérez

Cuentan que hace muchos años atrás, el mar no era salado, sino tan dulce como el agua que bebemos hoy en día.

Allí vivían animalitos marinos ¡¡de todo tipo!! Eran tan felices, que el agua del mar resplandecía. Pero uno de esos días, cuando el sol brillaba mucho y las gaviotas danzaban en el cielo, vino un barco pesquero y arrasó con sus redes todo lo que pillaba.

Cuando el barco se alejó, se llevó a la cría de una ballena jorobada que jugaba en la superficie. Cuando lanzaron la red, atrapó a la cría.

Un delfín, que se encontraba cerca, vio lo que pasó y nadó tan rápido como pudo para encontrar a la ballena y contar lo sucedido, pero por desgracia, ya era demasiado tarde. La señora ballena nada pudo hacer, porque el barco se había alejado rápido llevando a la cría.

La desesperación de no poder encontrar a su cría oprimió su corazón, brotando grandes cantidades de lágrimas saladas de sus ojos.

Recorrió por todos los mares llorando y buscando a su cría. Su llanto era tanto, que el agua del mar se volvió salada.

Y desde entonces el mar se volvió salado, recordando así la tristeza y desesperación de la señora ballena.

Tercer lugar regional

San Pablo

9 años

Mi abuela me contó que...

Pedro Vera Montiel

Hace mucho tiempo había una viejecita que vivía sola; le decían doña Mila, su nombre era Eudomilia. Ella llegó a vivir a la costa del río Baker, por allá por los años 30; llegó con sus padres desde San Carlos, Ñuble. Doña Mila fue mi tatarabuela, quien más o menos en 1950 se fue a establecer a un sector llamado Lago Vargas, donde tuvo que hacer huellas a punta de machete. Ella crió once hijos, trabajó la tierra para producir alimentos, hizo corrales y cercos para sus animalitos e instaló una quesería; todo lo hizo para alimentar a su familia.

Según mi abuela, en su casa siempre tenía papas, zanahorias, beterragas y todo tipo de hortalizas; había leche, queso, mantequilla, huevos, harina tostada y charqui de vacuno que ahumaba en su cocina de fogón, que era el mismo lugar donde tostaba el trigo para hacer la harina tostada.

Para conseguir otros alimentos, tenía que salir acompañada de algunos de sus hijos, a caballo y con unos cuantos pilcheros⁴², a un pueblo argentino que se llama Posadas. Ese viaje era muy largo, por lo menos duraba un mes.

Después, cuando ya se formó el pueblo de Cochrane, mi tatarabuela viajaba desde el campo a comprar alimentos, como harina, yerba mate, legumbres, azúcar, sal, etc. Igual se demoraba como tres o cuatro días de a caballo, dependiendo de cómo estuvieran de crecidos los ríos, ya que para llegar tenía que cruzar las aguas del Cochrane, el Salto, el Barrancoso, el Ñadis y el Carrera.

En el camino tenía que armar campamentos, ocupaba una lona y un palo atravesado que parecía tener forma de una carpa; ahí tenían que dormir y refugiarse del frío, la lluvia o la escarcha.

Cuando doña Mila volvía a su casa o al rancho, como ella le decía, con todos sus víveres, se ponía a hacer unas ricas tortas fritas y un buen asado al horno o un churrasco, como le decían antes. Y después tenía que seguir con los trabajos rutinarios del campo.

Mi abuela dice que la gente que ahora vive en esos campos piensa que esas tierras no son productivas, que los campos son malos, que no sirven ni pa' criar animales. Pero ella siempre se acuerda de que para mi tatarabuela Mila el campo era todo, era su fuente de trabajo y el que le daba para vivir y alimentar a sus hijos.

En esos años, en el campo no había ni un médico, así que ella misma preparaba hierbas silvestres para curar las enfermedades que algunos de sus hijos podía tener, probando qué hierba era mejor para la fiebre, tos, dolor de cabeza, de oídos, etc.

Esos fueron otros tiempos, antes la gente vivía con más sacrificios, eran más cariñosos y cuidadosos de la tierra y el medioambiente, se alimentaban más sano y vivían muchísimos años. Mi abuelita Nieves me contó toda esta historia y me dijo también que su abuela Mila vivió en el campo hasta los 103 años.

Primer lugar regional
Cochrane
10 años

⁴² Pilchero: caballo de carga que transporta vestimentas (nota de la editora).

Historia de familia

Arturo Hernández Paredes

Arturo es un niño que vive en una isla encantada. Sus tíos abuelos, que ya son muy ancianitos, cada vez que pueden le cuentan la historia de Caleta Andrade, una localidad ubicada en la costa más plana de las islas Las Huichas, en Aysén, que partió justamente como una caleta de pescadores, mariscadores y madereros.

Cuenta que su tía abuela es tía de su papá; ella es hija de Francisco Andrade, primer poblador de esta localidad. Hoy una calle de la costanera lleva su nombre. Su tía Norma siempre rememora muy claramente su historia familiar y siempre le recuerda:

—Arturo, tú eres bisnieto del primer hombre viviente de la caleta.

Cuando ella menciona al hombre viviente, se refiere a Francisco, su bisabuelo.

Él llegó a estas tierras inhóspitas hace muchos años atrás, buscando un lugar donde vivir junto a su esposa e hijos. Fue así que, navegando desde Chiloé en su lancha velera, llegó hasta acá, sin conocer los lugares ni la gente. Él solo navegó y navegó buscando ese lugar mágico que llamaría su atención, y así descubrió esta isla; se enamoraron enseguida de este lugar. Sin embargo, al primer lugar que llegó fue a Puerto Aguirre, en donde ya había familias.

Después de unas semanas, se cambiaron a Caleta Andrade y llegando a la playa caminaron un par de metros. Ahí construyeron una pequeña rancho.

Cuenta la historia que en esta isla había demasiado ciprés y fue utilizado para construir lo que más adelante sería su casa, la que aún está en pie.

La abuela Rosa y sus hijas mayores trabajaron la tierra para tener sus alimentos fresquitos y naturales, como papas y verduras, que ayudaron al crecimiento de todos los más pequeños de la familia.

Muchas veces, Arturo imagina cómo habrá sido la vida en esos tiempos y creo que tiene que haber sido muy dura y sacrificada, pero feliz igual. Las familias eran numerosas y muy unidas. Trabajaban mucho para sobrevivir. Al principio, acá había nada más que una familia, o sea, su familia. Con el tiempo fueron llegando más habitantes a la caleta.

Ellos se reunían para conversar sobre cómo podían hacer cosas en beneficio de todos. Hicieron una plaza, organizaron las calles, limpiaban sus alrededores. Con los años construyeron una escuela y una iglesia. Sus bisabuelos cedieron parte de su terreno para que se hiciera una cancha de aviación (aeródromo), la cual hasta los días de hoy aún está vigente, prestando ayuda a toda la comunidad.

Arturo es feliz de vivir acá, se siente orgulloso de ser isleño descendiente del primer poblador. Es un niño feliz, sus amigos igual, la vida gira en un entorno bello, natural, sin contaminación. Su crianza ha sido sencilla, pero llena de aventuras y felicidad, a diferencia de otros lugares donde los niños sufren y viven muy solos a pesar de tener todo lo material.

Siempre contará la historia de su familia con orgullo y un poco de curiosidad de saber cómo era la vida de las personas hace más de cien años. Dicen que los primeros habitantes llegaron hacia 1930 y de ahí en adelante ha habido altos y bajos.

Gente que viene y va, pero donde está la familia, está todo. Y Arturo, mientras tenga padres, abuelos, hermanos, amigos y amigas, es el niño más feliz del mundo, del mundo rural, que es sano y puro.

Segundo lugar regional

Aysén
12 años

La abuela que sabía muchos oficios que hoy en día se han perdido u olvidado

Amalia Cortés Haro

Había una vez una abuelita extremadamente cariñosa y amable. Era de estatura baja, muy delgada, morenita, de cabello largo y negro, con una linda expresión en su rostro; diría que con una expresión angelical, con rasgos ancestrales. Nació en el año 1923 en la provincia de Chiloé. Cuando se casó, se trasladó al nombrado archipiélago de las Guaitecas. Sí, es el mismo archipiélago donde habitaron los chonos y donde recorrió, navegó y exploró el almirante Enrique Simpson Baeza; el lugar donde explotaron en forma indiscriminada el ciprés de las Guaitecas; el lugar donde se encuentra el golfo de Corcovado, hogar de la ballena azul, hábitat ideal para alimentarse y crecer.

No estoy ostentando, pero esa es nuestra hermosa realidad. Entre todas las islas que tiene este archipiélago, esta abuelita eligió para vivir la isla llamada Colón; estuvo por un tiempo en ese lugar junto a toda su familia, que emigró de Chiloé. Nacieron algunos de sus hijos en la isla, crecieron y pronto tuvieron edad para iniciar su enseñanza escolar; por lo tanto, tuvieron que trasladarse a otra isla llamada Melinka, donde funcionaban algunas instituciones públicas, como la escuela, el correo, etc. Como familia sacrificada y muy empeñosa, estaban muy acostumbrados a trasladarse de un lugar a otro, no era muy difícil empezar a edificar nuevamente su hogar. Por madera no se preocupaban, en ese tiempo la abundancia estaba en su punto. Además, la madera la encontraban en la misma isla, por lo tanto, se necesitaba solo mucha energía y aliento para empezar de nuevo. Ellos desbordaban ingenio, creatividad y ocurrencias. La verdad, no era para nada la vida cuesta arriba, por lo que escucho cuando hablan de esta abuelita excepcional.

Dueña de casa, huertera, rezadora, huesera, mariscadora, tejedora; como todas las mujeres de aquellos tiempos, estaba capacitada para el trabajo que se le presentara. Esta abuela se dedicaba a sembrar, de las mismas semillas sacaba más semillas, producía a través de sus siembras sus propias verduras, papas, hierbas; tenía grosellas, parras, frutillas, parrones. Iba al luche, a la marisca, confeccionaba frazada en *quelgo*⁴³, tejía e hilaba sacos de lana, lo madejaba y cobraba por esos trabajos. Como decía ella: "Con esto me gano la vida". Mi mamá siempre repite este dicho, diciendo: "Así decía la abuelita Amalia, 'con esto me gano la vida'".

Por lo que no cobraba era por el don heredado de sus ancestros, como el oficio de huesera. Como ella decía, los conocimientos heredados vienen de generaciones en generaciones, y cuando se tiene este don especial para aliviar el dolor de otros y se utilizan los recursos de la naturaleza, se ejerce y no se cobra. Solo se recibe lo que sea la voluntad de la otra persona. Una de las prácticas que ella utilizaba era, en primera instancia, examinar con sus manos ayudándose con una salmuera. Luego, de acuerdo con lo examinado, procedía a poner un parche de masa en la parte afectada. Para hacer este parche, necesitaba los siguientes materiales: una hoja de cuaderno, un diario, masa y clara de huevo; esto lo utilizaba cuando alguien iba con dolor de tobillo, rodilla, hombros, etc. Sabía y conocía muy bien las riquezas de la naturaleza a través de las plantas medicinales y las propiedades curativas que tenía cada hierba. Sembraba muchas plantas medicinales, hierbas que utilizaba para remedios caseros que también les hacían a los enfermos. Cuando los bebés tenían el ombligo deforme, utilizaba una concha de coye. Para este procedimiento iba a la playa, tomaba una cáscara, cosía el marisco y, luego, utilizaba la concha con un género blanco. Lo arrojaba y se lo ponía en su ombligo, amarrado con una faja y no se lo sacaban hasta que el ombligo del bebé estuviera normal.

⁴³ Quelgo: telar indígena de Chiloé (nota de la editora).

También ejercía el oficio de rezadora creyente de la religión. Era muy católica, una mujer de fe; los primeros de noviembre, en el día de las ánimas, siempre estuvo presente en el rezo. Era presidenta del Sagrado Corazón de Jesús. Se recuerda mucho a esta abuelita como una mujer con una gran formación cristiana y una religiosidad popular, que se advierte claramente por su aporte generoso a la comunidad. Por los relatos de los vecinos, ella calmó el dolor y sanó a muchas personas de nuestro pueblo. Y también por pregonar la salvación de las almas, a través del rezo en los velorios.

Con mucho orgullo les presenté a mi bisabuela. Ella ejercía el oficio de huesera aquí en la isla. Cabe destacar que en esa época la atención médica era muy escasa. Ella se llamaba Amalia del Carmen Puinao Llancalahuen.

Tercer lugar regional

Guaitecas

11 años

Mi abuelo Fernando

Fernanda Ampuero Sepúlveda

El 6 de septiembre de 2021 se cumplieron tres años del fallecimiento de mi tata. Él vivió de niño en una localidad rural que se creó durante la reforma agraria; este villorrio está ubicado a 100 km al norte de Punta Arenas. Toda su vida trabajó en la posta de este hermoso lugar llamado Villa Tehuelches.

A él le gustaba mucho ayudar a la gente que lo necesitaba, sobre todo sanarlas si tenían alguna herida, y tenía mucha disposición para acudir al llamado de sus vecinos y amigos. Por esto, sabía mucho de la vida en la villa y sus alrededores, y siempre me contaba sus experiencias e historias, que eran muy entretenidas.

El terremoto blanco, en el año 1995, fue una de sus experiencias más emocionantes, de esas que solo puedes vivir una vez. Nuestra comuna fue uno de los lugares más afectados de la Región de Magallanes, donde murieron muchas ovejas por el frío provocado por la cantidad de nieve. Me contó que los autos se quedaban atrapados y él tenía que ir a ayudarlos con la ambulancia para que pudieran salir, ya que los voladeros crearon montañas de nieve. Pero una vez fue él quien se quedó atrapado debajo de la nieve con otra persona, y en esa ocasión fueron ellos los rescatados.

Recuerdo que me llevaba con él a las estancias cuando iba a dejar remedios. Siempre nos daban once, nos servíamos unas ricas chuletas de cordero, pan casero y té; eran muy buenas personas las que trabajaban en los puestos de la comuna. Cada vez que nos encontramos en la villa, se acuerdan de cuando yo era pequeña y de mi tata Fernando. Me alegra y, a la vez, me entristece un poco escucharlos.

Hace unos años hubo un accidente de auto camino a Puerto Natales y llamaron de inmediato a los funcionarios de la posta de Villa Tehuelches. La ambulancia no estaba disponible, así que tuvieron que ir en una camioneta particular. Cuando llegaron al lugar del accidente, mi tata bajó de la camioneta y cerca de unas matas de calafate estaba un hombre muy herido, casi desfalleciente. Como la camioneta era de una cabina, tuvieron que poner al paciente en la parte de atrás. Mi tata le pasó su chaqueta y lo abrazó hasta que hicieron trasbordo con la ambulancia de Punta Arenas. Esta persona pudo llegar vivo gracias a mi abuelo. Cuando escuché ese relato me sentí muy orgullosa de él. Me contó que el paciente pasó un día a la posta para agradecerle; se abrazaron y se emocionaron recordando ese episodio de sus vidas.

Ese es un gran ejemplo de solidaridad y amor al prójimo.

Mi abuelo Fernando Ampuero fue un gran trabajador en Villa Tehuelches y el mejor abuelo que pude haber tenido.

Quise compartir algunos de sus relatos, porque de él aprendí a ser empática y a ayudar a los otros.

Todo esto que me contó mi abuelito quedará grabado en mi mente y mi corazón.

Ahora sé y puedo decir que los seres humanos debemos ser más solidarios para ser más felices.

Gracias, abuelo Fernando.

Primer lugar regional
Laguna Blanca
13 años

La leyenda del origen del calafate

Angelina Quiroz

Hace mucho tiempo había una bella bruja que se llamaba Melisa, con ojos de color dorado y un largo cabello. Ella no tenía padres, pero la crió un brujo muy amable. Él era como su padre.

Un día, la bruja se enamoró de un joven con ojos azules, fue un amor a primera vista. Su amor estuvo escondido por un largo tiempo. Pero el brujo se enteró y, aunque era muy amable, se enojó por no conocer su secreto. La bruja corrió y corrió, porque se dio cuenta de que el brujo Merlín descubrió su secreto.

Melisa corrió mucho y encontró un refugio. Ahí se escondió con Luis Kevin, su enamorado, y pasó una hora y el brujo los encontró y los maldijo.

Pasó un mes y Merlín los fue a ver. Lo que encontró fue un simple arbusto con flores de color amarillo y se dio cuenta de que eran la bruja y el joven.

El brujo lloró y lloró, y de la nada escuchó: "No llores papá, voy a estar contigo en las buenas y en las malas". Y el brujo entendió que era la bruja. Y en la primavera, el arbusto tiene frutos de color azul igualitos a los ojos del joven.

Segundo lugar regional

Río Verde

9 años

MiS recuerdos de infancia

Catalina Gatica Ampuero

En una fría mañana de otoño, cuando apenas se asomaban los primeros rayos del sol en la ventana, me desperté con mucha alegría, ya que nuevamente me encontraba en el lugar donde tiempo atrás dejé los mejores recuerdos de mi infancia: la estancia de mis abuelos. Al pasar los días junto a ellos, me puse a reflexionar (ya estando más grande) en lo sacrificada y solitaria que es la vida en el campo. Fue ahí donde se me vinieron todos los recuerdos vividos en aquel lejano lugar ubicado en Tierra del Fuego.

Todos quienes no viven cerca de estas labores, nunca podrán imaginar lo que se vive en aquellas apartadas estancias de nuestra Patagonia. Es por eso que tomé lápiz y papel y fui a mi lugar favorito: arriba de un cerro, donde comencé a escribir mis más lindos recuerdos, momentos que me hacen recordar lo maravilloso de mi infancia. Se me vinieron a la mente muchos momentos con una historia diferente. Aún recuerdo que, al despertar, lo único que quería era vestirme lo más rápido y poder ir donde se encontraban las gallinas con sus lindos polluelos, que daban ganas de tomarlos porque eran como pequeños pomponcitos de algodón. Ahí era donde mi abuela me decía:

—Mijita, no agarre ese polluelo tan fuerte.

—¿Por qué, nana?

A lo que ella me respondía:

—Si los aprietas muy fuerte, se pueden desarmar.

A mí me causó demasiada risa, ¡cómo se van a desarmar los pollos!, y lo apreté con más fuerza y fue ahí cuando el pollito intentó escapar de mí y me quedé con sus plumas en la mano.

Otro de tantos locos recuerdos era cuando entraban de a uno los animales que más temía: las vacas, pero aun así no me gustaba perder ese momento en el que la tomaban para sacarle la leche.

—¡Tata, no las traigas, me dan miedo!

—No le demuestres miedo, porque si no "se te va a ir al humo". Tanto miedo le tienes, si después eres una de las primeras en venir a tomar de su leche.

Y así tal cual, siempre que tomaba la leche me quedaban unos bigotes de espuma blanca, huella de aquellas "temibles" vacas.

Cómo olvidar las veces que debíamos levantarnos temprano para disfrutar de todas las labores campesinas, que, en ese entonces, las miraba como un entretenido juego, que obviamente con el paso del tiempo y a medida que iba creciendo, las veía como un trabajo.

Cómo olvidar el trabajo más entretenido para mí: la esquila. Donde con alegría veía cómo, a cada ovejita, le sacaban su lana. Es aquí donde se trabaja arduamente, porque tanto las personas que componen las comparsas como los dueños de estancia hacen un duro esfuerzo. También me gustaba cuando llegaba la época del baño, donde podía apreciar cuando las ovejitas iban cayendo una a una en una tina gigante

para ser bañadas. Y me divertía ver cómo las sumergían una a una esperando a que salieran blanquitas; pero no era ese el propósito, sino que era bañarlas para que no se contagiaran con garrapatas. Aún recuerdo cuando cargué a la corderita Rosita antes de que la bañaran. Cuando la bajé, tenía mis brazos llenos de garrapatas y me puse a gritar como loca: "¡Sáquenmelas, sáquenmelas! ¡Cordera cochina!". Mi primer impulso fue pescarlas y tirarlas al agua.

Imposible olvidar al sacrificado gaucho de nuestras pampas, aquel que cada mañana se levanta con la alegría que lo caracteriza; arregla su caballo y sale a recorrer las pampas junto a su fiel compañero, su perro. Ambos salen a luchar contra las inclemencias del tiempo. Muchas veces es poco valorado, sin saber que el viento y la nieve le quemán la cara. Fue así cuando, sin darme cuenta, llegó la tarde y de pronto comenzaron a caer como pequeñas lágrimas por mis ojos. Era la nostalgia que me daba ver cómo pasa el tiempo y va dejando los rastros de todo lo vivido en aquel lugar tan mágico.

Así que me puse a recordar a mi querido tata, queriendo darle un fuerte abrazo, pero ya no está junto a mí. Entonces bajé rápidamente del cerro para darle ese abrazo gigante a mi abuela.

—¿Mijita, por qué ese abrazo tan fuerte?

—Es para darte las gracias por haber podido vivir lindos momentos en este lugar tan mágico.

Cuando miré a mi nana, sus ojos brillaban igual que unos cristales, a punto de botar la lágrima. Me dio uno de esos abrazos cálidos, donde uno siente que se para el tiempo.

Tercer lugar regional
Punta Arenas
13 años

Los Sueños y vivencias de Alexandra

Katrina Godoy

Alexandra seguía viviendo en una parcela cerca de Punta Arenas y estudiando en su querida escuela de Villa Tehuelches.

Un día se levantó de un brinco de la cama al oír las palabras de su mamá para ir a desayunar. Feliz, recordando su sueño, que había sido maravilloso y que aún sentía como real.

Una vez que terminó un rico desayuno con pan amasado y una exquisita mantequilla derriéndose en el pancito, salió corriendo hacia donde estaban sus queridos animales, respiró muy hondo y estiró los brazos. Inmediatamente comenzó a llamarlos por su nombre a cada uno con mucho cariño: Zeeeeeeus, Tiggeeeer, Pepaaaa, Manyiiii. Al oírla, las mascotas corrieron a saludarla dando volteretas y revolcones sobre el pasto. Ella las reunió a todas y a pesar de que sabía que los animales no la entenderían, quiso contarles el maravilloso sueño que tuvo. Les relató con lujo de detalles cada lugar que conoció, les contó sobre las hermosas pampas alrededor de Villa Tehuelches, el olor al coirón y los animalitos que conoció: chingue, zorro, ñandú, oveja, carancho, quirquincho y otros. También recordaba cada árbol por su nombre: lenga, coirón, roble, etc.

Después, alimentó a cada uno mientras cantaba, felizmente danzando, una canción inventada por ella y que daba mucha risa. Luego, ayudó a su mamá a entrar leña y agua antes de que cayera la tarde.

Una vez en la casita de la parcela, se sentaron ambas junto al fuego y mientras miraban la televisión, fueron sorprendidas por una noticia que las dejó sin hablar. Se informaba sobre la existencia de un coronavirus en todo el mundo que causa una enfermedad llamada COVID-19. Se miraron largamente sin decir nada y, sin mucha información, sabían que no era algo muy bueno. Pero ella pensaba que si era real, ya no volvería al colegio y eso la hacía sentir muy confundida. Quería volver y hacer realidad su sueño; después de todo, había asistido solamente una semana al colegio en Laguna Blanca. Pensó en todo el tiempo que le quedaba en el año escolar para realizar su propósito.

Al otro día, al despertar, la mamá le dio la noticia de que no podría volver a Villa Tehuelches, ya que se iniciarían protocolos de salud y los colegios se cerrarían hasta nuevo aviso. Alexandra se puso feliz, contenta porque se quedaría en casita con su rebaño, extrañaría la escuela, pero podría estar con sus queridas mascotas.

La pandemia se propagó muy rápido, habían contagiados por todas partes del mundo, no podíamos salir, nos mantenían en cuarentena, era aterrador escuchar las noticias y la cantidad de muertos que había día a día, la preocupación era inmensa.

Alexandra se sentía pésimo, frustrada, había perdido la esperanza de cumplir su sueño, la ansiedad de no saber cuándo terminaría la pandemia la mantenía muy triste, sentía que nada bueno lograría, ya que el tiempo pasaba y todo seguía empeorando. Ella solo quería volver a la hermosa comuna de Laguna Blanca y llevar a sus mascotas a conocer ese bello lugar.

La mamá debió confesarle con gran dolor que había perdido su trabajo, ya que por la pandemia se habían cerrado muchos lugares y que había mucha gente despedida. Además, debían dejar la casa, ya que no podían seguir pagándola. Finalizó diciéndole: "No te preocupes, todo estará bien".

Esa noticia la dejó descolocada, no podía pensar, abrazaba a sus animalitos y lloraba junto a ellos. En sus pensamientos albergaba la idea de tener que alejarse de ellos, pero Alexandra no lo permitiría, quería ayudar a su madre. Secó sus lágrimas y comenzó un largo y difícil camino para encontrar una solución para que todos pudieran estar bien.

Empezó a hacer llamadas a la Ilustre Municipalidad de Laguna Blanca, quienes la acogieron maravillosamente y le dieron esperanzas. Sin decirle nada a su mamá, esperó y esperó, hasta que un día el celular de mamá sonó y pidieron hablar con Alexandra. La madre, sorprendida, le pasó el teléfono y después de cinco minutos la niña comenzó a llorar, a saltar y bailar; la mamá no entendía nada y le preguntaba. "Nos vamos mamá, nos vamos", gritaba.

Alexandra le contó al fin a su madre que se irían a vivir a Villa Tehuelches, que necesitaban a una persona para cuidar un predio enorme, que le pagarían y, lo mejor de todo, podía llevar a sus animales. La alegría era inmensa.

Comenzaron a empacar sus cosas, ya que vendría un bus a recogerlas para llevarlas. Cuando llegó el transporte, Alexandra no podía creer que era el mismo bus que soñó, el mismo chofer. Sus animales entraron al bus y comenzó el trayecto. Era un día soleado y era el mismo esplendor que recordaba en su sueño; la naturaleza, las ovejas, los caballos, los patos en las lagunas, era maravilloso.

Al llegar a la gran pampa, sintió que el aire era puro, se podía sentir el olor al coirón y los animalitos corrían por todos lados. Mientras Alexandra contemplaba esa brisa magallánica, recordó los nombres de los árboles, pero esta vez pudo sentirlos en sus manos, como el roble de madera ¡muy dura! Pudo al fin sentarse sobre el coirón, tocar el agua de las lagunas y observar la vida de los patos silvestres del lugar. Corría para alcanzar a las liebres, que corrían sin cesar. Las llevaron al cerro Morro Chico, monumento histórico destinado a la ciencia y al turismo. ¡Fue maravilloso!

Y fue así como Alexandra pudo hacer realidad su sueño. Y a pesar de toda su pena y frustración, supo que los sueños sí se hacen realidad.

Mención honrosa
Laguna Blanca
13 años

★ 2021 ★



Categoría
Fotografía

Obras creadas por adultos



JURADO NACIONAL FOTOGRAFÍA



JOSÉ GERSTLE

Nació en 1984. Es ingeniero agrónomo y magíster en Áreas Silvestres y Conservación. Coordinador de proyectos en Photosíntesis, donde se ha dedicado a desarrollar distintos proyectos ambientales, tanto desde el trabajo con flora y fauna como en el área socioambiental de la conservación. Además es aficionado a la fotografía.



JOSÉ LUIS RISSETTI

Nació en Santiago, en 1973. Estudió fotografía en el Instituto Superior de Artes y Comunicación ARCOS. Fotógrafo hace más de 25 años, trabaja en El Mercurio. Entre sus exposiciones más destacadas están *La sal* (2017), que busca visibilizar el trabajo y la vida de los salineros de Cáhuil, además de rescatar su carácter patrimonial, y *Máscaras y memoria* (2019), una reflexión sobre el alzhéimer.



GUY WENBORNE

Fotógrafo. Lleva más de 20 años retratando la geografía de Chile, su gente y su cultura. Actualmente, se dedica 100% a la fotografía de naturaleza. Junto a Elizabeth Huyghe formó la editorial Travesía hace más de cinco años, donde desarrollan libros sobre Chile y su patrimonio natural. Algunas de sus exposiciones son *Sobre campos de hielo* (La Sala, 2008) y *Fuera de lugar* (Museo de Bellas Artes, 2010).



ILONKA CSILLAG

Fotógrafa y gestora cultural. Estudió pedagogía y arte en la Universidad de Chile. Fue la precursora y creadora del Archivo Fotográfico Patrimonial del Museo Histórico Nacional. En 1999 formó la Corporación Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico y, como su directora, consolidó la conservación de archivos fotográficos a nivel nacional. En 2008 asumió como gerente general de la Corporación de Amigos del Patrimonio Cultural, cargo que desempeñó hasta que formó Fundación ProCultura.

PALABRAS DEL JURADO

Categoría Fotografía

Este es ya el segundo año consecutivo en que me toca participar en el jurado de este muy lindo concurso fotográfico.

Primero que todo, debo mencionar que el trabajo para seleccionar las fotos premiadas de este año fue más complejo que el anterior y esto, creo, se debe a que hay una mayor intención detrás de estas, que se traduce en fotos mejor logradas y que generan un impacto en quien las mira.

Los tres premios nacionales muestran imágenes que, de alguna forma, son capaces de llevar a la audiencia a la situación, sea una playa al atardecer a recoger napes para salir a la pesca en el sur, al olor y al polvo suspendido en el aire durante la trilla en Talca, o a la música y al polvo de la ramada en algún lugar de la Región Metropolitana.

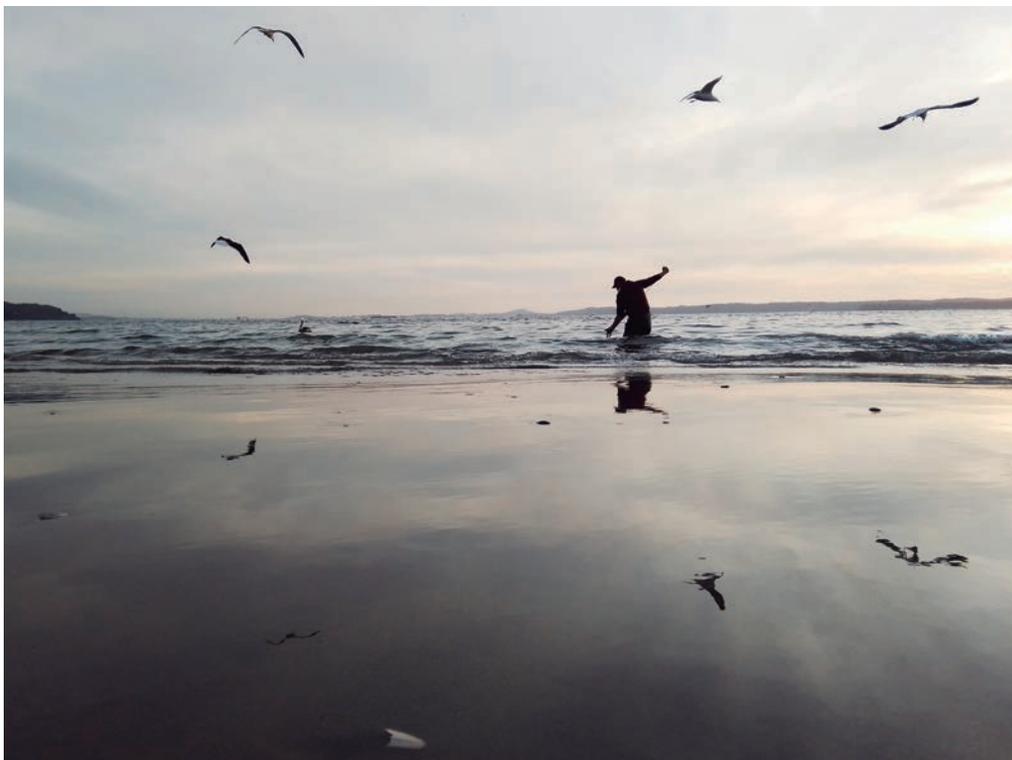
Algo similar sucedió al seleccionar los premios especiales, ya que si bien la calidad de las fotos seguía siendo alta, también se ve una diversidad de técnica en las imágenes, la utilización de diferentes encuadres y composiciones que ayudan a quien observa las fotos a recibir el mensaje del fotógrafo y por unos instantes viajar o sentir el momento.

Es gratificante participar en el jurado de este concurso y ver como año a año hay más imágenes con intención muy alineada a lo que persigue el concurso, lo que se traduce en fotos bien logradas, las que, por un lado, dificultan la selección, pero por otro, logran transmitir de una linda manera situaciones del campo chileno.

José Gerstle
Presidente del jurado



★
PREMIOS NACIONALES



★
PRIMER LUGAR NACIONAL

Instante

Gaviotas en el cielo, testigos de la comunión entre el mar y el pescador de napes. Esperan el instante en el que el pescador bombea y ya... a fondo revuelto, ganancia alada.

Felipe Roco Tapia

Tomé

Región del Biobío

41 años

★
PREMIOS NACIONALES★
SEGUNDO LUGAR NACIONALJóvenes disfrutando de la cueca,
Isla de Maipo

Me llama profundamente la atención el cariño y la pasión que tienen niños, niñas, jóvenes, adultos y abuelitos isleños con la cueca. Es maravilloso ver cómo desde muy pequeños en Isla de Maipo se vive nuestro baile nacional con tanto entusiasmo y respeto. Llegando septiembre, se puede sentir en el aire el arribo de nuestras festividades escuchando música cuequera por todos lados.

Andrés Cabero Godoy

Isla de Maipo
Región Metropolitana
49 años

★
PREMIOS NACIONALES



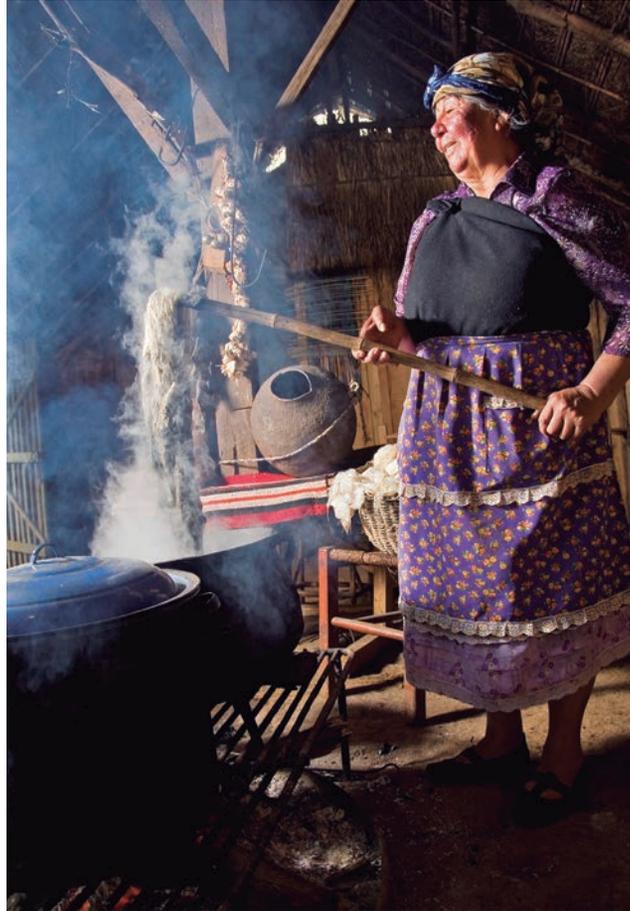
★
TERCER LUGAR NACIONAL

Trilla

Desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde, el famoso trabajo de sol a sol, el esforzado campesino lleva la paja hacia las máquinas que van compactando y enfardando el valioso oro del campo maulino. Una densa niebla de polvo oculta este antiguo oficio de las miradas indiferentes de los turistas. Tomada en Licantén a orillas del río Mataquito.

Franco Castellani Alegría

Talca
Región del Maule
32 años

★
PREMIOS ESPECIALES★
PREMIO ESPECIAL**Teñido en lana de oveja**

Proceso del teñido con vegetales en lana de oveja, realizado en la ruca de María Mena Millao. Mujer mapuche que heredó de su abuela y madre esta tradición familiar y que a partir de los 10 años de edad lleva cultivando. Es ella quien ahora transmite esta sabiduría a las nuevas generaciones. Con su familia crían y esquilan sus propias ovejas, especialmente cuidadas para estos fines. Vive en la Región de la Araucanía, en el sector rural de Cunco Chico, situado a 15 kilómetros al sur de Temuco.

Andrés Hernández RomeroLa Serena
Coquimbo
51 años

★
PREMIOS ESPECIALES



★
PREMIO ESPECIAL

.....
Cosechando colores

Fotografía realizada en el Sector de Pocochay, en la comuna de La Cruz, al interior de la Región de Valparaíso. interior. La intención de esta fotografía fue rescatar la labor del campesino, destacar los colores y geometrías que se forman en las plantaciones de verduras; en esta ocasión, repollos verdes y morados.

Mauricio González Ogalde

La Cruz
Valparaíso
41 años

★
PREMIOS ESPECIALES★
PREMIO ESPECIAL**Gabriela, pescadora artesanal**

Gabriela es una pescadora artesanal de jaiba de la caleta de Coliumo (Región del Biobío). A pesar del terremoto del 2010 y las dificultades de ser mujer en la pesca, ha logrado salir adelante, costear la carrera profesional de su hija y mantener su hogar.

Caterina Muñoz Ramírez

Santiago
Región Metropolitana
30 años

★
PREMIOS ESPECIALES



★
PREMIO ESPECIAL

El cuidador

Camino a la Quebrada de la Plata (declarado Santuario de la Naturaleza), en el Maipú rural, se encuentra este cuidador de terrenos, un trabajo del campo que a pesar de todo se mantiene vigente. Una labor sacrificada, solitaria, que lo mantiene lejos de su familia, pero "le gusta" porque está tranquilo, con los animales y con la cordillera de la Costa de fondo mientras vigila los terrenos.

Shaony Valenzuela Ríos

Maipú
Región Metropolitana
29 años

★ 2021 ★



Categoría

Dibujo

Obras creadas por estudiantes
de Educación Básica y Media



JURADO NACIONAL DIBUJO



FRANCISCA ANINAT

Realizó un BA en Historia del Arte de la Universidad de Maryland; es Licenciada en Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile y tiene un máster en Artes en Central Saint Martins College of Art and Design (Londres). Desde el año 2010 ejerce como profesora de la Facultad de Filosofía y Humanidades en la Universidad Alberto Hurtado.



CLAUDIA LIRA

PhD en Estética y teoría del arte. Académica del Instituto de Estética e investigadora del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora en Chile del Proyecto Educación de los Sentimientos de Japón y del Concurso Internacional Museo de Bellas Artes de Atami, Japón.



JOSÉ LUIS ROMERO

Ingeniero agrónomo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y máster en Comunicación Estratégica y Branding de la Universidad Mayor. Estuvo a cargo de la implementación de la Política Nacional de Desarrollo Rural del Ministerio de Agricultura, y fue jefe de asesores de gabinete.



FRANCISCA VILLALÓN

Es diseñadora gráfica de la Universidad Diego Portales e ilustradora. Trabajó en el Ministerio del Medio Ambiente y actualmente se desempeña en Oceana. Es autora e ilustradora de los libros *Un mar de historias*, que junto a dos antropólogas salvaguardan el patrimonio oral de la isla Navarino, y *Chile en dibujos*, que aborda el patrimonio cultural, oral y medioambiental del país.



LORO COIRÓN

Su nombre es Thierry Defert, pero es más conocido como Loro Coirón. Es artista y referente en la iconografía porteña. Visita por primera vez Valparaíso en 1995 y se asienta definitivamente en el año 2000. Sus grabados representan una mirada lúdica y poética del puerto, además de su arquitectura y sus habitantes.



ALFREDO CÁCERES

Es artista e ilustrador. Ha trabajado para diarios, revistas, videojuegos y libros infantiles. Le gusta dibujar casas e historias de terror. Autor de *Intruso* y *Los visitantes*.

PALABRAS DEL JURADO

Categoría Dibujos

Ojalá cuando crezca nunca deje esta vida en el campo y nunca deje sola a mi tierra querida.

Agustín Zapata Lorca, primer lugar nacional.

Un año tras otro, estos dibujos y los escritos que los acompañan representan escenas que nos parecen olvidadas: *El vuelo de las gallinas de mi abuela*; un pescador en blanco y negro, sus trozos de pescado; la búsqueda de hongos; atardecer en el campo, *donde cada día convivo con los animales y mis abuelos; a ellos los ayudo en todos los deberes, darles comida a los cerdos, las aves, las vacas.*

Del norte al sur y en todo su vasto territorio, *Me lo contaron mis abuelitos* nos ayuda a ir armando una enciclopedia visual, con imágenes de nuestro dispar y maravilloso territorio. Estas toman fuerza al ser plasmadas en miradas como la de una niña en Melipeuco. Con sus siete años, Loreto representa al Chimallén, *un espíritu pequeño que cuida los campos de su dueño*. Por otra parte, Emilia, de 10, años y que vive en Illapel, retrata la Fiesta de la Trashumancia y describe cómo una vez al año las cabras pasan por la calle principal antes de irse a la cordillera en busca de mejores pastos: *las personas se juntan en la vereda para despedirlas (...), porque su camino termina en lo alto de las montañas.*

Es mediante "Historias de Nuestra Tierra" que tenemos la posibilidad de armar un retrato más vivo y cercano a las calles y oídos de nuestros paisajes y costumbres. Estos dibujos reflejan la inmensidad de sucesos que nuestro territorio comprende. Además de entregarnos el tiempo y la voluntad, nos ofrecen, con natural efervescencia, escenas de las ventanas diarias de quienes los plasmaron. Costumbres, rutinas, vidas de familias y esbozos de naturaleza parecen llevarnos a descubrir lo que a veces olvidamos. Jorge Teillier ya nos lo recuerda, *Si alguna vez/ mi voz deja de escucharse/ piensen que el bosque habla por mí/ con su lenguaje de raíces.*

Francisca Aninat

Presidenta del jurado



★
PRIMER LUGAR NACIONAL**Mi tierra querida**

Quise mostrar mi vida en el campo. En este lugar convivo cada día con los animales y mis abuelos; a ellos los ayudo en todos los deberes, como darles comida a los cerdos, las aves y las vacas. Ojalá cuando crezca nunca deje esta vida en el campo y nunca deje sola a mi tierra querida.

Agustín Zapata Lorca

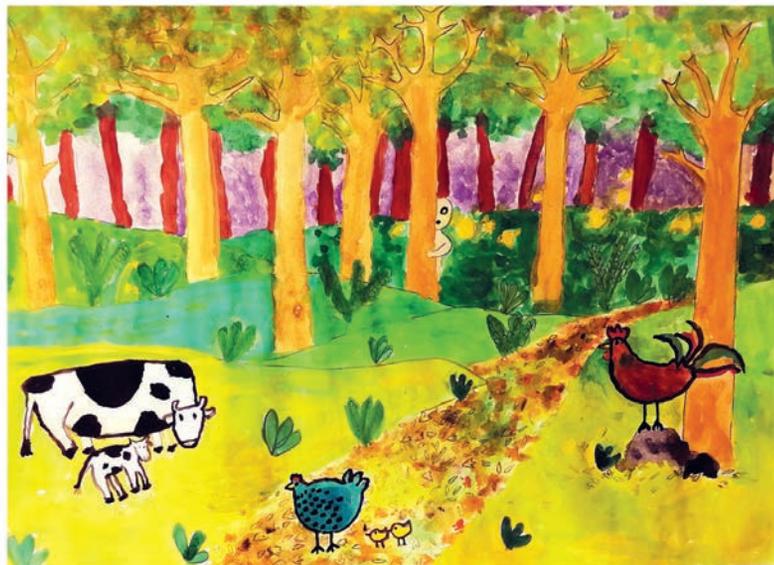
Río Bueno • Región de Los Ríos
13 años

★
SEGUNDO LUGAR NACIONAL**El secreto de mi tío**

Dicen que mi tío tiene un Chimallen, que es como un espíritu pequeñito que cuida los campos de su dueño; por eso sus animales son siempre tan gorditos y la fruta de sus árboles es tan linda. Aún así, me da miedo pasar por ahí.

Alexandra Porma Solís

Melipeuco • Región de La Araucanía
7 años



★
TERCER LUGAR NACIONAL

TranShumancia

Este dibujo muestra una linda tradición que se realiza en mi ciudad, Illapel, llamada Fiesta de la Trashumancia. Una vez al año, las cabritas pasan por la calle principal antes de irse a la cordillera en busca de mejores pastos. En mi dibujo se observa a las cabritas pasando por la calle y se ve que todas las personas se juntan en la vereda para despedirlas y verlas pasar alegres. Será un largo viaje junto a sus dueños, los crianceros, porque su camino termina en lo alto de las montañas.



Emilia Castro Leiton

Illapel ★ Región de Coquimbo
10 años

★
PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL

**Los hongos
en el otoño rural**



Este dibujo pintado con materiales acuarelables, está inspirado en un paisaje otoñal y en él se pueden observar un par de setas y una regadera de jardín junto a ellas. En el sector rural en el que yo habito, es común ver en la estación correspondiente al otoño una gran variedad de hongos antes de las estrepitosas lluvias del invierno. Con esta obra busco dar un paso, tanto con la acuarela como con el dibujo, que representa mi realidad.

Antú Nahuelpán Cea

Osorno ★ Región de Los Lagos
12 años

★
EDUCACIÓN BÁSICA

★
PREMIO ESPECIAL COLOR

Aterdecer en el
campo del tata

Cuando empecé a hacer este dibujo, pensé en el campo de mi tata, en el sector de los Tallos Altos, Región de Los Ríos. En esa quinta hay manzanos y es un lugar que me gusta mucho, voy a jugar después de ir a ver a las gallinas. El niño que está sentado en el tronquito soy yo, y me dibujé descansado, ya que habíamos sacado recién las manzanas del árbol.

Giovanni Camino Vergara
Panguipulli • Región de Los Ríos
12 años



★
PREMIO ESPECIAL GRÁFICA

La Virgen de la
Candelaria

Mi dibujo es del 2 de febrero, cuando se celebra el día de la Virgen de la Candelaria, en la localidad de Surire, a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar. El día 1 de febrero se realiza la víspera y el día 2 se va a la iglesia y a la plaza a celebrar con danzas y músicas tradicionales. Se sirven platos típicos, como la kalapurca y asado. Mi papá siempre va al pueblo de mi abuelita.

Josefa Alcón Copa
Arica • Región de Arica y Parinacota
7 años



★
EDUCACIÓN BÁSICA

★
PREMIO ESPECIAL PAISAJE

El silo

Mi dibujo es con la técnica de pintura acuarela y representa un silo antiguo y abandonado en un campo al atardecer.

Dominga del Campo Loyola
Colina ★ Región Metropolitana
10 años

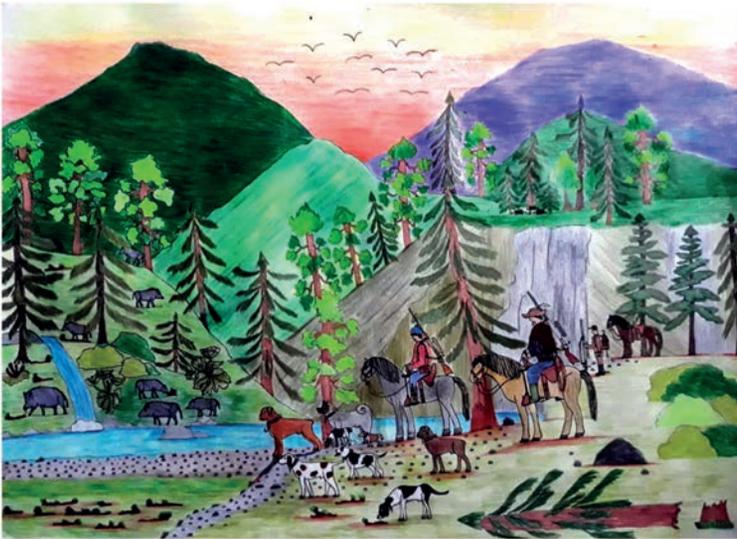


★
PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL

En busca del invasor

En mi dibujo quise mostrar y dar a conocer esta práctica que por varios años mis vecinos han practicado: la caza del jabalí. Este animal es un invasor presente en nuestro territorio y que ha causado gran daño al ecosistema. El dibujo está inspirado en los cerros del sector Ilihue, en Lago Ranco.

Agustín Zapata Lorca
Río Bueno ★ Región de Los Ríos
14 años



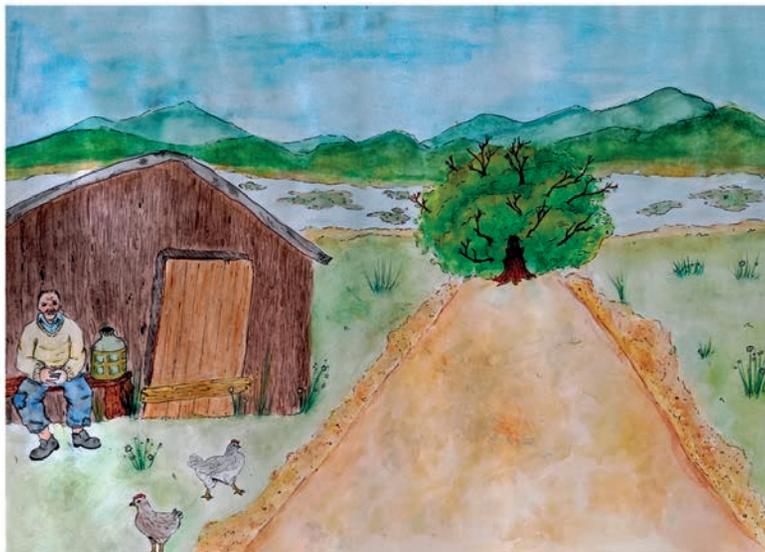
★
EDUCACIÓN BÁSICA

★
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA DIBUJO

Tarde de calma

Una de las cosas que extrañé en pandemia fue poder respirar aire puro y disfrutar de un paisaje fuera de estas cuatro paredes. Esta obra representa el anhelo de ser libres y de disfrutar de las cosas simples de la vida, que solo nos ofrece el campo.

María Jesús Chandia Jara
Concepción • Región del Biobío
13 años



★
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA NARRATIVA

El mana del moái

En la noche, el moái toma la fuerza del cielo, se carga de la energía de las estrellas y por su mana, nos protege de los espíritus malos.

Omaia Nahoe Ripoll
Isla de Pascua • Región de Valparaíso
11 años



★
EDUCACIÓN BÁSICA



★
MENCIÓN HONROSA ADAPTACIÓN VISUAL

Cóndor chileno

Ocupé como inspiración una fotografía de Rodrigo Bueno. Apliqué la técnica del collage. El cóndor andino tiene la cabeza desnuda y relativamente pequeña, de color generalmente rojizo, con un pico de borde muy cortante y terminado en gancho. Las alas son largas y anchas. El plumaje juvenil de ambos sexos es de color marrón hasta alcanzar en mudas sucesivas el característico negro azabache de los adultos. Una ancha banda blanca resalta en el dorso de las alas y un nítido collar blanco no completamente cerrado al frente, protege la desnuda piel del cuello. Su nombre procede del quechua kuntur. Es una de las aves que vuela a mayor altura.

María Jesús Chandía Jara

Concepción ★ Región del Biobío
13 años

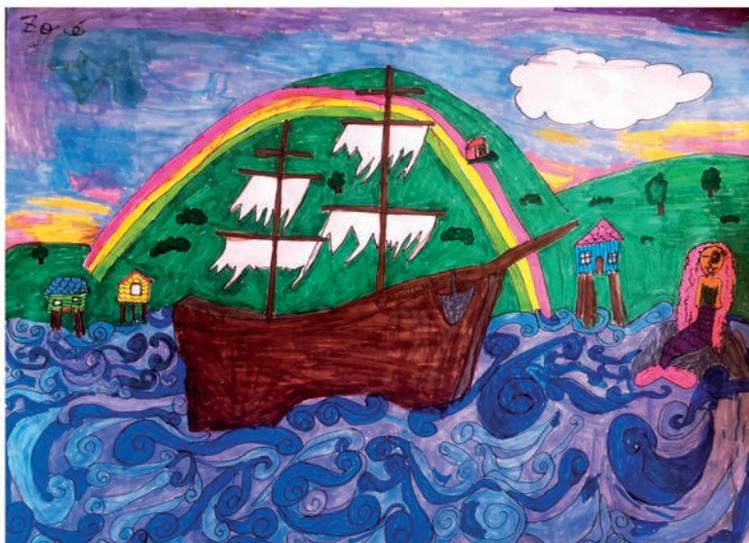
★
MENCIÓN HONROSA
PREMIO ESPECIAL COLOR

El Caleuche

Quise dibujar el Caleuche, debido a que es una mitología chilota. Es una historia que me gusta. Trata de un barco fantasma que aparece durante la noche, pero quise hacerlo durante el día, ya que en el día todos lo pueden ver, y también aparece la Pincoya, que es otra figura importante en la mitología del lugar donde vivo.

Zoé González Henzi

Castro ★ Región de Los Lagos
7 años



★
EDUCACIÓN BÁSICA

★
MENCIÓN HONROSA PREMIO ESPECIAL
EXPRESIONISTA

El carbonero

En la precordillera de Linares, con su carga de carbón de cerro, baja para la ciudad el carbonero a vender sus sacos de carbón, producto de su trabajo realizado con gran esfuerzo, para volver con víveres y así poder alimentar a su familia y animales que quedaron en las tierras altas, aguardando su retorno.

Leonardo Rojas Vera

Longavi • Región del Maule
13 años



★
MENCIÓN HONROSA
PREMIO ESPECIAL GRÁFICA

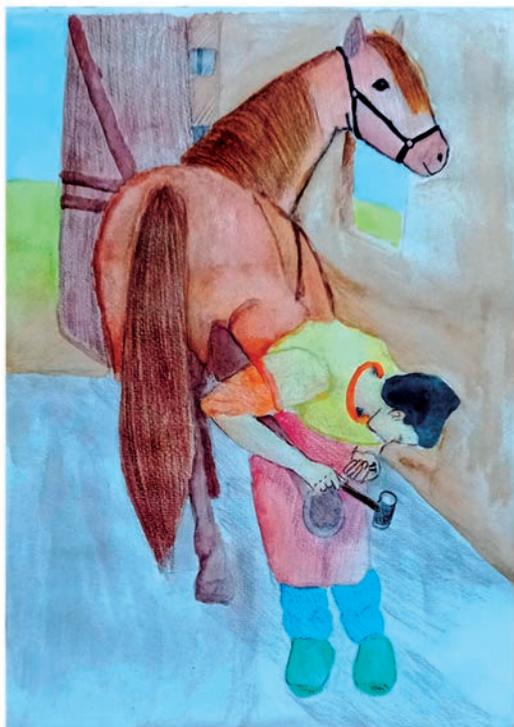
El gallo

El gallo, de la nada, le salió al encuentro a un gusano.

Daniel Carrasco Mansilla
Calbuco • Región de Los Lagos
8 años



★
EDUCACIÓN BÁSICA



★
MENCIÓN HONROSA PREMIO ESPECIAL
TÉCNICA DIBUJO

Herraje de caballo

Para este dibujo, me inspiré en una actividad del campo que conocí al acompañar a mi tata en una de sus labores.

El herraje de caballo es un trabajo que requiere de conocimiento y experiencia para no dañar los cascos del animal. Consiste en quitar la herradura usada, luego se limpia y se corta la pezuña para, posteriormente, poner una herradura nueva. Esta actividad es importante en la vida del campo, ya que protege y ayuda al caballo a hacer mejor sus actividades diarias.

Fernanda Ulloa Garnica
Valdivia • Región de Los Ríos
13 años

★
MENCIÓN HONROSA
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA NARRATIVA

La oscuridad de la higuera

Mi madre cuenta que en su infancia se rumoreaba que en la zona sur de Chile, el día 23 de junio (noche de San Juan), si estás bajo una higuera a las 0:00 horas podrás tener una especie de encuentro con el diablo. Muchas historias de brujería se han contado en esta mágica noche, anunciando el misterio de un ángel de apariencia tenebrosa capaz de atormentar a cualquiera que ose aproximarse.

Emilia Mallea Quezada
Maipú • Región Metropolitana
13 años



★
EDUCACIÓN MEDIA

★
PRIMER LUGAR NACIONAL

**El vuelo de las gallinas
de mi abuela**

El dibujo muestra a mi abuela Toya, en Limache, cuando salía temprano a recoger los huevos que ponían las gallinas. Apenas abría la puerta del gallinero, todas las gallinas salían corriendo y aleteando, ¡casi volando! Eran más de 100. La mayoría de ellas eran de color rojizo y anaranjado, ¡un mar de gallinas típicas de Chile!

Brenda Sanhueza Niño
Quilpué ★ Región de Valparaíso
14 años



★
SEGUNDO LUGAR NACIONAL

El mate

Es el cariño de la casa, es parte de nuestras vidas, se comparte a la hora que sea. Se dice que cuando se toma el mate dulce es para endulzar la vida y cuando se toma el mate amargo no es para amargar la vida, sino para demostrar una atención. Mate para iniciar una conversación o para recordar alguna faena, alguna anécdota, o simplemente para compartir alegrías o tristezas. Y qué mejor que matear detrás de la cocina del hogar junto a la familia o los amigos

Juvenal Colivoro Colivoro

Guaitecas ★ Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo
18 años



★
EDUCACIÓN MEDIA



★
TERCER LUGAR NACIONAL

Luz en la oscuridad

Esta obra está basada en mi amor por la naturaleza y todo lo que la conforma. Hice el enfoque en los hongos, ya que es una costumbre ir a buscarlos desde mi niñez; el zorro representa la felicidad que traen los animales, debido a eso su aura ilumina alrededor.

Meilyn Figueroa Cuevas

Nacimiento ★ Región del Biobío
17 años

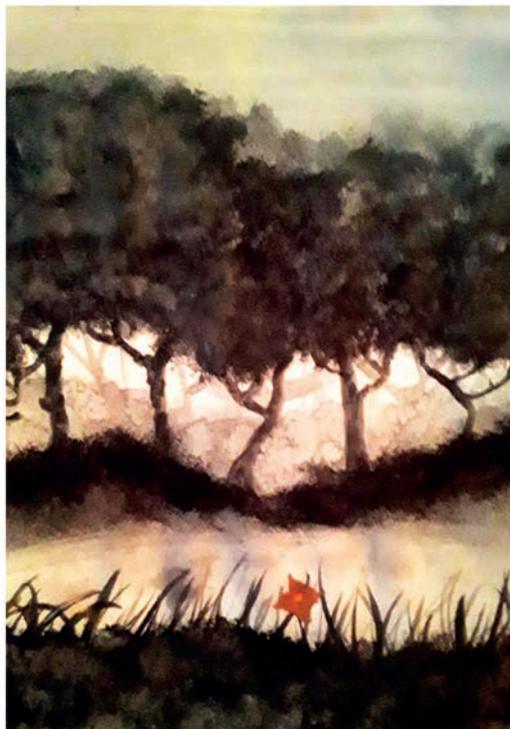
★
PREMIO ESPECIAL COLOR

Desacierto

Más que nada, he hecho este dibujo para experimentar una técnica nueva. Además, este concurso me inspiró, al igual que las leyendas de Chile, que en su mayoría describen lugares sin mucha iluminación; hay oscuridad o neblina en ciertos casos. No vengo con la intención de ganar, sino que me gustaría que más personas vieran mi dibujo, ya que como dicen mis familiares, prácticamente tengo varias de mis obras guardadas, teniéndolas ahí sin molestarlas.

Romina Muñoz Cisternas

Antofagasta ★ Región de Antofagasta
17 años



★
EDUCACIÓN MEDIA

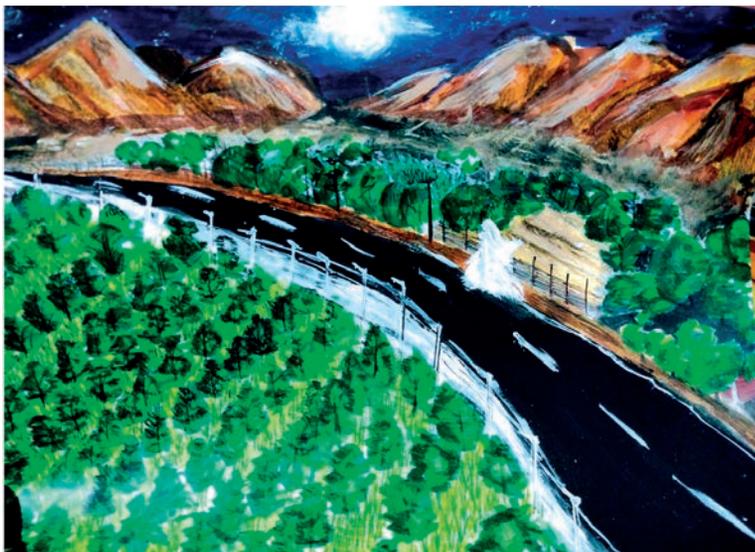
★
PREMIO ESPECIAL EXPRESIONISTA

La novia de Azapa

Mi dibujo se trata la novia de Azapa, en el valle de Azapa, recorriendo en el anochecer donde perdió su vida y esperando el regreso de su novio. En medio de los cerros, cultivos, árboles y en medio de la carretera aparece su espíritu buscando a su novio, asustando preferentemente a los hombres o personas que pasan (de noche) caminando o en vehículos. Se dice que se ha aparecido rondando en las noches más oscuras del valle, aseguran algunas personas.

Geraldine Godoy Pinto

Arica ★ Región de Arica y Parinacota
16 años



★
PREMIO ESPECIAL EXPRESIONISTA

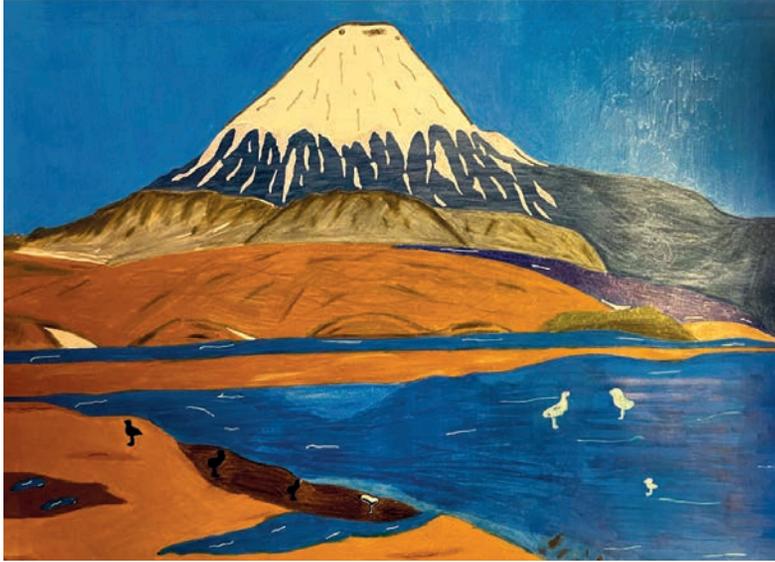
Iglesia de
Parinacota

La iglesia de Parinacota fue construida en 1670, reconstruida en 1912 y se ubica en el centro del pueblo.

Joseph Tintaya Taco

Arica ★ Región de Arica y Parinacota
15 años

★
EDUCACIÓN MEDIA



★
PREMIO ESPECIAL PAISAJE

Chunkara

Lluta es uno de los lugares más lindos de nuestro país y eso es lo que quiero representar en mi dibujo, un lugar hermoso y relajante para pasear en familia.

Antonella Villegas

Arica ★ Región de Arica y Parinacota
15 años

★
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA DIBUJO

La dicha del campo

Este dibujo lo he creado por una inspiración que tuve, la que me trajo recuerdos de mi vida en el campo después de vivir algunos años en la ciudad. Ahora vivo en el campo, rodeado de árboles, pinos, eucaliptos, gallinas, vacas y ovejas. Todo esto llena mi alma y mi corazón.

Josafat Ríos Estrada

Nueva Imperial ★ Región de La Araucanía
16 años



★
EDUCACIÓN MEDIA

★
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA NARRATIVA

La cruz

Se trata de la Fiesta de la Cruz de Mayo, en Socoroma. Retrato el momento cuando el pueblo va a dejar la cruz a su apacheta, a su lugar donde permanece todo el año, hasta la siguiente fiesta.

Nicole Pérez Lira

Arica ★ Región de Arica y Parinacota
15 años



★
PREMIO ESPECIAL TÉCNICA NARRATIVA

Decline al balance

En mi obra, básicamente, quise representar cómo veo y entiendo la naturaleza chilena. Combiné ciertos elementos, como los moáis (que, aunque no estén en Chile continental, siguen siendo algo para tomar en cuenta), el cóndor y una araucaria. ¿Por qué solo estos tres? Pues, para mí destacan bastante más que otros elementos, como el huemul. Además, me gustaba más así y quedaba más épico.

Vicente Montoya Antileo

Nacimiento ★ Región del Biobío
16 años

★
EDUCACIÓN MEDIA



★
MENCIÓN HONROSA PREMIO ESPECIAL EXPRESIONISTA

El extraño pájaro Tue Tue

La leyenda de este extraño pájaro es un poco tenebrosa para aquellas personas que se encuentran en el sur de Chile, ya que muchos de los habitantes han afirmado haber visto a este pájaro, que, por cierto, es un hombre pájaro.

Se dice que este pájaro sale por las noches y da a conocer su llegada con su melodía "tue-tue, tue-tue". Si has respondido y le has hecho la invitación para tomar desayuno a la mañana siguiente, este pájaro lo cumple y llega en su faceta de hombre, esperando a que le den desayuno.

Martina Alvarado Contreras

Rancagua ★ Región del Libertador Bernardo O'Higgins
15 años

CONCURSO

**HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA**

CONCURSO

HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Los cuentos, poemas, fotografías y dibujos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra, que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.



FUNDACIÓN
FUCOA